

UC-NRLF



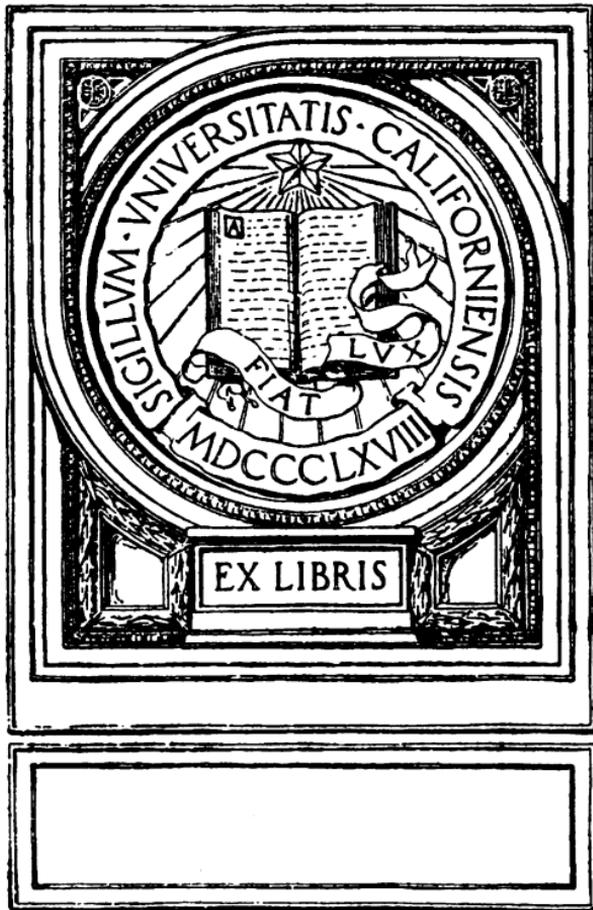
8B 613 139

B

IBLIOTECA

CLÁSICA.

GIFT OF
J.C.CEBRIAN



GŒTHE

VIAJE Á ITALIA

BIBLIOTECA CLASICA

TOMO CXLVII

VIAJE A ITALIA

POR

JUAN WOLFGANG GOETHE

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL ALEMAN

POR

FANNY G. GARRIDO DE RODRÍGUEZ MOURELO

TOMO I

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a
calle del Arenal, núm. 11

1891

PT 2029

F 94

I 83

1891

1760

—
ES PROPIEDAD

—
J. C. GEBRIAN

TO VILL
LIBRARY

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.^a, Ferraz, núm. 13.

AL LECTOR.

Goethe emprendió su viaje á Italia en el otoño de 1786, acabados de cumplir los treinta y siete años. Once hacía que, desoyendo consejos de amigos y deudos, fijárase en Weimar, aceptando las proposiciones del duque Carlos Augusto, las cuales fueron de tal naturaleza, que le pusieron el resto de su vida en posición de trabajar á su manera, á su gusto, para satisfacción suya y solaz de la humanidad culta, de tal modo, que, modelo de hombres felices lo consideraron cuantos se sentían dotados por la Naturaleza y maltratados de la fortuna. En la época de aquella transcendental resolución, su padre, queriendo desviarle de cumplirla, y á modo de único aliciente, capaz de contrarrestar la influencia sobremanera atractiva de Weimar, ofrecióle un viaje por Italia. Era realizar el más ardiente deseo de su vida, y así y todo, no lo aceptó. Quiso primero sentar las bases de su independencia futura, y el viaje quedó aplazado once años.

Así, cuando le fué dado realizarlo, el deseo llegara á un grado de irritación, que era enfermedad: languidecía en ansias de consagrar su vocación de artista con el beso de la tierra clásica.

A la altura de su vida, á Goethe, que produjera mucho, y siempre en la serena progresión de las organizaciones bien equilibradas, no le satisfacía ya nada romántico: renegaba de Werther, que le perseguiría hasta en la India, como decía cada vez que recibía de algún desconocido nuevo testimonio del efecto que su libro causara.

Quería investigar la verdad; penetrar, mediante su percepción sutilísima, en los secretos de la Naturaleza; empezar conociendo hechos, compro-

339536

bando observaciones y deduciendo leyes: no admitir nada falso, nada arbitrario. Abrir los ojos y el alma, libre de prejuicios, á las impresiones de lo bello, y relacionar al sentimiento armónico de la belleza sensible, el de la belleza psíquica, devolviendo á la humanidad, en forma sencilla y hermosísima, cuanto los sentimientos humanos y el amor de la Naturaleza le hubiesen hecho gustar de regalado y puro.

Goethe, en su viaje, relataba lo que iba viendo y le ocurría, en las cartas escritas á sus amigos y amigas de Weimar, y entre las cuales era, sobre todas, preferida la baronesa de Stein, dama de la duquesa Amalia. Sin embargo, no habiéndose publicado hasta muchos años después, siendo las cartas revisadas, no aparecen en ellas los nombres de quienes las recibían. Además de las cartas hay, á guisa de complemento, notas, diarios de viaje y recuerdos del mismo autor. En aquella época no eran sólo religiosas las peregrinaciones á Roma. Toda personalidad artística de valor ansiaba semejante viaje, y el que lo realizaba, atendida la escasez de comodidades, bien se podría llamar peregrino, y aun penitente.

Sufriólo todo alegre Goethe, observando, desde su silla de posta, la figura de las montañas, las cuencas de los ríos, la formación de los terrenos y cuantas plantas, animales y tipos de hombres y mujeres se presentaban á su vista. Regocijábese sintiendo que calentaba el sol, viendo el polvo de los caminos envolver su carruaje, y contemplando el azul purísimo del cielo. Suspiraba por el momento de probar aquellos regalados higos henchidos de almíbar, melocotones y uvas, soñando, ya desde Mignon, en alcanzar con la mano las doradas naranjas en los campos felices. Saludó á Italia desde la altura que domina el lago de Garda, y creyóse feliz oyendo ya usual la amada lengua italiana.

En las poblaciones observaba edificios, cuadros y estatuas; conociase poco experto en las artes plásticas, y se pagaba de la arquitectura pseudo-griega. El primer monumento de la antigüedad que vió, el Anfiteatro de Verona, inspiróle reflexiones á la altura de su grandeza.

En Venecia miró la primera vez de su vida el mar, desde la torre de San Marcos; contempló las lagunas con sol y en sombra, á la pleamar y en seco. Regocijábase viendo mariscos vivos en la playa del Lido. Admiraba aquel pueblo que vive y bulle, ríe y perora; un pueblo tan diferente del alemán. En suma: Venecia no puede haber inspirado más bonito estudio que el que de ella hizo Goethe.

En Roma no hubo ya otro estudio sino el del Arte; todo quedó convertido en nada ante los cuadros de aquellos maestros sublimes. Pero ¿no era preciso, queriendo sentirlos bien, entrar en los secretos de la factura, analizar, descomponer y reconstituir? Goethe no pensó ya más que en *appropriarse*, según la expresión justa de su idioma, la técnica y cuantos conocimientos pudiera adquirir. Su sociedad fué de artistas, á quienes escuchaba, y cuyos consejos le ayudaban. Dibujó, modeló, estudió perspectiva, y al último, después de muchos meses de indecible actividad, si no logró pintar bien, alcanzó su objeto de conocer mejor las obras de Arte, poderlas apreciar y sentir desde más alto.

Aprendió además que pasara su tiempo de comenzar á estudiar las artes plásticas, y que su oficio era otro.

Fué desde Roma á Nápoles. Subió dos veces al Vesubio, y no quedó satisfecho hasta alcanzar el peñasco debajo del cual salía una corriente de lava. El pueblo de Nápoles no le inspiró deseos de trabajar; entregóse al placer de vivir, inherente á los naturales de la *Campagna felice*; se divirtió, go-

zando de la vida como el común de los mortales.

Vuelto á Roma y al Arte, en cómoda instalación, ya rodeado de valiosos objetos artísticos que fuera adquiriendo, no pudo negarse al placer de la amistad afectuosa. Dando de lado todas las lisonjas con que la sociedad no dejaba de solicitarle, hizo que se formase, poco á poco, un círculo de amigos íntimos en su derredor; adquirió afeciones, y ¡ay! cuando se acercó el momento de salir de Roma, sentíase tan á gusto en ella, que la separación le pareció destierro.

Entonces llegó el momento de hacer el resumen de lo adquirido, y conoció que la transformación era completa. Sintióse desprendido de preocupaciones, desligado de trabas, viendo las cosas como son y no como deberían ser; el *debertan* de los amanerados. Rebelábase contra la dependencia constante y algo tiránica de los amigos de *allá*; no quería que viniesen á Roma mientras él estuviese. porque sabía que su manera de ver las cosas les había de chocar. Sus horizontes hiciéronse ilimitados, y si al principio se alegraba de allegar materiales, á fin de tener mucho que trabajar después, vió que el espíritu ocupárase ya en elaborarlos.

Mas el deber había hablado, y todo guardó silencio. Se preparó; dió la última vuelta por Roma; contempló la última vez los cuadros de Rafael y Miguel Ángel. Aguardó el momento de despedirse para declarar su sentimiento á la mujer que le había inspirado tierno y elevado amor; cortó, uno á uno, todos los hilos que le retenían, y dijo adiós á Roma, de noche, solo, á la luz de la luna, recorriendo las calles, subiendo al Capitolio y repitiendo aquellas dos estrofas de Ovidio, que tanto se adaptaban á los sentimientos de su alma.

F. G.

VIAJE Á ITALIA.

¡También yo en Arcadia!

De Carlsbad al Brenner.

Ratisbona, 4 de Septiembre de 1786.

Salí de Carlsbad á hurtadillas, á las tres de la mañana, porque antes no me lo habían permitido. Los amigos, que tan cordialmente celebraron mi cumpleaños, el 18 de Agosto, adquirieron, con tal motivo, el derecho de detenerme; pero no podía retrasarme más. Metíme en la silla de postas enteramente solo, con un lio de mantas y una maleta, y á las siete de apacible mañana nublada, llegué á Zwoda. Las nubes altas, blancas y ligeras; las bajas pesadas. Túvelo por indicio favorable. Después de tan mal verano esperaba gozar buen otoño. A las doce en Eger, con mucho calor. Recordé que este lugar ocupa la misma latitud que la ciudad de mi nacimiento, y me sentí complacido al comer otra vez, al medio día, bajo cielo claro, en el grado cincuenta. Al entrar en Baviera se tropieza con el Monasterio de

Waldsassen, magnífica propiedad de aquellos señores religiosos, que fueron instruídos y avisados antes que los otros hombres. Hállase situado en una pradera honda, á la cual llamaremos plato, por no decir marmita, rodeado de pendientes suaves y fructíferas. En el país posee además el monasterio diversas propiedades, muy lejos á la redonda.

Es el suelo esquivo arcilloso disgregado. El cuarzo, en esta suerte de montaña, no se ha eflorescido y hace el terreno poroso y muy fértil. Hasta Tischenreuth sube y las aguas corren hacia el Eger y el Elba; desde Tischenreuth hay pendiente al Sur, y las aguas bajan al Danubio. Una corriente de agua, por pequeña que sea, me da clara y rápida idea de un país. Observando hacia donde corre, á qué cuenca pertenece, se encuentra, aun en comarcas que nunca se han visto, conexión de pensamiento entre los valles y las montañas.

Desde el lugar mencionado comienza una excelente carretera, que no se puede ver mejor ni más perfecta; pues la arena, disgregada del granito, y la tierra arcillosa, haciendo cemento, le forman una superficie tan lisa que podría servir para era de trillar. Estas mismas condiciones hacen más feo el país que atraviesa. Igualmente granítico, llano y pantanoso, su fealdad favorece al camino. Desde que empieza la bajada, se adelanta con increíble rapidez, cosa que contrasta notablemente con el paso de caracol de las postas de Bohemia. La hoja adjunta indica las etapas recorridas. Basta. A las diez de la mañana siguiente hallábame en Ratisbona,

habiendo dejado atrás veintinueve millas y media en treinta y nueve horas. Encontrándome, al amanecer, entre Schwandorf y Regenstauf, observé el cambio favorable de los campos. No eran ya detritus de montañas, sino buenas tierras mezcladas de aluvi6n. En tiempos remotos las aguas tuvieron flujo y reflujo, del valle del Danubio, remontando el curso del Regen, á todos estos valles, que ahora vierten en 6l sus aguas y así se convirtieron pantanos naturales en tierras de labor. Estas observaciones valen en las cercanías de todos los ríos pequeños y grandes, y con tal guía presto se adquieren datos acerca del cultivo adecuado á cada suelo.

Ratisbona está deliciosamente situada. Sus cercanías debieron ser cebo y atractivo suficiente para la formaci6n de una gran ciudad. Así supieron entenderlo los Señores religiosos. Todo el campo en derredor les pertenece, y en la ciudad hay iglesia sobre iglesia, convento sobre convento. El Danubio record6me el viejo Main. En Francfort, el río y los puentes tienen mejor vista, pero aquí, Stad-am-Hof, situada del otro lado, aparece bellísima. Me dirigí enseguida al colegio de Jesuítas, donde se celebraban las representaciones que los alumnos hacen todos los años. Ví el final de la ópera y el principio de la tragedia. No lo hicieron mal para ser una compaía de aficionados noveles, y estaban muy bien vestidos, casi con demasiado lujo. Este espectáculo público me convenció, una vez más, de la sagacidad de los Jesuítas. No desdeñan cosa alguna que pueda

ejercer influencia, y la emplean con cariño y atención. Esta no es la sagacidad como se entiende en abstracto; es el gusto de las cosas y una participación complaciente en lo que resulta de la acción de la vida. Así como esta Compañía religiosa tiene á su servicio constructores de órganos, escultores y doradores, admite algunos que cultivan el teatro con inteligencia y afición, y así como hacen ostentación del fausto para adorno de su iglesia, de igual manera estos hombres expertos se apoderan de los sentimientos mundanos por medio de un teatro decoroso.

Hoy escribo en el grado cuarenta y nueve: no se presenta mal. La mañana estuvo fresca y también aquí se quejan del frío y de la humedad del verano: luego el día se quedó hermoso y tranquilo. El aire suave que trae un gran río, no se parece á nada. La fruta no es notable: he comido buenas peras, pero me perezco por uvas é higos. La manera de hacer y de ser de los Jesuitas hízome pensar mucho. En el plan de sus iglesias, torres y edificios, hay algo de grande y cumplido, que inspira íntimo respeto en los hombres. En el decorado, oro, plata y otros metales, piedras pulimentadas, prodigado todo con lujo y riqueza suficientes para deslumbrar á los mendigos de todas las clases. No falta tampoco, de cuando en cuando, algo de eso trivial é insípido que tanto atractivo tiene para la naturaleza humana y que la atrae. Este es, en general, el genio de los católicos en el culto externo de Dios, pero nunca lo había visto puesto en acción con tanta secuencia; tanto enten-

dimiento y tanta habilidad como por los Jesuitas. Tienen á eso principalmente, porque no continúan, como otras órdenes religiosas, una devoción vieja y obtusa, antes bien, en gracia del espíritu de su tiempo, se engalanan con brillo y ostentoso aparato.

Aquí se emplea para las obras una piedra muy singular: brillante como arcilla roja de antigua formación, tan antigua que se podría tomar por primordial y aun porfírica. Es verdosa, compenetrada de cuarzo, tiene poros y hay en ella grandes manchas del más duro jasper, dentro de cuyas manchas hay otras redonditas de una especie de brecha. Un trozo había muy instructivo y apetitoso, pero pesaba mucho y he prometido no cargarme de piedras en este viaje.

Munich, 6 de Septiembre de 1786.

El cinco de Septiembre á las once y media de la mañana, salí de Ratisbona. Por Abach es el país hermoso, rompiéndose el Danubio contra rocas calizas hasta más allá de Saal. La cal es semejante á la de Osteroda en el Hartz, compacta, pero completamente porosa. A las seis de la mañana hallábame en Munich, y después de doce horas de mirar por todas partes, pocas observaciones voy á hacer. En la galería de cuadros no me encontré en terreno propio. Necesito, ante todo, volver á

acostumbrar mis ojos á los cuadros. Hay cosas bonitas. Los bocetos de Rubens en la Galería de Luxemburgo, me gustaron mucho. Allí está también el notable juguete modelo de la columna de Trajano. El fondo de lapislázuli, las figuras doradas; no deja de ser un bonito trabajo que complace mirar. En la sala de lo antiguo observé perfectamente que mis ojos no están familiarizados con estas cosas, por cuya razón no quise detenerme ni perder tiempo. Hay muchas que no me dicen nada, sin que yo sepa por qué. Un Druso atrajo mi atención; dos Antoninos me gustaron, y así algún otro. El conjunto no resulta bien, porque no está bien arreglado, y la sala, ó mejor dicho la bóveda, luciría mejor con sólo estar más limpia y cuidada. En el Gabinete de Historia Natural vi cosas bonitas del Tirol que, en ejemplares de Museo, ya conocía y tengo.

A una mujer encontré que me ofreció higos; como eran los primeros, me supieron riquísimos; pero, en general, la fruta, para el grado cuarenta y ocho, no es muy buena. Aquí se quejan del frío y de la humedad: esta mañana me recibió en Munich una niebla que podría pasar por lluvia. Durante el día sopló el viento bastante frío de las montañas del Tirol. Cuando las miré desde la torre, estaban cubiertas, y el cielo cargado de nubes; sólo al ponerse, brilló el sol en la alta torre que está delante de mi ventana. Perdóneseme que me cuide tanto de los vientos y del tiempo. El que viaja por tierra, casi al igual del navegante, depende de ellos, y sería deplorable que el otoño en el extranjero me

fuese tan poco benigno como lo fué el verano en mi tierra. ¡Ahora, á Inspruck en derechura! ¿Por qué no he de dejar todo de lado para seguir el pensamiento, que ya casi se ha hecho demasiado viejo en mi alma?

Mittenwald, 7 de Septiembre de 1786, por la tarde.

Parece que mi genio protector dijo á mi credo: amén, y le agradezco haberme traído en día tan hermoso. El último postillón aseguró, en una exclamación de placer, que era el primero en todo el verano. Yo secretamente tuve la supersticiosa esperanza de que así continuaría. Pero, vuelvo á pedir á mis amigos me perdonen si les hablo otra vez de viento y lluvias. Cuando salí de Munich á las cinco, el cielo se había aclarado. En las montañas del Tirol sosteníanse enormes, compactas masas de nubes, y las que estaban más bajas, en bandas ligeras, tampoco se movían. Sube el camino á la altura á cuyo pie se ve correr el Isar, por una reunión de colinas de guijos que el agua aglomeró. Hízosenos aquí manifiesto el trabajo de las corrientes de los antiguos lagos. En muchos cantos rodados de granito, me encontré hermanos y parientes de ejemplares de mi Gabinete que debo á Knebel. La niebla del río y de las praderas duró algún tiempo; al fin también desapareció. En los intersticios de las mencionadas colinas de gui-

jos, que se extienden durante muchas leguas, hay la más hermosa y rica tierra de labradío, como en el valle del Regen. Volviendo al Isar, se vé una trinchera y una pendiente de la colina guijosa, que bien podrá tener ciento cincuenta pies de alto. Llegué á Wolfrathshausen alcanzando el grado cuarenta y ocho. El sol quemaba; nadie confiaba en el buen tiempo; se quejaban del mal año, lamentándose de que el gran Dios no quisiese remediarlo.

Ahora voy á subir á un mundo nuevo; me aproximo á las montañas, que poco á poco se descubren.

Benediktbeurn está admirablemente situado, y sorprende á primera vista. En fértil llanura, el edificio blanco, ancho y largo, y detrás una escarpada roca, más ancha y más alta. Después se sube á Kochelsée, luego arriba, en la montaña, á Walchensée. Aquí saludé los primeros picos nevados, y al maravillarme de estar tan cerca de las alturas cubiertas de blanco, supe que ayer, en esta región, hubo truenos y relámpagos y cayó nieve en los montes. En tales meteoros cifran la esperanza de que mejore el tiempo, y de las primeras nieves conjeturan un cambio atmosférico. Las rocas que me rodean son todas calizas, de la mayor antigüedad, y aún no contienen petrificaciones. Estas montañas calizas van en enorme é ininterrumpida fila desde la Dalmacia al San Gotardo, y todavía más lejos. Hacquet recorrió gran parte de la cadena. Se asientan sobre rocas primitivas de cuarzo y arcilla. Llegué á Walchensée á las cuatro y media: una legua próximamente an-

tes del lugar me sucedió una graciosa aventura. Caminaban delante de mí un arpista y su hija, niña de once años, y el padre me suplicó que la llevase en mi coche; él iba cargado con su instrumento; hice subir á la niña y sentéla á mi lado, y ella colocó con mucho cuidado á sus pies una gran caja nueva. Era una personita muy mona y que había viajado ya bastante. A pie fuera con su madre á Nuestra Señora de Einsiedeln, y las dos querían emprender el viaje, mucho mayor, á Santiago de Compostela, pero se murió la madre y su voto no pudo cumplirse. Nunca se hace demasiado para honrar á la Madre de Dios, decía. Ella misma había visto, después de un gran incendio, una casa quemada hasta los cimientos, y sobre la puerta, detrás de un cristal, la imagen de la Madre de Dios; cristal é imagen enteros, lo cual fué milagro evidente. Todos sus viajes los hiciera á pie. Ultimamente tocara en Munich delante del Elector y, entre todas, se había hecho oír de veintiuna personas reales. Me divertió mucho. Tenía grandes ojos, oscuros y bonitos; frente voluntariosa, que á veces plegaba un poco hacia arriba. Cuando hablaba era agradable y natural, particularmente si soltaba su risa infantil. Por el contrario, cuando estaba callada, parecía querer dar á entender algo, y hacía una mueca fatal con el labio superior. Mucho charlé con ella: encontrábase familiarizada con todo y se fijaba en todos los objetos. Preguntóme una vez por un árbol. Era un hermoso arce, el primero que se me había presentado en todo el viaje. Esto mismo observó ella, y luego al aparecer otros se-

mejantes, se alegraba mucho de conocer y poder distinguir ya aquel árbol más. Me dijo que iba á la feria de Botzen, donde suponía que yo igualmente me encaminaba. Si nos encontrábamos, tenía que feriarle algo, cosa que le prometí. Allí quería estrenar la nueva cofia que en Munich se había mandado hacer con sus ganancias. Quiso enseñármela, abrió la caja y tuve que regocijarme con ella, á la vista del muy bordado y encintado adorno de cabeza. Otra perspectiva á los dos nos regocijó, y fué su seguridad de que tendríamos buen tiempo. Ellos llevaban consigo el barómetro, que era su arpa. Cuando el diapasón se subía, el tiempo sería bueno, y esto sucedía precisamente hoy. Díjele el *Asi sea*, y nos separamos contentos, esperando que pronto nos volveríamos á ver.

En el Brenner, 8 de Septiembre de 1788.

Llegué por último y como forzado á un punto de descanso, á un silencioso lugar, tal como yo solo podía deseármelo. Era de esos días cuyo recuerdo dura gratísimo durante largos años. Salí á las seis de Mittenwal. Un viento fresco limpiaba por completo el cielo claro. Hacía frío, como sólo en febrero puede permitirse. Con la luz del sol naciente destacábanse, en primer término, oscuros pinares; después, grises montañas

calizas, y por último, detrás de todo, los picos más altos nevados, sobre un fondo de azul purísimo. Era un cuadro espléndido, siempre variado.

Por Scharnitz se llega al Tirol. Sus confines están señalados por una empalizada que rodea el valle y va á unirse con la montaña. Hace muy buena vista. De un lado las rocas están anchamente cimentadas; por el otro se levantan á pico. Desde Seefeld el camino es cada vez más interesante, y si hasta aquí, conforme íbamos subiendo de eminencia en eminencia, todas las aguas buscaban la región del Isar, vemos ahora, desde la cumbre, el valle del Inn y á Inzinguen delante de nosotros. El sol en el cenit calentaba: tuve que aligerarme de ropa, que con las variaciones de la atmósfera cambio á cada momento. Bajamos al valle del Inn por Zirl. El sitio es indescriptiblemente bello, y esá, á modo de gasa, que produce la evaporación, cuando el sol está en su cenit, lo hacía soberbio. Más de lo que convenía á mi deseo se apresuraba el postillón. No había oído misa y quería llegar á Inspruck, para hacerlo más devotamente. Era el día del nacimiento de Nuestra Señora. Bajaba, pues, al Inn, ruidosamente, costeano las escarpadas y enormes rocas calizas de Martín. En la subida, donde dicen se extravió el emperador Maximiliano, me atrevería yo á ir y venir sin la ayuda de ningún ángel, aunque siempre sería empresa peligrosa. La situación de Inspruck es deliciosa, en un valle extenso y rico, entre altas rocas y montañas. Primero pensé quedarme, pero no habría estado tranquilo. Divertíme cor-

to rato con el hijo del posadero; un Soeller (1) rollizo. Poco á poco voy encontrando á mis hombres. Todo está engalanado para celebrar la fiesta de María. Todos reunidos, los sanos y los amigos de obras buenas, van á Wilten, Santuario á un cuarto de legua de la ciudad, camino de la montaña. A las dos, cuando mi carruaje en marcha separaba el abigarrado gentío, toda la procesión estaba en movimiento. Al subir desde Inspruck, el país cada vez es más hermoso. No vale descripción alguna.

Por camino cómodo se sube un desfiladero que envía sus aguas al Inn, desfiladero que ofrece á la vista innumerables cambiantes. Mientras el camino por un lado se acerca á las rocas abruptas, hasta el punto de ser en ellas propias abierto, por el otro lado la pendiente es tan suave, que permite el cultivo más perfeccionado. Hay aldeas, casas grandes y chicas, chozas; todo blanqueado entre campos y vallados en aquella llanura alta, espaciosa y ligeramente costanera. Pronto cambia todo. El cultivo queda reducido á praderías, que al cabo conviértense también en pendientes rápidas.

Para mi concepto del mundo he ganado mucho, pero nada enteramente nuevo ó inesperado. También he discurrido largamente en el Tipo de que hablo hace tanto tiempo. Quisiera hacer intuitivo lo que en mi interior llevo, y que en la Naturaleza no puedo presentar á los ojos de cada uno. Llegó la obscuridad gradualmente.

(1) Personaje de Los Cómplices.

Lo aislado se pierde; las masas v^{án}se volviendo más compactas y más imponentes; por último, cuando todo se mueve ante mí, como una secreta, profunda imagen, vuelvo á mirar los altos picos nevados iluminados por la luna, y ahora espero que la mañana aclare esta hendidura de roca, delimitación entre el Norte y el Sur, en la cual estoy encerrado.

He de poner aquí todavía algunas observaciones sobre el tiempo, que sin duda por lo mucho que en él me ocupo, me es favorable. En la tierra llana recibimos el tiempo bueno ó malo, cuando ya viene hecho; en la montaña, por el contrario, al formarse; sucedióme esto tantas veces, cuando en mis viajes, paseos y cacerías he pasado días y noches en montes arbolados, entre rocas y peñas, que me ha entrado una manía,—por otra cosa no quiero darla,—que no puedo desechar, como no pueden desecharse en nada las manías. La veo en todas partes como si fuese verdad, y así voy á decir la, que sin esto, con bastante frecuencia pongo á prueba la indulgencia de mis amigos. Consideramos las montañas, más ó menos cerca ó lejos y vemos sus cimas, unas veces brillando al sol, otras envueltas en niebla, coronadas de tormentosas nubes, fustigadas por la lluvia, cubiertas de nieve, y todo esto se lo achacamos á la atmósfera, porque mediante nuestros ojos podemos ver y apreciar sus movimientos y cambios. Al contrario, las montañas, para nuestros sentidos externos, permanecen en su acostumbrada figura inmóviles, las tenemos por muertas, porque están entorpecidas; las cree-

mos inactivas, porque descansan. Pero yo, hace mucho tiempo que no puedo desprenderme de la idea que una acción interna, silenciosa y secreta suya, tiene gran parte en los cambios que manifiesta la atmósfera. Es decir, creo que, en general, la masa de la tierra, y por consiguiente más sus fundamentos, al salir al exterior, no pueden ejercer acciones atractivas, constantes y siempre iguales, sino que su poder de atracción se exterioriza en ciertas pulsaciones, de suerte que por internas necesidades ó quizás por accidentales causas externas, unas veces se aumenta y otras disminuye. Los ensayos que pudieran hacerse para demostrar tales oscilaciones, serían demasiado limitados y toscos. La atmósfera es suficientemente sutil y amplia para enterarnos de aquellas energías silenciosas. Se aminora en lo más mínimo aquella potencia atractiva; en seguida el rebajamiento de la pesadez y la disminución de la elasticidad del aire, nos dan cuenta de este cambio. La atmósfera no puede ya sostener la distribución química y mecánica de la humedad que contiene; las nubes se bajan, la lluvia se desprende y á torrentes cae sobre la tierra. Pero aumentan las montañas su fuerza, vuelve á restablecerse la elasticidad del aire y se originan dos interesantes fenómenos. A la vez reunen las montañas en su derredor tremendas masas de nubes; las sostienen, fuertes y apretadas sobre sí como una segunda cima hasta que, obligadas por interna lucha de la fuerza eléctrica, se deshacen en granizo, niebla y lluvia. En seguida actúa el aire elástico restante, que se encuen-

tra capaz de emplearse en tomar más agua y disolverla. Yo vi con entera claridad la consumpción de una de estas nubes. Colgaba del pico más alto y la iluminaban arreboles. Lentamente, lentamente iban sus límites deshaciéndose. Trozos semejantes á copos de algodón, desprendíanse á veces y se elevaban; desaparecían, y así desapareció, poco á poco, toda la masa y fué para mis ojos como rueca propia y completamente hilada por invisible mano. Si mis amigos se han reído del observador ambulante del tiempo y de sus teorías, declaro que quizás por algunas otras consideraciones les doy igualmente ocasión de reirse. He aquí cómo mi viaje es una verdadera huida, motivada por las molestias que sufro en el grado cincuenta y uno y la esperanza de hallar, en el grado cuarenta y ocho, una verdadera tierra de Gosen. Pero me engañé, como era natural que me engañase. No sólo la altura del polo hace el clima y el tiempo, sino las cordilleras, sobre todo aquellas que cortan las tierras de Levante á Poniente; en éstas ocurren siempre grandes cambios, y las del Norte llevan la peor parte. Así parece haber sucedido este verano en toda la parte Norte de la gran cadena Alpina, donde escribo esto. Aquí los últimos meses llovió sin cesar, y el Sudeste y Sudoeste llevaron las lluvias hacia el Norte. En Italia deben haber tenido buen tiempo, demasiado seco tal vez. Digamos ahora algo de las plantas, sobre las cuales tienen la elevación del suelo y la humedad influencias muy diversas. Tampoco en esto he encontrado grandes cambios, aunque sí mejora.

En el valle de Inspruck, las manzanas y las peras abundaban, pero en cambio los melocotones y las uvas venían de Italia ó del Mediodía del Tirol. Hacia Inspruck cultivan mucho maíz y trigo sarracénico ó negro, que llaman *Blende*. Subiendo al Brenner vi los primeros alerces, y por Schenberg los primeros pinos de piñones. ¿Me habría preguntado aquí la hija del arpista qué árboles eran?

Respecto de las plantas, me siento aún bastante novato. Hasta Munich sólo me ha parecido ver las usuales. Mi viaje acelerado de día y de noche no se presta á tan delicadas observaciones. Cierto que llevo conmigo mi Linneo y muy aprendida su terminología. Pero ¿dónde tengo tiempo y sosiego para analizar? Lo cual, por otra parte, si es que me conozco bien, nunca será mi fuerte. Por esta razón aguzo mis ojos para abarcar todo lo que es general, y cuando vi en el lago de Walchen la primera genciana, recordé que hasta aquí siempre he observado las plantas nuevas á la orilla del agua.

Lo que más ha llamado mi atención es la influencia que parece tener la altura de las montañas sobre las plantas. No solamente las he encontrado nuevas, sino modificado el desarrollo de las conocidas. En las comarcas bajas, las ramas y los tallos son más fuertes, las hojas más anchas y los botones están más cerca unos de otros. Subiendo á la montaña, ramas y tallos aparecen más tiernos; los brotes tan separados, que de uno á otro hay un espacio grande y las hojas se presentan más lanceoladas.

Observé esto en un sauce y en una genciana, y me convencí que no eran las del valle y las del monte especies distintas. También en el lago de Walchen advertí juncos más largos y delgados que en la tierra baja. Los Alpes calizos, que hasta ahora he atravesado, tienen color pardusco y formas bellas, caprichosas é irregulares. Aunque repartidas igualmente en capas y bancos, por efecto de violentas sacudidas, estas capas han brotado fuera; esto y la desigual eflorescencia de las rocas, es la causa de que aparezcan crestas y picos de una manera tan rara.

Esta suerte de montaña continúa hasta mucho más arriba del Brenner. En la región de los lagos superiores encontré una variante. En un esquisto-micáceo, verde, oscuro y gris oscuro, fuertemente compenetrado de cuarzo; hállase una piedra caliza más blanda y compacta, que al romperla se encuentra micácea. Aparece en enormes masas, pero quebradas y muy numerosas. Más arriba muéstrase una especie particular de gneis, ó más bien, una suerte de granito en forma de gneis, como en la región de Elbogen. Aquí arriba, cerca de la casa, la piedra es esquisto-micáceo. Las aguas que bajan de la montaña sólo traen esta piedra y cal gris. No debe estar lejos el granito sobre el cual se asienta todo. El mapa indica que me encuentro al lado del gran Brenner, propiamente dicho, del que descienden las aguas para repartirse en contorno.

Del aspecto de la raza he sacado en consecuencia esto: la nación es animosa y recta. Las caras son casi

todas semejantes: ojos oscuros, rasgados y cejas muy bien dibujadas en las mujeres; al contrario, cejas grandes y rubias en los hombres. A estos dan alegre aspecto, entre las rocas grises, los sombreros verdes. Llévanlos adornados de cintas ó de anchas bandas de seda con fleco, graciosamente prendidas con alfileres, y cada uno ostenta, en su sombrero, una pluma ó una flor.

En cambio se construyen las mujeres, con algodón blanco velludo, gorros anchos, que parecen mal formados gorros de dormir de hombre. Esto les da aspecto muy extraño: fuera de su país llevan el sombrero de hombre, que viste tan bien.

He tenido ocasión de ver cuánto valor da la gente del pueblo á las plumas de pavo real, y en general lo que se aprecia toda pluma de colores. El que quisiera recorrer estas montañas debería llevar muchas consigo. Una de tales, dada en su tiempo y sazón, sería acogida como la mejor propina.

Mientras reuno, en un paquete bien cerrado, al cual doy conveniente dirección, estas hojas sueltas para que mis amigos puedan tener pronto noción de lo que hasta ahora me ha ocurrido y para desahogar mi alma de lo que he pensado y me ha acontecido, miro con cierto temor varios paquetes acerca de los cuales tengo que hacer confesión sucinta y clara. ¿No son mis acompañantes? ¿No tendrán acaso influencia considerable en mis días venideros? Llevé conmigo á Carlsbad todos mis escritos, á fin de preparar definitivamente la edición, encomendada á Göschen. Los inéditos teníalos

hace mucho tiempo copiados por la experta mano del Secretario Vogel. Este me acompañaba para prestarme su ayuda; por consiguiente, me encontré en condiciones, gracias á la fiel colaboración de Herder, de enviar al editor los cuatro primeros volúmenes, y estaba en la idea de hacer lo mismo con los otros cuatro. Consistían en trabajos sólo bosquejados ó en fragmentos, que con mi mala costumbre de empezar mucho y dejarlo después, porque el interés se aminora con los años, los quehaceres y las distracciones, habían ido poco á poco aumentando. Como tenía conmigo todo eso, hube de acatar gustoso el mandato de la inteligente sociedad de Carlsbad, leyéndoles todo lo que les era desconocido. Quejáronse y se lamentaron de que no se diese cima á trabajos que podían proporcionarles más largo entretenimiento.

La fiesta de mi cumpleaños sirvió principalmente para que recibiese muchas poesías, en nombre de mis emprendidos y descuidados trabajos, en las cuales poesías cada uno, á su manera, se quejaba de mi proceder. Entre otras señalábase una composición poética en nombre de los pájaros, donde una de estas alegres criaturas pedía con urgencia á su amigo fiel, que se fundase y organizase prontamente su innumerable imperio, así como se lo había prometido. No menos ingeniosas y lindas eran las manifestaciones sobre mis otras obras, de modo que les volvieron á dar vida y comuniqué á los amigos, con el mayor placer, mis propósitos y planes completos. Con este motivo se avi-

varon los deseos, hiciéronse insistentes las pretensiones, y Herder ganó la partida. Trató de convencerme que debía llevar conmigo estos papeles, sobre todo *Ifigenia*, para dedicarle la atención que merecía. La pieza, tal como se halla en la actualidad, es mejor bosquejo que obra acabada. Está escrita en prosa poética que á veces se termina en ritmos yámbicos y se asemeja también al verso libre. Esto perjudica mucho á la acción, si no se lee muy bien y no se saben ocultar las faltas mediante ciertos artificios. Herder me lo encomendó con el mayor encarecimiento, y habiéndole ocultado, lo mismo que á todo el mundo, mis grandes proyectos de viaje, creyó que sólo se trataba de una excursión á las montañas. Como siempre se burla de la Geología y de la Mineralogía, me aconsejó que, en lugar de martillar piedras, emplease mis instrumentos de trabajo en aquella obra. Obedecí también razonadas insistencias, pero hasta el presente no me fué posible consagrarme á tal objeto. Ahora saco á *Ifigenia* del paquete, para que venga conmigo al país hermoso y templado.

El día es largo: la meditación de la noche sin importunos, y los admirables cuadros del mundo no perjudican, en manera alguna, el sentido poético, antes bien lo solicitan: acompañado de movimiento y aire libre, sale más pronto fuera y con mayor vida.

Del Brenner á Verona.

Trento 11 de Septiembre de 1786.

Después de ocupaciones continuas, durante cincuenta horas completas, llegué ayer á las ocho de la noche. Lo primero que hice fué descansar, y ya me encuentro dispuesto á continuar mi relato. La noche del nueve, después de terminada la primera parte de mi diario, quise dibujar del natural el mesón del Correo, en el Brenner; pero no me salió bien: erré el carácter de la cosa y retiréme medio disgustado. El maestro de postas me preguntó si no querría seguir el viaje. Hacía luna y el camino era excelente. Sabía que necesitaba sus caballos para el acarreo de la última hierba seca, y de buena gana los vería de vuelta á tiempo. Acepté el consejo, aunque era interesado, en gracia de avenirse bien con mis inclinaciones interiores. El sol volvió á brillar, el aire era soportable, hice mis paquetes, y á las siete continué el viaje. Las nubes se disiparon en la atmósfera y la noche estuvo muy buena.

El postillón dormía mientras los caballos bajaban, á trote vivo, el camino bien conocido de la montaña. Cuando llegaban á un llano y acortaban el paso, el postillón despertaba y los volvía á arrear. Así llegué, muy deprisa, por entre altas rocas, al río Etsch, de rápida corriente. La luna, al levantarse, iluminaba objetos fan-

tásticos. Algunos molinos, entre viejísimos pinos, sobre el río espumoso, eran verdaderos Everdingen.

Cuando llegué, á las nueve, á Sterzing, hiciéronme entender que deseaban verme de nuevo en camino. En la posada de Mittenwald, á las doce, encontré todo sumido en el sueño, excepto el postillón, y lo mismo sucedió en Brixen, donde igualmente me echaron fuera; de manera que con el día llegué á Kollmann. Los postillones guían de manera que pierde uno la vista y el oído, y me da pena recorrer estos lugares hermosísimos con horrible prisa, de noche y á modo de vuelo. Sin embargo, interiormente, no dejaba de alegrarme al verme arrastrado, por un viento favorable, al término de mis deseos.

Al abrir el día distinguí la primera colina, cubierta de viña. Una mujer me ofreció peras y melocotones, y nada ocurrió hasta Deutschen, donde llegué á las siete, y de igual modo me despidieron. Por fin, cuando ya el sol estaba alto, después de adelantar un poco, descubrí el valle donde se halla Botzen. Rodeado de montañas escarpadas y cultivadas hasta cierta altura, ábrese al Mediodía y lo protegen, al Norte, los montes del Tirol. Suave y apacible ambiente llenaba el lugar. El Etsch vuelve á torcerse hacia el Mediodía. Las colinas, al pie de las montañas, están plantadas de vides, guiadas en forma de emparrados bajos. Las uvas tintas cuelgan graciosamente de su techumbre, y maduran con el calor del cercano suelo. También en lo llano del valle, donde apenas hay sino praderas, cultivan la vid

en parras estrechas, y á los lados el maíz, cuyos tallos suben siempre más altos. Los he visto con frecuencia hasta de diez pies. Los tallos de las flores todavía no los cortaron, según acostumbran al acercarse la madurez del fruto.

Llegué á Botzen con sol muy fuerte. Las numerosas caras de mercaderes reunidos me hicieron gracia. Allí se ve el bienestar expresado muy al vivo. En la plaza, las mujeres venden fruta en cestos redondos y chatos, de cuatro pies de diámetro, donde los abridores vénse uno al lado de otro para que no se opriman, y lo mismo las peras. Vínoseme aquí á la memoria lo que vi escrito en la ventana de la posada de Ratisbona.

Comme les pêches et les melons
Sont pour la bouche d'un baron
Ainsi les verges et les bâtons
Sont pour les fous, dit Salomon.

Evidentemente era un barón del Norte quien tal escribió, y es muy natural que si estuviese aquí cambiaría sus ideas.

La feria de Botzen da salida á mucha seda. También van paños, y todo cuanto se hace de cuero en los lugares de la montaña. Vienen muchos mercaderes, principalmente para reembolsar dinero, recibir pedidos y abrir nuevos créditos. Tuve deseos de examinar de cerca todos los productos allí reunidos; pero el barullo y la intranquilidad que había en pos de mí, no me dejaban en paz y apresuré la marcha. Además, confío que en

nuestros tiempos de estadística todo esto se encuentra impreso y puede aprenderse en los libros. Ahora sólo busco la impresión de las cosas sobre los sentidos, que ni libros ni estampas puedan dar. Se trata de volver á tomar interés por el mundo, de probar mi espíritu de investigación, de saber á cuánto alcanzan mi sabiduría y conocimientos; si la luz de mis ojos es limpia y clara, cuántos objetos puedo percibir de golpe, si los pliegues que se han impreso en mi alma pueden volver á deshacerse. Ahora que me sirvo á mí mismo tengo que estar siempre atento, siempre en las cosas presentes: estos pocos días dieron á mi espíritu elasticidad desusada: tengo que ocuparme en el curso del dinero, cambiar, contar, apuntar, escribir; mientras antes no hacía sino pensar, sentir, mandar y dictar. De Botzen á Trento hay nueve millas de camino por un fértil valle. Todo lo que trata de vegetar en las montañas tiene aquí más fuerza y más vida; el sol calienta, y vuelve uno á creerlo un dios.

Una pobre mujer me llamó rogándome que cogiese á su niño en el coche, porque el suelo le abrasaba los pies. Ejercí la caridad en honor de la potente luz del cielo. El niño iba estrafalariamente vestido, y en ninguna lengua pude hacerle hablar palabra.

Corre el Etsch más tranquilamente, y á sitios deja al descubierto depósitos de arena gorda. Entre el río y las colinas, y en la vertiente de éstas, las plantaciones hállanse tan juntas que parecen deber ahogarse unas á otras. Viñedos, maíz, moreras, manzanos, perales,

membrillos y nogales. El yezgo se cimbreaba sobre los muros, extiende la hiedra sus gruesos tallos por las piedras que tapiza, los lagartos se introducen en las grietas, y todo cuanto vemos al pasar nos ofrece el cuadro más artístico: las trenzas atadas de las mujeres, los pechos desnudos y los ligeros jubones de los hombres.

Los magníficos bueyes que vuelven del mercado á casa, los borriquillos cargados; todo representa un animado cuadro de Enrique Roos. Y cuando al caer la tarde, con el aire enteramente tranquilo, algunas nubes descansan sobre las montañas, y otras, mejor que pasan se detienen en el cielo, y luego al ponerse el sol comienza el chirrido de las cigarras, entonces vuelve uno á sentirse en el mundo como en su tierra, y no desterrado y escondido. Paréceme como si aquí hubiese nacido ó me hubiese criado, y ahora volviese de un viaje á Groenlandia, ó de una pesca de ballenas. Con el mismo agasajo saludo el polvo de la patria que muchas veces se levanta alrededor de mi carruaje, y del que no tenía noticia hace tanto tiempo. El canto de las cigarras, penetrante y no desagradable, me gusta en extremo. Es un sonido alegre cuando en un campo los traviosos muchachos silban en competencia con estas cantadoras, y unos á otras parecen sobrepujarse. La noche es tan perfectamente suave como el día. Si alguno que viva en el Mediodía ó de allí viniese, oyera mi entusiasmo, me tendría por muy pueril. ¡Ah! lo que ahora expreso lo tengo sabido hace mucho tiempo, tanto cuanto he padecido bajo un cielo malo, y ahora siento, por excepción,

esa alegría que deberíamos gozar siempre como satisfacción de una eterna necesidad de la Naturaleza.

Trento 10 de Septiembre de 1796.

Recorri la población, que es viejísima, y tiene, en algunas calles, casas muy bien construídas. En la iglesia hay un cuadro que representa á todo el Concilio oyendo un sermón del general de los Jesuítas. Quisiera saber si los convenció. La iglesia de estos Padres se distingue por las columnas de mármol rojo de su fachada. Una pesada cortina cierra la puerta para que no entre el polvo. Levántela y entré en el pórtico, que es pequeño. La iglesia, propiamente dicha, hállase cerrada, con verja de hierro, dispuesta de manera que puede verse el interior. Todo lo vi silencioso y como muerto; pues en ella ya no hay culto: la puerta exterior estaba abierta al igual de todas las iglesias en la hora de vísperas.

Contemplaba todavía la arquitectura, semejante á la de todas las iglesias de estos Padres, cuando entró un anciano, que se quitó al punto su gorro negro. Su traje talar raído denunciaba un eclesiástico pobre. Arrodióse delante de la verja, y después de corta oración se levantó. Al marcharse iba diciendo á media voz: «¡Echaron á los Jesuítas! ¡deberían haberles pagado lo que costó la iglesia! Yo sé bien cuánto ha costado, y el Semi-

nario: ¡Cuántos miles de escudos!» En esto salió y dejó caer tras sí la cortina, que levanté un poco y sostuve.

Quedárase en el primer escalón, y decía: «el Emperador no hizo esto; lo hizo el Papa.» Vuelta la cara á la calle, y sin sospechar de mí prosiguió: «¡Primero los españoles, después nosotros, luego los franceses. La sangre de Abel clama contra su hermano Caín!» Entonces bajó la escalera sin cesar de hablar consigo mismo, y tomó la calle. Verosímilmente era un hombre á quien los Jesuítas sostenían, y que de resultas de la tremenda caída de la Orden, perdió el juicio, viniendo ahora todos los días á la desierta nave en busca de los antiguos habitantes, y después de corta plegaria, maldecía á sus enemigos. Un joven á quien pregunté acerca de lo notable de la población, me enseñó una casa que llaman «la casa del diablo», y que el mal espíritu, de ordinario hábil destructor, levantó—dicen—en una noche con piedras traídas como por ensalmo. Lo digno de atención no lo advirtió el buen muchacho, y consiste en ser la única casa de buen gusto que vi en Trento, edificada indudablemente en tiempos antiguos por un excelente alarife italiano. A las cinco de la tarde me puse en camino y se repitió lo de la noche anterior, principiando el cascabeleo de las cigarras al ponerse el sol. Durante una milla larga se viaja entre muros, por cima de los cuales sobresalen los emparrados.

Trataron de levantar algunos, más bajos, con piedras, espinos y otras artes, para preservar las uvas del merodeo de los transeuntes. Muchos propietarios rie-

gán los racimos más visibles con lechada de cal, que hace las uvas incomedibles y no perjudica al vino, porque la fermentación lo elimina todo.

Roveredo 11 de Septiembre de 1786, tarde.

Estoy en Roveredo, donde las lenguas se separan. Hasta aquí venían con tendencia del alemán al italiano. Ahora, por primera vez, he tenido un postillón italiano puro. El huésped no habla alemán, y tengo que probar mi habilidad en la lengua. ¡Qué contento estoy de que esta lengua querida y viviente sea la usual!

Torbole 12 de Septiembre de 1786, después de comer.

¡Cuánto desearía á los amigos á mi lado para que pudieran deleitarse en la vista que tengo delante!

Hoy, por la tarde, hubiera podido llegar á Verona; pero se me presentaba un aspecto de la Naturaleza tan magnífico, un espectáculo tan precioso, el lago de Garda, que no quise desperdiciarlo y me he quedado, bien recompensado, en el camino. Después de las cinco salí de Roveredo, subiendo por el costado de un valle que

todavía vierte sus aguas en el Etsch. Cuando se llega á la cima vése, á cierta distancia, en el fondo, una tremenda barrera de rocas que es menester vencer para bajar al lago. Aquí se advierten las rocas calizas más pintorescas que pueden imaginarse. Bajando se encuentra un lugarcito al extremo Norte del lago, que es un puerto, ó mejor una cala. Se llama Torbole. Ya, al subir, me acompañaran en el camino las higueras, y al descender del anfiteatro de las rocas encontré los primeros olivos cuajados de aceitunas. Vi entonces, por primera vez, como fruta vulgar, los pequeños higos blancos que me prometiera la condesa Lanthieri.

En mi habitación hay una puerta que conduce al patio. Puse delante la mesa para bosquejar la vista en algunos rasgos. Vése casi todo el lago; sólo al extremo, á la izquierda, se oculta á nuestros ojos. Las dos orillas están bordadas de colinas y montañas, resaltando en todas partes innumerables lugarcillos.

Después de la media noche sopla el viento de Norte á Sur. El que quiera bajar el lago debe aprovechar tal tiempo, pues algunas horas antes de salir el sol cambia el viento hacia el Norte. En esta primera hora de la tarde sopla muy fuerte hacia mí, y refresca lindamente el ardor del sol. Me enseña Volkmann que el lago se llamó Benacus, y cita un verso de Virgilio, que dice:

Fluctibus et fremitus resonans Benace marino.

Primer verso latino cuyo sentido veo ante mí viviente, y que en este momento, cuando el viento arrecia y

las altas olas del lago se estrellan contra el puerto, es tan verdad como hace muchos siglos. Infinitas cosas han cambiado; pero algunas líneas de Virgilio siguen ennobleciendo todavía el tempestuoso viento del lago.

Escrito en el grado cuarenta y cinco, once minutos.

Al caer la tarde salí á paseo, y ahora me encuentro realmente en un país nuevo, en un círculo extraño. Los hombres viven una vida indolente y holgazana. En primer lugar, las puertas no tienen cerrojos; sin embargo, el huésped me aseguró que podía estar tranquilo, aunque todo cuanto conmigo traigo fuesen diamantes. En segundo lugar, las ventanas, en vez de cristales, tienen papeles untados de aceite. En tercer lugar, hay tan absoluta carencia de comodidades, que parece cercano el estado primitivo. Preguntando al mozo de la posada por cierto lugar necesario, señalóme el corral, diciendo: «*Qui abasso può servirse!*» Yo le dije: «*Dove?*» «*Da per tutto, dove vuol!*» respondió amistosamente.

En todas partes se nota el mayor descuido, aunque hay vida y bastantes ocupaciones. ¡Todo el día sostienen las vecinas una de charla y una de gritos! y todas tienen algo que hacer, algo en qué ocuparse. No he visto mujer ociosa.

El mesonero me dijo, con su énfasis italiano, que era mucha su satisfacción al poderme servir las más exquisitas truchas. Las cogen en Torbole, donde baja de

la montaña el río, cuyo camino busca el pez subiendo. Por arrendamiento de esta pesca recibe el Emperador diez mil florines. No hay propiamente truchas pequeñas, sino gordas; algunas de cincuenta libras de peso y salpicadas de puntitos por todo el cuerpo y hasta la cabeza; el gusto entre trucha y salmón, delicado y excelente. Pero mi verdadero regalo son las frutas, higos y peras, que bien pueden ser sustanciosas donde ya maduran los limones.

Malsesina 13 de Septiembre de 1786, tarde.

Esta mañana, á las tres, salí de Torbole con dos remos. Al principio era el viento favorable y pudo hacerse uso de la vela. La madrugada estaba hermosa aunque cubierta. Pasamos por delante de Limona, cuyos jardines montuosos, formados en terrazas plantadas de limoneros, son muy hermosos y ricos. En todos ellos vense filas de pilastras blancas y cuadradas, que escalonadas unas sobre otras, dibujan la montaña. Sobre las pilastras hay tendidas fuertes traviesas que en invierno soportan las cubiertas de los árboles entre ellas plantados. Como navegábamos lentamente, pude contemplar á mi placer cosas tan agradables. Pasáramos Malsesina, cuando el viento, siguiendo su acostumbrado cambio diario, saltó completamente al Norte. Los remos podían poquísimos contra fuerza superior, y tuvi-

mos que arribar á Malsesina. Es el primer lugar perteneciente á Venecia, en la parte oriental del lago. Cuando uno tiene que habérselas con el agua, no puede decir: «Hoy estaré aquí ó allí.» Aprovecharé esta dilación lo mejor posible, sobre todo dibujando el castillo, cercano del agua en un sitio bellissimo: hoy, al pasar delante, hice de él un bosquejo.

Verona 14 de Septiembre de 1786.

El viento contrario, empujándome ayer al puerto de Malsesina, me preparaba una aventura peligrosa que arrostré animosamente, y que aparece en mi recuerdo de manera bien singular. Según lo prometido, fuí á la mañana siguiente despacio al antiguo castillo que, sin puertas ni guardianes, es accesible á todo el mundo. Sentéme en el patio frente á la vieja torre, levantada sobre rocas. Encontré sitio muy cómodo para dibujar. Una puerta cerrada en la muralla, elevada sobre tres ó cuatro escalones; portadita de piedra muy adornada, parecida á las que se encuentran frecuentemente en vetustos edificios de nuestro país. No había estado mucho tiempo sentado, cuando entraron en el patio algunos hombres, me miraron y se pusieron á andar de un lado á otro. Aumentó la gente y, por fin, se pararon todos, rodeándome. Bien advertí que mi dibujo llamaba la atención; pero no me dí por entendido y continué. Al

fin un hombre se dirigió á mí, no con las mejores maneras, y preguntóme qué hacía. Le contesté, que dibujaba la antigua torre, deseando conservar un recuerdo de Malsesina. Él repuso que aquello no se permitía y que lo dejase. Como lo decía en dialecto veneciano, que yo en realidad apenas comprendía, dije que ignoraba lo que quería decir. Entonces, con verdadera tranquilidad italiana, cogió la hoja y la rasgó, aunque dejándola sobre la cartera. Noté por esto cierto disgusto en los circunstantes, y una viejecilla particularmente dijo que no estaba bien: que debían llamar al Podestá, el cual sabía juzgar á derechas cosas como la presente. Yo permanecía en la escalera, la espalda apoyada en la puerta, y observaba al público, siempre creciente. Las miradas fijas y curiosas, la expresión de benevolencia en la mayor parte de las caras y lo que puede caracterizar de manera gráfica á la masa de un pueblo extranjero, me hizo impresión gustosísima. Creía ver delante de mí el coro de los pájaros que yo mistificara tantas veces en el teatro de Ettersburgo (1). Esto me afianzó en mis buenas disposiciones, y cuando llegó el Podestá y su actuario, le saludé con naturalidad, y á su pregunta de por qué dibujaba la fortaleza, contesté resueltamente que no reconocía por fortaleza aquellas paredes. Les llamé la atención á él y al pueblo, acerca de la ruina de aquella torre y de aquellas murallas, de la carencia de puertas; en una palabra, sobre el estado general de de-

(1) Alusión á una obra teatral de Goethe.

bilidad, y dije que no había pensado ver y dibujar sino una ruina.

Preguntáronme entonces qué podía tener aquello de notable si era sólo una ruina. Respondíles circunstanciadamente (porque quería ganar tiempo y darme gusto) que bien sabían de los muchos viajeros que iban á Italia atraídos por las ruinas. Que Roma, la capital del mundo, asolada por los bárbaros, quedara llena de ruinas que fueron dibujadas cientos y cientos de veces; que no todo lo de la antigüedad hallábase tan bien conservado como el anfiteatro de Verona, que iba á ver enseguida.

El Podestá, que estaba delante de mí, pero más abajo, era un hombre alto, no flaco, que podría tener unos treinta años. Las obtusas facciones de su cara, nada inteligente, se concertaban con su manera de preguntar pausada y oscura. El alguacil, más pequeño y expeditivo, no parecía tampoco reconocerse en tan nuevo y raro caso. Continué hablando acerca del particular; parecían oirme gustosos, y volviéndome á ciertos rostros benévolos de mujeres, creí encontrar aprobación y aquiescencia. Como mencioné el anfiteatro de Verona, que en el país se conoce por el nombre de Arena, díjome el alguacil, que mientras tanto había reflexionado, que aquel era un monumento romano celebrado por todo el mundo, pero que en esta torre no había nada notable: sólo era el límite del territorio de Venecia y los estados del Emperador de Austria, por cuyo motivo no debía consentirse fuese espiada. Sobre esto hice extensas aclara-

ciones, diciendo que no solamente las ruinas antiguas griegas y romanas eran dignas de atención, sino también las de la Edad Media.. A ellos no se les podía censurar si en esos edificios, conocidos desde su juventud, no encontraban tantas bellezas pintorescas como yo descubría. Por fortuna, bañaba el sol de la mañana torre, rocas y murallas de la más hermosa luz, y comencé á describirles aquel cuadro con entusiasmo. Tenían á sus espaldas tan celebrados objetos, y como no querían dejar de estar frente á mí, volvieron la cabeza todos á un tiempo, semejantes á aquellos pájaros nombrados *tuerzecueltos*, para ver con sus ojos lo que yo recomendaba á sus oídos. Hasta el mismo Podestá se tornó, aunque con más lentitud, hacia el cuadro descrito. La escena parecióme tan risible, que aumentó mi buen humor, y no les perdoné ni la hiedra que había engalanado espléndidamente durante siglos y siglos piedras y muros.

El actuario replicó que aquello sonaba muy bien; pero que el emperador José era un señor intranquilo, que de seguro tramaba algo contra la república de Venecia, y yo podía muy bien ser súbdito suyo y su enviado para espiar la frontera.

Muy lejos—respondí—de pertenecer al Emperador de Austria, tengo á gala y me honro de ser ciudadano de una República que, en verdad, ni en poder ni en grandeza puede ser comparada con el ilustrísimo Estado de Venecia, pero que se gobierna á sí misma; y en asuntos comerciales, en riqueza y en el saber de sus

prefectos, no le va en zaga á ninguna ciudad de Alemania. En una palabra, soy natural de Francfort, sobre el Main, ciudad que de nombre y fama os es, sin duda, conocida.

—¡De Francfort, sobre el Main!—exclamó una mujer joven y guapa.—Muy bien puede ser verdad, señor PoDESTÁ, lo que dice el extranjero, que me parece un hombre de bien á carta cabal. Llámese á Gregorio, que estuvo allá mucho tiempo sirviendo, y podrá mejor que nadie aclarar el asunto.

Ya las caras benévolas aumentaban. Mi primer contrario había desaparecido; y cuando vino Gregorio, la cosa cambió por completo en mi favor. Era un hombre como de cincuenta años, una de esas caras morenas bien marcadas italianas. Hablaba y se expresaba como á quien lo extranjero no es extraño. Me contó que estuviera al servicio de los Bolongaro, y tenía gusto en saber por mí algo de esta familia y de la ciudad que recordaba con placer. Felizmente, su estancia allí cuadraba con mis juventudes, y tuve la doble ventaja de poderle decir bastante de lo ocurrido en su tiempo y de las mudanzas que sobrevinieron después. Le hablé de todas las familias italianas, de las cuales ninguna me era desconocida. Se alegró mucho de algunas cosas, por ejemplo, cuando le dije que el Sr. de Allesina celebró sus bodas de oro en 1774, con cuyo motivo habían acuñado una medalla, que yo poseía. Se acordaba muy bien que la esposa de este opulento negociante era Brentana de nacimiento. También le hablé de los hijos

y nietos de la casa, cómo se habían criado y establecido, y cómo se habían casado y convertido, á su vez, en padres y abuelos.

Conforme le iba dando noticias claras de casi todo lo que me preguntaba, cambiaba la expresión, alegre ó seria, de la cara del hombre. Estaba satisfecho y conmovido: la gente se animaba cada vez más, y no entendiendo nuestro doble idioma, tenía él que traducirles, una parte en su dialecto.

Por fin—dijo—Sr. Podestá: estoy convencido de que este es un buen señor, aficionado á las Artes, bien educado, que viaja instruyéndose. Debemos dejarlo ir amistosamente, para que hable bien á sus compatriotas de nosotros y los anime á visitar Malsessina, cuya hermosa situación es digna de que la admiren los extranjeros. Yo reforcé estas palabras amistosas, alabando el lugar y los habitantes, sin olvidar las autoridades, en su calidad de hombres sabios y precavidos.

Todo se tuvo por bueno, y obtuve permiso para ver el lugar y sus cercanías, siendo mi fiador el Sr. Gregorio. El huésped que me albergaba se unió á nosotros, regocijándose, por adelantado, de los extranjeros, que tumultuosamente le llegarían en cuanto la superioridad de Malsessina se pusiese en claro. Con viva curiosidad examinaba él todo mi traje, pero muy en particular me envidiaba las pistolas pequeñas, que cómodamente se pueden llevar en el bolsillo. Consideraba dichosos á cuantos podían usar tan bonitas armas, que á ellos les estaban prohibidas bajo penas severísimas. Interrumpí

algunas veces estas afables importunidades para mostrarme agradecido á mi libertador.

No me dé V. gracias—afirmó el excelente hombre.— No me debe V. nada. Si el Podestá entendiese lo que trae entre manos, y no fuese el actuario el más interesado de los hombres, no le hubiesen dejado á V. en libertad. Aquél estaba más perplejo que V., y á éste no le hubiesen valido una blanca, ni su arresto de V., ni el informe, ni siquiera la conducción á Verona. Esto lo comprendió enseguida, y antes que la conversación terminase ya estaba V. libre.

El buen hombre me llevó por la tarde á su viña, muy bien situada, bajando al lago. Nos acompañaba un hijo suyo de quince años, que se subía á los árboles para alcanzarme la mejor fruta, mientras su padre buscaba los racimos más sazonados.

Entre estos hombres desconocidos y benévolos, en el infinito aislamiento de aquel rincón de la tierra, enteramente solo, reflexionando en la aventura del día, comprendí, con toda claridad, cuán extravagante sér es el hombre, que sólo por el capricho de apropiarse el mundo y lo que contiene, entendiéndolo de una manera particular, hácese con frecuencia difícil y peligroso aquello de que puede gozar seguramente con comodidad y en buena compañía.

Cerca de la media noche me acompañó mi posadero á la barca, llevando el cesto de frutas que me regalara Gregorio, y dejé, con viento favorable, aquella tierra, que amenazó ser para mí de Lestrygons.

Ahora, volvamos á mi viaje, que terminó feliz, después de haberme extasiado en la admiración de aquel espejo de agua y sus lombardas orillas. Allí, donde el poniente de la montaña cesa de ser escarpado y el paisaje hasta el lago cae llano, están por orden, y en legua y media de extensión, Gariñano, Bojaco, Cecina, Toscolano, Maderno, Gardom y Saló, la mayoría edificadas en fila. No hay palabras que puedan expresar la gracia y la belleza de país tan poblado y rico. A las diez de la mañana salté en tierra en Bertolino. Cargué mi equipaje en un mulo y monté en otro. Va el camino por una eminencia divisoria del valle del Etsch y del lago: las aguas primitivas, impeliéndose en espantosa corriente unas contra otras, parecen haber formado el colosal dique de piedras. En tiempos más tranquilos depositáronse en él tierras fértiles de cultivo, mas el labrador no puede librarse de la plaga de cantos rodados que constantemente sale á la superficie. Por todos los medios posibles trata de deshacerse de ellos, los coloca en capas al lado del camino, formando murallas espesas. La morera, faltando la humedad, no prospera en la altura. No hay que pensar en manantiales: de cuando en cuando hanse procurado charcas de agua de lluvia donde los mulos y sus conductores apagan la sed. Abajo, en el río, instalaron norias destinadas al riego de las plantaciones inferiores. No hay palabras para encarecer la esplendidez del nuevo paisaje que á la bajada se descubre. Es un jardín de una milla de ancho y de largo, completamente llano, lleno de pri-

mores, al pie de una montaña alta y escarpada. Así llegué el 14 de Septiembre cerca de la una á Verona, donde, en primer lugar, escribo esto; después doy fin y remate á la segunda parte de mi diario, y me prometo á la tarde, con excelentes disposiciones, visitar el anfiteatro.

Del tiempo que hizo este día diré lo siguiente: desde las nueve á las diez de la noche unas veces despejado y otras cubierto; la luna conservó siempre un círculo de vapores á su alrededor. Por la mañana, á las cinco, se cubrió todo el cielo de nubes grises, no muy pesadas, que desaparecieron al adelantar el día. Cuanto más bajábamos, mejor estaba el tiempo. Cuando en Botzen dejé al Norte la gran cadena de montañas, la disposición del aire era muy diferente. Es decir, veíase en los diversos paisajes, separados agradablemente unos de otros por un azul más ó menos intenso, que la atmósfera tenía el poder de sostener un tenue vapor, del que estaba saturada, y no caía en rocío ni lluvia, ni tampoco se reunía en nubes. Al llegar más abajo, pude observar que los vapores que subían del valle de Botzen y las fajas de nubes que, levantándose de las montañas del Mediodía, eran impelidas á las regiones superiores del Norte, no las cubrían, sino que las envolvían solamente en una suerte de niebla seca. En lo más lejano de la montaña pude observar una punta de arco iris. Hacia el Sur de Botzen tuvieron buen tiempo el verano entero: sólo de cuando en cuando un poco de agua (dicen *acqua*, para expresar la lluvia menuda) y enseguida el

sol otra vez. También ayer caían por veces algunas gotas, y luego brillaba de nuevo el sol. No tuvieron, hace mucho tiempo, tan buen año; todo prosperó. Lo malo nos lo enviaron. De las montañas y de las piedras digo poco; pues los viajes á Italia de Ferber y Hacquet instruyen bastante acerca del camino. A un cuarto de legua del Brenner hay una cantera de mármol: la pasé á la hora del crepúsculo. Debe necesariamente descansar, como la del otro lado, sobre esquisto micáceo. Lo encontré en Kollmann al abrir el día. Bastante más abajo mostráronse los pórfidos. Eran las rocas tan magníficas y los montones de piedras tan apropiadamente cortadas al borde del camino, que no había sino elegir y empaquetar mesitas de gabinete, á la manera de Voigt. No me hubiera sido difícil coger un trozo de cada clase si acostumbra-se á tener miras y codicia en menor escala. A poco trecho de Kollmann, bajando, encontré un pórfido esfoliado en placas regulares, parecido á otro entre Branzol y Neumarkt, cuyas placas á su vez se separan en pilastras. Ferber las tuvo por productos volcánicos, pero eso era hace catorce años, cuando las cabezas no veían en el mundo sino fuego. Hacquet se ríe de eso.

Poco, y poco agradable, tengo que decir de los hombres. En cuanto fué de día, al bajar el Brenner, noté en las fisonomías cambio muy marcado. Disgustóme particularmente el color pálido cetrino de las mujeres: sus facciones denotaban miseria. Los niños daban asimismo lástima; los hombres parecían mejor. Las formas

regulares y buenas en general. Creo encontrar la causa principal del estado enfermizo en el uso abundante del maíz y trigo sarracénico. Aquél, que llaman amarillo y este negro, se muelen, lo cuecen y lo comen en forma de papillas espesas. Los alemanes de la otra parte, dividen la masa luego de cocida, y la fríen con manteca. Los tiroleses italianos suelen mezclarle queso rallado, y en todo el año no prueban carne. De necesidad aquello tiene que obstruir las primeras vías, particularmente en los niños y las mujeres, y el color caxético da claro indicio de esa perturbación. Comen además judías verdes, cocidas en agua y sazonadas con cabezas de ajo y aceite.

Pregunté si no había labradores ricos.

—Sí que los hay,—me contestaron.

—¿No se dan mejor vida, no se tratan mejor?

—No; tienen ya hecha su costumbre.

—Entonces, ¿dónde colocan su dinero, qué hacen para gastarlo?

—¡Oh! tienen sus señores, que se quedan con él otra vez.

Esto es el resumen de la conversación que tuve con la hija de mi posadero de Botzen.

Después supe por ella que los viticultores, que parecen estar mejor, son los que están peor, pues se ven entre las manos de los traficantes de las ciudades: en los años malos les adelantan dinero para vivir, y en los buenos se toman para sí el vino, poco menos que de balde. Sin embargo, en todas partes sucede lo mismo.

Lo que confirma mi opinión acerca de los alimentos es el mejor aspecto de las mujeres habitantes en las ciudades. Las caras de las muchachas, llenas y guapas; los cuerpos, para su fuerza y para el grueso de la cabeza, algo demasiado pequeños, pero las fisonomías amables y comunicativas. A los hombres ya los conocemos por los tirolese ambulantes. En el país se ven menos rozagantes que las mujeres, sin duda porque éstas se ocupan en trabajos corporales y de movimiento; los hombres, al contrario, hacen la vida sedentaria de los tenderos ó de los artesanos. En el lago de Garda encontré las gentes muy morenas y sin el menor color en las mejillas, pero no enfermizos, sino muy sanos y de agradable aspecto. Deben causarlos los fuertes rayos que el sol envía al pie de estas rocas.

De Verona á Venecia.

Verona 16 de Septiembre de 1786.

Así, pues, el Anfiteatro es el primer monumento de la antigüedad que veo, ¡y tan bien conservado! Cuando entré, y mejor aún, cuando di la vuelta á la cornisa, me pareció raro. ¡Una cosa tan grande y donde en realidad no había nada! Es que no debe verse vacío, sino lleno de gente, como lo dispusieron en obsequio de

José I y Pío VI. Dicen que el Emperador, á pesar de su costumbre de ver delante masas de hombres, se quedó asombrado.

Pero, sin embargo, sólo en la antigüedad haría todo su efecto, cuando el pueblo era más pueblo que hoy. Porque, en verdad, un Anfiteatro es la cosa más apropiada para imponer al pueblo consigo mismo y para que se burle de sí mismo.

Cuando algún juego se hace en terreno franco y todo el mundo corre á verlo, los de detrás tratan por todos los medios posibles de subirse más altos que los que están delante: súbense á los bancos, ruedan toneles, aproximan carruajes, ponen tablas en diversos sitios, ocupan una eminencia vecina y así se improvisa un Circo. ¿Viene el juego con frecuencia á un mismo sitio? Pues arman ligeros tablados para los que pueden pagarlos, y el resto de la gente se las compone como puede. La satisfacción de esta necesidad general, es el problema que tiene que resolver el arquitecto. Dispone, por lo tanto, su Circo artísticamente; pero con la sencillez más completa, á fin de que el ornamento lo constituya el pueblo. Al verse así reunidos, debían admirarse de sí mismos; pues acostumbrados únicamente á correr unos detrás de otros, á encontrarse mezclados en una barahunda sin orden ni sistema, el animal de cien cabezas y de mil ideas, vacilante y vagabundo de una parte á otra, hállase formando un cuerpo noble, una imponente unidad, reunido en una masa compacta, como una sola figura animada de una sola alma. La sencillez

del óvalo es de la manera más agradable sensible á todos los ojos, y cada cabeza sirve para formar la masa, por muy imponente que su totalidad sea. Cuando se ve vacío, no hay término alguno de comparación, y no se sabe si es grande ó pequeño.

Dignos de elogio son los veroneses por lo bien que conservan este monumento. Está construído de un mármol rojo que se ataca con el tiempo; así que, continuamente reponen las gradas carcomidas y aparece casi nuevo. Hay una inscripción que recuerda á un cierto Hieronimus Maurigenus y sus cuidados increíbles empleados en este monumento. De las murallas exteriores, que dudo se hubieran concluído nunca, sólo se ve un trozo. Ocupan las bóvedas inferiores en la gran plaza llamada *Il Bra* muchos y diversos artífices, y es curioso ver aquellos agujeros de nuevo llenos de vida.

Aquella puerta hermosísima, siempre cerrada, se llama *Porta Stupa ó del Pallio*. Debiendo verse á gran distancia, no está bien pensada; porque el mérito de la construcción sólo se conoce de cerca. Explican de muchas maneras que esté siempre cerrada, y una tengo por probable. Quería el artista hacer de ella el ingreso del *Corso*; pues no corresponde á la calle actual. El lado izquierdo de ésta es de barracas, y en ángulo recto con el medio de la puerta existe un convento de monjas que habría sido preciso derribar. Por otra parte, es de suponer que los ricos no querrían edificar en sitio tan excentrico; entonces acaso murió el arquitecto, y se acabó la cuestión, cerrándola. El pórtico del Teatro, con

seis grandes columnas jónicas, tiene grandioso aspecto, y el busto, de tamaño natural, del marqués de *Maffei*, adornado de gran peluca, colocado encima de la puerta, delante de una hornacina figurada, que sostienen dos columnas corintias, hace mezquino, por el contraste. El sitio es adecuado; mas debiera ser el busto colosal, en relación con el tamaño y solidez de las columnas. Tal como está en su mensulilla resulta pequeño, y sin armonía para el conjunto.

También es pequeña la galería que encuadra con el vestíbulo, y los acanalados enanos dóricos, al lado de los bruñidos gigantes jónicos, hacen desdichado efecto. Puede perdonarse, en gracia de la hermosa instalación dispuesta bajo aquellas columnatas. Cuantas antigüedades desenterraron en Verona y sus cercanías, hanlas reunido aquí. Algunos objetos se encontraron en el mismo Anfiteatro. Son cosas etruscas, griegas y romanas, hasta los tiempos de decadencia y aun posteriores. Los bajo-relieves, empotrados en la pared, con el número que á cada uno puso Maffei cuando los describió en su *Verona ilustrata*. Son altares, trozos de columnas y otros restos semejantes; un trípode de mármol blanco hermosísimo, con genios ocupados en los atributos de los dioses. Rafael idealizó este trípode, imitándolo, en los ángulos del palacio de la Farnesina.

El viento de los sepulcros de los antiguos, llega perfumado á través de una colina de rosas. Las pinturas sepulcrales, afectuosas y conmovedoras, representan la vida y no la muerte. Un hombre, al lado de su mujer,

se asoma á su nicho como á una ventana. Más allá un padre y una madre, teniendo en medio á su hijo, se miran con indecible naturalidad. Aquí una pareja se da un apretón de manos; allí un padre descansa en un sofá rodeado de sus hijos, que lo entretienen. Estas piedras, vistas de cerca, me conmovieron profundamente. Son de arte reciente, pero sencillas, naturales, y sobre todo, expresivas. No hay ningún guerrero de rodillas, armado de todas armas, esperando su resurrección bienaventurada. El artista, con más ó menos ingenio, no hizo sino representar sencillamente la presencia de los hombres, continuando y manteniendo así su vida. No cruzan sus manos mirando al cielo; son lo que en el mundo fueron y continúan siendo; están juntos, tienen intereses comunes y se aman, todo lo cual está representado en la piedra, aunque con trabajo imperfecto y tosco, de manera deliciosa. Un pilar de mármol, ricamente ornamentado, me dió también nuevas ideas.

Por muy digno de elogios que esto sea, obsérvase enseguida que el noble espíritu de conservación que lo fundó, ya no existe. El precioso trípode está expuesto á caer deteriorado por el temporal del Este; con una cubierta de madera podría fácilmente conservarse tal tesoro.

El incompleto palacio del *Proveditore*, si estuviese terminado, sería hermosa obra arquitectónica. Los nobles construyen mucho todavía, pero desgraciadamente donde estaban las moradas antiguas; de consiguiente, en calles estrechas. Así levantan, en la actualidad, la

magnífica fachada de un Seminario, en cierta callejuela de los arrabales más lejanos.

Pasando con el acompañante que me deparó la casualidad delante de la severa puerta de un edificio notable, preguntóme solícito si quería ver el patio. Era el palacio de Justicia, y por la altura del edificio parecía este patio horrible pozo. Aquí encierran, me dijo, los delincuentes y sospechosos detenidos. Miré, y en todos los pisos vi innumerables puertas abiertas, provistas de fuertes rejas de hierro, donde terminan otros tantos corredores. Al salir el preso de su calabozo para ir al interrogatorio, se queda al aire libre, aunque expuesto á todas las miradas; y como había á la sazón muchas salas de audiencia, sonaban las cadenas ya en unas, ya en otras galerías, en todo el edificio. Era una vista detestable, y no niego que el buen humor con que en Malesina despaché á mis pájaros, se hubiera aquí disipado pronto.

Al ponerse el sol me fuí á la cornisa del Anfiteatro á gozar del panorama bellísimo de la ciudad y de las cercanías; estaba solo, y allá abajo, sobre las anchas losas del *Bra*, se paseaba mucha gente; hombres de todas las clases y mujeres de la clase media; éstas, con sus capas negras, parecían, á vista de pájaro, del todo momificadas.

El *Zendal* y la *Vesta*, que usa exclusivamente la clase, es moda muy apropiada á gentes no siempre cuidadas de la limpieza, y que, sin embargo, se exhiben á la continua en iglesias y paseos. La *Vesta* es un jubón de tafetán negro, que se pone encima de la ropa. Cuando la falda de debajo es blanca y está limpia, una joven sabe levantar, con perfecta gracia, la negra por un lado. Este jubón ó vestido, ceñido en la cintura, cubre los bordes del corpiño, que puede ser de cualquier color. El *zendale* es una papalina grande, con largas caídas, sostenida muy alta sobre la cabeza, á favor de una armazón de alambre; pero las bandas se cruzan en el pecho, á modo de chal, de suerte que las puntas caen hacia atrás.

Hoy, al salir de la *Arena*, fuíme algunos miles de pasos más allá á ver un juego público moderno. Era un partido de pelota que jugaban cuatro nobles de Verona, contra cuatro de Vicenza. Sostienen el juego todo el año, dos horas antes de anochecer. En la presente ocasión, por ser los adversarios forasteros, acudía muchísima gente; había de cuatro á cinco mil espectadores; pero no vi mujeres de ninguna condición.

Cuando antes hablé de las necesidades de un público en casos análogos, he descrito naturalmente un Anfiteatro casual, tal y como me lo hizo ver aquí el público. Desde lejos oí el vivo palmoteo que seguía á cada buena jugada. El juego es de la manera siguiente: A la dis-

tancia apropiada uno de otro, levantaron dos tablados inclinados. Armada la diestra de ancho disco de madera, el jugador que sale hállase en lo alto de uno de ellos, y cuando alguno de los de su partido le envía la pelota, corre á encontrarla, para imprimir más fuerza al golpe con que se la echa al contrario. Trata éste de volverla con igual energía y así va, de uno en otro, hasta que cae al suelo. Resultan algunas posturas tan hermosas, que serían dignas de fijarse en mármol. Como todos son jóvenes, altos, bien formados y visten trajes blancos, cortos y ceñidos, los partidos se distinguen por divisas de colores. La postura del que baja corriendo por el tablado con el brazo levantado para botar la pelota, es particularmente bella; recuerda al luchador de Borghese. Singular me ha parecido que emplazasen tal ejercicio en una vieja muralla de la ciudad, sin comodidad alguna para los espectadores. ¿Por qué no hacerlo en el Anfiteatro, donde hay espacio tan hermoso?

Verona, 17 de Septiembre de 1786.

Voy á mencionar brevemente los cuadros que he visto, y haré sobre ellos pocas consideraciones. No hago este maravilloso viaje para engañarme á mí mismo, sino, mejor, para aprender á conocerme mediante los objetos; razón por la cual me confieso, con toda since-

ridad, que del arte, del oficio de pintor, entiendo poco; mi atención y mis observaciones se dirigen, en general, á la parte práctica; al asunto y su manera de tratarlo.

San Giorgio es una galería de buenos cuadros; todos retablos, si no de igual valor, en general notables. Pero ¡desdichados artistas! ¡qué habían de pintar y para quién! Una lluvia de maná, tal vez de treinta pies de largo y veinte de alto. ¡El milagro de los cinco panes, para hacer juego! ¿Qué había que pintar ahí? Hombres hambrientos, echándose sobre granos pequeñitos de maná; otros, innumerables, á quienes se les presenta pan. Los artistas diéronse tormento para hacer significativas semejantes miserias. Y sin embargo el genio, excitado por tal necesidad, creó cosas bellas. Un pintor obligado á representar Santa Ursula con las once mil vírgenes, llevó la cosa con mucho ingenio. La santa en primer término, como tomando posesión de una tierra conquistada. Es muy noble, á manera de las vírgenes amazonas, pintadas sin atractivos. Desvaneciéndose en lontananza, se ven las vírgenes en procesión, saliendo del barco. La Ascensión de María, en la Catedral, del Ticiano, está muy ennegrecida. El pensamiento es digno de alabanza, pues la Virgen, al elevarse, no mira al cielo, sino á sus amigos de la tierra. En la galería Gherardini he visto cosas muy bonitas de Orvietto, pintor de mérito, que ahora aprendo á conocer. A larga distancia sólo se tiene noticia de los primeros artistas, y con frecuencia ha de contentarse uno con sus nombres. Pero

cuando se acerca á este firmamento y las estrellas de segunda y tercera magnitud comienzan á brillar y resultan todas perteneciendo á la misma constelación, entonces el mundo se ensancha y el arte se enriquece. He de celebrar el pensamiento de un cuadro; son dos medias figuras. Sansón duerme en el regazo de Dalila; ésta, con precaución, extiende el brazo por encima de su cuerpo para coger unas tigeras que están sobre la mesa, al lado de la lámpara. La ejecución es muy valiente. En el palacio Canossa me pareció notable una Dánae.

El palacio Bevilacqua contiene las cosas más preciosas. Hay un cuadro que se titula el *Paraíso*, de Tintoretto, y en realidad es la coronación de María por Reina del Cielo, en presencia de todos los patriarcas, profetas, apóstoles, santos, ángeles, etc., que ha dado al pintor ocasión de desplegar todas las riquezas del genio. Para poder apreciar todo, la ligereza de pincel, el ingenio, la variedad de las expresiones, sería menester poseer el cuadro y tenerlo toda la vida delante de los ojos. El trabajo es infinito, pues las últimas cabezas de ángeles que se desvanecen en la gloria, todavía tienen carácter. Las figuras mayores serán un pie de alto. María y el Cristo que le pone la corona, de unas cuatro pulgadas. Eva es, sin embargo, la mujercita más hermosa de todo el cuadro, y como siempre, desde antiguo hasta ahora, un poco alegre. Algunos retratos de Paolo Veronese aumentaron mi admiración por este pintor. La colección de Escultura antigua es espléndida. Un hijo de

Niobe tendido, precioso. Los bustos, á pesar de sus narices restauradas, muy interesantes en sumayor parte. Un Augusto con la corona cívica, un Calígula y otros.

Está en mi naturaleza la voluntad de honrar, gozándome en ello, todo lo bello y grande, y cultivar esta disposición, día por día y hora por hora, en objetos tan admirables, es el más delicioso de todos los sentimientos.

En un país donde se goza del día, y particularmente se recrea uno por la tarde, la entrada de la noche es muy significativa. Cesa entonces el trabajo: los que están de paseo se retiran. El padre quiere volver á ver á su hija en casa. El día tiene fin. Pero nosotros, los cimmerianos, apenas sabemos lo que es día: eternamente turbio y nublado, lo mismo nos da que sea de día ó de noche. Porque ¿cuánto tiempo podemos pasearnos y recrearnos al aire libre? Aquí, cuando llega la noche, ha pasado el día, que se compone de una mañana y de una tarde: se han vivido veinticuatro horas y empieza cuenta nueva. Suenan las campanas; se reza el rosario; la criada entra en el cuarto con una luz encendida, y dice: *Felicissima notte!* Este momento cambia con cada estación; y el hombre que aquí vive y no vejeta, no se embaraza porque cada uno de los goces de su existencia no esté en relación con la hora, sino con el momento del día. Si se impusiese nuestro horario á estos pueblos, se verían en confusión, porque el suyo está identificado con su naturaleza. Hora y media ó una hora antes de anochecer principian los nobles á salir en carrua-

je. Atraviesan el *Bra*, recorren la calle ancha y larga, salen por la *Porta Nuova*, dan la vuelta alrededor de la ciudad, y cuando tocan á oraciones se vuelven. Unos van á la iglesia á rezar el *Ave Maria della Sera*; otros se detienen en el *Bra*. Los jinetes cabalgan al estribo de los coches, conversando con las señoras, y esto dura bastante tiempo. Yo no esperé nunca el fin. Los peatones se quedan hasta muy entrada la noche. Hoy había llovido precisamente lo necesario para quitar el polvo: era en realidad una escena animadísima y variada.

A fin de ponerme de acuerdo en un punto muy importante con las costumbres del país, he ideado un medio que me facilite el apropiarme su manera de contar. El dibujo que va á continuación dará de él idea. El círculo interior representa nuestras veinticuatro horas, de media noche á media noche, repartidas en dos veces doce, como contamos é indican nuestros relojes. El círculo del medio enseña cómo dan las horas en la estación presente, es decir, igualmente dos veces en veinticuatro horas; pero de tal suerte, que es aquí la una cuando en nuestro país son las ocho, y así hasta las doce. Siendo en el cuadrante de Alemania las ocho, aquí da la una, etc. Ultimamente, el círculo exterior indica la manera natural de contar en la vida hasta veinticuatro. Por ejemplo: oigo de noche las siete y sé que á las cinco son las doce de la noche; si sustraigo de este número siete, cinco, hallo que son las dos de la madrugada. Oigo dar las siete de día, y sé que también á las cinco son las doce del día; procedo de la misma

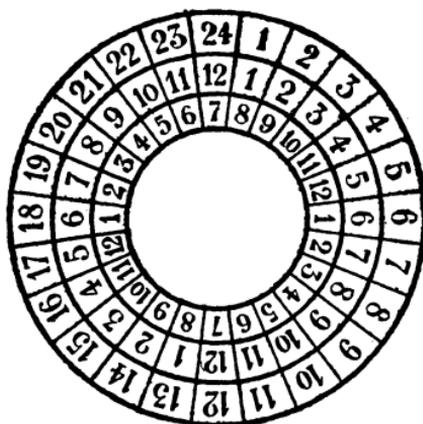
manera, y tengo las dos de la tarde. Si quiero contar las horas á la manera italiana, ya sé que las doce del día son las diez y siete; añado dos horas, y son las diez y nueve. Cuando la cosa se oye y se piensa en ella por primera vez, parece embrollada y de difícil aplicación; pero se acostumbra uno pronto y encuentra la ocupación entretenida, de igual modo que el pueblo se divierte contando y recontando incesantemente, y los niños en vencer dificultades pequeñas. Además, este pueblo tiene siempre los dedos en el aire; todo lo arregla en su cabeza y se complace combinando números. Aquí, al natural del país, las cosas le son mucho más fáciles, porque no se preocupa ni del medio día ni de la media noche, ni tampoco, como el extranjero en esta tierra, de concertar dos horarios. Cuentan las horas como suenan; desde por la tarde y por la mañana suman este número con el variable del medio día, que les es conocido.

Las observaciones añadidas á la figura aclararán el resto.

CÍRCULOS COMPARATIVOS

de las horas italiana y alemana, como igualmente el horario italiano en mediados de Septiembre.

MEDIO DÍA.



MEDIA NOCHE.

La noche crece media hora cada medio mes.

MES.	DÍA.	ES NOCHE EN NUESTRO HORARIO.	FALTA PARA LA MEDIA NOCHE.
Agosto	1	8 $\frac{1}{2}$	3 $\frac{1}{2}$
—	15	8	4
Septiembre	1	7 $\frac{1}{2}$	4 $\frac{1}{2}$
—	15	7	5
Octubre	1	6 $\frac{1}{2}$	5 $\frac{1}{2}$
—	15	6	6
Noviembre	1	5 $\frac{1}{2}$	6 $\frac{1}{2}$
—	15	5	7

Desde esta fecha permanece el tiempo invariable.

	NOCHE.	MEDIA NOCHE.
	5	7
Diciembre } Enero }		

El día crece con cada medio mes media hora.

MES.	DÍA.	SE HACE NOCHE EN NUESTRO HORARIO.	FALTA PARA LA MEDIA NOCHE.
Febrero	1	5 $\frac{1}{2}$	6 $\frac{1}{2}$
—	15	6	6
Marzo	1	6 $\frac{1}{2}$	5 $\frac{1}{2}$
—	15	7	5
Abril	1	7 $\frac{1}{2}$	4 $\frac{1}{2}$
—	15	8	4
Mayo	1	8 $\frac{1}{2}$	3 $\frac{1}{2}$
—	15	9	3

El tiempo permanece invariable.

	NOCHE.	MEDIA NOCHE.
	9	3
Junio } Julio }		

La circulación es aquí muy grande: particularmente algunas calles, donde los obradores y las tiendas se tocan unos á otros, son animadísimas. Porque no es que las puertas de tiendas y talleres estén abiertas, no; lo está toda la casa, y hasta el fondo se ve lo que pasa en ella. Los sastres cosen, los zapateros tiran la hebra y machacan la suela en medio de la calle. De noche, con luz, es un espectáculo lleno de vida.

Los días de mercado hállanse los puestos colmados; infinitas legumbres y frutas, cebollas, ajos, á saciedad. Sobre todo, gritos, bromas y canciones el día entero; y un agarrarse y empujarse, con risas y exclamaciones

sin cesar. El aire suave, el alimento barato, hácenles fácil la vida. Todos los que pueden están al aire libre. Por la noche aumentan los cánticos y el ruido: en todas las calles he oído canciones del *Mambrú*; en una parte un salterio, en otra un violín.

Ejercítanse en imitar, silbando, todos los pájaros; donde quiera, se producen los sonidos más extraordinarios. Procede tal exuberancia de vida del clima benigno, que á la misma pobreza la comunica; y la propia sombra del pueblo aparece digna de respeto.

Esto explica la falta de limpieza y poca comodidad de las casas, que tantas veces llamaron mi atención. Hállanse siempre fuera, descuidados, y en nada piensan. Al pueblo todo le viene bien; la clase media vive igualmente al día; el rico, el noble, se encierran en su morada, menos cómoda que las del Norte. Tienen sus reuniones en los lugares públicos. Los pórticos y los vestíbulos están llenos de inmundicias, y es natural: el pueblo siempre se deja sentir. Ya pueden los ricos ser ricos y los nobles gobernar: desde el momento que se construye un soportal, un pórtico, el pueblo se sirve de él para sus necesidades; y entre éstas, ninguna es más apremiante que desembarazarse á toda prisa de lo que ha comido con exceso. Si hay alguno que no quiera sufrir esto, que no haga de gran señor, es decir, no deje para el público una parte de su vivienda, téngala cerrada y hará bien. El público no sufre que en edificios abiertos le priven de sus derechos. De esto se quejan los extranjeros en toda Italia.

Hoy observé, en varios sitios de la ciudad, los trajes y las maneras particulares de las gentes de la clase media, que se muestran afanosas y ocupadas; todas, al andar, llevan gran meneo de brazos. Las personas de más elevada categoría, que en ciertas circunstancias usan espada, sólo bracean del lado derecho, porque acostumbran tener quieto el izquierdo.

Aunque tan poco se inquieta el pueblo de sus asuntos y necesidades, tiene muy aguzada la vista para todo extranjero. Desde los primeros días observé que todo el mundo miraba mis botas que, como moda cara, no se usan aquí ni en invierno. Ahora que me pongo zapatos y medias, nadie repara. Pero hoy por la mañana advertí que los que venían al pueblo cargados de legumbres, flores, ajos y otras mercancías, se fijaban en la rama de ciprés que yo llevaba en la mano. Adornábanla sus nueces verdes, y también tenía unas ramas floridas de alcaparras. Todos, grandes y chicos, miraban mi ramo y parecía inspirarles extrañas ideas.

Cogiera las ramas del jardín Giusti, deliciosamente situado, cuyos enormes cipreses hienden el aire á modo de leznas. Probablemente los tejos podados en punta de los jardines del Norte, quieren imitar estos magníficos productos naturales. Un árbol cuyas ramas viejas y jóvenes van de abajo arriba, dirigidas todas al cielo y que duran sus trescientos años, bien merece respeto. A juzgar por la época en que se fundó el jardín, deben haber alcanzado ya edad tan avanzada.

Vicenza 19 de Septiembre de 1786.

El camino de Verona á aquí es muy agradable. Se viaja hacia el Noroeste por la montaña, dejando siempre á la izquierda los contrafuertes, compuestos de arena, cal, arcilla y marga. En las colinas que forman, hay aldeas, castillos, casas. A la derecha, se extiende la gran llanura que atraviesa el camino. La ancha vía, perfectamente cuidada, va por tierras muy fértiles. Piérdese la vista en alineadas plantaciones de árboles, de donde caen, cual ramas aéreas, los sarmientos, que, enredándose, llegaron á lo más alto. ¡Aquí sí que se puede formar idea de guirnaldas y festones! Los racimos, sazonados, pesan en las largas ramas que, bamboleándose, llegan al suelo. Transitan gentes de todas clases y profesiones. Gustáronme sobremanera unas carretas bajas, con ruedas en figura de platos, tiradas por cuatro bueyes, con grandes tinajas, donde llevan las uvas desde la viña al lagar. Dentro de las vacías venían los conductores. Aquello era parecidísimo á un triunfo de Baco. Entre las filas de vides, aprovechan el suelo para toda clase de granos, en particular maíz y sorgo. En las cercanías de Vicenza, se levantan colinas desde el Norte al Sur—dicen que son volcánicas—y cierran la llanura. Vicenza está fundada á sus pies, y mejor aún dentro del seno que forman.

Pocas horas hace que he llegado, y puede decirse he recorrido ya toda la ciudad, visto el teatro Olímpico y los edificios de Palladio. Hay publicado un libro muy lindo, útil para los extranjeros, con grabados en cobre y texto artístico. Sólo en presencia de estas obras se conoce su gran mérito, porque es necesario que llenen la vista con toda su grandeza y corpulencia. No basta que, en abstracto, el espíritu se recree en la bella armonía de las proporciones, sino en los entrantes y salientes en perspectiva. Y yo digo de Palladio que fué realmente un grande hombre, que ha evidenciado la profundidad de su genio en sus obras. La mayor dificultad con la cual este hombre, como todos los arquitectos modernos, tuvo que luchar, fué la adaptación de las columnatas á la arquitectura burguesa; pues aunar paredes con columnas, será siempre una contradicción. Pero su manera de combinar una cosa y otra se impone, haciéndonos olvidar que lo que hace es sólo seducirnos. Hay en sus planos algo realmente divino, como lo es la forma en los grandes poetas, que de verdad y mentira hacen una tercera cosa, cuya vida prestada nos seduce y encanta.

El teatro Olímpico es un teatro de la antigüedad realizado en pequeño, é indeciblemente bello, pero que me hace el efecto de un niño guapo, rico y noble, comparado á un discreto hombre de mundo que, sin ser guapo, ni rico, ni noble, sabe servirse mejor de sus propios medios.

Considerando en estos lugares los magníficos edifi-

cios que levantó aquel hombre, desfigurados ya por las mezquinas y sucias necesidades de los hombres; reflexionando cuán superiores eran los planos de la mayoría de ellos á las fuerzas de los que los emprendieron y cuán poco se adaptan aquellos monumentos del talento de un hombre á las necesidades de los demás, ocurre pensar que así sucede con todo. Pues quien anhela elevar las necesidades de los hombres, darles una gran idea de sí mismos é inspirarles el hermoso sentimiento de una noble existencia, poco agradecimiento les merece. Pero el que engaña á los pájaros (1), les cuenta cuentos, les ayuda á vivir al día y los corrompe, ese es su hombre. Por eso hoy se da tanto valor á las cosas insípidas. No digo esto por rebajar á mis amigos; lo digo porque son así, y no hay que sorprenderse de que las cosas vengan como van.

Es inexplicable el efecto que hace la basílica de Palladio al lado de un viejo edificio, especie de castillo con ventanas desiguales, del cual, lo mismo que de la torre, parece el arquitecto haber prescindido, y tengo que estar muy particularmente sobre aviso, pues desgraciadamente vuelvo á encontrar reunidos lo que evito y lo que busco.

(1) Alusión á la pieza de Goethe de que se ha hablado en la pág. 38.

Ayer hubo ópera; duró hasta después de las doce y yo me moría de sueño.

La obra está hecha de retazos mal cosidos de *Lastres Sultanas* y *El rapto del Serrallo*. La música se oye con gusto, pero es sin duda de un aficionado: ninguna idea nueva llamó mi atención. El baile en cambio, muy bonito. La primera pareja bailó una *alemana* que no se puede dar más linda.

El teatro es nuevo, bonito y agradable, adornado con moderado lujo, según conviene á un teatro de provincia. Todos los palcos están tapizados de igual color: el del Capitán se distingue por su colgadura algo más larga.

La primera tiple, muy favorecida del público, recibió al entrar una salva de aplausos, y era de ver las contorsiones de gusto de los *pájaros* cada vez que hacía bien un pasaje, y sucedía con frecuencia. Tiene bonita figura, natural, hermosa voz, rostro agradable y presencia de persona honrada: podría accionar con más gracia. Sin embargo, no pienso volver, porque conozco que no sirvo para *pájaro*.

Vicenza 21 de Septiembre de 1786.

Hoy he visitado al doctor Tura, que durante cinco años se dedicó apasionadamente á las plantas, hizo un

herbario de la Flora italiana y organizó, en tiempo del anterior Obispo, un Jardín Botánico. Todo aquello pasó: la práctica de la medicina, desbancó la Historia Natural, el herbario fué pasto de los gusanos, murió el Obispo, y el Jardín Botánico volvió á ser plantado de coles y ajos. El doctor Tura es un buen hombre, muy fino. Contóme su historia con franqueza, ingenuidad y modestia; habla, en general, con precisión y de manera agradable, pero no tuvo á bien abrir sus armarios: tal vez los estantes no se hallarían en disposición de mostrarse. La conversación no tardó en agotarse.

21 de Septiembre por la noche.

Visité al viejo arquitecto Samozzi, excelente y apasionado artista, que publicó *Los Edificios de Palladio*. Agradecióme la atención, dándome algunas buenas ideas.

Entre las construcciones de Palladio hay una que siempre he preferido: dicen que fué su propia casa; es mejor en realidad que en estampa. Quisiera dibujarla é iluminarla, con el colorido que los materiales y el tiempo le dieron. No se piense que el arquitecto trazó un palacio: es la casa más modesta del mundo; solo tiene dos ventanas, separadas por un gran espacio, capaz de otra. Si se quisiera hacer un cuadro añadién-

do las casas vecinas de la manera que entre ellas está colocada, haría precioso efecto. Es un asunto digno de Canaletto.

Vicenza 22 de Septiembre de 1786.

Hoy he visitado la suntuosa casa llamada *La Rotonda*, situada en una agradable colina, cosa de media legua de la ciudad. Es un edificio cuadrado que encierra una sala redonda, iluminada con luz zenital. Por los cuatro costados se sube ancha escalinata que conduce á un pórtico, formado de seis columnas jónicas. Quizás la arquitectura no desplegó nunca mayor lujo. El espacio de las escalinatas y pórticos es mucho más grande que el de la casa misma; pues cada lado, aisladamente, podría ser fachada de un templo. Del interior puede decirse que es habitable, pero no cómodo. La sala tiene bellas proporciones; los cuartos también, más apenas serían suficientes para las necesidades de una familia opulenta en su residencia de verano. En cambio es siempre espléndida, desde cualquier lado que se la mire, gracias al país en que se halla emplazada. Ofrecen gran variedad la masa del edificio y las columnas salientes á los ojos del que lo observa en derredor, y la idea del propietario fundador realizóse entera, porque deja tras de sí un grande y buen fideicomisario y un monumento sensible de sus riquezas. Y así como el edi-

ficio vese de manera admirable desde todos los puntos de las cercanías, de igual modo la vista desde él es de lo más agradable. Se ve correr el Bacchiglione y bajar la embarcaciones hacia Brenta.

Además se distinguen las grandes posesiones que el marqués de Capra quería conservar indivisas en su familia. Las inscripciones de los cuatro frontis, que hacen una sola, merecen citarse:

MARCUS CAPRA GABRIELIS FILIUS
 QUI AEDES HAS
 ARCTISSIMO PRIMOGENITURÆ GRADUIT SUBJECIT
 UNA CUM OMNIBUS
 CENSIBUS AGRIS VALLIBUS ET COLLIBUS
 CITRA VIAM MAGNAM
 MEMORIÆ PERPETUÆ MANDANS HAEC
 DUM SUSTINET AC ABSTINET.

La terminación es, en particular, bastante rara. Un hombre que puede disponer de tantos bienes á su voluntad, y todavía conoce que debe sufrir privaciones. Eso se puede aprender con menos gastos.

Esta tarde he asistido á una reunión que tiene la Academia de los Olímpicos. Es un juego, pero de los buenos, que mantiene en la sociedad algo de sal y de vida. Un gran salón, al lado del teatro de Palladio, alumbrado convenientemente: el Capitán y una parte de la nobleza; todo el público muy distinguido; nume-

rosos eclesiásticos: unas quinientas personas aproximadamente. La cuestión que propuso el Presidente en la sesión era: «¿Qué es lo que trae más provecho en las bellas artes, la invención ó la imitación?» La pregunta era bastante feliz; pues, á favor de la alternativa que indica, se puede hablar, en contra ó en pro, cien años. Aprovecharon, con mucho calor, los señores académicos la oportunidad, dando á conocer muchas producciones en prosa y verso, algunas muy buenas. Luego ¡es un público tan animado! Los espectadores gritan ¡bravo! aplauden y ríen. ¡Si uno se presentase así en su país y osase divertir á sus compatriotas personalmente! Pero, lo mejor que hay en nosotros dámoslo negro sobre blanco: cada cual se lo lleva á su rincón y lo masculla conforme puede.

Dicho se está que Palladio encontrábase en todas partes, y en todas las conclusiones, ya se tratase de invención ó de imitación. Al final, para donde las mejores chanzas se reservan, tuvo uno la feliz idea de decir que, habiéndole privado de Palladio los primeros que hablaron, él se proponía ensalzar á Franceschini, el famoso fabricante de sedas.

Entonces comenzó á explicar cuánto la imitación de las telas de Lyon y de Florencia aprovecha al experto emprendedor, y por ende á la ciudad de Vicenza, de lo que sacaba en consecuencia, que la imitación era preferible al invento. Todo fué explicado con tanto donaire, que provocó interminables risas. En general, aplaudíase más á cuantos hablaban en favor de la imi-

tación, porque decían cosas al alcance del pensamiento de la mayoría de las gentes. Una vez aprobó el público, con estrepitosos aplausos, un sofisma burdo, mientras dejaba pasar, sin comprenderlas, cosas buenas, y aun excelentes, en honor de la invención.

Holguéme de haber asistido á esta sesión, siéndome además por todo extremo grato ver que, después de tanto tiempo, sigue siendo Palladio como la estrella polar que veneran sus conciudadanos.

Vicenza 23 de Septiembre de 1786.

Esta mañana estuve en Tiena, al Norte, hacia las montañas, donde levantan por un plano antiguo un edificio nuevo, del cual no hay nada que decir. Así honran aquí todo lo del buen tiempo, teniendo bastante entendimiento para hacer construcciones nuevas sobre planos heredados. El palacio está muy bien situado en una gran llanura, teniendo detrás, sin ninguna cadena interpuesta, los Alpes calizos. Desde la casa, por los dos lados de una carreterra tirada á cordel, corren aguas vivas que vienen al encuentro del que llega, y riegan los extensos arrozales que atraviesan.

Sólo he visto dos ciudades de Italia y hablé á contadas personas, pero ya conozco bien á mis italianos. Son como los cortesanos, que se creen los primeros del

mundo y que, por ciertas ventajas innegables, tienen derecho de hacerse tales ilusiones. Parécenme un pueblo muy bueno: no hay sino ver á los chicos y á los grandes, según puedo verlos, entregándome á ellos por mi propia voluntad. ¡Y qué figuras, que caras tienen!

Debo alabar particularmente á los vicentinos, porque aquí se goza de los privilegios de una gran ciudad. No le miran á uno, y le dejan en libertad de hacer cuanto quiere; mas dirigiéndose á ellos, son locuaces y afables. Me agradan en particular las mujeres. No quiero ofender á las veronesas de buena figura y perfil bien delineado; pero la mayor parte están pálidas, y el cenital no las favorece, porque aquella moda bonita parece exigir de necesidad algo sobresaliente. Son las de Vicenza criaturas lindísimas. Sobre todo, un cierto tipo de rizos negros, me inspira particular interés. También las hay rubias; pero no me gustan tanto.

Padua 26 de Septiembre de 1786.

En cuatro horas he venido de Vicenza en una sillita para una persona sola, que llaman *Sediola*, empaquetado con todo mi equipaje. Hácese el viaje cómodamente en tres horas y media; pero como sentía placer gozando del aire libre de tan hermoso día, me agradó que el *Veturino* faltase á su obligación. Se va por llanura

fertilísima, siempre hacia el Sudeste, entre vallados y árboles, sin otra vista, hasta que por fin se divisan, á mano derecha, las hermosas montañas que corren del Este al Sur. La muchedumbre de plantas y frutas que cuelga de los árboles, sobre los muros y las tapias, es indescriptible. Gravitan calabazas sobre los tejados, y los más extraordinarios pepinos se ven pendientes de espalleres y alambres.

Desde el observatorio pude hacerme cargo claramente de la magnífica situación de la ciudad. Hacia el Norte se dibujan las montañas del Tirol nevadas, medio cubiertas de nubes, y unidas hacia el Noroeste á las que rodean á Vicenza; por último, hacia el Poniente, las del territorio de Este, más cercanas, cuyas formas y cavidades se distinguen muy bien. Al Sudeste, un mar de plantas verdes sin la menor traza de altura. Árboles y más árboles, florestas, plantaciones y plantaciones innumerables, y destacándose sobre lo verde, blancas casitas, fincas de recreo, iglesias. Y en el horizonte, la torre de San Marcos de Venecia y otras menos importantes.

Padua 27 de Septiembre de 1786.

Al fin tengo la obra de Palladio: no en verdad la edición original, que he visto en Vicenza, cuyos grabados están abiertos en madera, sino una copia fiel, un facsímil.

mile en acero, edición preparada por un hombre excelente, Smith, antiguo cónsul inglés en Venecia. Preciso es confesar que los ingleses, desde hace mucho tiempo, saben apreciar lo bueno y tienen una manera grandiosa de difundirlo.

Con motivo de esta compra entré en una librería, cosa que en Italia tiene un aspecto muy original. Todos los libros están encuadernados y colocados en contorno al alcance de la mano. Siempre se encuentra gente escogida. Los algo versados en la literatura, ya sean del clero secular, de la nobleza ó artistas, entran y salen á cada momento. Desean un libro, lo piden, hojéanlo, tómanlo ó déjanlo, como les parece. Hallé reunidas una media docena de personas; cuando pregunté por las obras de Palladio, todos se fijaron en mí, y mientras el dueño de la tienda buscaba el libro, celebráronlo y diéronme noticia del original y de las copias. Conocían bien la obra y el mérito del autor, y creyéndome arquitecto, me alabaron por seguir en el estudio los pasos de este maestro, antes que otro alguno. Era más útil en el uso y aplicación que el mismo Vitrubio, pues habiendo estudiado á fondo Palladio la antigüedad y los antiguos, se esforzaba en apropiar aquellos conocimientos adquiridos á la satisfacción de nuestras necesidades. Conversé mucho tiempo con otras amables personas; adquirí noticias sobre las cosas notables del pueblo, y me despedí.

Ya que tantas iglesias se han construído y dedicado á los santos, es bien que haya lugares donde erigir mo

numentos á los hombres razonables. El busto del Cardenal *Bembo*, rodeado de columnas jónicas, es una hermosa cabeza que se reconcentra, si así puede decirse, con esfuerzo, en sí misma; lleva barba larga y espesa; la inscripción dice así:

PETRI BEMBI CARD. IMAGINEM HIER. GUERINUS ISMENI F. IN PUBLICO PONENDAM CURAVIT UT CUJUS INGENII MONUMENTA AETERNA SINT EJUS CORPORIS QUOQUE MEMORIA NE A POSTERITATE DESIDERETUR.

Con toda su dignidad, el edificio de la Universidad me dió miedo. Me congratulo de no haber tenido que estudiar en ella.

No hay idea de salas más estrechas, aun habiendo tenido que sufrir en los bancos de estudiante de las Universidades alemanas. El anfiteatro de anatomía es, en particular, un modelo de cómo se pueden estibar los alumnos. Los oyentes están prensados unos sobre otros, en un alto y afilado embudo. Bajan sus miradas perpendiculares sobre el menguado fondo, á la mesa, donde no hay luz que llegue, por lo que el profesor hace sus demostraciones á favor de una lámpara.

En cambio, el jardín botánico es bonito y alegre. Muchas son las plantas que pueden pasar el invierno al aire libre, arrimadas á un muro ó cerca de él. Ponen los abrigos á fin de Octubre y calientan las estufas muy pocos meses. Instruye y deleita encontrarse en medio de vegetación desconocida. Con las plantas comunes sucede lo mismo que con los objetos conocidos de anti-

guo; llega uno á no pensar en ellos, y ¿qué es ver sin pensar? Aquí, en presencia de esta diversidad, nueva para mí, siento más viva la idea de que todas las plantas deben proceder de una sola. Únicamente de esa manera sería posible determinar con acierto los géneros y las especies, cosa hecha, hasta ahora, de modo muy arbitrario, á mi parecer.

Este es el problema donde he quedado en mi filosofía botánica, é ignoro la manera de desenredarme.

La profundidad y extensión del asunto parécenme completamente iguales.

Es la gran plaza llamada *Prato della valle* un terreno espacioso, en el cual se celebra la feria de Junio. Las barracas de madera, situadas en el centro, no le dan aspecto muy ventajoso, pero los paduanos aseguran que pronto habrá una *fiere* de piedra, semejante á la de Verona. La disposición que ya se ve alrededor de la plaza, y es de hermoso efecto, permite concebir fundada esperanza de que se hará. Un inmenso óvalo, adornado de las estatuas de hombres notables que aquí aprendieron ó enseñaron. A cualquiera, natural ó extranjero, se le permite levantar una estatua, con su columna ajustada á dimensiones prescritas; de compatriota ó pariente, probando siempre su mérito y permanencia en la Universidad de Padua. Dibujando el óvalo hay un foso lleno de agua: sobre los cuatro puentes que lo atraviesan, estatuas colosales de *Papas* y de *Doges*; las otras, más pequeñas, hicieronlas corporaciones, particulares ó extranjeros. El rey de Suecia erigió una á Gustavo

Adolfo, porque dicen que oyó, en cierto tiempo, una lección en Padua. El archiduque Leopoldo, consagró recuerdos al Petrarca y á Galileo. Las estatuas son de estilo franco moderno; muy pocas hay amaneradas; algunas muy naturales, todas en los trajes de su tiempo y dignidades. Las inscripciones merecen alabanza; nada hay sobrecargado ni mezquino.

Para cualquiera Universidad hubiera sido feliz el pensamiento, sobre todo para ésta, pues es grato ver llamar de nuevo á la vida todo un pasado. Será una plaza hermosísima cuando la *fiera* de madera desaparezca y la substituya otra de piedra, conforme á plan fijo.

En la sala donde se reúne una de las Hermandades de San Antonio existen cuadros antiguos que recuerdan la vieja escuela alemana, y algunos también del Ticiano, conociéndose ya en ellos el gran paso, que nadie dió por sí mismo más allá de los Alpes.

Enseguida vi otros de los pintores modernos. Estos artistas, que no pudieron alcanzar la elevada seriedad, se muestran humorísticos, con excelente éxito.

La decapitación de San Juan Bautista, de Piazzetta, es en el género, y dada la manera del maestro, un buen cuadro. Juan está arrodillado con las manos juntas; la rodilla derecha sobre una piedra, y los ojos dirigidos al cielo. El soldado que lo tiene encadenado por detrás

se inclina, volviéndose, y le mira al rostro, maravillado de su resignación. Otro hay en pie, que es quien debe dar el golpe, mas no tiene espada, sino que hace con las manos el ademán, cual si tratara de adiestrarse antes. Un tercero, más abajo, saca la espada de la vaina. El pensamiento es feliz, aunque sin grandeza; la composición del mejor efecto, é impresionada.

En la iglesia de los ermitaños he visto cuadros de Mantegna, uno de los pintores antiguos ante el cual me asombro. ¡Qué realidad tan segura y penetrante en aquellos cuadros! Todo allí es verdad y no mera apariencia, efecto engañoso que habla sólo á la imaginación. Esta realidad vigorosa, pura, clara, desarrollada, concienzuda, delicada, precisa, que al mismo tiempo tiene algo de austera, de laboriosa, es el punto de donde partieron los pintores que le sucedieron, como he podido observar en los cuadros del Ticiano. Así pudo la viveza del genio y la energía de la naturaleza de estos artistas, iluminada por el espíritu de sus predecesores, sostenida por su propia fuerza, así pudo crecer más y más, y elevándose sobre la tierra, producir figuras celestiales, pero verdaderas. De tal manera se ha desarrollado el Arte después de los tiempos bárbaros.

La sala de Audiencia del Ayuntamiento, que merece bien el aumentativo que le dan de *Salone*, es un espacio cubierto tan enorme, que no se lo puede uno representar aunque tenga el recuerdo reciente. Trescientos pies de largo, ciento de ancho y otros ciento de alto hasta la bóveda, que, en toda su longitud, la cubre. Tan acos-

tumbrados están estos hombres á vivir al aire libre, que halló medio el arquitecto de cubrir una plaza de mercado. Y no cabe duda que este enorme espacio abovedado produce particular sensación. Es un infinito cerrado, más en armonía con el hombre que el firmamento; éste nos arranca de nuestro ser, y aquél, de la manera más suave, nos devuelve á él.

Detúveme asimismo con gusto en la iglesia de Santa Justina, de cuatrocientos ochenta y cinco pies de largo, ancha y alta á proporción, construída con sencillez grandiosa. En uno de sus rincones medité esta tarde tranquilamente. Sentíame en absoluto solo; nadie en el mundo que en mí pensase en aquel momento, me buscaría allí.

Ahora, vuelta á hacer mi equipaje. Mañana temprano emprenderé el viaje por el río Brenta. Hoy ha llovido y enseguida aclaró de nuevo, y espero ver, con buen tiempo y en un día hermoso, las lagunas y la reina desposada del mar, y saludar desde su seno á mis amigos.

VENECIA.

Venecia, 28 de Septiembre de 1786.

Escrito estaba en el libro del destino, en mi hoja, que el día veintiocho de Septiembre de 1786, á las cinco de la tarde de nuestro reloj, entrando por el Brenta en las Lagunas, había de ver por vez primera Venecia, y poco después pisaría y visitaría esta castórica República. Así es ¡loado sea Dios! Venecia ya no será para mí mera palabra, un nombre hueco que con tanta frecuencia me ha angustiado, enemigo mortal como soy de las palabras vacías.

Cuando la primera góndola se acercó á nuestro barco, deseando conducir á Venecia los pasajeros que tuviesen más prisa, recordé un juguete de mi niñez, en el que no pensara tal vez en veinte años. Poseía mi padre un modelito de góndola muy lindo; tenía en gran

estimación, y era para mí gran favor las veces que me permitían jugar con ella. Los primeros espolones de blanco hierro batido, las negras casetas de las góndolas, todo me saludó como de antiguo conocimiento, y gozé una impresión juvenil desconocida hacía muchos años.

Estoy bien instalado en *La reina de Inglaterra*, no lejos de la plaza de San Marcos, que es la gran ventaja del barrio; mis ventanas dan á un canal estrecho, entre casas altas; debajo hay un puente arqueado y enfrente una callejuela muy animada. Aquí vivo y aquí permaneceré mucho tiempo, hasta que el paquete para Alemania esté listo, y hasta que me haya formado de la ciudad completa idea. Esta soledad tan deseada, puedo gozarla ahora completamente; pues en ninguna parte se encuentra uno tan solo como entre la muchedumbre, cuando va entre ella desconocido. En Venecia tal vez sólo un hombre me conoce y es fácil que no me encuentre.

Voy á decir algunas palabras sobre mi viaje desde Padua. Bajar el Brenta en embarcación pública y entre gente bien educada, pues los italianos se guardan unos á otros deferencias, es decoroso y agradable. Las orillas adornadas con casas de recreo y jardines; aldeas que bajan hasta el río, cuyo nivel sigue á veces la carre-

tera, que es muy animada. Como el río se baja por medio de reclusas, suceden á veces detenciones que empleábamos en ver el país y aprovecharnos de las ricas fratas que nos ofrecían; luego volvíamos á embarcarnos, deslizándonos entre aquel mundo móvil, lleno de fertilidad y vida.

A tantos cuadros y figuras variadas unióse una aparición venida de Alemania; pero adecuadísima al lugar: dos peregrinos, los primeros que ví de cerca. Tienen los tales el derecho de viajar gratis en estos barcos públicos; imitando al resto de los pasajeros rehú su proximidad: no se sentaron en la toldilla, sino detrás, cerca del piloto. Mirábanlos como aparición rara en los presentes tiempos, y teniendo además en cuenta que bajo este traje corría el mundo mucho bribón, los respetaban poco. Al saber que eran alemanes y no poseían otro idioma que el suyo, acerquéme á ellos y dijéronme procedían de Paderborn. Pasaban ambos de cincuenta años, eran de adusta, pero honrada fisonomía. Visitaran primeramente los sepulcros de los tres reyes magos en Colonia; cruzaran luego Alemania y ahora juntos se dirigen á Roma; volverían después por la alta Italia, y de allí uno se encaminaría otra vez á Wespalia y el otro pensaba ir á visitar Santiago de Compostela.

Llevaban el traje sabido, mas recogido, y parecían mejor que con el largo de seda, usado para representarlos en nuestras fiestas. La esclavina grande, el sombrero redondo, el bordón y las conchas, el más primitivo vaso. Todo tenía su significado é inmediata utili-

dad. En el canuto de hojadelata guardaban los pasaportes. Sin duda lo más curioso eran las carteras de cordobán encarnado que sacaron, tratando de remediar un desperfecto de su ropa, y contenían cuantos chismes son precisos para atender á necesidades sencillas.

Encantado el piloto de haber encontrado intérprete, pidióme les hiciese diferentes preguntas, y así supe muchas cosas de sus proyectos, y en particular de su viaje. Quejábanse amargamente de sus correligionarios, del clero secular y de los frailes. La devoción debía ser cosa muy rara, decían, porque nadie quería creer en la de ellos, y á pesar de mostrar su hoja de ruta con el itinerario que les marcaran sus superiores y el pase del Obispo, los trataban, en los países católicos, como vagabundos. En cambio contaron conmovidos el buen acogimiento que recibían de los protestantes, en particular de un pastor de aldea en Suabia; sobre todo de su mujer, que viendo al marido algo reacio, lo convenció de tal modo, que los socorrió y reconfortó generosamente, de lo cual tenían gran necesidad. Y hasta les dió, al despedirlos, un escudo de convención que les fué de gran provecho al hallarse de nuevo en territorio católico. A esto añadió uno de ellos con toda la exaltación de que era capaz: «Todos los días recordamos á aquella mujer en nuestras oraciones, y pedimos á Dios que abra sus ojos como se abrió para nosotros su corazón, y la reciba, aunque tarde, en el seno de la única iglesia salvadora. Así, esperamos con toda seguridad encontrarla en el Paraíso.»

Yo daba de todo las explicaciones que me parecían necesarias y útiles, sentado en la angosta escalerilla que conducía al puente, al piloto y otras personas que salieran de la camareta, aglomerándose en tan corto espacio. Los peregrinos recogieron algunas limosnas mezquinas; que al italiano no le gusta dar. Luego sacaron estampas benditas de los santos reyes y oraciones latinas dedicadas á ellos. Rogáronme obsequiase con ellas á la reunión, é hiciese comprender el valor de aquellas hojas. Hícelo y obtuve el mejor resultado, porque viendo la tribulación en que estaban los dos hombres, ansiosos de encontrar, en la gran Venecia, el convento donde recogen los peregrinos, el Patrón, compadecido, ofreció que en cuanto saltásemos en tierra buscaría y pagaría un muchacho que los guiase y acompañase á aquel lugar, por cierto muy lejano. A esto añadió confidencialmente que poca ayuda encontrarían allí. El establecimiento, fundado muy en grande, para recoger no sé cuantos peregrinos, hállase hoy muy reducido, y sus rentas se emplean en otra cosa.

Conversando de esta manera bajamos el Brenta y fuimos dejando atrás magníficos jardines y palacios, echando ojeadas rápidas á las graciosas y animadas aldeítas de la costa. En cuanto entramos en las lagunas, muchas góndolas se cruzaron en nuestras aguas, rodeando el barco. Un lombardo, bien conocido en Venecia, me ofreció su compañía para llegar más pronto y para evitar las molestias de la Aduana; separó con una buena propina á los que pretendían detenernos, y bo-

gamos en una espléndida puesta de sol, para alcanzar pronto nuestro objeto.

Venecia, 29 de Septiembre de 1786, noche de San Miguel.

Mucho se ha hablado y escrito de Venecia para entretenerme en descripciones detalladas: hablo sólo de aquello que se ofrece á mi vista. Pero lo que me impresionó, ante todo, es el pueblo; esta gran masa, esta entidad que la necesidad y no la voluntad formó.

No por mero juego se refugiaron en la isla las primitivas razas, ni los que vinieron después se les unieron de buen grado. Enseñóles á buscar la lucha por la vida sitio seguro en los lugares más desventajosos, luego tan provechosos para ellos, que hicieronlos advertidos y juiciosos cuando aún todo el mundo septentrional yacía cautivo en las tinieblas. Consecuencia necesaria fué multiplicarse y enriquecerse: surgieron las viviendas oprimiéndose. Los arenales y pantanos fueron utilizados y cegados, valiéndose de rocas. Buscaron el aire las casas, parecidas á árboles encerrados, tratando de ganar en altura lo que les faltaba de amplitud. Avaros de cada palmo de terreno, y apiñados desde el principio en estrecho espacio, no dejaban á las calles sino el ancho preciso para separar una fila de casas de la de enfrente, procurando al transeunte el paso indispensable. Por otra parte, haciales el agua veces de calles, plazas y paseos. Tuvo que ser el veneciano especie de cria-

tura aparte; como Venecia era sólo á ella misma comparable. El gran canal serpenteando á través de ella, no le cede á ninguna calle del mundo. Nada puede parangonarse al espacio existente delante de la plaza de San Marcos: me refiero al gran espacio de agua abrazado del lado de acá por la propia Venecia, en forma de media luna. Véase en esta llanura de agua, á la izquierda, la isla *San Giorgio maggiore*. Algo más lejos, á la derecha, *la Giudecca* y su canal, y después, siempre á la derecha, la Aduana y la entrada del gran canal, donde vi brillar dos muy grandes templos de mármol. Tales son, á grandes rasgos, los objetos principales que se divisan, al adelantarse hasta ponerse entre las dos columnas de la plaza de San Marcos. Todas estas perspectivas están grabadas tantas veces, que mis amigos pueden formarse una idea de ellas con suma facilidad.

Apresuráme, después de comer, á formar la primera impresión general, y me lancé sin guía, orientándome sólo mediante las constelaciones, en el laberinto de la ciudad, que, aunque en todas partes la cortan canales y canalillos, vuelven á unirla puentes y pasadizos. No es posible comprender, sin haberla visto, semejante estrechez y aglomeración. En general se puede medir, ó poco menos, el ancho de las calles con los brazos extendidos: las estrechas se tropiezan con los codos poniendo las manos en la cintura. Hay algunas más anchas, y de cuando en cuando se encuentra una plazoleta, pero de ordinario todo es estrecho.

Fácilmente encontré el Gran Canal y el puente Rialto, de un solo arco de mármol blanco: desde arriba la vista es grandiosa. El canal está lleno de cuantos barcos sirven para traer todas las cosas necesarias de la tierra firme y que, por lo común, arriban y descargan en tal lugar. Entre ellos circulan infinidad de góndolas. Hoy en particular, á causa de la fiesta de San Miguel, el aspecto era admirablemente hermoso y animado. Si quisiera dar alguna idea, necesitaría tomarlo de más atrás. Las dos partes principales de Venecia, que separa el gran canal, únelas sólo el puente de Rialto; **mas** cuidaron de facilitar y multiplicar las comunicaciones valiéndose de muchas barcas públicas que cruzan en determinados sitios. Ahora bien; hoy hacía el mejor efecto ver á las señoras muy bien vestidas, pero cubiertas con velos negros, que se hacían pasar, por grupos, camino de la iglesia donde se festejaba al Arcángel. Dejé mi puesto en el puente y fuíme al sitio del desembarque, con propósito de contemplarlas de cerca: vi entre ellas caras y figuras hermosísimas.

Luego de haberme cansado, metíme en una góndola, y ganoso de procurarme el espectáculo opuesto, dejando las calles estrechas y tomando la parte Norte del Gran Canal, alrededor de la isla de Santa Clara, llegué á las lagunas entrando por el canal de *Giudecca* hasta las cercanías de la plaza de San Marcos, y encontréme de repente con dueño del mar Adriático, como cada veneciano cree serlo allá recostado en su góndola. Pensaba así en honor de mi buen padre, que no sabía nada

mejor sino contar cosas de éstas. ¿No me sucederá lo mismo? Cuanto me rodea es digno: es la obra grande y respetable del poder de los hombres reunidos; es el monumento magnífico, no de un dominador, sino de un pueblo. Y aunque poco á poco se vayan llenando de fango sus lagunas, y se ciernan emanaciones malas sobre sus pântanos, y su comercio se debilite y se haya hundido su poder, no por eso debe ser menos respetable para el observador la constitución de aquella República y sus Estados; sucumbió al tiempo, como todo lo que aparece á la existencia.

Venecia 30 de Septiembre de 1786.

Hacia el anochecer volví á perderme, sin guía, en los barrios más apartados de la ciudad. Aquí á todos los puentes se sube por escaleras, á fin de que las góndolas, y aun otras embarcaciones mayores, pasen cómodamente debajo de sus arcos. Traté de entrar y salir de semejante laberinto sin preguntar á nadie, y orientándome de nuevo el cielo. Al fin llega uno á desembrollarse, pero esto es una conejera, y mi sistema de aprender con mis propios sentidos, el mejor. Con tal objeto fui hasta el último rincón poblado, observando la manera de vivir de los habitantes, sus costumbres y clases; en cada barrio son distintas. ¡Dios mío, que animal tan pobre y bueno es el hombre!

Muchísimas casitas están al borde de los canales; sin embargo, hay, de cuando en cuando, muelles de piedra muy bien embaldosados, por los cuales, entre agua, iglesias y palacios, es cómodo y agradable pasear. Bonito y alegre es el muelle largo de piedra en la parte Norte, desde el que se ven las islas, particularmente Murano, la Venecia pequeña. Animan las lagunas intermedias infinidad de góndolas.

Por la noche.

Hoy, deseando completar mi idea de Venecia, procúreme un plano. Después de haberlo estudiado algo, subí á la torre de San Marcos, desde donde se goza un espectáculo único. Era al medio día, y lucía el sol tan claro, que veía lo cercano y lo de lejos sin antejo. La marea cubría las lagunas, y al dirigir la mirada al llamado Lido—lengua estrecha de tierra que las cierra—vi la vez primera el mar, y en él algunas velas. En las lagunas mismas había galeras y fragatas que deben ser enviadas al Caballero Emo, que hace la guerra en Argel; permanecen ancladas á causa del viento contrario. Las montañas paduanas y vicentinas y la cadena del Tirol, entre Oeste y Norte, cierran de una manera excelente el hermoso cuadro.

Venecia 1.º de Octubre de 1786.

Seguí estudiando la ciudad desde muchos puntos de vista, y como hoy era domingo, me chocó el ningún aseo de las calles, donde hacía mis observaciones. No deja de haber una suerte de policía. Los vecinos arrojan las basuras en los rincones; y vi, al mismo tiempo, barcas grandes que iban de una parte á otra parándose en muchos sitios y llevándoselas: son gentes de las islas vecinas que necesitan abono, pero en estas disposiciones no hay exactitud ni rigor, y lo sucio del pueblo es tanto más imperdonable, cuanto Venecia ha sido dispuesta para la limpieza como cualquiera ciudad holandesa.

Todas las calles, hasta en los barrios más excéntricos, son empedradas, á lo menos con ladrillos de canto. Donde es necesario, el centro levanta un poco, y el agua se recoge en la parte baja, á los lados, yendo á caer en canales cubiertos. Otras disposiciones arquitectónicas del bien pensado plan primitivo demuestran la intención que tuvieron los excelentes alarifes de hacer de Venecia la ciudad más limpia, según es la más singular. No he podido prescindir, en mis paseos, de proyectar un reglamento urbano, adelantándome á un jefe de policía que tomase la cosa en serio. ¡Siempre tiene una inclinación á barrer las delanteras de puertas ajenas!

Venécia 2 de Octubre de 1786.

Ante todo, díme prisa para ir á la *Caritá*. Viera en las obras de Palladio el proyecto de este edificio conventual, donde pensó imitar la morada privada de los antiguos ricos hospitalarios. El plano, excelentemente dibujado, así en sus detalles como en su conjunto, me gustó en extremo, y esperábame encontrar una obra maravillosa. Pero ¡ay!, apenas está hecha la décima parte! Verdad es que tal parte, digna de su genio divino, es de una perfección en el plan y de una exactitud en la ejecución, que no conocía. ¡Años enteros pasaría contemplando semejante obra! Parecióme no haberla visto nunca superior ni más acabada, y creo no engañarme. Pero debe pensarse en el excelente artista, nacido con el sentimiento de lo grande y de lo bello, que trabajó tanto primeramente para formarse en el conocimiento de los antiguos, á fin de hacerlos luego revivir en sus propias obras, y que encuentra ocasión de ejecutar un pensamiento favorito, levantar un monasterio, vivienda de muchos frailes, albergue de muchos extranjeros, en forma de antigua casa particular. De la iglesia vieja se pasa al atrio, de columnas corintias: queda el viajero encantado y olvida de repente todo lo frailuno. De un lado la sacristía, de otro una sala capitular, junto á la escalera de caracol más hermosa del mundo, con su gran árbol al aire y los peldaños de piedra empotrados en la pared y dispuestos de tal suerte, que cada uno soporta el peso del que le sigue; no se cansa uno de su-

birla y bajarla. Se comprende lo bien hecha que estará, cuando el mismo Palladio la dió por buena. Del vestibulo se pasa al gran patio interior. Desgraciadamente, del edificio que debía rodearlo, sólo el lado izquierdo construyeron: tres órdenes de columnas unas sobre otras. En el piso bajo, salas; en el primero, una arcada delante de las celdas; en el superior, paredes con ventanas. Debe ayudar á esta descripción la vista del diseño. Una palabra ahora respecto de la ejecución. Sólo los capiteles y las basas de las columnas y las claves de los arcos, son de piedra labrada: todo el resto, no puedo decir que sea de ladrillo, sino de adobes (arcilla tostada): no tenía la menor idea de semejantes ladrillos. La cornisa y su friso son de lo mismo, é igualmente los miembros de los arcos, todo cocido por partes, y como se ha empleado poca cal en el edificio, parece fundido de una pieza. Si el conjunto se hubiese terminado y se viese limpio, bruñido y pintado, sería de un efecto divino. Era, sin embargo, el plano demasiado grande, al igual del de muchos edificios modernos. El artista supusiera no solamente que tirarían el convento actual, sino que comprarían las casas adyacentes, y es de suponer que faltarían el dinero y el gusto. ¡Oh destino amado!, tú que favoreciste y eternizaste tantas estupideces, ¿por qué no consentiste la terminación de esta obra?

Venecia 8 de Octubre de 1786.

Es la iglesia de *Il Redentore*, obra de Palladio, grande y hermosa, y su fachada más digna de alabanza que la de San Giorgio; á fin de entenderlo, sería menester tener á la vista este edificio, que el grabado reprodujo muchas veces. Vayan sólo algunas palabras. Palladio, penetrado de la existencia de los antiguos, sentía la pequeñez y estrechez de su tiempo, cual un grande hombre que no se entrega, antes bien, intenta transformar, conforme á su noble idea, cuanto ha quedado. Según pude comprender, gracias á cierta frase dulcificada de su libro, disgustábale que las iglesias cristianas siguiesen construyéndose en la forma de las antiguas basílicas. A causa de esto, trataba de acercar las formas de sus edificios religiosos á los antiguos templos. De ahí provienen ciertas impropiedades que me parecen felizmente evitadas en *Il Redentore*, y que en *San Giorgio* saltan á la vista. Volkmann dijo algo, aunque sin dar en la cabeza del clavo.

Dentro, *Il Redentore* es igualmente precioso: todo, incluso la ornamentación de los altares, es de Palladio. Desdichadamente las hornacinas destinadas á estatuas ostentan chatas figuras pintadas en tablas. Un altar lateral, dedicado á San Francisco, habíanlo adornado con profusión los Capuchinos de San Pedro. No se veía de piedra sino los capiteles corintios; el resto lo cubrían ciertos adornos, á modo de arabescos del mejor gusto, y lo más bonito que se pudieran desear. Ad-

miróme, sobre todo, la hojarasca y los ramajes dorados; acerquéme y encontré una graciosa mixtificación. Todo cuanto creyera oro era paja, aplicada con goma sobre dibujos de papel muy lindos; el fondo pintado de vivos colores, y todo ello de tanto gusto y variedad, que aquel juguete, cuyos materiales nada valían absolutamente y que sin duda se hicieran en el convento, á ser verdad, costaría muchos miles de escudos. En ocasiones podría imitarse.

Varias veces había reparado en un muelle, cerca del agua, á un hombrecillo que, en dialecto veneciano, contaba historias á un auditorio más ó menos numeroso: desgraciadamente nada pude comprender. Nadie reía, y muy pocas veces sonreía el auditorio, compuesto, en su mayor parte, de gentes de la clase más baja. Tampoco el narrador ofrecía nada chocante ni risible; al mismo tiempo mostraba, en sus ademanes, una variedad y una precisión dignas de admirarse, y probaban arte y estudio.

Provisto del plano, traté de encontrar, por rodeos estafalarios, la iglesia de los Mendicantes. Radica en ella el Conservatorio más celebrado en la actualidad. Las señoras cantaban en el oratorio, detrás de la verja. La iglesia estaba llena de oyentes; la música muy hermosa y las voces magníficas. Un contralto cantaba la parte del rey Saúl, protagonista del poema. No tenía ni idea si-

quiera de voz semejante; algunos pasajes de la música eran admirables; el texto perfectamente cantable en latín, tan italianizado, que en ciertos momentos hacía reír. Mas aquí la música tiene ancho campo.

Hubiera sido goce muy agradable si el maldito maestro de capilla no hubiera marcado el compás chocando la soleta sobre la verja de una manera tan poco disimulada, que parecía habérselas con chicos de escuela. Las jóvenes, sin embargo, ensayaron bien la pieza, y su papeleo innecesario destruía todo el efecto; no de otro modo que si uno, deseando hacernos comprender muy claro el mérito de una estatua, diese color de escarlata á las junturas de todas sus piecitas. Un sonido extraño rompe toda armonía. ¿Y este hombre es músico y no lo conoce? ¿O quiere marcar mediante una inconveniencia su presencia? Fuérale mejor dejar adivinar su mérito en lo perfecto de la ejecución. Sabía que tal cosa está en la manera francesa; mas de los italianos, que parecen á ello acostumbrados, no lo pensaba. No es la primera vez que ocurre la creencia de favorecer el gusto apelando precisamente á aquello que lo destruye.

Anoche ópera en San Moisés (aquí los teatros llevan el nombre de la iglesia cercana). No me satisfizo. Falta plan á la música, y á los cantantes aquella energía interior, única capaz de llevar á su punto más alto una

representación del género. No puede decirse que ninguna de las partes sea mala, pero sólo las dos mujeres se esfuerzan, no tanto en ejecutar, como en presentarse bien y agradar: siempre es algo. Son dos figuras bonitas. Buenas voces; dos personitas finas, graciosas y despiertas.

En cuanto á los hombres, no hay traza alguna de fuego interior, ni deseo de producir la menor ilusión en el público, ni tampoco voces brillantes.

El *Ballet*, de mísera invención, fué estrepitosamente silbado; sin embargo, algunos saltarines y saltarinas, excelentes las últimas, creyendo deber suyo familiarizar á los espectadores con cada parte bonita de su cuerpo, recibieron muchos aplausos.

En cambio asistí hoy á otra comedia que me divertió más. Celebrábase en el palacio ducal vista pública de un pleito importante, y tuve la dicha de que empezara durante las vacaciones. Uno de los abogados era tan exagerado como pudiera serlo cualquiera bufón. Obeso, pequeño, muy movable, perfil enormemente saliente, voz bronca y tal vehemencia, que cuanto decía parecía salirle de lo más profundo del corazón. Llámola comedia, porque, cuando estas públicas representaciones se dan, ya está todo concluído; los jueces saben lo que han de decir y las partes lo que tienen que esperar. Sin embargo, me gustó mucho más que nuestros tribunales y entorpecimientos curialescos. Y ahora voy á dar idea de las circunstancias y de qué modo todo se pasa con naturalidad é ingenio y sin ostentación.

En una sala espaciosa del palacio estaban sentados, formando semicírculo, en un lado los magistrados; en el opuesto, y en una tribuna donde cabían muchas personas, unas junto á otras, los abogados de ambas partes, y delante de la tribuna, en un banco, el querellante y el acusado, en propias personas.

Bajara de la tribuna el abogado del querellante, porque la sesión del día no era de debates, sino que debían leerse en ella, aunque ya impresos, todos los documentos en pro y en contra.

Un flaco escribiente, pobremente vestido de negro, se disponía á desempeñar el papel de lector: la sala estaba llenísima de espectadores y oyentes, porque la cuestión de derecho en sí, y las personas de quienes se trataba, inspiraban el mayor interés á los venecianos.

Gozan los fidecomisos en este Estado del más decidido favor. Una posesión á la que se imprime tal carácter, lo conserva eternamente. Puede en cualquiera acontecimiento ó circunstancia venderse y pasar por muchas manos durante cientos de años; si el asunto se lleva á la justicia, conservan los descendientes de la primera familia sus derechos, y los bienes se les devuelven.

Esta vez, el pleito tenía gran importancia, pues la queja produjérase contra el mismo *Doge*, ó mejor contra su esposa, que comparecía en persona, envuelta en su cendal y sentada en el banquillo, muy poco desviada del querellante.

Era una señora de cierta edad, de buena presencia,

noble fisonomía, en cuya seriedad podrían notarse rasgos de enojo. La imaginación de los venecianos se prometía mucho de ver aparecer ante el tribunal y ante ellos, la princesa, en su propio palacio.

Comenzó el escribiente á leer, y sólo entonces comprendí lo que significaba un hombrecillo, sentado en una banquetta, detrás de una mesita, debajo de la tribuna de los abogados y frente á los jueces: tenía un reloj de arena acostado delante de sí; mientras leía el escribiente, no corría el tiempo, pero al abogado, cuando quería hablar interviniendo en el asunto, sólo se le concedía en total cierto tiempo. ¿Leía el escribiente? el reloj estaba acostado y el hombrecillo tenía la mano encima: ¿abría el abogado la boca? ya estaba el reloj derecho, y en cuanto callaba, tendido otra vez. La gran habilidad consiste en hablar durante el curso de la lectura; hacer advertencias al vuelo; excitar la atención y exigirla. Con semejante táctica encuéntrase el Saturnuelo en el mayor compromiso. Tiene que cambiar incesantemente la postura horizontal ó vertical del reloj. Se encuentra en el caso del diablo en los teatrillos de muñecos; con los movimientos rápidos del malicioso Arlequín ¡berlick, berlock! no sabe si salir ó entrar.

Quien haya oído lo que es colacionar en las oficinas, podrá formarse idea de la lectura apresurada, monótona, pero articulada con bastante claridad. El hábil abogado sabe romper la monotonía apelando á chanzas, y el público celebra sus chistes en desmedida carcajada. Recordaré un chiste, el más saliente de cuantos oí. Re-

citaba el lector en aquel momento un documento, en cuya virtud, un poseedor ilegal, prescripto, disponía de los bienes en cuestión. Pidióle el abogado que leyera más despacio, y cuando pronunció claramente las palabras: *dono, lego* se le echó encima exclamando: «¡Qué has de donar, ni que has de legar tú, pobre diablo hambriento, si no posees nada en el mundo? ¡Sin embargo—continuó, mientras parecía reflexionar,—aquel risible poseedor estaba en el mismo caso; quería donar, quería legar lo que le pertenecía tanto como á ti!» Una carcajada infinita estalló, al mismo tiempo que el reloj de arena volvía á tomar la horizontal. El lector continuó zumbando, puso al abogado rostro flamígero; pero después de todo, se trata de meras bromas convencionales.

Venecia 4 de Octubre de 1786, después de media noche.

Ayer estuve en la comedia.—teatro de San Lucas,—que me divertió bastante: vi una pieza de máscaras improvisada, ejecutada con mucha naturalidad y viveza. No todos están á la misma altura: *Pantalon*, muy bien. Una de las mujeres, gruesa, bien formada, que no es actriz extraordinaria, habla de manera excelente y sabe presentarse. El asunto es inverosímil. Con increíble variedad nos entretuvieron más de tres horas. Pero aquí, la base donde todo se apoya es el pueblo. Los espectadores hacen su papel: el pueblo y el espectáculo se iden-

tifican. Durante el día, en las plazas, orilla del agua, dentro de las góndolas, y en el palacio ducal: El mercader, el comprador, el mendigo, los barqueros, las vecinas, el abogado y su contrario, todos viven, se tropiezan, y sin violentar su propia manera de ser, hablan y juran, gritan y ruegan, cantan, juegan, maldicen y alborotan. Después, van, por la noche, al teatro á ver y oír su propia vida, al día, artísticamente presentada, indumentada con primor, entretrejida de cuentos, desviándose de la realidad con la careta y acercándose á ella en las costumbres. Esto les divierte como si fueran niños: chillan, aplauden y meten ruido. Desde la mañana á la noche, ó mejor desde media noche á media noche, es siempre lo mismo. Nunca vi acción más fácil y natural que la de estas máscaras.

Mientras escribo hay en el canal, debajo de mi ventana, un ruido formidable, y pasa ya de media noche. Siempre tienen motivo de reunirse; ó riñas ó diversiones.

Ahora sí puedo decir que he oído oradores públicos. Tres mozos, á la tarde, en la plaza y en los muelles contando historias, cada uno á su manera. Dos abogados; dos predicadores; los cómicos de que he hablado, entre los que he de celebrar al *Pantalon*. Todos tienen algo de común, no sólo por ser de una misma nación y vivir en público, siempre entregados á arengas apasionadas, sino porque se imitan. Hay que añadir la exagerada pantomima que acompaña á la expresión de sus ideas y sentimientos. Hoy estuve en la función de San Fran-

cisco, *Alle Vigne*. Los vendedores, delante de la Iglesia, acompañaban con sus gritos la fuerte voz del capuchino, á modo de Antífona. Coloquéme en la puerta entre uno y otros, y era extraordinario oír aquello.

Venecia 5 de Octubre de 1786.

Visité el Arsenal, muy interesante para mí, que no conozco nada de marina; y aquí vengo como á la escuela primaria. Pues si va á decir verdad, esto parece una familia antigua que todavía subsiste, aunque ya le pasó el tiempo de las flores y de los frutos. Gustándome observar los obreros, vi muchas cosas dignas de atención, y he subido al esqueleto de un buque de veinticuatro cañones. Otro igual se quemó hace seis meses en la *Riva de Schiavoni*. La santa bárbara no estaba llena de pólvora, y la explosión no causó grandes daños; las casas próximas se quedaron sin cristales.

He visto trabajar la más hermosa madera de encina de Istria, é hízome pensar en la manera de crecer árbol de tal mérito. No encareceré bastante cuán útil me es el conocimiento, que tan penosamente he adquirido, de los productos de la Naturaleza que el hombre emplea como primera materia y aplica á sus necesidades, á fin de explicarme los procedimientos de artistas y artífices. De igual suerte, el conocimiento de las montañas y

de las piedras sacadas de ellas, contribuye mucho á mi adelanto en el Arte.

Queriendo explicar con una palabra el *Bucentauro*, le llamaré galera de aparato. El antiguo, del que tenemos estampas, justifica más aún el epíteto que el actual, deslumbrante de lujo, hasta el punto de hacernos perder de vista su origen.

Vuelvo siempre á mi teoría: dando al artista un asunto digno, puede siempre hacer una obra cabal. Aquí se le encargó construir una galera digna de llevar á las cabezas de la República el día de la gran fiesta, en que se consagra su antigua dominación sobre el mar, y este objeto cumpliése admirablemente. Es el barco un puro adorno; no puede decirse que está cargado de adornos: es una talla toda dorada, sin servicio alguno. Un verdadero viril donde mostrar al pueblo sus cabezas. Sabido es cuánto le gusta adornar sus sombreros: de igual modo quiere ver á sus superiores lujosos y engalanados. Esta nave de aparato es una verdadera pieza de inventario, donde puede verse cuanto los venecianos eran y lo que creían ser.

Por la noche.

Salgo riéndome de la tragedia, y quiero fijar en el papel, acto continuo, aquella payasada. La pieza no era

mala: el autor recopiló todos los matadores trágicos, y los actores trabajaron bien. La mayor parte de las situaciones, conocidas; algunas nuevas y muy felices. Dos padres se odian: hijos é hijas de estas familias enemigas se aman apasionadamente, y hasta una de las parejas se casa en secreto. Suceden horrores y crueldades, y al fin no hay otro medio de arreglar que los jóvenes sean felices, sino es atravesándose los padres uno á otro de parte á parte; en cuyo momento, entre una salva de aplausos, cae el telón.

A pesar de ello, los aplausos redoblan y principian á gritar *¡fuora!* continuando así hasta que las dos parejas principales condescienden y salen al proscenio, hacen sus reverencias y se retiran.

El público no se contenta todavía; sigue aplaudiendo, y grita: *¡i morti!* Salen al fin los dos muertos, saludan y se oyen algunas exclamaciones de *¡bravi i morti!* Mucho tiempo los tiene allí el palmoteo; hasta que al fin les permite retirarse. Esta farsa gana infinito para el testigo ocular y auricular, que conserva en sus oídos, como yo, el *¡bravo! ¡bravi!* que los italianos tienen siempre en la boca, y oye de repente llamar á los muertos con esta palabra honorífica.

¡Buenas noches! Así podemos decir los del Norte, á toda hora, cuando nos separamos en la obscuridad. El italiano dice, *¡felicissima notte!* sólo una vez, al traer al cuarto la luz que separa la noche del día, y esto significa una cosa enteramente distinta. Los idiotismos de cada lengua son intraducibles; pues todas las pala-

bras, desde la más alta á la más baja, se refieren á cualidades propias y particulares de la nación; y están en su carácter, en sus sentimientos ó en su situación especial.

Venecia 6 de Octubre de 1786.

La tragedia de ayer me enseñó muchas cosas. En primer lugar, he oído de qué suerte tratan los italianos sus yámbicos endecasílabos. Después he podido comprender cuán sabiamente obró Gozzi aliando las máscaras y las figuras de tragedia; espectáculo apropiado á este pueblo, que quiere ser conmovido de una manera cruel. No toma parte alguna íntima ni tierna con los desdichados: gústale sólo que el héroe hable bien; se paga mucho de las palabras, mas enseguida quiere reir y oír sandeces.

En el drama se interesan como en la misma realidad. Al presentar el tirano la espada á su hijo y requerirle que mate á su mujer, allí presente, manifestó el público, en voz alta, su desagrado ante semejante pretensión, y poco faltó para interrumpir la representación. Pedía que el viejo volviese á recoger la espada, cosa que habría anulado las situaciones sucesivas de la obra. Al fin, el hijo, tan estrechado, se decidió adelantándose al proscenio, y rogó humildemente al público que tuviese paciencia un solo instante: luego siguió la cosa á me-

dida del deseo. Considerada en el terreno del Arte la escena, en aquellas circunstancias era necia y antinatural, y aplaudí el sentimiento público.

Ahora me doy mejor cuenta de las arengas y largos discursos de las tragedias griegas. Los atenienses gustaban más oír hablar y entendían más de eso que los italianos, porque se formaban en los tribunales, donde pasaban todo el día.

En las obras arquitectónicas de Palladio, sobre todo en las iglesias, hallo algunas cosas censurables, al lado de otras preciosas. Poniéndome á considerar si tendré ó no razón respecto de hombre tan extraordinario, me hago la idea que me comprende y me dice:—Esto y esto fué contra mi voluntad; no obstante, hícelo porque, en circunstancias dadas, sólo de esa manera podía acercarme á mi ideal. Paréceme—¡tanto es lo que pienso en ello!—que observando la altura y ancho de una iglesia ya hecha, de una casa vieja, donde sólo había que levantar fachada, se diría: —¿Cómo vas á dar á estos espacios forma grande? La necesidad te obliga á desatender y desconcertar muchos detalles; en uno ó en otro sitio aparecerá alguna inconveniencia, pero así tiene que ser. El estilo, en su conjunto, será alto y trabajarás á gusto. Y así puso de manifiesto la idea grande que llevaba en su alma en sitios no del todo adecuados, donde tenía que mutilarla y fraccionarla.

El ala del convento de la *Caridad*, al contrario, es de tanto más precio, cuanto el artista trabajaba libre y podía seguir sin trabas las inspiraciones de su talento. Si

el monasterio se hubiese concluído, tal vez no habría en el mundo actual obra arquitectónica de mayor perfección.

Cuanto más leo y medito sus obras, veo más claramente su pensamiento y trabajo, de qué suerte trató á los antiguos; empleó pocas palabras, mas siempre importantes. El libro cuarto, que se ocupa en los templos antiguos, es perfecta guía para ver con sentido las ruinas.

Venecia 7 de Octubre de 1786.

Anoche vi en el teatro San Crisóstomo, *Electra*, de Crebillón; traducida, por supuesto. No puedo decir cuán empalagosa parecióme la obra y lo terriblemente pesada que se me hizo.

Los actores son, en general, buenos, y satisfacen al público en pasajes sueltos. Orestes solo tiene tres relaciones, poéticamente adornadas, en una misma escena. *Electra* es una muchacha bonita, algo gruesa y de viveza casi francesa, buenas maneras, y dice los versos muy bien; sólo que se equivocó desde el principio al fin, como por desgracia el papel lo pide. Mientras tanto seguí aprendiendo. Los yámbicos, siempre endecasílabos, son, en italiano, muy incómodos de declamar, porque, en general, la última sílaba es corta y, contra la voluntad de los actores, suena aguda.

Esta mañana temprano estuve en la misa solemne de la iglesia de Santa Justina, á la que asiste todos los años el Dux, conmemorando una victoria alcanzada sobre los turcos. A la plaza, que es pequeña, llegaron las barcas doradas conduciendo al príncipe y á una parte de los nobles; los barqueros, vestidos de modo singular, agitaban remos encarnados. En la orilla el clero y la Hermandad, con hachones encendidos, sostenidos en pértigas de plata y candeleros portátiles, esperaban en apretado grupo. Después tendieron puentes tapizados desde las embarcaciones á tierra y empezaron á extenderse, en una fila primeramente los largos ropajes, color de violeta, de los juriconsultos, después los colorados de los senadores, que sobre el empedrado se des-cogieron, y al fin, el anciano, adornado con el dorado gorro frigio, traje talar, dorado también, y manto de armiño. Salió llevando la cola sostenida por tres servidores. Todo esto en aquella plaza, ante el pórtico de una iglesia, delante de cuyas puertas flotan las banderas otomanas, parecía un tapiz antiguo muy bien dibujado y colorido. A mí, fugitivo del Norte, la ceremonia me gustó mucho. En nuestro país, donde todo se festeja en traje corto y el arma al hombro, no estarían en su lugar. Pero aquí, en tales solemnidades pacíficas, los trajes talares son propios.

Es el Dux hombre {de aventajada estatura y muy bien formado, que podrá estar enfermo; pero, en honor de su dignidad, se tiene muy derecho bajo la pesada vestidura. Aparte de esto, parece el abuelito de toda la

raza y es afabilísimo y cortés. Siéntale el traje á maravilla, y el casquete, debajo del gorro frigio, no le perjudica, porque es fino y transparente y descansa en el cabello más blanco y brillante del mundo.

Acompañábanle unos cincuenta nobles con largos trajes de cola, de color rojo obscuro. La mayoría hombres hermosos; ni una figura ruín; muchos altos, de gruesas cabezas y pelucas de rizos rubios, que les caían muy bien; facciones marcadas, carnes blancas sin ser flácidas, parecían prudentes sin esfuerzo, tranquilos, dueños de sí mismos, á quienes la vida era fácil y la llevaban con cierta alegría.

Luego que en la iglesia estuvo todo ordenado y principiada la misa solemne, toda la cofradía entró por la puerta principal y volvió á salir por la de la derecha, después de recibir los cofrades, dos á dos, el agua bendita y saludar al Altar, al Dux y á la Nobleza.

Habíame preparado para esta noche el famoso canto del Gondolero, que es el Tasso y el Ariosto cantados con una melodía especial. Necesítase realmente prepararlo, porque de ordinario no se presenta; pertenece á las cosas medio extinguidas de los pasados tiempos.

A la luz de la luna subí á la góndola; uno de los cantores iba delante, otro detrás, y comenzaron su canto, alternando en las estrofas. La melodía, conocida gracias á Rousseau, es un término medio entre el recitado y el canto llano; conserva el mismo movimiento sin tener compás. La modulación también es igual; sólo cambia

según el sentido del verso, y hace una suerte de declamado, lo mismo el tono que la medida.

El espíritu, la vida de aquéllo, sólo se comprenderá por lo que voy á decir. No sé ni quiero averiguar cómo se hizo la melodía; baste saber que es muy apropiada á un hombre desocupado, modulando para su propia complacencia, adaptando á estas modulaciones poemas que sabe de memoria. Sentado á la orilla de una isla, de un canal, con voz penetrante—el pueblo estima, en primer término, la fuerza—hace resonar su canto todo lo lejos que puede. Extiéndese sobre las aguas quietas y á distancia; otro, que conoce la melodía, la oye y contesta entonando el verso siguiente; después, vuelve á comenzar el primero, y así uno es siempre eco de otro. El canto, aunque dure noches enteras, los entretiene sin cansarlos. Cuanto más lejos están, más atractivo tiene la canción. Si el que escucha se halla entre los dos, ocupa lugar apropiado.

A fin de lograr que escuchara así, saltaron á tierra en la Giudecca, y se dividieron á lo largo del canal; yo iba de un lado á otro entre ellos, separándome del que empezaba á cantar y acercándome al que terminaba la estrofa. De esta manera comprendí enseguida el sentido del canto. Es rarísimo el sonido de la voz lejana; parece queja sin tristeza; es cosa increíble y conmueve hasta hacer llorar; lo atribuía á mis propias disposiciones, pero mi viejo decía: «*E singolare, come quel canto intenerisce, e molto più, quanto è più ben cantato.*» Deseaba que oyese las mujeres de Lido y particularmente las de Ma-

lamocco y Palestrina, que cantan también el Tasso, acompañado de la misma ó parecida melodía. El decía: «Cuando sus maridos van de pesca, tienen la costumbre de sentarse en la orilla, y con voz penetrante, á la caída de la tarde, entonan el canto, hasta que, allá lejos, oyen la voz de los suyos, y así se entretienen.» ¿No es muy hermoso esto? Sin embargo, compréndese fácilmente que sea poco agradable oír cerca voces rivalizando con las olas del mar. Pero la idea de este canto se hace humana y verdadera; viva la melodía cuya letra muerta nos destrozaba la cabeza; porque es el suspiro de un ser solitario en el espacio, destinado á que otro, animado de sus mismos sentimientos, lo escuche y le conteste.

Venecia 8 de Octubre de 1786.

He visitado el palacio *Pisani Moretta* para ver un precioso cuadro de *Paolo Veronese*: la familia femenina de Dario, postrada ante Alejandro y Hephastion. La madre, arrodillada en primer término, toma al último por el rey; él rehusa todo honor é indica á Alejandro. Cuenta la historia que habiendo sido el artista muy bien recibido y honoríficamente hospedado durante mucho tiempo en este palacio, pintó el cuadro en secreto, y arrollado, dejólo de regalo, debajo de la cama. De todas maneras es digno de un origen particular, pues revela

todo el mérito del maestro. Evidencia su gran arte en distribuir luces y sombras, su habilidad en los colores locales, su modo de producir deliciosa armonía, sin difundir en el lienzo un tono general. Verdad es que el cuadro consérvase perfectamente, tan fresco como pintado ayer, y cuando una obra de tanta importancia comienza á deteriorarse, el placer que su vista produce se perjudica sin saber por qué.

Quien censure al artista en los trajes, debe advertir su intento de pintar historia del siglo diez y seis, y no hay más que decir. La gradación de la madre á la esposa y á la hija, es sobremanera real y feliz. La princesita joven, arrodillada, completamente al extremo, es una ratita de rostro gentil, voluntarioso y arrogante, que no parece estar nada contenta de su sitio.

Mi antiguo don de ver el mundo con los ojos del pintor cuyos cuadros acaban de impresionarme, trájome un pensamiento particular. Es evidente que el ojo fórmasse mediante los objetos vistos desde la infancia, y así los pintores venecianos deben ver más diáfano y claro que los otros hombres. Cuantos habitamos un país, á veces sucio y fangoso, otras cubierto de polvo incoloro, que amortigua los reflejos, ó quizá encerrados en menguadas habitaciones; no podemos desarrollar en nosotros mismos esa mirada alegre. Al hallarme un día en las lagunas, en pleno sol, y ver en las bandas de las góndolas á los gondoleros con sus trajes abigarrados y sus movimientos ligeros remando, destacarse entre la llanura verde clara y el aire azul, he contem

plado la mejor y más acabada imagen de la escuela veneciana. El brillo del sol realzaba los colores locales de manera deslumbradora, y eran las sombras tan ligeras, que relativamente hubiesen podido servir de luz. Igual sucedía con el reflejo de las verdes aguas del mar; todo era claro y pintado en claro: necesitábase el rayo de luz sobre las olas espumosas para poner los puntitos sobre las íes. Ticiano y Paolo poseían esta claridad en grado sumo, y si no se encuentra en algunos de sus cuadros, es porque han padecido ó los han retocado.

En la iglesia de San Marcos las bóvedas y cúpulas, y al igual las paredes, todo está ricamente cubierto de mosaicos; figuras de colores sobre fondo de oro. Los hay muy buenos; otros no tanto, según el maestro que dibujó los cartones. Dióme pena que todo dependiese aquí de aquella primitiva invención, haciéndola dueña del espíritu y de la medida justa; pues con pedacitos cuadrados de vidrio, lo mismo se puede imitar lo malo que lo bueno. Y aun no todo hiciéronlo de la mejor y más pulida manera. El Arte que preparó á los antiguos sus pavimentos y á los primeros cristianos el cielo de las bóvedas de sus iglesias, se desmenuza ahora en tabaqueras y brazaletes: estos tiempos son peores de lo que se piensa.

En la casa *Tafetti* existe una preciosa colección de reproducciones antiguas. No hablaré de las que conozco

de Maguncia ó de otras partes, y sólo mencionaré las nuevas. Una Cleopatra colosal, el áspid enroscado en el brazo y durmiendo el sueño de la muerte. Más lejos la madre Niobe, cobijando bajo el manto la más joven de sus hijas para librarla de las flechas de Apolo. Algunos gladiadores; un Genio dormido en sus propias alas. Filósofos sentados y de pie. Son obras que pueden deleitar é instruir al mundo durante siglos, sin que el mérito del artista se agote nunca en la saciedad.

Muchos bustos me transportaron á los antiguos, magníficos tiempos. Sólo siento mi desdichado atraso en tales conocimientos. Sin embargo, adelantaré; á lo menos sé el camino. Palladio preparóme á ello y á todo cuanto es Arte y vida. Quizá he de parecer algo extraordinario, pero no será tan paradójico como lo de Jacobo Böhme, que llegó á conocer el universo viendo un plato de estaño atravesado por un rayo de Júpiter. También hay en la colección un pedazo de entablamiento del templo de Antonino y Faustina en Roma. Este objeto saliente de tan magnífica arquitectura, me hizo recordar el capitel del panteón de Mannheim. ¡Cosa es bien diferente de nuestros santos amochuelados del gótico florido, puestos sobre sus mensulillas uno sobre otro, y que nuestras columnas de tubos de pipa y nuestras torrecillas picadas, y que nuestras guirnaldas de flores! Gracias á Dios, de eso estoy libre para siempre.

He de mencionar todavía algunas obras de escultura que vi aquel día, si bien de pasada, con admiración y respeto. Dos enormes leones de mármol blanco á la

puerta del Arsenal. El uno, se levanta apoyándose en las patas delanteras; el otro está acostado. Contraste magnífico de variedad y vida. Son tan grandes, que hacen pequeño lo que les rodea y que nos reducirían á la nada si los objetos sublimes no nos elevasen. Deben ser de los mejores tiempos griegos, traídos del Pireo en los días resplandecientes de la República.

Deben traer asimismo su origen de Atenas dos bajorelieves empotrados en la pared de la iglesia de Santa Justina, la vencedora de los turcos, desgraciadamente obscurecidos, hasta cierto punto, por las sillas de la iglesia. Hízome reparar en ellos el sacristán, porque la tradición dice que los ángeles hermosísimos que el Ticiano presenta en su cuadro del Asesinato de San Pedro Mártir, están tomados de aquellos: son genios que se arrastran con los atributos de los dioses, y en verdad tan bellos, que sobrepujan toda idea.

En seguida contemplé, con un sentimiento muy particular, la estatua desnuda de Marco Agripa, en el patio de un palacio. Un delfín que se levanta culebreando á su lado, indica un héroe marino. ¡Qué parecidos á dioses son los grandes hombres así representados!

He visto de cerca los caballos de la iglesia de San Marcos: desde abajo se advierte ligeramente que son moteados; en algunas partes tienen un bonito reflejo metálico, á veces verde cobrizo. De cerca se ve y se sabe que eran todos dorados y ahora están llenos de rayas, porque los bárbaros no quisieron limar el oro,

sino rasparlo con cuchillo. Mejor es esto; á lo menos la forma queda.

¡Qué hermoso tiro! quisiera oír la opinión de algún inteligente en caballos. Lo que me pareció singular fué que de cerca parecen pesados, y desde la plaza ligeros como ciervos.

Esta mañana mi ángel bueno me llevó al Lido, la lengua de tierra que cierra las lagunas y las separa del mar. Saltamos en tierra y la atravesamos: oí un ruido fuerte; era la mar, que vimos pronto: lanzábase contra la orilla y luego se volvía; estaba la marea bajando. Así, pues, he visto la mar con mis propios ojos y me he paseado en la hermosa playa que deja descubierta al retirarse. Hubiera deseado tener los niños á mi lado, á causa de los mariscos; yo mismo, semejante á un chico, recogí buena provisión de ellos. Pero los dedico á una cosa: quisiera secar un poco de la tinta del calamar, que aquí corre con tanta abundancia.

Sobre el Lido, cerca del mar, hay un cementerio de ingleses, y más lejos otro de judíos, porque ni unos ni otros pueden enterrarse en sagrado. Encontré la sepultura del noble cónsul Smith y de su primera mujer; le debo mi ejemplar de Paladio, y le dí por él las gracias sobre su tumba profana.

Y no solamente profana, sino medio perdida; el Lido no es, al fin y al cabo, más que una duna, y las arenas

arrebatadas por el viento, llevadas de una parte á otra y amontonadas, la cubrirán: dentro de poco tiempo apenas se encontrará este monumento, aunque es bastante alto.

¡Qué gran espectáculo es la mar! quiero hacer un viaje en canoa, porque las góndolas no salen fuera.

Orillas del mar encontré también diversas plantas, cuyos caracteres semejantes me hicieron conocer mejor sus propiedades. Son á la vez gordas y acerbas, crasas y tenaces, y es evidente que tales propiedades adquierenlas de la sal del suelo arenoso, y mejor todavía, de la sal del aire. Contienen jugo como las plantas acuáticas, y son carnosas y resistentes como las plantas de montaña. Cuando en el final de las hojas adviértese tendencia á ser espinosas, al igual del cardo, son extremadamente afiladas y fuertes. Encontré así una mata; parecióronme análogas á nuestros inofensivos tusilagos, pero armados de fuertes armas, y la hoja parecía de cuero, lo mismo que el cáliz y el tallo, todo grueso y áspero: recogí semilla y hoja. (*Eristgium maritimum*).

El mercado del pescado y los infinitos mariscos me gustaron mucho; voy á él con frecuencia y observo los desdichados habitantes de la mar que se dejaron atrapar.

Venecia, 9 de Octubre de 1786.

¡Magnífico día desde la mañana á la noche! Llegué hasta Palestrina, pasando frente á Chiozza, asiento de las grandes construcciones llamadas *Murazzi*, que levanta la República. Son de piedras labradas y es su objeto proteger la extensa lengua de tierra llamada el Lido, que separa las lagunas de la mar, contra el bravío elemento.

Son las lagunas un efecto antiguo de la Naturaleza. En primer término el flujo, el reflujo y la tierra, trabajando encontradamente; después los rebajamientos sucesivos de las aguas, fueron causa de que, en la extremidad superior del mar Adriático, se encontrase tan extenso terreno pantanoso, visitado en parte y en parte abandonado por el flujo y el reflujo. El arte solidificó los puntos más altos, y así Venecia está formada por cien islas agrupadas y rodeada de otras ciento. Al propio tiempo, con increíble trabajo y costo, abrieron canales profundos en las lagunas, á fin de que en la marea baja pudiesen llegar buques de guerra á los puntos principales. Cuanto hicieron el ingenio y el trabajo de los antiguos tienen que conservarlo ahora el trabajo y la previsión de los modernos. La larga banda de tierra del Lido separa las lagunas del mar, que sólo puede entrar por dos sitios, á saber: el Castillo y al extremo opuesto por Chiozza. El flujo entra dos veces al día y el reflujo retira las aguas otras dos veces, siempre siguiendo el mismo camino y en la misma dirección; cu-

bre los puntos pantanosos del interior y deja al descubierto los más altos, que aunque no se secan, son visibles.

Otra cosa sería si la mar se buscasse nuevos caminos, atacase la lengua de tierra y la marea entrase y saliese á voluntad. No solamente los pueblecitos que hay en el *Lido*, *Palestrina*, *San Pietro*, y otros perecerían, sino que se obstruirían los canales y el agua lo trastornaría todo, convirtiendo el Lido en islas, y las islas que hay detrás, en lengua de tierra. A fin de evitarlo, protegen el Lido, valiéndose de todos los medios posibles, para que el elemento temible no pueda dismantelar aquello de que los hombres se posesionaron, dándole forma y dirección determinadas.

En las mareas grandes conviene, sobre todo, impedir al mar la entrada, á no ser por dos lados, quedando el resto cerrado. Así quiébrase su fuerza, y debiendo someterse, á las pocas horas, á la ley del descenso de la marea, es menos temible su furor.

Después de todo, Venecia nada tiene que temer, y la lentitud del mar retirándose, le garantiza miles de años, y ya tratará de retener su posesión, conservando perfectamente sus canales.

¡Si al menos tuvieran la ciudad más limpia, cosa tan necesaria como fácil y de muy grandes consecuencias en el curso de los siglos! Verdad es que está prohibido, bajo grandes multas, echar escombros ó basuras en los canales; pero nadie puede impedir que un chaparrón repentino arrastre las inmundicias depositadas en los

rincones, y lo que es peor, que las arroje en las bocas de las alcantarillas, cerrándolas y poniendo así los lugares principales en peligro de quedarse debajo del agua. He visto alcantarillas obstruídas y llenas de agua, hasta en Piazzeta de San Marcos, donde las establecieron tan bien como en la gran plaza.

La lluvia se hace un fango horroroso. Todo el mundo jura y echa pestes. Al subir y bajar los puentes, las capas y *Tabarri* que llevan á la continua arrastrando, se ensucian, y como las gentes usan medias y zapatos, se salpican é increpan unos á otros porque no se manchan de barro común, sino corrompido. Mejora el tiempo, y nadie piensa ya en la limpieza. Tan cierto es que el público se queja siempre de estar mal servido, porque no sabe principiar á hacerse servir mejor. Aquí, si el soberano quisiera, todo se arreglaría pronto.

Subí esta tarde á la Torre de San Marcos; habiendo visto las lagunas en su magnificencia, en pleamar, quería contemplarlas ahora, durante el reflujo, en su humildad, siendo necesario unir las dos imágenes para formar idea verdadera. Es cosa singular ver tierra en todas partes donde antes se extendía la llanura transparente. Las islas no son ya sino puntos elevados y cultivados de un gran pantano verde obscuro, donde caracolean bonitos canales. Vense los terrenos pantanosos cubiertos de plantas acuáticas, que paulatinamente y sin cesar los van levantando, á pesar del flujo y el re-

flujo que los arrastra y socava, no dejando sosegar la vegetación.

Vuelvo á mi narración del mar. Hoy vi un tejemaneje de caracoles marinos, lapas y cangrejos, en extremo divertido. ¡Qué cosa tan hermosa es un ser vivo! ¡Qué apropiado á su estado, qué verdadero, qué existente! ¡Cuán útil me es mi corto estudio de la Naturaleza y cuánto me complazco en seguirlo! Estas cosas pueden comunicarse, y no quiero hacer la boca agua á mis amigos con simples exclamaciones.

Consisten las obras destinadas á contener el mar en dos series de escalones altos, alternando con rampas suaves, terminando en alto muro, cuyo borde superior es saliente. Al subir la marea, el agua cubre generalmente los escalones y las rampas, y sólo en casos extraordinarios se estrella contra el muro y el borde saliente.

A la mar siguen sus habitantes; pequeños mariscos comestibles, patelas univalvas y todo lo movedizo, en particular cierta especie de cangrejos. Apenas los animalitos se posesionaron del muro liso, retíranse las aguas tumultuosas según vinieron. Al principio aquella muchedumbre no sabe dónde se halla, y espera que la ola salada los volverá á recoger; mas no vuelve, el sol pica y seca de prisa, y empieza entonces la retirada. En tal ocasión buscan los cangrejos su presa. No se puede ver nada más admirable ni más cómico que los ademanes de esta criatura que, compuesta de redondo cuerpo y dos largas tijeras, ya que las otras patas de

araña no cuentan, camina pausada sobre sus zancudos brazos, y en cuanto una lapa se mueve algo debajo de su escudo, mete la pinza entre la abertura de la concha y el suelo, vuelca el tejado y se come el molusco. Las patelas caminan despacio; mas al sentir próximo el enemigo, se adhieren fuertemente á la piedra. Este maniohra con mucha astucia y muchas monerías alrededor del tejado, falto de fuerzas que venzan el poderoso músculo del débil animalejo; entonces renuncia á la presa, dirigiéndose á otra suelta, mientras la primera sigue poco á poco su camino. Jamás vi un cangrejo salirse con la suya, y eso que he pasado horas enteras observando la retirada de esta tropa, resbalándose por las dos rampas y los escalones.

Venecia, 10 de Octubre de 1796.

¡Ahora sí puedo decir que he visto una comedia! Daban hoy en el teatro *San Lucas*, *Le Baruffe Chiozzotte*, que quiere decir: El Zipizape de Chiozza. Son los personajes marineros habitantes de Chiozza, y sus mujeres, hermanas é hijas. Sus gritos habituales, en lo bueno y en lo malo, sus pependencias, sus violencias y su benignidad, sus simplezas, su ingenio, su buen humor y sus maneras libres, todo está perfectamente imitado. También la obra es de Goldini, y como yo estuviera todavía ayer en aquél lugar y tenía aún en los ojos y en los oídos las

voces y maneras de los marineros y gente del puerto, me hizo muchísima gracia. De seguro se me habrán escapado muchas alusiones, mas pude seguir bien el conjunto.

He aquí el plan de la pieza. Las vecinas de Chiozza diállanse sentadas delante de sus casas, hilando, haciendo malla, cosiendo, según costumbre. Pasa un joven, y á una de ellas saluda con particular amabilidad. Entonces empiezan las pullas, crecen hasta la broma y se alzan hasta el agravio. Una grosería atrae otra. Una vecina agresiva dice las verdades, y en tal punto, dan rienda suelta á las injurias, á los ultrajes, á los gritos. No falta quien llegue á vías de hecho, é intervienen, de necesidad, los agentes de la justicia. El segundo acto pasa en la Sala de la Audiencia. El escribano, en lugar del Podestá, que como noble no podría ser representado en el teatro, hace llamar á las mujeres una á una. Así descúbrese que él mismo está enamorado de la enamorada, y aprovechando hablarla á solas, en vez de interrogarla, declárale su amor. Otra, enamorada de él, se precipita dentro, llena de celos. El amante de la primera, todo alborotado, llega asimismo corriendo y las demás le siguen, llueven los insultos y anda el diablo suelto en la Sala de la Audiencia, como antes en la plaza del puerto.

En el tercer acto aumenta la barahunda, concluyendo apresuradamente y de cualquiera manera. El pensamiento más feliz lo expresa un carácter en el que voy á ocuparme.

Un marinero viejo, cuyos miembros, y en particular el órgano de la palabra, se han entorpecido de resultas de la vida dura y penosa que llevara en su juventud, aparece como antítesis de aquella gente charlatana, movediza y chillona. Empieza siempre moviendo los labios, ayudándose de los brazos y de las manos, hasta que consigue echar fuera lo que piensa. Pero no saliendo sino en cortas frases, representa una seriedad tan lacónica, que cuanto dice parecen proverbios ó sentencias y equilibra los desplantes y apasionamientos de los otros.

Jamás he visto alegría semejante á la del pueblo al contemplarse representado tan al natural. Aquello fué una explosión de carcajadas desde el principio hasta el fin. También debo decir que los actores lo hicieron á maravilla. Respecto del carácter, habíanse repartido los diferentes tonos de voz que generalmente sobresalen en el pueblo. La primera actriz estaba deliciosa, mucho mejor que al último en su traje de heroína y demostrando su pasión. Las mujeres en general, ella sobre todo, imitaban las voces, los ademanes y los modales del pueblo de manera graciosísima. Muchas alabanzas merece el autor que hizo, de nada, el más agradable pasatiempo. Sólo es dable hacerlo al autor nacional, dirigiéndose á un público alegre. Aparece siempre escrito de mano maestra.

De la compañía Sacchi, para la que trabajaba Gozzi, y ahora está deshecha, vi á la *Smeraldina*, una figurita pequeña y gorda, llena de vida, ligereza y buen humor.

Brignetta, que es delgado, buena figura y excelente cómico, sobre todo en la parte de acción y de maneras, estaba con ella. Estas máscaras, conocidas nuestras como momias, sin vida ni significado en nuestro país, aquí lo hacen maravillosamente, que son al cabo productos indígenas. Las edades, los caracteres y los estados notables se han personalizado en trajes extraordinarios, y cuando se va y viene la mayor parte del año con careta puesta, se encuentra natural que también en la escena aparezcan caras negras.

Venecia 11 de Octubre de 1786.

Al fin y al cabo, haciéndose la soledad imposible entre tan considerable masa de hombres, di con un francés viejo, que no sabe palabra de italiano; encuéntrase como denunciado y vendido, y á pesar de todas sus cartas de recomendación, ignora á punto fijo qué hacer. Es hombre de clase elevada, de muy buenas maneras, poco expansivo; debe pasar mucho de los cincuenta, y ha dejado en su casa un hijo de siete años, de quien espera ansioso noticias. Le he prestado algunos servicios. Aunque de prisa, viaja por Italia cómodamente, para decir que la ha visto, mas agrádale al pasar instruirse en lo posible. Dile noticias de muchas cosas. Al hablarle de Venecia, me preguntó cuánto tiempo hacía que estaba aquí, y oyendo que sólo quince días y era la primera

vez, dijo: *il parait que vous n'avez pas perdu votre temps.* Es el primer testimonio de buena conducta que puedo presentar.

Lleva aquí ocho días y se va mañana. Me fué muy grato ver, en el extranjero, un verdadero versallés de carne y hueso. ¡Y esto llaman viajero! ¡Es cosa que me hace pensar y me maravilla de qué suerte se puede viajar sin descubrir nada fuera de sí! Y á su manera es excelente persona, hombre instruído y que vale.

Venecia 12 de Octubre de 1786.

Ayer dieron en San Lucas una pieza nueva, *L'inglismo in Italia*. Viviendo en Italia muchos ingleses, es natural que sus costumbres se hayan observado, y creí saber de qué modo juzgan los italianos á estos huéspedes ricos y bienvenidos, y quedéme en ayunas; algunas escenas oportunas de chiste, y el resto muy pesado y muy serio, sin ningún rasgo del carácter inglés; las trivialidades italianas de costumbre, y eso aplicadas á cosas generales, y nada más.

Así fué, que no gustó, y estuvo á punto de ser silbada; los cómicos no estaban en su elemento, como en la plaza de Chiozza. Siendo esta la última pieza que debo ver aquí, parece que mi entusiasmo hacia aquella representación nacional subió de punto en el contraste.

Después de recorrer mi diario, antes de cerrarlo y haberle añadido las observaciones de mi librito de memorias, debo registrar los actos y enviarlo al juicio de mis amigos. Ya hallé en sus páginas más de una cosa que podría determinar mejor, aumentar y corregir. Pláceme que queden así y sean monumentos de la primera impresión que, aunque no siempre la verdadera, nos es preciosa y grata. ¡Si pudiese enviar á mis amigos siquiera un soplo de esta vida fácil! Consideran los italianos *l'oltramontano* imagen oscura. También se me presenta ahora el lado de allá de los Alpes sombrío; pero entre la niebla acostumbrada, dibújense figuras amigas. Solamente el clima podría obligarme á preferir estos países á aquellos: el nacimiento y la costumbre son cadenas poderosísimas. No quisiera vivir aquí, como no quisiera vivir en parte alguna donde estuviese desocupado. En el momento, la novedad me da muchísimo que hacer. La Arquitectura se levanta de su sepultura cual espíritu antiguo y me manda que estudie sus lecciones, á manera de reglas de una lengua muerta, no intentando aplicarlas ni procurarme en ellas goce vivo, sino cruzando, en el silencio de mi alma, la existencia venerable y por siempre terminada de los tiempos antiguos. Refriéndose Palladio en todo á Vitrubio, procúrame un ejemplar de la edición de Galiani. El infolio pesa en el equipaje tanto como su estudio en mi cabeza. Palladio, con sus palabras y obras, en su manera de pensar y exponer, me ha acercado más á Vitrubio y me lo ha interpretado mejor que puede hacerlo la versión

italiana. Vitrubio no se lee fácilmente: el libro en sí está escrito en estilo obscuro y exige estudio crítico. A pesar de ello lo leo pronto, y me deja altas y dignas impresiones. Dirélo mejor, lo leo á manera de breviario: más por devoción que para instruirme. Ya anochece temprano y tengo tiempo de leer y escribir.

¡Gracias á Dios! Cuanto veneraba en mi juventud vuelve á serme querido. ¡Qué feliz me siento al haber osado acercarme de nuevo á los escritores antiguos! Me atrevo ya á decir y á confesar mi enfermedad y mi locura. Desde hace algunos años no he visto ningún autor latino ni podría considerar nada que me recordase á Italia. Cuando esto me sucedía casualmente, hacíame sufrir de manera cruel; á menudo Herder se burlaba de mí, porque decía que mi latín lo aprendía de Spinoza, á causa de reparar que era el único libro en latín que yo leía. Mas ignoraba hasta qué punto debía guardarme de los antiguos y con qué angustia me refugiaba en aquellas generalidades abstrusas. Todavía no ha mucho hizome desgraciadísimo la traducción de las Sátiras de Wieland. No leyerá dos y ya estaba desconcertado. De no haber tomado la determinación que ahora estoy poniendo en práctica, era hombre perdido. A tal punto subiera en mi alma el deseo de ver tal cosa con mis propios ojos. Era insuficiente el conocimiento; las cosas estaban al alcance de mi mano y las separaba muro impenetrable. Así, no me parece que las veo la primera vez, sino que las vuelvo á ver. Poco tiempo he permanecido en Venecia, mas logré identificarme

bastante con esta vida, y sé que llevo conmigo idea, sino completa, á lo menos verdadera y clara.

Venecia 14 de Octubre de 1786, á las dos de la tarde.

Son los últimos momentos que paso en Venecia; voy á partir en el barco del correo de Ferrara. Salgo gustoso de Venecia; necesitaba, de quedarme aquí, contento y con provecho, hacer cosas que salen de mi plan. Los habitantes también se van ahora, y cada uno busca sus jardines y sus posesiones de tierra firme. En verdad hice buen acopio y llevo conmigo la imagen rica, singular, única.

De Ferrara á Roma.

16 de Octubre de 1786.—Temprano, á bordo.

Mis compañeros de viaje, personas muy naturales y agradables, duermen todavía en la cámara; yo, envuelto en mi abrigo, he permanecido las dos noches sobre cubierta. Sólo hacia la madrugada se siente frío. Entré

seguro en el grado cuarenta y cinco y vuelvo á mi antiguo tema. Dejaría todo á los naturales si pudiese, cual Dido, sujetar con correas lo suficiente del clima que bastase para rodear nuestras viviendas; esto es otra existencia. El viaje, con hermoso tiempo, fué agradable; las vistas y perspectivas sencillas, mas graciosas. Es el Pó río plácido, que atraviesa en la comarca llanuras extensas; véanse sus orillas cubiertas de chaparros y bosques; lontananzas, ninguna. Como en el Etsch, he visto construcciones hidráulicas absurdas, pueriles y perjudiciales, al igual de las del Saale.

Ferrara 16 de Octubre de 1786, por la noche.

A las siete la mañana, hora alemana, llegué, y me preparo á marchar mañana. Se ha apoderado de mí, la vez primera, una suerte de disgusto en ciudad tan hermosa, grande, llana y despoblada. Brillante corte animó, en otro tiempo, estas mismas calles. Aquí vivió el Ariosto descontento, el Tasso desgraciado, y ¡queremos edificarnos visitando semejante Estado! Hay en la tumba del Ariosto mucho mármol muy mal distribuído. En vez de la prisión del Tasso enseñan una carbonera, donde es seguro que no lo encerraron. Escasamente saben en su misma casa lo que uno quiere; al fin les vuelve la memoria, gracias á la propina. Me recordó la mancha de tinta del doctor Lutero, que el castellano

renueva de tiempo en tiempo. La mayoría de los viajeros tienen algo de compañero y se pagan mucho de tales signos característicos. En mi disgusto, apenas puse atención en el hermoso Instituto Académico, que fundó y enriqueció un cardenal nacido en Ferrara. Un poco me reanimaron, no obstante, algunos monumentos antiguos en el patio, y ante ellos me detuve.

Luego me dió gusto la ocurrencia de un pintor. Juan Bautista delante de Herodes y de Herodías. El profeta, con su acostumbrado traje salvaje, señala duramente á la dama. Ella mira en completa calma al príncipe, sentado al lado suyo, y el príncipe mira al ascético entusiasta, tranquilo y en silencio. Delante del rey hay un perro blanco, de tamaño mediano, y de debajo del vestido de Herodías sale otro perro más pequeño, bolognès, y ambos ladran al profeta. Me pareció muy felizmente pensado.

Cento 17 de Octubre de 1786.

En mejor disposición que ayer escribo de la patria de Guercino. También la situación es distinta. Un amigable y gracioso pueblecito de cinco mil habitantes, industrioso, animado, limpio, situado en una llanura toda cultivada. Según mi costumbre, subí al momento á la torre; un mar de álamos, entre los que vense en las cercanías granjas rodeadas de sus campos. Rico el

suelo y suave el clima. Era una tarde de otoño como pocas veces nos concede nuestro verano. El cielo, todo el día cubierto, se despejó, retirándose las nubes al Sur y al Norte, contra las montañas, y espero buen día mañana.

He visto los Apeninos, á los cuales me acerco. El invierno aquí sólo dura Diciembre y Enero. Abril es lluvioso; el resto del año, según las estaciones, buen tiempo; nunca lluvias persistentes. Sin embargo, el mes de Septiembre fué mejor y más caliente que Agosto. Saludé amistosamente los Apeninos al Sur; pues estoy satisfecho de llanura. Mañana escribiré al pie de estas montañas.

Guercino amaba su ciudad natal. En general los italianos mantienen y cuidan, en su más alto sentido, ese patriotismo local, de cuyo hermoso sentimiento provienen tantos establecimientos preciosos, y aun multitud de santos particulares.

Bajo la dirección de aquel maestro, se fundó una Academia de Pintura. Ha dejado muchos cuadros, que son regocijo de los habitantes y merecen serlo. Guercino es un nombre sagrado, que está en boca de niños y viejos. Muchísimo me gusta el cuadro de Cristo resucitado apareciendo á su Madre. Arrodillada delante de él, le mira con indescriptible ternura, y apoya la mano izquierda sobre su cuerpo, precisamente debajo de la bendita llaga, que estropea todo el cuadro. Él tiene la mano izquierda en el cuello de ella, y para verla mejor se echa un poco hacia atrás. Resulta la figura algo, no

diré forzada, sino extraña. A pesar de ello, es en sumo grado agradable. La mirada tranquila y triste con que la contempla es única, cual si el recuerdo de sus dolores y de los de ella, no curado completamente en la resurrección, se cerniese todavía ante su noble alma. *Strange* ha grabado el cuadro; quisiera que mis amigos viesen, al menos, esta copia.

Después llamó mi atención una Madona. El niño pide el pecho; ella, vergozosa, vacila en descubrir el seno. Natural y noble y bello y precioso. Más lejos una María que dirige el brazo del niño que tiene delante, haciendo que con sus dedos levantados dé la bendición á los espectadores, á quienes mira; pensamiento muy repetido y muy feliz, en el sentido de la mitología católica. Guercino es un pintor profundo, sano, enérgico sin rudeza; más bien hay en sus cosas cierta gracia moral y delicada, grandeza y libertad tranquilas. Al lado de esto, existe algo que le es propio, de suerte que viendo una vez sus obras, no se pueden ya desconocer en lo sucesivo. Emplea, en particular tratándose de vestiduras, hermoso color rojo oscuro, que armoniza á maravilla con el azul, también muy en sus aficiones.

Son los asuntos de los demás cuadros más ó menos infelices: el buen artista se ha martirizado, y perdió y despreció en ello su invención, su pincel, su ingenio y su mano. Me alegro, no obstante, de haber conocido este hermoso distrito del Arte, aunque cosa vista tan de prisa, poca satisfacción y poca enseñanza procura.

Bolonia 18 de Octubre de 1786, por la noche.

Ayer, antes de ser día, salí de Cento y llegué bastante temprano. Un cicerone, listo y bien instruído, al saber que venía de paso, condújome tan de prisa por todas las calles, me enseñó tantos palacios y tantas iglesias, que apenas puedo notar en mi Volkmann dónde he estado. ¿Y quién sabe si más adelante recordaré todas las cosas merced á estas indicaciones? Ahora voy á mencionar algunos puntos luminosos que me hicieron sentir un bienestar real.

¡Ante todo la Cecilia de *Rafael*! Es lo que yo sabía de oídas, sólo ahora visto con mis ojos. Rafael hizo siempre lo que los otros hubieran deseado hacer, y no quisiera decir de ello otra cosa, sino que es suyo. Cinco santos juntos, que nada tienen que ver con nosotros, cuya existencia se representa de manera que deseamos al cuadro eterna vida, aun á trueque de conformarnos con volver á la nada. Deseando conocer bien á Rafael y apreciarlo debidamente, y no alabarlo semejante á un Dios, que, á manera de Melquisedech, apareció sin padre ni madre, debe mirarse á sus predecesores y maestros. Alcanzaron laboriosa y penosamente el suelo firme de la verdad; echaron los anchos cimientos, y rivalizando entre sí, levantaron poco á poco la pirámide, hasta que él al fin, ayudado de tantas ventajas, iluminado por su genio divino, puso la última piedra, que no admite otra ni sobre ella ni á su lado.

Acrece el interés histórico considerando las obras de

los maestros antiguos. *Francesco Francia* es un artista respetabilísimo; *Pietro de Perugia*, tan buen hombre, que se podría decir de él: un leal alemán. ¡Si Alberto Durero hubiese tenido la dicha de internarse más en Italia! He visto en Munich algunas obras tuyas de increíble grandeza. ¡Pobre hombre! ¡Cuánto se equivocó en Venecia haciendo un convenio con los curas, y perdiendo así semanas y meses! ¡Y en su viaje á los Países Bajos, al trocar sus magníficas obras, de las que tenía derecho á esperar su dicha, por papagayos, y á fin de ahorrarse las propinas, retrataba los criados que le traían un plato de frutas! Infinitamente compadezco á semejante loco del Arte, porque en el fondo, mi destino es también ese, sólo que yo sé salir de apuros algo mejor que él.

Hacia la noche me vi libre, al fin, de esta respetable, vieja y docta ciudad y de sus habitantes, que bajo las enramadas en forma de bóveda que se ven en todas las calles, á cubierto del sol y del mal tiempo, van y vienen, se emboban, compran y tratan de sus asuntos. Subí á la torre y me regocijé con el aire libre. La vista es magnífica. Al Norte las montañas de Padua y los Alpes de Suiza, del Tirol y del Friul: en una palabra, toda la cadena del Norte, mas en la niebla. Al Este, horizonte ilimitado; y en él, sobresaliendo únicamente, las torres de Módena. Al Oeste otra igual llanura hasta el mar Adriático, visible á la salida del sol. Del lado del Sur, las primeras colinas de los Apeninos, plantadas hasta la cima y llenas de iglesias, palacios y casas

de campo, parecidas á las de Vicencio. El cielo estaba purísimo, sin nubes; sólo en el horizonte se veía una especie de humo. Aseguróme el torrero que desde hacía lo menos seis años, aquella niebla no se aleja nunca. En otro tiempo, con antejo de larga vista, podía él distinguir muy bien las montañas de Vicencio, sus casas y capillas, y ahora sólo muy raras veces, en días clarísimos. Y esta niebla se extiende de preferencia en la cadena del Norte, haciendo de nuestra amada patria verdadera morada de cimmericianos. Hízome observar después lo sano de la situación y del aire de su ciudad; cómo sus tejados parecían nuevos, y cómo á ningún ladrillo atacara la humedad. Preciso es confesar que los tejados todos estaban limpios y bonitos; quizá contribuya á ello la buena calidad de las tejas; á lo menos, antiguamente cocían muy bien los ladrillos en la localidad.

La torre, inclinada, hace detestable vista; y es muy verosímil que la hayan construído así de propósito. Me explico semejante locura de la manera siguiente: en tiempos de intranquilidad de las ciudades, todo edificio grande era convertido en fortaleza, en la cual, cada familia poderosa levantaba una torre. Andando el tiempo, hízose cosa de lujo y honorífica. Todos querían ostentar su torre. Al cabo, las torres derechas llegaron á ser comunes y construyeron una torcida. Así, el arquitecto y el dueño consiguieron su intento: míranse todas las torres derechas y esbeltas en busca de la torcida. Después subí á ella. Las capas de ladrillos son horizon-

tales. Con buen cemento que tire y gatos de hierro, se pueden hacer construcciones insensatas.

Bolonia 19 de Octubre de 1786, por la noche.

Empleé mi día de la mejor manera posible, viendo cosas y volviéndolas á ver. Sucédeme en el Arte como en la vida, que se ensancha más, cuanto más uno en ella se interna. En este cielo aparecen, á cada paso, astros nuevos que no puedo contar, y me desconciertan: los *Caracci*, *Guido*, *Dominichino*, unidos en época posterior y feliz del Arte. No se goza de ellos verdaderamente sin el saber y criterio que me faltan, y sólo muy poco á poco voy adquiriendo. Gran obstáculo á la consideración precisa y al inmediato conocimiento son la mayor parte de los asuntos de los cuadros, que no tienen sentido común y extravían al hombre, queriéndolos venerar y amar.

Es como si los hijos de los dioses se uniesen á las hijas de los hombres: de ahí provienen toda suerte de monstruosidades. Mientras el divino sentido de Guido, su pincel, que sólo debiera pintar lo más perfecto que mirar se pudiese, te solicita, tienes que apartar horrorizado los ojos de aquellos detestables asuntos, que nunca podrán rebajar bastante las palabras más injuriosas del mundo; y así es todo: se está á la continua en plena anatomía en la plaza del Suplicio. Siempre los do-

lores del héroe; nunca acción, nunca interés actual; sin cesar, algo fantástico que del exterior se espera. O delincuentes ó convulsos, criminales ó locos; y el pintor, queriendo salvarlos, ya pone un mozo desnudo, ya una linda espectadora en traje de cola; de igual modo, á los héroes espirituales los trata como á maniqués y cúbrelos de hermosos ropajes. No hay idea humana. Entre diez asuntos, no existe uno que se hubiese deseado pintar, y este uno no ha osado el artista tomarlo al derecho. El gran cuadro de Guido, en la iglesia de los Mendicanti, es todo lo mejor que se puede pintar, y también el asunto más insensato en un autor. Es un cuadro votivo: creo que es voto del Senado entero, y asimismo invención suya. Los dos ángeles, que serían dignos de consolar á una Psiquis, deben aquí..... (1).

El Santo Proclo es hermosa figura. ¡Pero y los otros obispos y clérigos! Debajo hay niños celestiales jugando con atributos. El pintor, teniendo el dogal al cuello, trató de ayudarse de la mejor manera; hizo lo imposible, ansioso de demostrar que el bárbaro no era él.

Dos figuras desnudas de Guido, un Juan en el desierto y un Sebastián ¡qué preciosamente pintadas! ¿y qué dicen? Uno abre la boca y el otro se retuerce.

Si considero la historia con humor hipocondríaco, puedo decir: la fe elevó las artes, mas la superstición se apoderó de ellas y de nuevo las hundió en tierra.

Después de comer, en mejores disposiciones, con me-

(1) En el original este párrafo no termina.

nos arrogancia y más suave, anoté lo siguiente en mi libro de memorias. Guárdase en el palacio Tanari un famoso cuadro de Guido, representando *La Virgen de la leche*, de tamaño mayor que natural y cuya cabeza parece pintada por un Dios. Es indescriptible la expresión con que mira al niño mamando. Paréceme que en silencioso y profundo padecimiento, no se figura alimentar á un hijo del amor y de la alegría, sino á una criatura sustituida, celestial, á quien da de mamar porque no puede ser de otra manera, sin comprender, en su humildad, por qué sucede así. El resto del cuadro lo llena enorme colgadura, celebradísima de los conocedores; no sé á punto fijo qué decir acerca del particular. Verdad es que los colores se obscurecieron y la habitación y el día no eran de los más claros.

A pesar del embrollo en que me encuentro, conozco que vienen en mi ayuda la práctica, el ejercicio y la afición, en tal laberinto. Sin duda á causa de ello díjome tanto una *Circuncisión* de Guercino, porque conozco al hombre y le tengo cariño. Perdono el asunto intolerable y me recreo en la ejecución. Pintado como se puede imaginar: todo admirable, concluído como si fuese esmalte. Y ahora me sucede lo que á Balaam, el profeta confuso, que echaba bendiciones cuando quería maldecir; y se repetiría frecuentemente si permaneciese aquí más tiempo.

Al volver á mirar alguna obra de Rafael, ó que con alguna verosimilitud pueda atribuírsele, encuentra el ánimo satisfacción y alegría completas. Hallé una San-

ta Ágata, cuadro precioso, aunque no bien conservado. El pintor dióle robusta y firme virginidad, sin rudeza ni frialdad. He observado mucho la figura, y en espíritu le leeré mi *Ifigenia*, y mi heroína no dirá nada que la Santa no hubiese podido expresar.

Recordando la dulce carga que en los viajes me acompaña, no puedo callar que, á través de las ocupaciones inherentes del Gran Arte y los objetos de la Naturaleza, gira en derredor mío una serie de importantes figuras poéticas. Ya desde Cento quise continuar mi trabajo de la *Ifigenia*, mas ¿qué sucedió? Un espíritu me metió en el alma el argumento de la *Ifigenia in Delphis*, y hube de darle forma. Voy á bosquejarla todo lo breve que pueda.

Electra, segura en la esperanza de que Orestes traerá á Delfos la imagen de Diana, de Táuride, se presenta en el templo de Apolo y ofrece al dios, como último sacrificio propiciatorio, el hacha cruel, causa de tantas desgracias en la casa de Pelops. Quiere su mala fortuna que se le acerque uno de los griegos, y le cuenta de qué suerte acompañó á Táuride á Orestes y Pilades, cómo vió á los dos amigos ser conducidos á la muerte y felizmente salvados. La apasionada Electra no sabe si dirigir su furor contra los dioses ó contra los hombres. Entretanto llegaron á Delfos Ifigenia, Orestes y Pilades. La serenidad celestial de Ifigenia y la pasión terrestre de Electra contrastan de una manera notable al encontrarse dos figuras recíprocamente desconocidas. El griego fugitivo ve á Ifigenia, reconoce en ella la sacerdotisa que

se sacrificó á los amigos, y la descubre á Electra. Esta pretende asesinar á Ifigenia con la misma hacha que arrancó del altar, cuando un movimiento afortunado de la última separa de los hermanos aquella terrible desgracia. Si la escena sale bien, no es fácil ver en el teatro cosa más grande ni que más conmueva.

¿Y de dónde voy á sacar tiempo y manos, aunque el numen sea propicio? Mientras me siento abrumado de esta plétora de buenos y laudables deseos, voy á hacer memoria, con mis amigos, de un sueño que, aunque ocurrido hace ya un año, todavía téngolo muy presente. Soñé que en un esquife pequeño llegaba á isla fertilísima y poblada, donde sabía que se encontraban los más hermosos faisanes. Traté al punto con los habitantes, para que me trajesen aquellos volátiles que mataban en gran número. Eran, por supuesto, faisanes de esos que sólo en sueños acostumbran verse, de largas, matizadas colas, parecidas á las de pavos reales ó de aves raras del paraíso; trajéronmelos al barco á sesentenas y los colocaron cabeza adentro; tan bonitamente estivados, las largas pintadas plumas de las colas colgaban hacia fuera, brillando al sol, que dibujaba los montones de la manera más admirable que se puede imaginar, y eran tantos, que apenas dejaban sitio al patrón y los remeros. De esta manera hendimos las tranquilas ondas y nombraba ya en mi interior los amigos con quienes compartiría el matizado tesoro. Al fin entramos en un gran puerto, donde me perdí entre buques de inmensa arboladura, que recorrí saltando de un

punte á otro, buscando sitio seguro donde atracar mi pequeño esquite.

Gozamos de estas imágenes ilusorias, divirtiéndonos con errores que, trayendo su origen de nosotros mismos, deben tener analogía con nuestra vida y nuestro destino.

Al cabo estuve en la afamada fundación científica llamada *El Instituto ó Los Estudios*. El espacioso edificio, particularmente el patio interior, tiene bastante severidad, aunque no sea del mejor estilo arquitectónico. En las escaleras y en los corredores no faltan adornos de estuco y pintura al fresco. Todo es conveniente y adecuado, y se admira la variedad de cosas bellas y dignas de ser conocidas, allí reunidas. Al alemán, acostumbrado á enseñanza más libre, esto no le sirve.

Vínoseme á la memoria una observación hecha en anteriores tiempos. Y es variar las cosas según el curso del tiempo, que trae necesidades nuevas, distintas de lo que fueron en su principio. Las iglesias cristianas continúan en la forma de basílicas, aunque la de templo fuese tal vez más apropiada al culto. Los establecimientos científicos presentan aún el aspecto de claustros, porque en aquellas jurisdicciones piadosas, encontraron los estudios, antes que en parte alguna, espacio y tranquilidad. Las Salas de Audiencia de los italianos son tan altas y anchas cuanto es preciso á las necesidades de una comunidad; en la plaza del mercado se figura uno estar

al aire libre, donde, en tiempos pasados, se hacía justicia. Y nuestros grandes teatros, ¿no seguimos construyéndolos con todas sus dependencias debajo de un tejado, al igual de las primitivas barracas de feria, formadas de tablas á la ligera? Al tremendo empuje de los descreídos, en tiempo de la Reforma, metiéronse los estudiantes en las casas de los burgueses; mas, ¿cuánto tiempo no se tardó en abrir nuestros asilos de huérfanos y en procurar á los niños pobres esta educación del mundo, tan necesaria?

Bolonia 20 de Octubre de 1786, por la noche.

Pasé el día de hoy, hermoso y caliente, en pleno aire libre, y apenas me acerco á la montaña, vuelven á sollicitarme las piedras. Sucédeme lo que á Anteo, que se sentía más fuerte cuanto más lo ponían en contacto de su madre la tierra.

Dirigíme á caballo hacia Paderno, donde se encuentra el nombrado *espato pesado* de Bolonia; de él hácense las tortitas que, calcinadas, brillan en la obscuridad, si antes se expusieron á la luz del sol, y que llaman aquí sencillamente *fosfori*.

Hallé en el camino rocas enteras de vidrio de Moscovia, al descubierto, después de dejar atrás una colina de arcilla arenisca. Por un tejatruco baja un riachuelo, al que afluyen muchos más pequeños. Creí al principio

ver una colina gredosa, debida al trabajo de las aguas y que lava la lluvia; pero, observando mejor, descubrí lo siguiente: La piedra constituyente de esta parte de la montaña es pizarra arcillosa, muy finamente laminada y asociada al yeso. Semejante pizarra, de tal modo se mezcla á la piritasulfurosa, que atacada de la humedad y el aire, se transforma por completo. Tume-fizóse, perdiéronse las capas, y la superficie se cubrió de una especie de disgregado concoide, de brillo graso semejante al del carbón de piedra. Sólo en los pedazos grandes—y de ellos rompí muchos, á fin de examinar bien de cerca los fragmentos—se adquiere el convencimiento de la transición y el cambio. Al mismo tiempo, la superficie de fractura vese salpicada de puntitos blancos y algunas veces de partículas amarillas. Así se destruye, poco á poco, lo externo, y la colina parece piritasulfurosa descompuesta en grande. Debajo de las primeras capas se encuentran otras más duras, verdes y rojas. También hay abundantes piritasulfurosas que el viento arrastra sobre la piedra.

Subí un barranco que en esta desmenuzada y descompuesta montaña abrieron las lluvias torrenciales, y satisfecho hallé, en gran copia, el buscado *espato pesado*, apareciendo en muchos puntos del agrietado terreno en estratos informes é irregulares. En partes bastante puro, en partes envuelto aún en su ganga de arcilla. De pronto adviértese que no son cantos rodados; mas si hubiera de decidir entre si pertenecen á la misma época de formación de la pizarra arcillosa ó resultaron

de su levantamiento y descomposición, serían precisas minuciosas investigaciones. Acércase la forma de los pedazos encontrados, más ó menos pequeños, á la figura de un huevo mal hecho. Los más pequeños cristalizan imperfectamente. El pedazo de mayor densidad pesa diez y siete medias onzas. Encontré asimismo en la propia arcilla suelta, perfectos cristales de yeso. Los inteligentes sabrán descubrir en los pedazos recogidos más caracteres determinantes. ¡Y decir que volví á cargarme de piedras! ¡He recogido unos diez y ocho ejemplares de *espato pesado!*

Por la noche.

¡Cuánto tendría que decir aún si hubiese de contar todo lo que en este hermoso día pasó por mi imaginación! Pero mis deseos son más fuertes que mis pensamientos. Siéntome irresistiblemente impulsado hacia adelante; con dificultad me reconcentro en cuanto tengo á la vista, y parece que el cielo me ha oído, porque se presenta un *vetturino* que va derecho á Roma, y pasado mañana saldré hacia allí, sin demora. Así, pues, hoy y mañana necesito mirar mis cosas, cuidar de ellas y darme prisa trabajando.

Logano en los Apeninos 21 de Octubre de 1786, tarde.

No sabré decir si salí de Bolonia esta mañana ó si me echaron. En fin, á todo trance agarré la ocasión de partir cuanto antes, y ahora estoy en una miserable posada acompañado de un oficial del Papa, que va á Perugia, su ciudad natal. Al sentarme á su lado, en la silla de dos asientos, queriendo hablar algo, le dije el cumplido que yo, alemán y acostumbrado á andar entre militares, me encontraba muy contento viajando con un oficial del ejército del Papa.

No me lo tomó á mal y contestóme: «No extraño que tenga usted inclinación á la milicia, pues he oído decir que en Alemania todos son militares; en cuanto á mí, aunque nuestro servicio es muy fácil, y en Bolonia, donde estoy de guarnición, puedo tener todas mis comodidades, preferiría quitarme esta chaqueta y dedicarme á administrar el pequeño patrimonio de mi padre. Pero soy el hijo más joven, y tengo que conformarme.»

Ciredo 22 de Octubre de 1786, noche.

Ciredo, otro nidito en los Apeninos, donde me encuentro completamente feliz, viajando para alcanzar el logro de mis deseos. Esta mañana se unieron á nosotros, cabalgando, un inglés y una que se dice hermana suya.

Sus caballos son buenos; mas viajan sin servídores, y el señor, según parece, hace de palafrenero y ayuda de cámara. En todo encuentran de qué quejarse, y cree uno estar leyendo algunas páginas del Archenhols.

Notabilísimo pedazo del mundo parécenme los Apenninos. A las grandes llanuras de la región del Pó, sigue una montaña, levantada de lo más profundo, y corre entre dos mares, limitando la tierra firme al Sur. Si el sistema de las montañas no fuese demasiado escarpado, demasiado alto sobre el nivel del mar y no estuviesen entrelazadas de tan extraño modo, el flujo y el reflujo de las antiguas edades hubiera ejercido más acción sobre ellas, y por más tiempo; formáranse llanuras susceptibles de riego, y sería una de las más hermosas tierras de este admirable clima, un poco más alta que las otras comarcas. Así, resulta tejido singular de cimas, unas contra otras; muchas veces no puede uno hacerse cargo del curso de las aguas. Si los valles estuviesen más llanos y las llanuras más lisas y regadas, podría compararse á Bohemia, aunque de todas maneras los montes tendrían distinto carácter. Mas no vaya á creerse que es montaña árida, sino en su mayor parte cultivada. Los castaños se dan muy bien. El trigo es muy bueno, y ya la sementera verdea. En los caminos hay encinas, siempre verdes, de hojitas pequeñas, y alrededor de las iglesias y capillas, esbeltos cipreses.

Ayer tarde se turbó el tiempo, pero hoy vuelve á estar claro y hermoso.

Foligno 25 de Octubre de 1786, por la tarde.

Trancurrieron dos noches sin escribir. Eran los hospedajes tan malos, que no podía pensarse en sacar á luz una hoja. Así es que empiezo á verme algo confuso, pues desde la salida de Venecia, no se hila la rueca del viaje tan lisa y bonitamente.

El 23, á las diez de nuestra hora, salimos de los Apeninos y vimos Florencia, situada en extenso valle, pobladísimo, salpicado hasta lo infinito de *villas* y caseríos.

Recorrí apresuradamente la ciudad, la Catedral, el Baptisterio. Aquí se me abre otra vez un mundo nuevo y desconocido, en el que no quiero detenerme. Es espléndida la situación de los jardines Boboli. Me apresuré á salir tan de prisa como entrara.

En la ciudad vese la riqueza del popular Estado que la construyó; conócese que fué feliz, merced á la serie de sus buenos gobiernos. Igualmente llama la atención la grandiosa apariencia de las obras públicas de Toscana, caminos y puentes. Aquí todo está bien hecho y todo aseado. La belleza tiénese en cuenta, al mismo tiempo que el uso y la necesidad. En todas partes se advierte la actividad más solícita. Los Estados del Papa, al contrario, parecen conservarse sólo porque la tierra no se los quiere tragar.

Lo dicho respecto de lo que hubieran podido ser los Apeninos realizase en la Toscana. Situada mucho más baja, las aguas antiguas cumplieron su deber levantan-

do un suelo pingüe. Es amarillo claro y de fácil trabajo. Aran muy profundo, empleando todavía el sistema primitivo. Sus arados no tienen ruedas y la reja no es movable; de suerte que el labrador se arrastra, encorvado, detrás de sus bueyes, al surcar la tierra. Dan hasta cinco labores; esparcen con las manos muy ligeramente un poco de abono, y por último, siembran el grano y hacen las mesetas dejando en los intervalos surcos profundos y rectos, de modo que el agua de lluvia pueda correr por ellos. De tal suerte el fruto crece en las mesetas, y los que lo escardan van y vienen por los surcos. Este procedimiento se comprende allí donde la humedad es de temer; mas no alcanzo el motivo de su práctica en las llanuras abiertas. Así acontece en Arezzo, donde se extiende la de mayor hermosura. No puede verse suelo más limpio: no hay una mota; todo desmenuzado y como tamizado. Los cereales prosperan á maravilla y parecen alcanzar todo el tamaño necesario á su natural destino. El segundo año cultivan habas para los caballos, que aquí no comen avena. También siembran algarrobas, que ya ostentan un verde muy bonito y fructifican en Marzo.

Germinó de igual manera el lino: durante el invierno permanece fuera, y las heladas lo hacen más duradero.

Los olivos son árboles singulares en grado sumo; se parecen al sauce. Pierden también el meollo, y la piel se agrieta. Sin embargo, parecen fortísimos. Al examinar la madera, vése su lento crecimiento, y que la estructu-

ra es muy fina. El follaje como el del sauce, aunque las ramas tienen pocas hojas. Alrededor de Florencia y en las montañas, todo está plantado de olivos y viñas: en los claros cultivan cereales. Por Arezzo y más lejos, dejan los campos en mayor libertad. Encuentro que no separan bastante las yedras enredadas en los olivos y otros árboles, cosa que sería tan fácil. No se ven praderas. Dicen que el maíz agota el suelo; desde que se introdujo la agricultura perdió en otros conceptos: lo creo á causa del poco abono empleado.

Despédime esta tarde de mi capitán, en la seguridad y promesa de ir á verlo si paso otra vez por Bolonia. Es un verdadero representante de muchos de sus compatriotas.

Voy á decir algo que pinta particularmente al hombre. Viéndome muchas veces silencioso y pensativo, me dijo una: *¡Che pensa! non deve mai pensar l'uomo, pensando se invecchia.* Que quiere decir:—¿En qué piensa usted?—El hombre no debe pensar, pensando se envejece. Y después de algunas conversaciones:—*Non deve fermarse l'uomo in una sola cosa, perche allora divien matto; bisogna aver mille cose, una confusione nella testa.* Es decir:—No debe el hombre circunscribirse á una sola cosa, porque se volvería loco; necesita tener mil cosas, una confusión en la cabeza.

Ignoraba el buen hombre, que precisamente estaba yo silencioso y pensativo á causa de la confusión de objetos, viejos y nuevos, enredados en mi cabeza. El retrato de semejante italiano se verá mejor en lo que

sigue: Conociendo que yo era protestante, me dijo, después de varios rodeos, si le permitía hacerme algunas preguntas; pues oyera tantas cosas extraordinarias de nosotros los protestantes, que deseaba, de una vez saber á qué atenerse.

—¿Pueden ustedes vivir en buen pie con una muchacha bonita sin estar precisamente casados? ¿Se lo permiten á ustedes sus curas?

Yo contesté: nuestros curas son personas de juicio que no se ocupan en semejantes pequeñeces. Pero de cierto, si les preguntásemos sobre eso, no nos lo permitirían.

—¿Y ustedes no necesitan preguntárselo?—exclamó.
—¡Oh qué felices! Y no confesándose, no tienen ellos porqué saberlo.

Diciendo esto, desatóse en invectivas é improprios contra sus clérigos, y en alabanzas hacia nuestra santa libertad.

Y en lo concerniente á la confesión—prosiguió—¿cómo se gobiernan ustedes? Nos dicen que todos los hombres, aun los no cristianos, deben confesarse. Pero como en su endurecimiento no pueden hacerlo de la manera justa y buena, se confiesan á un árbol viejo, lo cual, en verdad, es bastante risible y profano, y no obstante, prueba, á pesar de todo, la necesidad de la confesión.

Sobre esto le expliqué nuestra idea de la confesión, y cómo obramos en consecuencia. Parecióle muy cómodo, mas le ocurrió que tanto valía confesarse á un árbol. Después de algunas vacilaciones, solicitó muy formal-

mente que le explicase otro punto. La cosa era que, de boca de uno de sus sacerdotes, á quien consideraba hombre verídico, oyera que nosotros teníamos el atrevimiento de casarnos con nuestras hermanas, y era en verdad cosa fuerte. Se lo negué é intenté darle algunas nociones humanas de nuestra doctrina; pero no quiso poner atención en aquélllo, pareciéndole demasiado ordinario, y fuese á nueva pregunta.

Nos aseguran que Federico el Grande, victorioso hasta sobre los mismos católicos, llenando el mundo de su fama y á quien todos creen hereje, es en realidad católico, y permítele el Papa ocultarlo, y todo el mundo sabe que no va á ninguna de vuestras iglesias, sino hace sus devociones en cierta capilla subterránea, el corazón contrito á causa de no poder manifestar públicamente la santa religión; que, si lo hiciese, sus prusianos, pueblo salvaje y herejes furibundos, le dieran muerte incontinenti, sin que favoreciese en lo más mínimo á la causa. Por ello, el Santo Padre le dió aquel permiso, y él, en cambio, favorece y propaga oculta-mente cuanto puede la única verdadera religión.

Dejé correr todo, y sólo contesté que aquello era un gran secreto, y que en realidad nadie podría atestiguarlo. Nuestras conversaciones ulteriores fueron del mismo estilo; de manera que quedé maravillado de la habilidad de un clero que trata de rechazar y desfigurar lo que puede abrir brecha y traer desorden en el obscuro círculo de su doctrina acostumbrada.

Salí de *Perugia* una hermosísima mañana, y volví á sentir la felicidad de encontrarme solo. La situación de la ciudad es bella; la vista del lago agradabilísima. La imagen quedóme bien impresa. Baja el camino al principio, después sigue un valle alegre, que cierran colinas en lotananza á ambos lados. Al cabo distinguí *Asisse*.

Gracias á Palladio y Volkmann sabía que un precioso templo de Minerva, construído en tiempo de Augusto, se mantenía aún perfectamente conservado. En *Madona del Angelo* dejé á mi *vetturino* siguiendo su camino á Foligno, y yo subí con viento fuerte á *Asisse*; deseaba mucho viajar á pié en aquel mundo tan solitario. Dejé á la izquierda la abominable construcción y la arquitectura babilónica de su iglesia, con torres unas sobre otras, sepulcro de San Francisco, pensando que allí guardase la estampilla destinada á sellar cabezas iguales á la de mi capitán. Después pregunté á un chico muy guapo dónde estaba Santa María de la Minerva: acompañóme á la ciudad, construída en una altura. Al fin llegamos á la ciudad vieja, propiamente dicha, y vi la cosa más digna de elogio, el primer monumento completo de la antigüedad; un templo modesto, apropiado á ciudad tan pequeña, y no obstante, tan perfecto, tan bien pensado, que en todas partes se haría admirar. Ahora, ante todo, una palabra acerca de su emplazamiento. Desde que leí en Vitrubio y Palladio el modo de construir las ciudades y fundar templos y edificios públicos, tengo gran respeto á tales cosas.

También en esto eran los antiguos grandes con na-

turalidad. El templo hállase á media altura de la hermosa montaña, en la reunión de dos colinas, sitio todavía llamado *la plaza*. Cuatro calles vienen á desembocar en ella, y tienen pendientes suaves: forman las calles una cruz de San Andrés; dos van de abajo arriba, dos de arriba abajo. Las casas construídas frente del templo, cerrando la vista, es probable que no existirían en los antiguos tiempos.

Suprimiéndolas con el pensamiento, se vería al Mediodía el país más rico, y al mismo tiempo distinguiríase de todas partes el Santuario de Minerva. Las calles ó caminos deben ser viejos, porque siguen la figura y la caída de la montaña. No está en medio de la plaza el templo, sino orientado de modo que pudiesen ver su escorzo lo antes posible, los que venían de Roma. No sólo debería dibujarse el edificio, sino la feliz situación que ocupa.

No podía saciarme al mirar, en la fachada, la genial combinación del trabajo del artista. El orden es corintio, los intercolumnios, de unos dos módulos. Los fustes de las columnas y sus placas debajo, parecen colocados sobre pedestales; pero lo parecen solamente, pues el zócalo vese dividido en cinco pedazos, y de cada pedazo suben entre las columnas cinco escaleras, y así se llega á la plataforma, sobre la cual realmente se asientan las columnas, y de allí se pasa al templo. La cortadura de la banda del zócalo tuvo su razón de ser, pues situado en el monte, las escaleras que conducirían á él hubieran cogido demasiado espacio, y la plaza se achi-

caría. El número de escalones todavía existentes abajo en la montaña no puede apreciarse; á excepción de algunos que aún conservan su forma, los otros aparecen soterrados. Pesaroso me arranqué de aquella vista, tomando de mi cuenta llamar la atención de todos los arquitectos acerca del edificio, á fin de tener su plano exacto. Esta vez he de observar que la tradición es cosa mala. Palladio, en quien me fío siempre, da del templo un dibujo, y no es posible que lo viera; pues coloca sobre la plataforma pedestales de los que parten las columnas, resultando desmesuradas, y el todo palmírico, feo y horroroso, mientras en la realidad es proporcionado y complace y recrea la vista y el entendimiento. Lo que ha desarrollado en mí la contemplación de esta obra es inexplicable, y producirá frutos eternos.

Íbame ya camino de Roma, monte arriba, en aquella hermosa tarde, el alma deliciosamente tranquila, cuando oí detrás de mí voces roncadas y fuertes que disputaban. Presumí que serían esbirros que viera en la ciudad. Seguí mi camino escuchando al descuido, y pronto advertí que trataban de mi persona. Cuatro de aquellos hombres, dos armados de escopetas y de catadura poco amistosa, pasaron delante, y á los pocos pasos, murmurando algo entre dientes, volvieron atrás y me rodearon. Preguntáronme quién era y qué hacía allí. Contesté que era extranjero y hacía á pie el camino desde Asisse, mientras el *vetturino* seguía el de Foligno. Eso de pagar un carruaje y caminar á pie. no les pareció verosímil. Preguntaron si estuviera en el convento

grande. Dije que no; aseguré que conocía el edificio de antiguo, pero que era arquitecto, y esta vez sólo me propusiera ver Santa María de la Minerva, que debían saber era un edificio modelo. No lo negaron, pero tomaron muy á mal que no hubiese visitado al Santo, y les hacía sospechar que bien pudiera ser yo un contrabandista. Híceles notar lo risible que á un hombre sólo en el camino, sin morral y los bolsillos vacíos, se le mirase como contrabandista. Entonces ofrecíles volver en su compañía á la ciudad é ir junto al Podestá á presentarle mis papeles, y me reconociese por un extranjero honorable. Acerca de ello hablaron entre dientes, y al fin dijeron que no era preciso, y manteniéndome á ello seriamente decidido, alejéronse al cabo, tornando al camino de la ciudad. Volvíme á mirarlos. Allá iban en primer término los mozos crudos, y detrás la amable Minerva volvía á mirarme de manera muy amigable y consoladora; después dirigí la vista á la izquierda, sobre la triste catedral de San Francisco, y disponíame á seguir mi camino, cuando uno de los desarmados se separó de la tropa y vino hacia mí con aire amistoso.

Me saludó y dijo enseguida: «Mi señor extranjero, usted debería darme al menos una propina, pues le aseguro que siempre le consideré buena persona y lo dije alto, contra la opinión de mis compañeros. Son cabezas calientes que se disparan enseguida, y no tienen conocimiento del mundo. También habrá usted advertido que, desde luego, aprobé sus palabras y le dí importancia».

Yo lo alabé y díjele protegiese á cuantos extranjeros

viniesen á Asisse, ya fuese á causa de la Religión ó del Arte, y en particular á los arquitectos que, de ahora en adelante, viniesen á medir y á dibujar el templo de Minerva, del que todavía no se hiciera ningún buen grabado. A estos tales que les prestase auxilio, y podía estar seguro que le probarían su agradecimiento. Con esto le puse en la mano algunas monedas de plata, que le causaron más regocijo del que había esperado. Rogóme que volviese, y en particular que no echase en olvido la fiesta del Santo, donde podía tener completa seguridad de divertirme y edificarme. Y además, si yo quería portarme con una mujer bonita, como es justo que se porte un hombre guapo, me aseguraba que la señora más bella y más honorable de todo Asisse me aceptaría, gracias á su recomendacion, alegre y gustosa. Entonces se despidió protestando que aquella noche iría al sepulcro del Santo, á pedirle me diese feliz viaje. Así nos separamos, y me encontré muy á gusto otra vez solo con la Naturaleza y conmigo. El viaje á Foligno fué uno de los paseos más hermosos y agradables que he dado en mi vida. Cuatro leguas completas de monte, teniendo á la derecha un valle muy poblado.

Con los *vetturinos*, el viaje es penoso. Lo mejor es que se les puede seguir cómodamente á pie. Desde Ferrara me dejo arrastrar así. Esta Italia, tan favorecida por la Naturaleza en todo cuanto es mecánico y técnico, y donde se funda la mayor comodidad y el bienestar de la vida, permanece infinitamente más atrás que las otras naciones. El vehículo de los *vetturinos*, que todavía

se llama *sedia* (silla), proviene sin duda de los antiguos palanquines, en los cuales á las mujeres, los ancianos y las personas de distinción conducían las mulas. En lugar de la mula de atrás, que se enganchaba en la limonera posterior, colocaron dos ruedas, y ya no hay que pensar en otras mejoras. Seguirán viajando en sus sillas durante siglos; y así son en sus viviendas y en todo.

Si se quiere ver realizada la primera idea poética de que los hombres vivían la mayor parte del tiempo al aire libre, y en ocasiones, muchas veces sólo por necesidad, se retiraban á cavernas, se puede venir á estos alrededores, en especial al campo, á ver edificios completamente en el sentido y en el gusto de aquellas. Tan gran descuido proviene de no pararse á reflexionar. Temerosos de envejecer con inaudita ligereza, descuidan el prepararse á las largas noches del invierno, y así sufren, cual perros, buena parte del año. Aquí, en Foligno, en un menaje de casa del todo homérico, donde todos están juntos en una pieza grande, alrededor de un fuego que arde en el suelo, gritando y haciendo ruido, y se come en una mesa larga según pintan las bodas de Canaán, aprovecho la ocasión de escribir esto, porque hay uno que pidió un tintero, cosa que en las presentes circunstancias no hubiera pensado. Pero se conocerá en esta hoja el frío y la incomodidad de mi escritorio.

Ahora siento y conozco la imprevisión de venir sin preparativos y sin compañía. Con las diferentes monedas, los *vetturinos*, los precios, los malos hospedajes,

es una pena continua y tiene que sentirse muy desgraciado el que, esperando y buscando un placer no interrumpido, viene sólo la vez primera. No quise sino ver la tierra á cualquier precio, y si voy á Roma arrastrado por la rueda de Ixión, no puedo quejarme.

Terni 27 de Octubre de 1786, por la tarde.

De nuevo vuelvo á estar en una caverna que aguantó un terremoto hace un año. El pueblecito hállase en una comarca deliciosa, que contemplé á gusto, dando en torno una vuelta, al comienzo de una llanura, entre montañas todas calizas. Según Bolonia del otro lado, Terni levántase del lado de acá de los Apeninos.

Ahora que me dejó el soldado del Papa, me acompaña en el viaje un clérigo. Parece más contento de su estado, y conociéndome por hereje, contestó de buena voluntad mis preguntas, instruyéndome acerca del rito y otras cosas que le conciernen. Viendo siempre gente nueva, consigo en todas partes mi objeto. Hay que oír al pueblo hablar entre sí; ¡qué idea tan viviente da esto de todo el país! Al juntarse, son adversarios de la manera más extraordinaria. Tienen el celo provincial y de pueblo más singular; no se pueden tolerar; los Estados sostienen eterna lucha, y todo eso con viveza y pasión siempre actuales; de suerte que á la continua representan comedias y se muestran al desnudo. No obstante,

saben reportarse á tiempo, á fin de que los extranjeros se confundan y no puedan ver claro en sus negocios.

Subí á Spoleto y estuve en el Acueducto, á la vez puente entre un monte y otro. Los diez arcos de ladrillo, que descansan en el valle, soportan tan sosegados sus siglos, y el agua sigue corriendo á todas partes y á los extremos de Spoleto. Esta es la tercera construcción de los antiguos que veo, y siempre con el mismo gran sentido. Una segunda naturaleza que obra según las necesidades urbanas; tal es su arquitectura. Así son el Anfiteatro, el Templo y el Acueducto. Ahora conozco la razón que tenía para que me fuesen antipáticas las arbitrariedades, por ejemplo: la Winterkaste sobre el Weissenstein (1); un nada absolutamente, un horrible plato montado, y así otras mil cosas. Todo eso nace muerto, ya que lo que no tiene verdadera existencia interna, no tiene vida, ni es grande, ni puede llegar á serlo.

¡Cuánto deleite y cuánto conocimiento debo á las últimas ocho semanas! Costóme, sin embargo, bastante trabajo. No hago sino abrir los ojos, ansioso de que todos los objetos se me queden bien grabados. Juicio no quisiera hacerlo, aunque me fuese posible.

San Crocefiso, extraña capilla situada en el camino, téngola, no por restos de algún templo antiguo de la localidad, sino por una reunión de columnas, pilastras, entablamentos allí encontrados y juntos sin discernimiento, aunque no á ciegas. No puede describirse, mas

[1) Cerca de Cassel.

debe existir de ella algún grabado. Y es cosa singular, mientras uno trabaja en formarse idea de la antigüedad, encontrar á cada paso ruinas que consentirían reconstruir, mediante gran trabajo, cosas de que no hay idea todavía.

Es otra cosa respecto del llamado suelo clásico. Aquí no se trata de fantasmas, tórnase el país como es, y sigue siendo, teatro donde ocurrieron los hechos más grandes. Hasta ahora procuré aprovecharme del golpe de vista geológico y paisajista, á fin de suprimir la imaginación y el sentimiento, conservando idea libre y clara de la localidad. De tal suerte se fija la Historia maravillosamente de manera viva, sin darse cuenta de lo sucedido, y siento el más vivo deseo de leer á Tácito en Roma.

No debo desatender por completo el tiempo. Al subir á los Apeninos desde Bolonia, corrían las nubes siempre al Norte; más tarde cambiaron de dirección, dirigiéndose al lago Trasímeneo, permaneciendo en él suspendidas, tendiendo al Mediodía. Conforme en la extensa llanura del Pó el verano empuja todas las nubes sobre las montañas del Tirol, ahora envía una parte á los Apeninos; de ello provendrán las lluvias.

Comienzan á recoger la aceituna. Hácenlo á mano; en otras partes apalean los árboles, y si el invierno es bueno, las restantes se conservan en el olivo hasta cerca de la primavera. Hoy ví los árboles más grandes y viejos en suelos muy pedregosos.

El favor de las musas y el de los demonios no nos

visita siempre en el mejor tiempo. Hanme solicitado hoy para componer una cosa bien extemporánea. Cuando me acerco al punto central del catolicismo, rodeado de católicos, encerrado en una *sedía* en compañía de un clérigo, tratando, en el sentido más puro, de observar identificándomelos, la Naturaleza en su verdad, el Arte en su nobleza, ocúrreseme percibir clarísimo en el alma que todo rastro del cristianismo se ha extinguido ya. Sí; al representármelo en su mayor pureza y verlo en la historia de los apóstoles, me estremezco de que aquellos principios tan buenos soporten ahora tan informe barroco paganismo. He pensado en sacar de nuevo á luz el Judío Errante, que ha sido testigo de tan extraños desenvolvimientos y que vió un estado de cosas tan singular, que el mismo Cristo, cuando vuelva al mundo á examinar los frutos de su doctrina, corre el riesgo de ser crucificado segunda vez. Aquello de *Venio iterum crucifigi*, podría servirme de tema en esta catástrofe.

Sueños parecidos flotan delante de mí, que en mi impaciencia de adelantar camino, duermo vestido y no encuentro otra cosa más gustosa que levantarme antes de ser día, meterme en el carruaje é ir á buscar la luz entre dormido y despierto, y así las primeras y mejores imágenes de la fantasía obran en mí á su placer.

Citta Castellana, 28 de Octubre de 1786.

No quiero perder la última noche. Todavía no sonaron las ocho y todo el mundo está reunido; puedo dar cumplido término á los pensamientos pasados, y alegrarme de los que vendrán. Hizo magnífico día. La mañana fría; el centro del día claro y caliente; la tarde algo ventosa, pero muy buena.

Salimos de *Terni* tempranito. A *Narne* subimos antes del alba, y no pude ver el puente. Valles y hondonadas, lo de cerca y lo de lejos, son muy preciosos paisajes. Todas las montañas calizas; no hay rastro siquiera de otra piedra.

Otricole hállase situada sobre una de esas colinas pedregosas que forman las corrientes, construída de lavas traídas de la parte de allá del río.

En cuanto se cruza el puente, ya el terreno es volcánico, verdadera lava ó piedras anteriores calcinadas ó fundidas. Es la subida monte que puede clasificarse de lava gris. Contiene muchos cristales blancos de la forma de los granates. La carretera, que desde lo alto conduce á *Cittá Castellana*, muy buena y muy lisa, es de igual piedra. La ciudad está construída sobre toba volcánica, en la que he creído descubrir ceniza, bismuto y pedazos de lava. Desde el castillo, la vista es hermosísima. La montaña *Soracta* vese aislada, muy pintoresca; es probablemente uno de los montes calizos pertenecientes á los Apeninos. Los terrenos volcánicos están mucho más bajos que ellos, y sólo las aguas,

corriendo á través, han contorneado los montes y peñascos, dibujando los objetos admirablemente, las puntas cortadas á pico y otros accidentes pintorescos del suelo.

¡Mañana á la tarde en Roma! ¡Apenas lo creo todavía! Y cumplido este deseo, ¿qué debo anhelar después? No se me ocurriría otra cosa, sino volver con mis faisanes feliz á casa y encontrar á mis amigos buenos, alegres y afectuosos.

ROMA.

Roma 1.º de Noviembre de 1786.

Al fin puedo abrir la boca y saludar á mis amigos, alegre el corazón. Perdóneseme el secreto, y el viaje, en cierto modo subterráneo, hasta llegar aquí. Apenas me atrevía á decirme á donde iba; aún en el camino, temía, y solamente en la *porta del Popolo* estuve seguro de tener á Roma.

Y diré también ahora, en la proximidad de los objetos que nunca creí ver solo, que pienso en vosotros mil veces, constantemente. Sólo viendo encadenado á cada uno en cuerpo y alma en el Norte, desvanecida toda pretensión á estos países, pude decidirme á hacer un largo y solitario viaje, en busca del punto céntrico al que irresistible necesidad me empujaba. Los últimos años llegó á ser una especie de enfermedad que sólo cu-

rarían vista y presencia. Ya me atrevo á confesarlo; llegué á no poder mirar ningún libro latino, ninguna estampa de país italiano. La curiosidad de ver esta tierra pasaba de madura. Ahora, satisfecha, mis amigos y mi patria volverán á ser amados á fondo, y el retorno deseable. Sí, tanto más deseable, cuanto sentó de cierto que no poseo tantos tesoros como traigo para mi uso privado, sino que servirán de guía y adelantamiento mío y de los demás, durante toda la vida.

Estoy al fin en esta capital del mundo. Si hubiese visto á Roma hace quince años, bien acompañado y bajo la dirección de un hombre inteligente, me hubiera envanecido. Debía verla y visitarla sólo con mis propios ojos, y así bueno fué que semejante placer viniera tan tarde.

Casi al vuelo pasé las montañas del Tirol. *Verona, Vicenza, Padua, Venecia*, las ví bien: *Ferrara, Cento, Bologna*, de prisa, y *Florenzia* apenas la he visto. La comezón de llegar á Roma era tan grande, crecía de tal modo á cada momento, que ya no había paradas, y sólo tres horas me detuve en Florenzia. Ahora estoy aquí tranquilo; según parece, me habré tranquilizado para toda la vida: pues bien puede decirse que se comienza nueva vida al ver todo con sus ojos, conocer las cosas igualmente dentro y fuera. Todos los sueños de mi juventud viven ahora. Los primeros grabados que recuerdo—mi padre tenía las vistas de Roma colgadas en una antesala;—los

veo en la realidad, y cuanto conozco de antiguo en cuadros, dibujos, grabados en cobre y en madera, yesos y corchos, todo á la vez se alza delante de mí. Donde quiera que voy encuentro, en un mundo nuevo, un conocido antiguo; todo me parece conforme lo pensaba, y todo es nuevo. Otro tanto puedo decir de mis observaciones y de mis ideas. No tuve pensamiento del todo nuevo: nada he encontrado por entero desconocido; mas lo viejo está de tal manera dispuesto, viviente y agrupado, que puede valer por nuevo.

Cuando Pigmalión formó á Elisa según todos sus deseos, dándole tanta verdad y vida, cuenta el artista que al fin se adelantó la estatua hacia él, diciéndole: *¡Yo soy!* ¡Cuán diferente era la piedra viva de la labrada!

¡También me es útil y provechoso vivir en un pueblo sensual del que tanto se ha escrito y hablado, al que cada extranjero mide según el bastón que trae consigo! Perdono á todos los que lo censuran é injurian.

Están demasiado léjos de nosotros y como extranjeros su comercio cuesta mucho trabajo y dinero.

Roma 3 de Noviembre de 1786.

Uno de los principales motivos que me ilusionaban al apresurarme á llegar á Roma, era la fiesta de todos los Santos, el primero de Noviembre, porque pensaba: Si á un santo solo le hacen honores, ¿que no harán á

todos juntos? ¡Cuánto me engañaba! Ninguna fiesta general sorprendente se digna hacer la Iglesia Romana, y cada Orden celebra en particular el recuerdo de su Patrón en una fiesta callada; la del nombre y el día á él consagrado son propiamente donde cada uno brilla en su gloria.

Ayer, en la fiesta de las benditas ánimas, tuve mejor suerte. El Papa la celebra en su capilla principal del Quirinal.

Todo el mundo puede entrar. Yo me apresure á subir en compañía de Tischbein al *Monte Cavallo*. La plaza delante del palacio tiene completa y original individualidad; es tan desproporcionada como grandiosa y bella. Al fin he visto los dos colosos. Ni los ojos ni el entendimiento son capaces de abarcarlos. Apresurámonos á atravesar con la gente la magnífica espaciosa plaza y subimos por una más espaciosa escalera. En la antecámara, frente á la capilla, á la vista de aquella hilera de habitaciones, siente uno extraña sensación al considerarse bajo el mismo techo que el representante de Cristo en la tierra.

La función empezara y el Papa y los Cardenales estaban en la Iglesia. El Santo Padre es la más hermosa y digna figura de hombre; los Cardenales de diferentes edades y aspectos.

Tuve un deseo singular de que el Caudillo de la Iglesia abriese su pico de oro, y hablando extasiado de la inexplicable salvación de las benditas ánimas, nos entusiasmase. Mas al verlo ir tan solo de un lado á otro

del altar, unas veces por aquí, otras veces por allí, volviéndose accionando y murmurando como un cura vulgar, alzóse el pecado hereditario del protestantismo, y el sacrificio de la Misa acostumbrado y conocido, no me gustó aquí en manera alguna. Y sin embargo, ya Cristo niño explicaba las Escrituras, y en su vida de joven, en verdad, no enseñaba ni obraba callando; gustábale hablar ingeniosamente y bien, según dice el Evangelio. ¿Qué diría Él, pensaba yo, si entrase ahora y encontrase al que es su imagen en la tierra dando vueltas y hablando entre dientes? El *venio iterum crucifigi*, volvió á ocurrírseme, y saqué de allí á mi acompañante, á fin de ver fuera las bóvedas pintadas y los cuadros.

Encontramos multitud de personas contemplando atentamente los preciosos cuadros, que la fiesta de las ánimas es también la fiesta de los artistas en Roma. Lo mismo que la Capilla, ábrese todo el Palacio en este día, y vense francas las entradas de todas las habitaciones. No se necesita dar propina, ni apremia el conserje.

Los frescos me ocuparon, y de nuevo aprendí á estimar y querer nombres de hombres excelentes, desconocidos, á ejemplo del de *Carlos Maratti*.

Diéronme, en primer lugar, la bienvenida aquellas obras maestras de los artistas cuyo género y manera conocíalas en los grabados. Vi admirado la Santa *Petronella* de Guercino que estuvo en San Pedro, donde pusieron en su lugar una copia en Mosaico. El cadáver de la Santa se levanta del sepulcro, y la misma persona, de

nuevo viviente, recibela en la gloria un adolescente divino. Dígase cuanto quiera contra esta doble acción, el cuadro es inapreciable.

Todavía me maravillé más ante un cuadro del Ticiano.

Resplandecía más que cuanto he visto. Si era efecto de mi sentimiento sobrecitado ó que el cuadro es realmente magnífico, no quiero averiguarlo. Una inmensa casulla, toda llena de bordados y de figuras de oro en relieve, cubre una reverenda figura de obispo. El báculo macizo en la mano izquierda, mira extasiado á las alturas; en la derecha tiene un libro, de donde parece haber recibido la tranquilidad celestial que demuestra. Detrás de él hay una hermosa doncella, la palma en la mano, mirando con cariñoso interés al libro abierto. A la derecha y junto al libro mismo, un viejo grave parece, al contrario, no cuidarse de él. Las llaves en la mano, confía en abrirse él mismo la puerta. Frente á este grupo hay un joven desnudo, bien formado, atado y herido de flechas, que mira hacia delante con modesta resignación. A los lados dos frailes, con cruces y cirios, miran devotamente á los bienaventurados, que se ven porque la parte alta de la sala que contiene estos personajes, hállase abierta. Allí, en lo más alto de la gloria, ven suspendida una madre mirando piadosa hacia abajo. El niño, animado y alegre en su regazo, coge con movimientos expresivos una corona de flores, que parece arrojar al mártir.

De un lado y otro hay ángeles provistos de coronas.

Sobre todos, y sobre un triángulo luminoso, vese la celestial paloma, centro y clave de la bóveda al mismo tiempo.

Nos decimos que el fondo de esto debe ser alguna vieja, sagrada tradición, que ha permitido agrupar tan artística y significativamente personajes tan poco conexos. No inquirimos el cómo ni el porqué; dejamos las cosas en su mismo estado, y admiramos el arte inapreciable.

Menos ininteligible, misterioso sin embargo, es un fresco de Guido, en su capilla. La más adorable y piadosa de las vírgenes infantiles hállase sentada, recogida, cosiendo; dos ángeles, á su lado, espían cada seña para servirla. La inocencia y laboriosidad de la juventud, que el cielo honra y protege, expresa este amable cuadro: aquí no se necesitan inscripciones aclaratorias ni explicaciones.

Atenuante de la gravedad artística sea una aventura graciosa. Había reparado que muchos artistas alemanes, que en calidad de conocidos se acercaban á Tischbein, me observaban, y luego seguían de un lado á otro. Tischbein, que me dejara un momento, volvió y díjome: —¡No sabe V. la gran broma! Corrió la fama de que estaba V. aquí, y los artistas empezaron á fijarse en el único extranjero que veían. Ahora bien; hay uno que sostenía hace mucho tiempo que conociera á V., habiendo tenido amistosas relaciones, lo cual apenas creíamos. Fueron á buscarle á fin de que viese á V. y les sacase de dudas; y aseguró resueltamente que no

era V., y que aquel extranjero no tenía trazas de parecerse á Goethe. Por el momento guardo el incógnito, y en lo sucesivo dará algo que reir.

Así, mezcléme con más libertad al grupo de los artistas, y pregunté al maestro por diferentes cuadros, cuyo estilo todavía no me era conocido. Al cabo, un cuadro causóme particular impresión: representaba San Jorge venciendo al dragón y libertando á la joven. Nadie podía decirme el nombre del Maestro. Entonces salió un hombre de corta estatura, modesto, que hasta aquel momento no hablara; y me dijo que era de *Porde-none* el Veneciano, uno de los mejores cuadros, en cuya virtud conocieron todos su mérito. Pude darme cuenta de mi inclinación: el cuadro chocárame porque conociendo más la Escuela Veneciana, podía apreciar mejor las buenas cualidades de sus maestros.

El instruído artista es un suizo, Enrique Meyer; estudió aquí hace algunos años en compañía de un amigo suyo llamado *Rolla*; copia muy bien á la sepia los bustos antiguos, y es muy instruído en la Historia del Arte.

Roma 7 de Noviembre de 1786.

Hace siete días que estoy en Roma, y poco á poco, la idea general de la ciudad vase imprimiendo en mi alma. Atentamente vamos de un lado á otro: estudio el plano de las Romas antigua y moderna; contemplo rui-

nas y edificios; visito una y otra villa; voy con pulso y calma en la observación de las cosas más notables; abro bien los ojos, pues sólo en Roma puede uno prepararse á conocer Roma.

Confieso, sin embargo, que es trabajo áspero y triste desenterrar la antigua Roma de la moderna; hay que hacerlo, y á la postre nos espera satisfacción inestimable. Encuéntranse vestigios de magnificencia y de devastación superiores á nuestra inteligencia. Cuanto los bárbaros dejaron en pie, destruyéronlo los arquitectos de la nueva Roma.

Viendo una existencia que cuenta más de dos mil años, variada y cambiada hasta el fondo, merced á vicisitudes de los tiempos, subsistiendo el terreno, las mismas colinas, muchas veces las mismas columnas y murallas, y en el pueblo restos todavía del antiguo carácter, resulta uno copartícipe del gran enigma del destino. Al principio cuesta trabajo al observador distinguir cómo una Roma ha sucedido á otra; y no sólo esta distinción de la ciudad antigua y la moderna, sino las diferentes épocas de cada una. Trato sólo de descubrir yo mismo los puntos medio cubiertos. Es la única manera de utilizar los grandes trabajos preparatorios, pues desde el siglo XV hasta nuestros días, excelentes artistas y sabios ocuparon toda su vida en estos objetos.

Su enormidad influye tranquilamente en nosotros mientras vamos de un lado á otro de Roma, ansiosos de llegar á los objetos mayores. En otras partes es menes-

ter buscar lo genuino, lo significativo; aquí nos oprime, nos anega. Andando ó estando quieto, se tienen siempre delante paisajes de todos géneros: palacios y ruinas, jardines y desiertos, lontananzas y angosturas, casitas y establos, arcos de triunfo y columnatas, todo junto y tan próximo, que se podría diseñar en una hoja de papel. Sería menester escribir con mil buriles. ¿De qué sirve una pluma? Después, cuando la noche llega, hállase uno cansado de mirar y admirar.

Perdonen mis amigos si en lo sucesivo me encuentran avaro de palabras. Durante el viaje cógese al vuelo lo que se puede. Cada día trae algo nuevo, y nos damos prisa á discurrir sobre ello y juzgarlo. Mas aquí se está en la gran escuela, donde un día dice tantas cosas, que no me atrevo á hablar de la jornada. Es más: bien haría el que, permaneciendo largos años, observase silencio pitagórico.

Me encuentro perfectamente. El tiempo está conforme dicen los romanos, *Brutto*; sopla viento *Sirocco*, que todos los días trae algo de lluvia; pero yo no puedo encontrarlo desagradable, porque es, poco más ó menos, tan caliente como nuestros días lluviosos de verano.

Cada día conozco y aprecio mejor el talento de Tischbein, su concepto del Arte y sus miras. Enseñóme sus dibujos y bocetos, que dan y prometen mucho. De su

permanencia al lado de Bodmer provienen sus pensamientos acerca de la raza humana, cuándo se encontró sobre la tierra y hubo de resolver el problema de hacerse dueña del mundo.

A modo de ingeniosa introducción, propia del todo, hase esforzado en representar, de manera sensible, la antigua edad del mundo. Montañas cubiertas de magníficos bosques, barrancos que abrieron las aguas, volcanes después de la erupción, humeando todavía. En primer término, el tronco fuerte de añosa encina tendido en tierra, en cuyas raíces, medio descubiertas, prueba un ciervo las fuerzas de su cornamenta. Es tan feliz el pensamiento, como agradable la ejecución.

Luego, en un dibujo sumamente notable, representó el hombre domador del caballo, y superior, no en la fuerza, sino en astucia, á todos los animales de la tierra, del aire y de las aguas. La composición es de extraordinaria belleza; al óleo, haría gran efecto; necesitamos á todo trance un dibujo en Weimar. Enseguida piensa en una Asamblea de antiguos sabios, donde tendrá ocasión de pintar figuras verdaderas.

Entusiasmado trabaja el boceto de una batalla; los dos cuerpos de caballería se atacan furiosos en un sitio donde los separa la enorme cortadura de un peñasco que sólo con gran esfuerzo logran salvar los caballos. No se trata de defensa. Ataque osado; resolución furiosa; vencer ó caer en el abismo. Este cuadro evidenciará, de manera notable, su conocimiento perfecto de la estructura y los movimientos del caballo.

Añadido á una serie de otros que le siguen ó se intercalan, deseaba verlos unidos por un poema aclaratorio de lo representado en la pintura, recibiendo á la vez de ella cuerpo y atractivo mediante las figuras. La idea es bonita, mas sería menester pasar muchos años juntos para llevar á término semejante obra.

Hasta el presente, sólo una vez he visitado las *Logias* de Rafael y los grandes cuadros de la Escuela de Atenas, etc., y es como si uno tuviese que estudiar Homero en un manuscrito borrado en partes y estropeado. Incompleto es el placer de la primera impresión; sólo después de haberlo recorrido y estudiado todo, poco á poco, es el goce perfecto. Lo mejor conservado son los techos de las *Logias*, que representan historias bíblicas, tan recientes cual si estuviesen pintados de ayer. Ciertamente que de la propia mano de Rafael tienen poco, pero son excelentes, hechos conforme á sus dibujos y bajo su dirección.

Venir á Italia fué, en otros tiempos, mi deseo más vehemente, mi verdadero capricho, y venir acompañado de un hombre muy instruido, un inglés versado en la Historia y en las Artes, y realizóse ahora mejor de lo que imaginaba. Tischbein vivió aquí tanto tiempo como mi amigo querido, siempre deseoso de enseñarme Roma. Nuestras relaciones epistolares son de larga data; personalmente, del momento. ¿Dónde hubiera podido encontrar mejor guía? Aunque tengo mi

tiempo tasado, haré cuanto sea posible por gozar y aprender.

Y sobre todo preveo que, al volver á ponerme en camino, mis deseos serían llegar aquí entonces.

Mi extraordinario y quizá caprichoso medio-incógnito tráeme ventajas en las que no había pensado. Creyéndose todo el mundo obligado á ignorar quién soy, nadie se atreve á hablar conmigo de mí mismo, y no les queda otro recurso sino hablar de ellos ó de las cosas que les interesan, y así me entero de las circunstancias de cuanto les ocupa y del origen y causa de lo más notable. El consejero Reifenstein avínose también á tal manía; y no pudiendo sufrir, por motivos particulares, mi nombre nuevo, me ha baronizado enseguida, y ahora me llamo el barón de frente á Rondanini. Así soy bastante notado, por ser costumbre italiana llamar á las personas con los nombres de pila ó los apellidos. Bueno; hago mi voluntad y evito las infinitas incomodidades de hablar de mi persona y dar cuenta y razón de mis trabajos.

Roma 9 de Noviembre de 1786.

Algunas veces guardo silencio un momento y considero los puntos culminantes de lo ya ganado. Muy gus-

tosos vuelvo la vista á Venecia, aquella gran creación salida del fondo de las aguas, como Pallas salió de la cabeza de Júpiter. Aquí, la Rotonda, tanto en el exterior como en el interior, me ha inspirado plácida veneración á su grandeza. En San Pedro aprendí á comprender que el Arte, lo mismo que la Naturaleza, puede anular toda medida comparativa, y el *Apolo del Belvedere*, á su vez, transportóme mucho más allá de la realidad, pues así como los mejores dibujos no dan de aquellos edificios ninguna idea, el original de mármol es cosa enteramente distinta de los yesos; sin embargo de haberlos visto muy hermosos.

Roma 10 de Noviembre de 1786.

Vivo aquí de tal suerte sereno y tranquilo, que de ello ha mucho no tenía sentimiento. Mi sistema de ver y recoger todas las cosas conforme son; mi fidelidad al dejar á mis ojos su propia luz; mi completo abandono de toda pretensión, volvieron á darme sus resultados, y me hacen, en silencio, muy dichoso.

Cada día un objeto nuevo notable; cada día imágenes frescas, grandes originales y un todo de larga data soñado, sin poder en mis imaginaciones alcanzarlo.

Estuve hoy en la pirámide de *Cestius*, y de noche en el *Palatino*, sobre las ruinas del palacio imperial, semejantes á murallas de rocas.

¡De esto sí que nada puede comunicarse! A la verdad nada existe pequeño en Roma; pocas veces se encuentra algo censurable y de mal gusto y aun esto forma parte de la grandeza general.

Reconcentrado en mi idea, según se hace á punto siempre que la ocasión es propicia, descubro un sentimiento de infinita complacencia y voy á atreverme á expresarlo. Quien mire seriamente en torno suyo y tenga ojos para ver, tiene que hacerse sólido y alcanzar tan viva noción de la solidez, como nunca se le ofreció. Vigorizará el espíritu y llegará á la seriedad sin aridez, al reposo, al contentamiento. Al menos pareceme cual si nunca hubiese apreciado, hasta ahora, conforme es debido, las cosas del mundo, y de las benditas consecuencias de ello me regocijo para el resto de mi vida.

Dejadme, pues, que recoja todo según pueda; el orden vendrá después. ¿No estoy aquí gozando á mi modo? Quiero ocuparme en [los grandes objetos, instruirme y formarme antes de cumplir los cuarenta años.

Roma 11 de Noviembre de 1786.

Visité hoy la Ninfa Egéria; después el Circo de Caracalla, las destruidas sepulturas á lo largo de la *Via Appia*, y la tumba de Cecilia Metella, que da idea de lo que es la solidez en la mampostería. Aquellos hom-

bres trabajaban con destino á la eternidad; todo estaba calculado, menos la insensatez de los devastadores, ante la que todo cede. Apasionadamente te deseé á mi lado. Los restos del gran Acueducto son admirables. ¡Qué hermoso proyecto: dar de beber á un pueblo mediante tan grandioso aparato! A la tarde fuimos al Coliseo; era ya anohecido. Viendo aquello, lo demás parece chico; es tan grande, que su imagen no se puede retener en el alma; recuérdasele de proporciones más pequeñas, y volviendo atrás para verle, parece de nuevo más grande.

Frascati 15 de Noviembre de 1788.

Los compañeros están acostados y escribo usando la tinta china de dibujar. Tuvimos un par de días sin lluvia, calientes, soleados y alegres, que no desdecirían del verano. Es el país agradabilísimo; el lugar hállase sobre una colina ó mejor sobre una montaña, y cada paso ofrece al dibujante objetos magníficos. La vista, ilimitada; se ve Roma y más allá el mar; á la derecha las montañas de Tívoli y otras. En tan placentera comarca hay casas de campo, precisamente para recreo; y conforme los antiguos romanos tenían aquí sus *villas*, viene de siglos que los ciudadanos ricos y poderosos funden sus casas de campo en los pedazos más bonitos del terreno. Dos días hace que rodamos en es-

tos lugares y siempre tenemos algo nuevo é interesante que ver.

Y no hay que decir si la noche será más divertida que el día. Apenas la espléndida posadera coloca sobre la gran mesa redonda el amarillo velón de tres brazos, diciendo: *Felicissima notte*, todos se reúnen alrededor y sacan las hojas que dibujaron ó bosquejaron durante el día. Empieza á hablarse del asunto; si los objetos estarían favorecidos ó si el carácter estaría bien expresado, en fin, todas las condiciones generales de que puede uno darse cuenta en el primer croquis. El consejero Reifenstein ordena y dirige las sesiones, según su autoridad y á su manera. Mas la loable organización de esto viene de Felipe Hackert, que sabía dibujar y pintar del natural con muchísimo gusto. No dejaba tranquilos á los artistas ni á los aficionados, ni á hombres ni á mujeres, ni á viejos ni á jóvenes. Animábales á probar en la medida de sus facultades y fuerzas, y él daba el ejemplo. Después de la partida de su amigo, el consejero Reifenstein prosiguió cordialmente aquella manera de reunir una sociedad y entretenerla, y conocimos cuán loable es sacar de cada uno su contingente de acción. Las condiciones naturales de los miembros de la sociedad manifiéstanse de muy donosa manera. Tischbein, por ejemplo, como pintor de Historia, ve el paisaje de manera distinta que los paisajistas; encuentra grupos significativos y otros objetos graciosos, que le dicen muchas cosas, allí donde otro no halla nada, y saca partido de más de un rasgo sencillo de la naturaleza hu-

mana, ya sean niños, paisanos, mendigos y otros hombres sin cultura, ó también animales, que sabe caracterizar y representar en pocos rasgos, de felicísima manera, y así hay siempre tela nueva y motivo de conversación agradable.

Si decae, se procede á la lectura de la *Teoría de Sulzers*, siguiendo el consejo de Hackert, y aunque desde elevado punto de vista esta obra no pueda satisfacer del todo, nótese su buena influencia en personas de cultura media.

Roma 17 de Noviembre de 1786.

Estamos de vuelta: anoche cayó horrible aguacero acompañado de truenos y relámpagos; ahora sigue lloviendo y hace calor.

En pocas palabras marcaré el placer de hoy. Vi los frescos del Dominichino en *Andrea della Valle*, y también la Galería Farnesiana de *Carracci*. Indudablemente sería demasiado para muchos meses; ¿qué será para un día?

Roma 18 de Noviembre de 1786.

Otra vez hace buen tiempo: claro, grato y templado. Admiré en la Farnesiana la historia de Psyquis, cu-

yas copias, coloridas, hace tanto tiempo alegran mi cuarto. Después, en *San Pedro in Montorio*, la Transfiguración, de Rafael, todos conocidos antiguos hechos á distancia, por cartas, y que ahora los trato en persona. Es la convivencia cosa muy distinta, porque las relaciones, verdaderas ó falsas, se perciben en seguida.

Hállanse también cosas muy bellas en lugares menos notorios, no tan extendidas por el mundo en grabados y copias. Muchas llevo conmigo, dibujadas por buenos artistas jóvenes.

Mis antiguas excelentes correspondencias con Tischbein, los mutuos deseos, aun sin esperanza, de venir á Italia, hicieron nuestro encuentro á la vez gustoso y útil.

Él siempre pensara en mí, preocupándose de mi persona. Conoce, también de modo perfecto, las piedras de construcción de antiguos y modernos, las ha estudiado á fondo, habiéndole servido su golpe de vista artístico en los objetos sensibles. Últimamente mandóme á Weimar una colección de ejemplares escogidos, que me hará excelente acogida al regreso. Mientras tanto, hase encontrado un suplemento muy importante. Un eclesiástico, que vive ahora en Francia y pensaba escribir acerca de los géneros de piedras antiguas, merced á la Propaganda, recibió de la isla de Paros trozos de mármol muy importantes.

Cortáronse aquí las muestras, y me reservaron doce pedazos diferentes, desde el grano más fino hasta el más basto, todos de la mayor pureza y más ó menos

mezclados con mica, utilizables respectivamente en la Estatuaria y en la Arquitectura. Salta á la vista la gran ayuda que á la perfecta apreciación del Arte presta el completo conocimiento de cuantos materiales emplea.

De recoger tales cosas hay aquí bastantes ocasiones. Sobre las ruinas del palacio de Nerón, íbamos entre plantaciones de alcachofas recién amontonadas, y no pudimos menos de llenarnos los bolsillos de granito, pórfido y chapitas de mármol abundantísimas, inagotables testigos de la magnificencia de las paredes que un día cubrieron.

Hablaré ahora de un maravilloso y problemático cuadro que se ve con mucho gusto, aun después de aquellos excelentes objetos.

Hace ya muchos años vivía en Roma un francés, conocido por aficionado á las artes y coleccionista. Llegó á poseer un fresco *antiguo*, cuya procedencia se ignora: restauróselo Mengs, y púsolo á modo de tesoro en su colección. Winkelmann habla entusiasmado de él en algún pasaje de sus obras. Representa á Ganimedes escanciando á Júpiter una copa de vino, y recibiendo en cambio un beso. El francés murió y dejó el cuadro á su hostelera, *como antiguo*. Mengs murió y dijo en su lecho de muerte que no era *antiguo, que él lo había pintado*. Y ahora hay grandes debates. Unos sostienen que Mengs hizo aquello fácilmente, jugando; los otros dicen:—Mengs no pudo hacer nunca semejante cosa, casi cema-

siado bella para Rafael. Ayer la ví, y debo decir que no conozco nada más hermoso que la figura de Ganímedes, cabeza y espalda; lo otro, demasiado restaurado. Entretanto, el cuadro perdió el crédito y la pobre mujer no puede deshacerse de su tesoro.

Roma 20 de Noviembre de 1786.

Enseña la experiencia que las poesías reclaman toda suerte de grabados y dibujos, y al mismo tiempo que el pintor consagra sus obras más importantes á un pasaje de algún poeta. En tal concepto es altamente digno de aplauso el pensamiento de Tischbein, que el poeta y el pintor deben trabajar juntos, á fin de dar á su obra unidad desde el origen. Mucho disminuirían las dificultades tratándose de poemas pequeños, sin gran trabajo improvisados y percibidos. Además, Tischbein tiene, en semejante respecto, pensamientos muy interesantes, y es en verdad singular que los asuntos que desea trabajar de tal manera, ni la Poesía ni la Pintura, cada cual aislada, bastarían á representarlos. Háblome de ello en nuestros paseos, haciéndome ganas de meterme en tal cosa: la portada de nuestra obra común está ya bosquejada. Si no temiera comprometerme en algo nuevo, me hubiera dejado seducir de buen grado.

Roma 22 de Noviembre de 1786, fiesta de Santa Cecilia.

Quiero conservar, en algunas líneas, el recuerdo de este día feliz, y comunicar, siquiera por escrito, lo que he gozado. El tiempo era de lo más hermoso y tranquilo; un cielo en absoluto claro y el sol caliente. Fuíme, en compañía de Tischbein, á la plaza de San Pedro, donde anduvimos al principio de un lado á otro, y luego, sintiendo demasiado calor, á la sombra del gran obelisco, que la proyectaba bastante ancha, nos paseamos, comiendo uvas que compramos cerca de allí. Después fuimos á la capilla Sixtina, que encontramos llena de claridad, á muy buena luz para los cuadros. El Juicio Final y las diferentes pinturas del techo, de Miguel Angel, se repartieron nuestra admiración: no hice sino ver y maravillarme.

El vigor, la seguridad del Maestro, su grandeza, superan toda expresión. Luego de mirar y remirar todo, dejamos el Santuario y fuimos á la iglesia de San Pedro, que recibía de aquel cielo tan claro luz hermosísima, doquiera resplandeciente. Nos recreamos, en traza de hombres que saben gozar lo grande y lo suntuoso, sin abandonarnos entonces á las exigencias de un gusto demasiado puntilloso y sabio, suprimiendo todo juicio acerbo. Nos deleitamos en lo deleitable.

Finalmente, subimos al techo de la iglesia, donde se encuentra el trasunto de una bonita ciudad en pequeño: casas y almacenes, fuentes simuladas, iglesias y un gran templo; todo en el aire, cruzado de bonitos paseos.

Ascendimos sobre la cúpula y vimos la comarca de los Apeninos; clarísimo el monte *Sorecta*. Hacia Tívoli, las montañas volcánicas, Frascati, Castel Gandolfo y la llanura, y más lejos la mar. Delante y cerca de nosotros la ciudad de Roma, en toda su extensión; con sus palacios de las alturas, cúpulas, etc. No había viento, y en la bola de cobre de la cúpula hacía el calor de un invernáculo. Luego de habernos enterado, bajamos é hicimos abrir las puertas de las molduras de la cúpula, del tambor y de la nave; se puede andar todo alrededor de ella y ver desde arriba esta parte de la iglesia.

Cuando estábamos en el entablamento del tambor, allá abajo, en lo profundo, iba el Papa á hacer sus devociones de la tarde. Así nada nos faltó en la iglesia de San Pedro. Bajamos del todo, comimos frugalmente en una hostería vecina y seguimos nuestro camino á la iglesia de Santa Cecilia.

Necesitaría muchas palabras si quisiera describir la ornamentación de la iglesia, llena de gente. Apenas se veía piedra de la Arquitectura. Las columnas cubiertas de terciopelo rojo, galoneado de oro: los capiteles de terciopelo cosido en la forma de ellos, poco más ó menos, y lo mismo colgados pilares y molduras. Todos los intersticios de las paredes vestidos de tela, pintados de colores; así la iglesia parecía de mosaico, y sobre doscientas velas de cera ardían á los lados y alrededores del altar mayor: semejaba una banda de luz, y la nave de la iglesia estaba muy iluminada. Las naves y los altares laterales, igualmente adornados y alumbrados.

Frente del altar mayor, debajo del órgano, dos plataformas cubiertas de terciopelo; en una de ellas los cantores y en otra los instrumentistas, que hacían música sin cesar. La iglesia colmada de gente.

Oí música de muy bonito género, ejecutada como nunca oyera. Según se dan conciertos de violín ó de otro cualquier instrumento, hacían con la voz. Una de ellas, el soprano, por ejemplo, domina y canta el solo. De cuando en cuando entra el coro y acompaña; se oyen siempre con toda la orquesta. Hace buen efecto.

Tengo que concluir; también el día concluyó.

De noche pasamos por la Ópera, donde precisamente daban *Los Litigantes*; más habiendo gozado de tantas cosas buenas, seguimos de largo.

Roma 23 de Noviembre de 1786.

Deseando no suceda á mi querido incognito lo que al avestruz, que se cree oculto cuando esconde la cabeza, cedo, en cierta manera, sosteniendo siempre mi antigua tesis. Saludé gustosísimo al príncipe de Lichtenstein, hermano de la condesa Harrath, á quien tanto estimo. Acompañéle á comer algunas veces y comprendí al punto que aquella condescendencia me llevaría más lejos, y así sucedió. Anunciáronme una tragedia del Abate Monti, *Aristotedemo*, que se daría muy pronto. El autor, decían, deseaba leérmela previamente y oír mi opinión.

Dejé caer la cosa sin rechazarla, y al fin una vez me encontré al poeta y un amigo en casa del príncipe, y la pieza fué leída.

El héroe, conforme es sabido, es un rey de Esparta, que á consecuencia de toda suerte de escrúpulos de conciencia se quita la vida, y me dieron á entender, de manera muy fina, que el autor del Werther no encontraría mal si en esta obra se habían utilizado algunos pasajes de su excelente libro, y así no pude esquivarme, ni en los mismos muros de Esparta, de los irritados manes del desdichado joven.

Sencilla y tranquila es la acción de la pieza. Los sentimientos y el estilo estan conformes al argumento; hay energía y al propio tiempo sensibilidad. El trabajo demuestra excelente ingenio.

No dejé de notar y alabar lo bueno y digno de elogio de la obra, no en verdad á la manera de los italianos, sino á la mía, lo cual les agradó pasablemente; pues, en su impaciencia meridional, deseaban algo más. Querían que, en particular, les dijese el efecto probable de la tragedia en el público. Hice primero la salvedad de mi poco conocimiento del país, de la manera de representar y del gusto, y fuí bastante franco, añadiendo que no podía concebir cómo los romanos, acostumbrados á ver comedias en tres actos y óperas en dos, á modo de *intermezzo*, ó una gran ópera en tres actos y de *intermezzo* un *ballet* de género extranjero, podrían divertirse en la acción pausada é ininterrumpida de la noble tragedia. Además, parecióme asimismo el motivo de un

suicidio por completo fuera del círculo de las ideas italianas. He oído hablar todos los días de uno que mata á otro; mas que uno se despoje á sí mismo de la amable vida, podrá ser posible, pero nunca llegó á mi noticia. Después, roguéles me hiciesen al pormenor cuantas objeciones les ocurriesen contra mi incredulidad, y cediendo de buena voluntad á sus plausibles argumentos, aseguré que no deseaba otra cosa sino ver representada la obra, y darle, en compañía de un coro de amigos, mi más sincera y ruidosa aprobación. Aceptáronse amistosamente las aclaraciones, y tuve en semejante ocasión todos los motivos posibles para alegrarme de mi condescendencia, porque el príncipe de Lichtenstein es la complacencia en persona, y me procuró ocasiones de ver, en su compañía, muchos tesoros artísticos, para los que se necesita permiso especial del poseedor, y de consiguiente, alta influencia. Faltóme el buen humor cuando la hija del pretendiente quiso ver también la marmota extranjera; neguéme y estoy en absoluto decidido á volverme á zambullir en mi incógnito. Y sin embargo, no es buen sistema; y aquí siento, muy al vivo, cuanto advirtiera en la vida, y es que el hombre que quiere el bien, ha menester ser tan activo y estar tan en guardia contra los otros, como el egoísta, el mezquino y el malo; esto se vé perfectamente; ¡lo difícil es practicarlo!

De la nación no puedo decir sino que son hombres de la Naturaleza, que bajo las ostentaciones y la dignidad de la Religión y del Arte, no se diferencian un ca-

bello de lo que serían en las cavernas y en los bosques.

Lo que sorprende á los extranjeros y lo que hoy de nuevo hace hablar á toda la ciudad, pero *hablar* solamente, son los homicidios que se cometen á diario. En las últimas tres semanas asesinaron cuatro en nuestro distrito. El de hoy era un buen artista, Schwendimann, suizo, premiado, el último discípulo de Hedlinger. Fué sorprendido exactamente como Winkelmann. El asesino, al que se agarró, dióle veinte puñaladas, y llegando la guardia, el malvado se hirió á sí propio. La moda no es esta: el asesino se acoje á una iglesia, y asunto concluído.

Preciso era, dando sombra á mi cuadro, mencionar crímenes, desgracias, temblores de tierra é inundaciones. La erupción actual del Vesubio pone á la mayor parte de los extranjeros en movimiento, y hay que agarrarse mucho si se quiere no ser arrastrado. Tan natural manifestación tiene, en verdad, algo de la serpiente de cascabel, que atrae á los hombres de modo irresistible. En este momento parecen reducirse á nada cuantos tesoros artísticos encierra Roma. Todos los extranjeros suspenden el curso de sus observaciones y se dan prisa á irse á Nápoles. Yo persevero, en la esperanza que la montaña para mi guardará algo.

Roma 1.º de Diciembre de 1786.

Aquí está Moritz, tan ventajosamente conocido por su *Antonio el viajero y Viajes á Inglaterra*; es excelente hombre, un infeliz que nos gusta mucho.

En Roma, donde se ven tantos extranjeros de los que no todos la visitan á causa del gran Arte, sino que muchos quieren entretenimientos de otro género, se está preparado á todo. Existen ciertas artes secundarias que exigen ligereza de mano y afición, que se han llevado muy lejos, procurando que los extranjeros se interesen en ellas. A las tales pertenece la pintura en cera, que en sus preliminares y preparaciones, y después en la misma pintura y cuanto á ella se relaciona, puede ocupar mecánicamente á toda persona que sepa algo de acuarelas, y la novedad de la empresa realzar un talento mediano. Hay artistas hábiles que dan lecciones, y bajo el pretexto de dirigir, hacen á menudo lo mejor de la obra. De suerte que el cuadro brillante que realza la cera, ostentando su marco dorado, sorprende á la bella discípula, admirada de sus escondidos talentos.

Otra ocupación bonita consiste en estampar, en arcilla fina, las piedras grabadas y las medallas cuyo anverso y reverso cópianse á un tiempo. Las impresiones en cristal exigen más habilidad, atención y cuidado. El

consejero Reiffenstein tiene en su casa, ó al menos en las de sus íntimos, los elementos necesarios á tales artes.

Roma, 2 de Diciembre de 1786.

Casualmente encontré la *Italia* de Archenholtzens. ¡De qué manera se arruga y achica una obra semejante en la realidad de los lugares! Igual que si pusiesen el librejo sobre carbones encendidos, y poco á poco se fuese obscureciendo y ennegreciendo, y se viesen las hojas arrugarse y convertirse en humo. Cierto que vió las cosas, pero intentando hacer valer sus maneras despreciativas y altaneras; posee demasiado pocos conocimientos y tropieza ensalzando y censurando.

Este tiempo hermoso y templado, que alguna vez interrumpen días lluviosos, es para mí, á últimos de Noviembre, completa novedad. Aprovechamos el buen tiempo al aire libre y el malo dentro de casa: en todas partes hay recreo, enseñanza y acción.

El 28 de Noviembre volvimos á la Capilla Sixtina y pedimos que nos abriesen la galería más próxima del techo. En verdad, adelantábamos difícilmente, porque aquello es estrecho, y en apariencia peligrosas las barras de hierro, por cuyo motivo los propensos al vér-

tigo no siguieron. Bien compensa las dificultades la vista de la obra maestra. Tanto me absorbe, en el momento, Miguel Angel, que ni gusto de la Naturaleza después de él, porque no puedo verla con ojos tan grandes como él la ve. ¡Si siquiera hubiera medio de fijar bien en el alma tales imágenes! Al menos, cuantos grabados y dibujos he podido recoger de sus obras, los llevo conmigo.

De allí pasamos á las *Logias* de Rafael, y casi no me atrevo á decir que apenas se podía mirar aquello. Acostumbráranse los ojos á proporciones tan vastas, en aquellas grandes formas y aquella admirable perfección de todas las partes, que no podían tolerar los ingeniosos juegos de arabescos, y las historias bíblicas de mayor hermosura no sostenían la comparación de las otras. Ver con frecuencia semejantes obras, unas después de otras y compararlas con más calma y sin prejuicios, debe procurar gran placer; al principio, toda admiración es parcial de necesidad.

De allí nos dejamos ir, con sol, casi demasiado caliente, á la *Villa Panfilí*, donde hay muy bonitos jardines, y nos quedamos hasta la noche. Una gran pradera, rodeada de encinas siempre verdes, y altos pinos, llenábanla pequeñas margaritas, inclinando sus cabezas hacia el sol. Entonces se despertaron mis especulaciones botánicas, que proseguí al día siguiente, alargando mi paseo hasta *Monte Mario*, la *Villa Melini* y *Villa Madama*. Es interesantísimo observar el procedimiento de la vegetación activa, que los grandes fríos

no interrumpen. Aquí no hay yemas, y ahora empiezo á comprender lo que son. El arbusto de la fresa (*arbutus unedo*) vuelve á florecer mientras maduran sus últimos frutos. Igualmente se muestran los naranjos en flor y sus frutas maduras y á medio madurar, y sin embargo, cubren estos árboles, si no vegetan entre edificios. Mucho da que pensar el ciprés, el más respetable árbol, cuando es viejo y ha crecido bien. Ante todo, veré el Jardín Botánico, donde espero aprender mucho. En general, nada puede compararse á la nueva vida que la observación de una tierra nueva hace descubrir al hombre reflexivo. Aunque soy siempre el mismo, pareceme estar cambiado hasta la médula de los huesos.

Aquí termino, y la próxima carta estará llena de desdichas, muertes, terremotos y catástrofes, á fin de que mi cuadro no carezca de sombras.

Roma 3 de Diciembre de 1786.

Hasta ahora cambió el tiempo casi de seis en seis días. Dos espléndidos, uno nublado, dos ó tres lluviosos, y luego otra vez buenos. Trato de utilizar cada uno de la mejor manera posible.

Sin embargo, tantos portentos todavía son conocidos nuevos para mí. No he vivido en su compañía, no me apropié ninguna de sus cualidades. Algunas atraen con tanta fuerza, que durante algún tiempo somos indiferen-

tes y hasta injustos respecto de otros. Así, el Panteón, el Apolo del Belvedere, algunas cabezas colosales y últimamente la Capilla Sixtina, de tal modo cautivaron mi alma, que, fuera de eso, apenas miro nada. ¿De qué suerte ha de igualarse uno, pequeño como es y acostumbreado á lo pequeño, á estas cosas nobles y grandiosas? Y cuando hasta cierto punto se pudiese conseguir, agólpase de todas partes tremenda muchedumbre, y cada uno reclama el tributo de vuestra atención. ¿Qué hacer? Tener paciencia, dejar que el efecto se produzca y desarrolle, y estudiar cuidadosamente los trabajos que otros hicieron en nuestro favor.

La *Historia del Arte*, de Winkelmann, nueva edición que tradujo Féa, es obra muy útil, que también me he procurado, y que aquí, sobre el terreno, en compañía de personas instruídas que comentan y explican, encuentro de mucho provecho.

Asimismo las antigüedades romanas comienzan á gustarme: historia, inscripciones, monedas, de que antes no quería oír hablar palabra, todo me estrecha ahora. Sucédeme lo mismo que con la *Historia Natural*. En Roma se ata toda la *Historia* del mundo, y celebro un segundo día de nacimiento, sí; un verdadero Renacimiento, el día que entré en ella.

En las pocas semanas transcurridas, he visto ya venir y marcharse muchos extranjerros, admirado de su ligereza, tratando de tantas riquezas y venerables

objetos. Gracias á Dios, ninguna de tales aves de paso futuras se me impondrá en lo porvenir, hablándome de Roma, en el Norte; ninguna conmoverá mi pecho, que también yo he visto Roma y sé, poco más ó menos, á qué atenerme.

Roma 8 de Diciembre de 1786.

Tenemos, de cuando en cuando, días magníficos: la lluvia, que á veces cae, conserva verdes las hierbas y las plantas de los jardines. Doquiera hay árboles de hoja perenne; de suerte que las caídas de los otros, nó-tanse apenas. Naranjos cargados de fruta, que vegetan en plena tierra sin abrigos, vense en los jardines.

Proponíame hablar de un agradable paseo marítimo y contaros al pormenor la pesca que hicimos, cuando al volver, de noche, el buen Moritz se rompió un brazo, á consecuencia de haber resbalado su caballo en las calles embaldosadas; el accidente destruyó toda la alegría: es un gran disgusto en nuestro pequeño círculo doméstico.

Roma 13 de Diciembre de 1786.

¡Cuán de veras alegróme que tomáseis mi desaparición en el sentido que deseaba! Reconcíliense ahora

conmigo los corazones que á causa de esto hayan podido disgustarse y sufrir. No quise lastimar á nadie, y tampoco quiero ahora decir nada en mi disculpa. Dios me preserve de entristecer á ningún amigo con las premisas de esta determinación.

Repóngome aquí despacio de mi *salto mortale* y estudio más de lo que gozo. Roma es un mundo, y se necesitan años sólo para acostumbrarse á él. ¡Qué felices encuentro á los viajeros que ven y se van!

Hoy á la mañana viniéronme á las manos las cartas que Winkelmann escribió desde Italia. ¡Cuánta emoción principiando á leerlas! Hace treinta años, en la misma estación, llegó aquí un desdichado, más loco que yo. Dotado de la propia seriedad germánica, trataba á fondo el estudio de la antigüedad y del Arte: ¡qué sabrosamente y qué bien trabajó! Y ahora, ¡cuánto no me significa el recuerdo de tal hombre en este sitio!

Fuera de los objetos de la Naturaleza, en todas sus partes verdadera y consecuente, nada habla tan alto como la huella de un hombre bueno é inteligente, y el Arte noble, tan consecuente como aquélla. Esto se puede sentir perfectamente en Roma, donde tanto se ha encarnizado la arbitrariedad, donde el poder y el dinero eternizan tantos desatinos.

Un pasaje de la carta de Winkelmann á Franque agradóme en particular. «En Roma es preciso investigarlo todo con mucha flema, sin lo cual se corre el riesgo de pasar por francés. Es Roma, á mi entender,

la Escuela Superior para todo el mundo, y también yo me he depurado y probado en ella.»

Lo dicho entra de lleno en mi manera de sentir, y á la verdad, fuera de Róma no hay idea de cómo aquí se nos enseña. Dijérase que es fuerza volver á nacer, porque el mismo caso se hace de las anteriores ideas que de los zapatos de chico. El hombre más vulgar fórmase algo en Roma, pues, al menos, gana ideas que salen de lo corriente, aunque no pueda identificarse con las cosas.

Esta carta os llegará en año nuevo. ¡Séaos el comienzo muy feliz! Antes del fin volveremos á vernos, y no será pequeña alegría. El que termina ha sido el más importante de mi vida. Que muera ahora ó que viva todavía un poco, siempre me habrá sido bueno.

Lo que sigue podéis leérselo ó contárselo á los niños. Aquí no se nota el invierno: los jardines están plantados de árboles siempre verdes. El sol brilla y calienta; la nieve sólo se ve en lejanas montañas, hacia el Norte.

Los limoneros, adosados á las paredes de los jardines, vanlos cubriendo, poco á poco, con tejados de caña; pero los naranjos permanecen al aire libre. Cientos de las hermosas frutas penden de cada árbol, no como en nuestro país, recortado y plantado en una cuba, sino en la tierra, libre y contento, formando hilera con sus hermanos. No se puede soñar cosa más alegre que semejante vista. Mediante corta propina, se tienen cuantas naranjas se quieren. Ahora ya están buenas; en Marzo e starán mucho mejores.

Días pasados estuvimos en una *pescata* en el mar. Las figuras más extraordinarias de pescados salieron á la vista: cangrejos disformes y raros; también cogimos el pez que produce una conmoción por su descarga eléctrica.

Roma 20 de Diciembre de 1786.

Y sin embargo, hay en esto más afanes y cuidados que goces. El doble nacimiento, que me rehace de dentro afuera, continúa operando. No ignoraba que aquí es donde había de aprender á derechas, mas no pensaba volver tan atrás á la escuela, desaprender tanto, desaprenderlo todo, para volver á aprenderlo de otro modo. Pero ahora estoy convencido y me he entregado, y cuanto más me desmiento, más contento estoy. Véome parecido al arquitecto que intentó construir una torre y le hizo malos cimientos; conociéndolo á tiempo, deshizo lo levantado fuera de la tierra y trató de ensanchar los planos, perfeccionarlos, asegurar mejor los cimientos, y de antemano se regocijó en la segura fortaleza del futuro edificio. Quiera el cielo que á mi regreso también se sientan las consecuencias morales que me procuró la vida en mundo más ancho. Sí; al igual del artístico, el sentido moral sufre gran renovación.

El Dr. Münter está aquí, de vuelta de su viaje á Sicilia. Es un hombre enérgico y firme. No conozco sus

proyectos. Deben ustedes tenerlo ahí en Mayo, y llevará muchas cosas que contar. Viajó dos años por Italia. Muéstrase descontento de los italianos, que no hicieron bastante caso de las importantes cartas de recomendación que traía y debían abrirle las puertas de Archivos y Bibliotecas secretas; así es que no obtuvo el éxito deseado.

Ha coleccionado hermosas monedas, y posee, según me dijo, un manuscrito que debe ordenar la Numismática, valiéndose de caracteres fijos, como los de Linneo. Herder se informará mejor; tal vez sea permitido copiarlo. Es posible hacer algo semejante. Me alegraré que lo consigan. Tarde ó temprano habremos de entrar seriamente en ese terreno.

Principio ahora á ver de nuevo los mejores objetos, habiéndose convertido el primer pasmo en familiaridad y sentimiento más puro del mérito de las cosas. Tratando elevarse á la más completa apreciación de cuanto los hombres produjeron, ha menester el alma haber llegado á una libertad completa.

El mármol es un material de cualidades singulares, y en él consiste el encanto ilimitado del Apolo del Belvedere original. El soplo sublime de vida, de libertad, de aquel ser eternamente joven, desaparece, aun en las mejores reproducciones del yeso.

Frente á nosotros, en el palacio Rondanini, hay una careta de Medusa, en la que, sobre un rostro hermoso y noble, de tamaño colosal, se ve admirablemente impresa la rigidez angustiosa de la muerte. Poseo una

buena copia, pero el encanto del mármol no ha pasado á ella. El noble carácter, la semitransparencia amarillenta de la piedra, imitando el color de la carne, ha desaparecido; el yeso, al contrario, siempre parece enjabelgado y muerto.

Y sin embargo, ¡qué placer tan grande es entrar en el taller de un vaciador y ver salir, uno á uno, de los moldes, los magníficos miembros de las estatuas, adquiriendo así nuevos aspectos de las figuras! Además, vése reunido lo esparcido en Roma, cosa muy ventajosa para la comparación. No resistí el deseo de comprar una cabeza colosal de Júpiter. Hela colocado frente á mi cama, á buena luz, con propósito de dirigirle mis devociones matinales; toda su grandeza y majestad nos ha proporcionado una escena chistosa.

Detrás de nuestra vieja posadera, cuando entra á hacer mi cama, suele escurrirse su gato favorito. Hallábame sentado en la sala grande, y oí trajinar dentro á la mujer. De repente, toda apresurada y emocionada, contra su costumbre, abrió la puerta y me pidió que entrase á ver un milagro. Al preguntarle lo que era, respondióme que el gato estaba rezando al Dios Padre. Ya advirtiera ella, de tiempo atrás, que aquel animal tenía el entendimiento de un cristiano; no obstante, esto era un gran milagro. Fui á verlo con mis propios ojos, y en efecto, era bastante extraordinario.

El busto descansaba en un pedestal alto, y el cuerpo, cortado bastante más abajo que el pecho, de manera que la cabeza sube mucho. El gato, saltando sobre la

mesa, colocara sus patas en el pecho del dios, y estirando todo lo posible sus miembros, llegaba el hocico á la santa barba, que lamía con la mayor delicadeza, sin que las interjecciones de la huéspedea ni mi participación le estorbasen en lo más mínimo.

Dejé á la buena mujer admirarse, y me expliqué esta devoción gatuna de la manera siguiente: este animal tiene un olfato muy fino y pudo bien acertar el rastro de la grasa que del molde pasaría á las cavidades de la barba, quedando allí adherida.

Roma 29 de Diciembre de 1786.

Mucho queda aún qué contar y qué celebrar de Tischbein; cómo se ha formado él mismo con una originalidad alemana. Después tengo que declarar mi agradecimiento, porque en el tiempo de su segunda estancia en Roma, se ocupó muy solícito de mí, procurándome una serie de copias de los mejores autores: algunos en greda negra, otros en sepia y acuarela, que en Alemania, lejos de los originales, ganan en valor, y que, para mí, serán el mejor recuerdo.

En su carrera de artista, dedicado al principio á retratos, relacionóse con hombres de mérito, principalmente en Munich, y su trato afirmó su sentimiento y abrió horizontes á sus ideas.

Traje conmigo la segunda parte de las *Hojas Sueltas*, y

fueron muy bien recibidas. En recompensa era preciso que Herder supiese circunstanciadamente el buen efecto que produjo este librito, aun en lectura repetida. Tischbein no podía comprender de qué suerte se había podido escribir aquello sin haber estado en Italia.

Se vive en esta morada artística como en una sala de espejos, donde, á pesar suyo, se ve uno y ve á los demás repetidas veces. Ya había reparado en las frecuentes y atentas miradas de Tischbein, y ahora resulta que pensaba pintar mi retrato. El boceto está terminado y tiene preparado el lienzo. Yo estaré representado de cuerpo entero, en traje de viajero, envuelto en una capa blanca, al aire libre, sentado en un obelisco caído, contemplando las ruinas de la campiña de Roma, que se perderán en el fondo. Será un cuadro bonito, pero demasiado grande para nuestras viviendas del Norte. Podré volver á arrastrarme por allí, mas el retrato no encontrará sitio.

Aunque se hacen muchas tentativas para sacarme de mi obscuridad, aunque los poetas me leyeron ó me quieren leer sus cosas, aunque sólo dependa de mí hacer papel, no me dejo engañar, y esto me entretiene bastante, porque ya he comprendido lo que pasa en Roma. Los muchos pequeños círculos que veo á los pies de la Señora del Mundo tienen, en un punto ó en otro, algo de pueblo pequeño.

Sí; aquí sucede como en todas partes, y lo que conmigo ó por mí quieren hacer, me aburre antes de haber sucedido. Tiene uno que afiliarse á un partido, ayu-

ROMA.

dar á defender sus pasiones y sus cábalas, alabar artistas y *dilettanti*. Rebajar á los competidores y sufrirlo todo de los ricos y los grandes. ¿Y había de rezar yo aquí con los demás todas estas letanías, que me harían correr á mil leguas y sin ningún fin?

No; no voy más adentro que lo preciso para conocer esto, y sobre esto vivir luego contento en mi casa; que á mí y á otros se nos quite la gana de recorrer esos mundos. Veré Roma, la Roma eterna, no la que pasa cada decena de años. Si tuviere tiempo, lo aprovecharía mejor. La Historia, en particular, se lee aquí de una manera diferente que en cualquier otro lugar del mundo.

En otras partes se lee de fuera adentro. Aquí cree uno leerla de dentro afuera. Todo yace alrededor de nosotros y toma de nosotros los puntos de partida. Y esto no se refiere sólo á la Historia Romana, sino á toda la Historia del Mundo. Desde aquí puedo seguir los conquistadores hasta el Vaser ó hasta el Eufrates, y si quiero ser un vago, esperar á los triunfadores en la calle Sagrada, mientras me alimento de trigo y limosnas y tomo una parte á placer en todas estas magnificencias.

Roma 2 de Enero de 1787.

Digase cuanto se quiera en favor de una tradición, escrita ó hablada, en pocos casos es suficiente. Pues el

carácter propio de cada ser no puede comunicarlo ni aun tratándose de cosas intelectuales. Una sola ojeada segura permite, no obstante, leer y oír, pues se relaciona á la impresión viva, y se puede entonces juzgar y pensar.

Muchas veces se han burlado ustedes de mí y me han querido detener cuando examinaba, con particular atención, desde ciertos puntos de vista, piedras, plantas y animales; ahora dirijo mi atención al arquitecto, al escultor y al pintor, y también aquí aprenderé á saber por dónde ando.

Roma 4 de Enero de 1787.

Tengo que hablar ahora de la indecisión que me produce la estancia en Italia. En mi última carta anuncié el propósito de irme de Roma hacia la Pascua y regresar á mi casa. Entonces habré bebido ya algunas copas más en el grande Oceano, y mi necesidad apremiante se habrá sosegado. Estoy curado de una tremenda pasión y enfermedad. He quedado útil otra vez para el goce de la vida, para el goce de la Historia, de la Poesía, de la Antigüedad, y tengo por muchos años materiales que pulir y completar. Mas ahora, lléganme voces amistosas diciéndome que no me apresure, que debo volver con riqueza completa. He recibido una carta, bondadosa y llena de simpatía, del Duque, que me des-

liga de mis obligaciones un tiempo indeterminado y me tranquiliza respecto de mi alejamiento. Mi mente se vuelve hacia el campo inmenso que tendría que dejar sin haber puesto en él las plantas. Por ejemplo: en el terreno de las monedas y de las piedras grabadas, no he podido hacer en absoluto nada todavía.

He principiado   leer la Historia del Arte de Winkelmann y he terminado sólo el Egipto, y comprendo que tengo que verlo todo desde su origen; lo hice ya con las cosas egipcias. Cuanto más se sabe, más inmenso aparece el Arte, y el que quiera dar pasos seguros tiene que ir lentamente.

Aquí aguardará el Carnaval, y sobre el Miércoles de Ceniza ir    Nápoles. Me llevar    Tischbein, porque conmigo est  alegre, y porque en su compa a vivo tres veces. Estar  de vuelta antes de Pascua, y pasar  aquí la Semana Santa.

 Qu dame all  la Sicilia! Para ésta será necesario un viaje más preparado y hecho en otoño, y no un simple viaje atravesándola y dando la vuelta en derredor, quedando pagado del dinero y trabajo gastado, diciendo:  La he visto! Será menester detenerse primero en Palermo; después en Catania, al objeto de hacer excursiones seguras y provechosas, habiendo estudiado previamente   Riedesel y los demás.

De consiguiente, si me quedo el verano en Roma estudiando y preparándome   Sicilia, donde no podrá ir hasta Septiembre, permaneciendo all  Noviembre y Diciembre, no estar  de vuelta en mi país hasta Febre-

ro de 1788. Hay un término medio: dejar la Sicilia, quedarme en Roma parte del verano, ir luego á Florencia, y en otoño volver á casa.

Todos estos proyectos se me han obscurecido con el accidente del Duque: desde las cartas que me comunican este acontecimiento no tengo sosiego, y preferiría desde luego cargar los fragmentos de mis conquistas, partir después de la Pascua, recorrer rápidamente la parte alta de Italia, y el mes de Junio encontrarme en Weimar. Estoy demasiado solo para decidirme, y si expongo los pormenores de la situación, es rogándoos que decidáis mi destino en una reunión de las personas que me quieren y conocen mejor la situación de nuestro país, advirtiéndome que de seguro me inclino más á volver que á quedarme. Lo que me retiene con mayor fuerza en Italia, es Tischbein. Nunca podría, aunque mi destino fuese visitar segunda vez esta hermosa tierra, aprender tanto en tan poco tiempo, como en la compañía de este hombre culto, experto, de gusto delicado y que me es adicto en cuerpo y alma. No puedo expresar cómo se me van desescamando los ojos: para el que está en tinieblas, el crepúsculo puede pasar por día, y un día obscuro por claro. ¿Qué será cuando salga el sol?

Hasta ahora he contenido siempre á cierta distancia la sociedad que, poco á poco, quería apoderarse de mí, dirigiéndole, al paso, una mirada de observación. Pedí á Fritz, en tono de broma, mi recepción en la Arcadia; y en efecto, sólo puede ser de broma, pues la Academia ha caído verdaderamente en la miseria.

Del lunes en ocho días se estrena la tragedia del Abate Monti; tiene mucho miedo, y con motivo. Es un público indisciplinado, que quiere ser divertido de momento en momento, y la obra nada tiene de brillante. Me ha rogado vaya con él á su palco para que, como padre espiritual, le asista en aquel crítico momento. Otro querría traducir mi *Ifigenia*; un tercero, Dios sabe lo que querría hacer en honor mío. ¡Todos están mal unos con otros y cada uno desearía reforzar su partido! Mis compatriotas también están por mí todos á una voz, de suerte que si les dejase hacer ó les aprobase un poco, harían miles de desatinos, y al fin concluirían coronándose en el Capitolio, lo cual pensaron en serio, á pesar del manifiesto desatino, de hacer protagonista de semejante comedia á un extranjero y protestante. Como todo se encadena, y yo sería un gran loco si creyese que lo hacen por amor mío, os lo diré en su día de viva voz.

Roma 6 de Enero de 1787.

Regreso de ver á Moritz, porque hoy le han quitado el vendaje de su brazo, ya curado. Está y va muy bien. Cuanto he sabido en estos cuarenta días al lado del paciente, como enfermero, confesor confidente, ministro de hacienda y secretario particular, nos vendrá bien en lo sucesivo; los dolores más fatales y los goces más nobles, anduvieron de consuno en tanto tiempo.

Para mi recreo, he colocado ayer en la sala un vaciado de la cabeza de la Juno, colosal, cuyo original está en la villa Ludovisi. Fué mi primera pasión en Roma, y ahora la poseo. No hay palabras que den idea de lo que es esto: es como un canto de Homero.

Cierto que, para lo futuro, he merecido bien tan buena compañía, porque ya puedo anunciar que la *Ifigenia* está terminada; sobre mi mesa hállanse dos ejemplares bastante iguales, uno de los cuales debe ir muy pronto á poder de ustedes. ¡Acójanlo amistosamente! en el papel no va dicho en realidad lo que yo quisiera, pero se puede adivinar.

Ustedes se quejaban algunas veces de ciertos pasajes oscuros de mis cartas, que daban á entender una impresión de sufrimiento, en medio de los magníficos espectáculos presentes á mi vista. Tenía en ello no pequeña parte esta viajera griega, que me obligaba á trabajar cuando yo sólo hubiera querido contemplar.

Me acuerdo de aquel excelente amigo que se preparó á un largo viaje, que bien hubiera podido llamarse viaje de descubrimientos; después de haber estudiado y economizado algunos años, se le ocurrió, á la postre, robar la hija de una buena casa, porque pensaba matar dos pájaros de un tiro. Igualmente aturdido fuí yo cuando llevé *Ifigenia* á Carlsbad. Voy á indicar brevemente en qué lugar me entretuve con ella.

Pasado el Brenner la saqué del paquete grande y la llevé conmigo. En el lago de Garda, cuando el viento fuerte del Mediodía estrellaba las olas en la orilla, y yo

estaba tan solo, por lo menos, como mi heroína en la playa de Tauride, escribí las primeras líneas del nuevo trabajo, que proseguí en Verona, Vizencia y Pádua, y más asiduo en Venecia. Luego quedó en suspenso, porque me ocurrió otra idea nueva, que era escribir *Ifigenia en Delfos*, lo cual hubiera hecho enseguida si no me hubiese contenido la distracción y un sentimiento de deber hacia el proyecto primitivo.

En Roma el trabajo continuó de manera regular; de noche, cuando me iba á dormir, me preparaba á la tarea del día siguiente y á ella poníame en el momento de despertar. Mi procedimiento era muy sencillo: escribía la pieza despacio, sujetándola al ritmo regular, línea á línea y período á período. Lo que de aquí haya salido, ustedes lo juzgarán. Yo en esto he aprendido más que hice. Acompañarán á la pieza algunas notas.

Volviendo á las cosas de iglesia, contaré que la noche de Navidad anduvimos vagabundeando, y visitamos las iglesias donde había función. Hay en particular una muy visitada, porque el órgano y la música, en general, tienen un carácter pastoril. Nada falta, ni las zampoñas de los pastores, ni el gorjeo de los pájaros, ni el balido de las ovejas.

En la primera fiesta de Navidad, vi al Papa y á toda la clerecía en la iglesia de San Pedro. El Papa celebró la Misa Mayor, en parte desde el trono y en parte delan-

te. Es un espectáculo único en su género, bastante fastuoso y augusto. Pero yo he envejecido tanto en el Dogenismo protestante, que toda esta magnificencia me quita más que me dá. Quisiera, como mi piadoso antecesor, decir á estos espirituales vencedores del mundo: «No me quiteis el sol del Arte sublime y de la Humanidad pura».

Hoy, día de Reyes, he visto y oído celebrar la misa según el rito griego. Las ceremonias me parecieron más magníficas, más severas, más aptas á la meditación, y sin embargo, más populares que las latinas.

Otra vez he vuelto á sentir que para todo he envejecido, menos para la verdad. Sus ceremonias y sus operaciones, sus procesiones y sus danzas, todo se desliza por mí como el agua sobre un impermeable; mientras al contrario, una acción de la Naturaleza, como ver una puesta de sol desde la *Villa Madama*, una obra de Arte como esta *Juno* venerada, me causan impresión profunda y vivificante.

Me asusto por anticipado del teatro. La semana que viene se abrirán siete. Anfossi está aquí en persona y da *Alejandro en la India*, y también dará un *Ciro* y *La Conquista de Troya*, como baile. Esto sería bueno para los niños.

Roma 10 de Enero de 1787.

Seguiremos otra vez con la hija del dolor, que este adjetivo merece *Ifigenia* por más de un concepto. Después de habérsela leído á nuestros amigos, marqué ciertos renglones, de los cuales mejoré algunos, á mi entender; los otros, dejélos conforme estaban; tal vez Herder quiera dar en ellos algunas plumadas; yo estoy embotado ya para semejante labor.

Mi preferencia, desde hace muchos años, para la prosa en mis trabajos, débese á la gran incertidumbre en que fluctúa nuestra prosodia, pues mis inteligentes, doctos amigos y mis colaboradores, se han decidido, en muchas cosas, por el gusto y por el sentimiento, de suerte que se carece de toda regla.

Nunca me hubiera atrevido á verter *Ifigenia* en versos yámbicos, si no hubiese brillado para mí una estrella polar, en la Prosodia de Moritz. Mis relaciones con el autor, en especial durante su enfermedad, diéronme nueva luz, y ruego á mis amigos piensen en esto con simpatía.

Es evidente que en nuestra lengua hay muy pocas sílabas decididamente breves ó largas. Las otras manéjanse á voluntad ó á gusto. Ahora bien; Moritz ha observado que existe en las sílabas cierto orden, y que las de sentido más significativo, al lado de otras que lo tienen menos, son más largas y hacen cortas aquéllas, y al contrario, pueden volver á ser cortas si están en la proximidad de otras, cuyo sentido ideal es más impor-

tante. Es ya un apoyo, y aunque no queden resueltas todas las dificultades, hay un hilo conductor por el cual se puede ir culebreando. He seguido con mucha frecuencia tales máximas, y las encontré acordes á mi sentir.

Habiendo hablado antes de una lectura, tengo que indicar á la ligera cómo se efectuó. Estos jóvenes, acostumbrados á aquellos trabajos anteriores, vehementes y atrevidos, esperaban algo en el género de *Berlichingen*, y se quedaron fríos ante aquella acción tranquila; sin embargo, los pasajes nobles y puros no dejaron de hacer su efecto. Tischbein, que tampoco podía concebir aquel casi total alejamiento de la pasión, puso de manifiesto una graciosa semejanza ó símbolo. Comparaba esto á la víctima de un sacrificio, cuyo humo, retenido por la impresión de un viento suave, volvía á la tierra, mientras las llamas, libres, buscaban las alturas. Hizo de ello el dibujo, muy claro y muy bonito, que es adjunto. Y de tal modo un trabajo del que había creído salir tan pronto, me tuvo entretenido, sujeto, ocupado y preocupado, tres meses completos. No es la primera vez que de lo importante hago lo accesorio. Pero, no disputemos ni divaguemos más sobre esto.

Os envió una linda piedra grabada, que representa un leoncillo que siente el zumbido de un tábano alrededor de su nariz. Los antiguos gustaban de este asunto, que fué muy repetido. Deseo que, en adelante, selléis con ella las cartas, y así, en semejante pequeñez, resonará un eco artístico de vosotros á mí.

¡Cuántas cosas tendría que decir á diario si el cansancio y la distracción no me impidiesen escribir un poco razonablemente! A esto se unen los días que hace frío, donde en cualquier parte se está mejor que en su cuarto, sin chimenea ni estufa, no usadas sino para dormir ó estando enfermo. No quiero, sin embargo, dejar sin mencionar algunos acontecimientos de la última semana.

En el palacio Giustiniani hay una Minerva que merece toda mi veneración. Winkelmann apenas la menciona, por lo menos en el sitio principal, y yo no me siento bastante digno de hablar de ella. Cuando visitamos la estatua y estuvimos contemplándola mucho tiempo, la mujer del guarda nos contó que fuera, en tiempos antiguos, una imagen sagrada, y que los ingleses, que son de esta religión, acostumbran todavía á venerarla, besándola una mano, que realmente está blanca, mientras el resto de la estatua se ha oscurecido. Añadiendo que una señora de aquella religión, que había estado hacia poco tiempo, se hincó de rodillas y oró ante la estatua. Acción tan extraordinaria, ella, cristiana, no había podido verla sin reirse, y había echado á correr fuera de la sala para no reventar. Como yo tampoco quería separarme de la estatua, me preguntó si acaso no tendría alguna novia parecida á este mármol que tanto me atraía. La buena mujer sólo comprendía la plegaria y el amor; no podía entender nada de la pura admiración por la obra artística, ni del fraternal respeto al génio de un hombre. Hízonos gracia lo de la señora inglesa, y nos marcha-

mos deseosos de volver; yo, á la verdad, no tardaré mucho. Si mis amigos quieren algo más preciso, lean lo que dice Winkelmann del alto estilo de los griegos. Desgraciadamente no cita esta Minerva; si no me equivoco, pertenece á aquel estilo sublime que de lo austero pasa á lo bello. Es el capullo mientras se abre. He aquí una Minerva que marca bien el carácter de transición.

Vamos á un espectáculo de diverso género. El día de los Santos Reyes, fiesta de la Salvación anunciada á los paganos, fuimos á la iglesia de la Propaganda. Allí, en presencia de tres cardenales y de numeroso auditorio, hemos oído primero un discurso sobre el tema de saber en qué lugar recibió la Virgen María á los Magos: si fué en el Establo ó en otra parte. Luego leyéronse algunas poesías latinas sobre el mismo motivo; después, treinta seminaristas fueron entrando poco á poco y leyendo un poemita, cada uno en su lengua nativa. Malabar, Epirota, Turco, Moldavo, Helénico, Persa, de Colcida, Hebreo, Árabe, Siriaco, Copto, Sarraceno, Armenio, de Hibernia, de Madagáscar, de Islandia, Egipcio, Griego, Isáurico, Etiópico, etc., y muchas que nunca he oído. Los versos parecían hechos, en su mayor parte, con la prosodia nacional, y expresados con la propia declamación, pues resultaban ritmos y tonos bárbaros. El griego apareció como brilla una estrella en la obscuridad. El auditorio reía desmesuradamente, y así también la exhortación resulta una farsa.

Ahora, un cuento. De cómo se juega en la sagrada Roma con lo sagrado. Hallábase el difunto cardenal Al-

bani en una Congregación semejante á la descrita. Uno de los seminaristas principió, en una lengua extraña, dirijiéndose á los cardenales: ¡*Guaja!* ¡*Guaja!* Lo cual, sobre poco más ó menos, suena ¡*Canaglia!* ¡*Canaglia!* El cardenal se inclinó hacia sus colegas, y dijo: ¡Nos conoce!

¡Cuánto no hizo Winkelmann y cuánto nos dejó que desear! Al construir tan de prisa, con los materiales que se apropió, lo hizo para ponerse pronto á cubierto. Si viviese todavía (y podría vivir y estar sano y bueno), sería el primero que nos diese su obra reformada. ¡Cuánto no habría aún observado y rectificado! ¡Cuánto no habría aprovechado de lo que otros, según sus principios, investigaron, y de lo último desenterrado y descubierto! Y además, ¡habría muerto el cardenal Albani, por cuyo amor escribió muchas cosas y tal vez calló muchas más!

Roma 15 de Enero de 1787.

Hízose al fin el *Aristodemo*, y por cierto, con mucha suerte y muchos aplausos. El Abate Monti pertenece á la parentela de los sobrinos del Papa, y es muy apreciado en los altos círculos; de allí se esperaba todo lo bueno. La hermosa dicción del poeta ganó, desde el

principio, al parterre, unida á la excelente manera de recitar los actores, y no se desperdiciaba ocasión de mostrar la complacencia general. El banco de los artistas alemanes no se significaba poco, y esta vez estaban muy en su lugar, pues, en general, se corren un poco.

El autor quedárase en su casa, temeroso del éxito de la pieza; de acto en acto llegaban mensajeros favorables, que poco á poco cambiaban su inquietud en gran alegría. No dejarán de repetir la comedia, y todo va bien. Así es como las obras más opuestas, teniendo cada una su mérito particular, ganan el aplauso del público y el de los inteligentes.

La ejecución fué muy digna de elogio, y el actor principal, que desempeñó toda la pieza, habló y accionó admirablemente. Parecía que estaba uno viendo entrar á un viejo emperador. Llevaba los trajes que tanto nos imponen en las estatuas, muy bien copiados en el estilo del teatro, y se ve que los actores estudiaron lo antiguo.

Roma 16 de Enero de 1787.

Roma va á sufrir una gran pérdida artística. El Rey de Nápoles ha mandado llevar á su capital el *Hércules Farnesio*. Todos los artistas se lamentan; sin embargo, nosotros veremos, aprovechando la ocasión, lo que para nuestros antepasados quedó oculto.

Dicha estatua, es decir, desde la cabeza hasta las rodillas, y después la parte baja de los pies y el zócalo donde están, se encontraron en la villa Farnesio, mas faltaban las piernas, desde la rodilla al tobillo, y las suplió Guillermo de la Porta. Sobre ellas estuvo hasta hoy; mientras tanto las verdaderas piernas antiguas se encontraron en la *Villa Borghese* y allí estaban expuestas.

En la actualidad, el príncipe de Borghese se ha decidido á honrar con tan preciosos restos al rey de Nápoles. Las piernas de Porta se quitaron, poniéndose en su lugar las legítimas, y aunque con las otras se contentaba uno, ahora se promete gozar de más nuevo y armonioso aspecto.

Roma 18 de Enero de 1787.

Ayer pasamos un día alegre con la fiesta de San Antonio Abad: hacía el tiempo más hermoso del mundo, helara de noche, y estuvo el día caliente y claro.

Se observa que todas las religiones que extienden su culto ó sus especulaciones, hacen, hasta cierto punto, partícipes de los favores espirituales á los animales. San Antón Abad, ó Anacoreta, es el patrón de los cuadrúpedos, y su fiesta una saturnal del ganado caballar y de aquellos que los guardan, cuidan y guían.

Toda Señoría tiene hoy que quedarse en casa ó andar

á pie. No dejan de contarse historias alarmantes de personas incrédulas que obligaron á su cóchero á guiar y fueron castigadas con grandes desgracias.

La iglesia está situada en lugar tan vasto que casi podría considerarse desierto; pero el día de hoy vese lleno de alegría y animación: caballos y mulas, con las crines y colas gallardamente trenzadas y adornadas de cintas, son llevados por delante de la capillita, algo desviada de la iglesia, donde un cura, provisto de gran hisopo, sin parsimonia asperge el agua bendita de los cubos que tiene delante, sobre las despiertas criaturas, á veces con tanta picardía, que las irrita. Cocheros devotos traen cirios, grandes ó pequeños; los señores envían limosnas y regalos para librar á los animales, costosos ó útiles, de toda desgracia durante un año. Los asnos y los animales de cuernos, tan útiles y valiosos á sus dueños, toman asimismo en esta bendición su modesta parte.

Después nos deleitamos en un largo paseo, bajo un cielo tan feliz, cercados de tantas cosas interesantés, á las cuales esta vez concedíamos poca atención, abandonándonos á la risa y á la broma.

Roma 19 de Enero de 1787.

El gran Rey (1), cuya fama llenó la tierra, cuyos hechos le hicieron digno acreedor hasta del paraíso de los católicos, dijo al fin adiós á este mundo para solazarse con las sombras de los héroes, sus iguales. ¡De qué buena gana se queda uno tranquilo cuando ha llevado á un ser como éste al lugar del reposo!

Hoy nos hemos dado un buen día: visitamos una parte del Capitolio, que hasta ahora yo había descuidado; después, atravesamos el Tíber y bebimos vino de España, en una barca recién anclada. En tal sitio, dicen, se encontraron á Rómulo y Remo; de manera que, como en una doble ó triple fiesta de Pentecostés, pudimos embriagarnos con el Espíritu Santo del Arte, la suavidad de la atmósfera, los recuerdos de la antigüedad y el dulce vino.

Roma 20 de Enero de 1787.

Aquello que en un principio, observado superficialmente, causaba infinito placer, nos oprime y nos molesta después, cuando adviértese que sin el conocimiento fundamental, el verdadero goce no existe. En Anatomía estoy bastante bien preparado, y he adquirido, hasta

(1) Federico II.

cierto punto y no sin trabajo, el conocimiento del cuerpo humano. Aquí, observando sin cesar estatuas, se continúa aprendiendo, pero de manera más elevada. Nuestra Anatomía médico-quirúrgica trata sencillamente de conocer el órgano, y un miserable músculo sirve á maravilla. Pero en Roma, los órganos no significan nada, si al mismo tiempo no ofrecen forma noble y bella.

En el gran lazareto del *Santo Espiritu* ha sido preparado, en gracia á los artistas, un esqueleto con músculos, tan bello que causa admiración. A la verdad podría pasar por un semidios ó un Marsyas despojado de su piel. Acostúmbrase, siguiendo la dirección de los antiguos, á no estudiar el esqueleto como un armazón artístico de huesos, sino mejor, provisto de los ligamentos, adquiriendo ya así vida y movimiento.

Ahora digo que de noche también estudiamos perspectiva, y esto prueba que no estamos ociosos. Con todo, espera uno hacer más de lo que en realidad consigue.

Roma 22 de Enero de 1787.

Del sentido de los artistas alemanes y de la vida artística de Roma, bien puede decirse: Se oyen sonidos, pero no armonía. Pensando ahora las cosas magníficas que á nuestro alcance tenemos y lo poco que las he

utilizado, podría desesperarme; luego reflexiono en mi vuelta, alegre con la esperanza de apreciar, en cuanto valen, aquellas obras maestras, á cuyo alrededor andaba á ciegas.

Sin embargo, también en Roma se cuidan muy poco de las personas que quieren hacer en serio un estudio general. Tienen que rebuscarlo todo en ruinas infinitas, aunque de extremada riqueza. Verdad es que pocos extranjeros se proponen adelanto é instrucción sólida. Siguen su capricho y su fantasía, y esto lo saben bien cuantos tienen comercio con ellos. Cada *cicerone* tiene sus miras, cada uno quiere recomendar un comerciante, favorecer un artista. ¿Y porqué no ha de ser así? ¿No rechazan los ignorantes las cosas más excelentes que se les ofrecen?

Ventaja extraordinaria hubiera podido traer para el estudio y hubieran creado un Museo único, si el Gobierno, sin cuyo permiso no se puede sacar fuera ninguna antigüedad, pusiese la condición que dejasen de ella un vaciado. Pero si un Papa tuviese semejante pensamiento, todo el mundo se opondría, porque en pocos años se habrían asustado del excesivo precio y mérito de aquellos objetos exportados fuera del país, y ahora se obtienen en secreto y por toda suerte de medios tales licencias.

Ya antes, pero más en particular desde la representación del *Aristodemo*, se despertó el patriotismo de

nuestros artistas alemanes. No cesaban de hablar bien de mi *Ifigenia*; desearon que les leyese algunas escenas sueltas, y al fin me vi en la necesidad de leerla toda. Así descubrí algún pasaje que salía de mi boca más suelto de lo que parecía en el papel. En verdad, la poesía no se hizo para los ojos.

Este eco favorable resonó hasta llegar á los oídos de Reiffenstein y Angelica (1), y con esto tuve que volver á poner de manifiesto mi trabajo. Pedí tiempo y pude presentar la fábula y la acción de la pieza con algún aparato. Más de lo que yo creía ganó esta representación el favor de las citadas personas. También el señor Zuchi, que era de quien menos lo esperaba, tomó interés sincero y bien sentido. Esto se explica muy bien, por que la obra se acerca más á la forma que de antiguo se acostumbra entre Griegos, Italianos y Franceses, muy preferida de los no habituados á las crudezas inglesas.

Roma 25 de Enero de 1787.

Cada vez se me hace más difícil dar razón de mi estancia en Roma; pues así como la mar es más profunda á medida que se interna uno en ella, así me sucede respecto de esta ciudad.

No puede uno darse cuenta del presente sin el pasa-

(1) Angelica Kaufmann.

do, y la comparación de ambos requiere más tiempo y más vagar. La situación de la capital del mundo nos induce á pensar en su fundación. Vemos, desde luego, que ningún pueblo viajero, bien dirigido, se fijó aquí para fundar sabiamente el punto céntrico de un reino. Ningún príncipe poderoso destinó esto para habitación de una colonia. No; pastores y bandidos fueron los primeros que aquí se prepararon un Estado. Un par de mozos vigorosos echaron sobre la colina los fundamentos de los palacios de los señores del mundo, á cuyo pie, el capricho del fundador los estableció entre pantanos y pedregales. Así, pues, las siete colinas de Roma no se levantan contra la tierra que está detrás de ellas. Se vuelven contra el Tíber y contra el antiguo lecho del Tíber, que fué el campo de Marte. Si el año nuevo me permite extender mis excursiones, describiré con más pormenores tan desdichada posición. ¡Ya desde ahora comparto de todo corazón los lamentos y los dolores de las mujeres de Alba, que ven destruída su ciudad y tienen que abandonar el hermoso emplazamiento elegido por un caudillo prudente, y sumergirse en las nieblas del Tíber y habitar la miserable colina de *Caelius*, para mirar desde allí su paraíso perdido! Todavía conozco poco del país, pero estoy convencido que ningún lugar de los pueblos antiguos estaba tan mal situado como Roma, y puesto que al fin los romanos todo lo devoraron, se esparcieron otra vez con sus casas de campo hasta los lugares de las ciudades destruídas, para vivir y gozar de la vida.

Ocasión da á reflexiones pacíficas, ver cuántos hombres viven aquí en silencio y de qué suerte cada uno ocúpase á su manera. De un eclesiástico, que sin tener gran talento natural ha consagrado al Arte su vida, hemos visto copias muy interesantes de cuadros notables, pintados en miniatura. La principal es la Cena de Leonardo de Vinci, que está en Milán. El momento elegido es aquel en que Cristo, sentado con sus discípulos á la mesa, familiarmente se franquea y dice: «Empero, uno de vosotros me entregará.» Se espera tener un grabado de esta copia ó de otras. Será valioso regalo para el público la reproducción fiel de tal obra maestra.

Hace algunos días visité al Padre Jacquier, franciscano, en la *Trinita de Monti*. Es francés de nacimiento, conocido por sus escritos de Matemáticas, avanzado en años, muy agradable y muy sabio. Conoció á los hombres más distinguidos de su tiempo, y hasta vivió algunos meses con Voltaire, que le tomó mucho afecto.

Y así he conocido aún otros hombres de mérito sólido, de los que aquí se cuentan infinitos, y que se mantienen á distancia unos de otros por desconfianzas clericales.

El comercio de libros no da unión, y las novedades literarias raras veces son abundantes.

Además, conviene al solitario buscar los ermitaños. Desde la representación del *Aristodemo*, en cuyo favor realmente me mostré activo, volvieron á meterme en tentación; pero estaba demasiado á la vista que no era por mí; querían reforzar su partido y hacerme instru-

mento, y si yo hubiese salido y declarádome, entonces hubiera desempeñado un corto papel de fantasma. Ahora, viendo que conmigo no se puede hacer nada, me dejan en libertad, y sigo tranquilo mi camino.

Mi existencia ha adquirido un lastre que le dá la conveniente pesantez; ya no temo á los fantasmas que con tanta frecuencia jugaban conmigo. ¡Tened ánimo! Me sostendréis á flote y me llevaréis á vuestro lado.

Roma 29 de Enero de 1787.

No quiero dejar de indicar dos reflexiones, aplicables á todo, y á las cuales está uno llamado á someterse á cada momento, y que se me han hecho evidentes.

En primer lugar, la riqueza inmensa, aunque dividida en fragmentos, de esta ciudad, hace que se tenga que averiguar el tiempo á que pertenece cada objeto de Arte. Winkelmann nos recomienda encarecidamente que distingamos épocas, observemos los diferentes estilos en que los pueblos trabajaron, que desarrollaron poco á poco en la sucesión de los tiempos, y que al fin y al cabo, corrompieron. Todos los verdaderos amigos del Arte están de ello convencidos. Hagamos reconocer toda la exactitud, toda la importancia del consejo. ¿Mas cómo llegar á este conocimiento? No se hicieron muchos trabajos preparatorios; lograron no obstante exponer muy bien la idea, pero los detalles quedaron en la incerti-

dumbre, en la obscuridad. Es necesario que el ojo se ejercite en serio durante largos años, y hay que empezar aprendiendo hasta ponerse en estado de interrogar. De nada sirven la indecisión, la duda. La atención sobre punto de tal importancia hállase excitada ahora, y todo el que lo mira interesado vé bien que tampoco en este terreno es posible ningún juicio, si no se está en condiciones de desarrollarlo históricamente.

La segunda consideración se ocupa tan solo en el Arte de los Griegos, y trata de investigar cómo aquellos incomparables artistas procedían hasta descubrir en la figura humana el ciclo de las imágenes divinas, perfectamente acabado y sin falta de ningún carácter principal, ni tampoco la transición y los intermediarios. Presumo que trabajaron conformándose á las propias leyes que la Naturaleza sigue en sus procedimientos, sobre cuya pista estoy; pero hay algo además que no sabría explicar.

Roma 2 de Febrero de 1787.

No se puede tener idea, sin haberla visto, de la belleza que presenta Roma, recorrida á la luz de la luna llena. Todos los detalles se pierden en la gran masa de luces y sombras, y sólo el conjunto y los objetos grandes se ofrecen á la vista. Desde hace tres días venimos gozando en pleno de las claras, espléndidas noches.

El Coliseo, sobre todo, presenta una vista hermosa. Ciérranlo las noches, y dentro, en una capillita, vive un ermitaño, y en las bóvedas arruinadas anidan mendigos. Estos habían encendido una hoguera en la tierra, y un viento manso empujaba el humo primero á la arena, de suerte que cubría la parte inferior de las ruinas, y sobre él avanzaban siniestras las enormes murallas. Detuvímonos delante de la verja viendo el fenómeno; la luna estaba alta y resplandeciente. Poco á poco, el humo salió á través de las paredes por las grietas y aberturas, y la luna lo iluminaba como una niebla. El espectáculo era soberbio. Así debe uno ver iluminados el Panteón, el Capitolio, el pórtico de la iglesia de San Pedro y calles y plazas grandes. De suerte que el sol y la luna, como el espíritu del hombre, tienen que hacer aquí cosa distinta que en otros lugares; aquí donde sus miradas encuentran masas enormes, y sin embargo, regulares.

Roma 13 de Febrero de 1787.

Voy á contar un incidente feliz, aunque de menor cuantía: todo lo feliz, grande ó pequeño, pertenece á la misma especie y alegre. En *Trinitá de Monti* están abriendo los cimientos para un nuevo Obelisco. Las tierras, amontonadas, pertenecen á los jardines Lúculo, que después fueron del Emperador. Mi peluquero pasó

temprano por allí y encontró, en los escombros, un pedazo chato de barro cocido con figuritas, lo lavó y nos lo trajo.

Me lo apropié enseguida. No es tan grande como la mano, y parece ser el borde de un gran plato. Representa dos Grifos sobre una mesa propiciatoria. Son del más hermoso trabajo, y me proporcionaron un placer nada común. Si estuviesen grabados en piedra, ¡qué delicioso sello se podría hacer de ella!

Otras muchas cosas he reunido, y nada inútil ni frívolo (aquí sería imposible); todo instructivo é interesante. Sin embargo, lo que prefiero es lo que llevo en el alma, y que, creciendo siempre, puede siempre multiplicarse.

Roma 15 de Febrero de 1787.

No he podido evadirme, antes de mi partida para Nápoles, de una nueva lectura de *Ifigenia*. Madame Angelica y el consejero Reiffenstein eran los oyentes, y el mismo Zuchi había tenido empeño en serlo, porque lo deseaba su esposa; él trabajó mientras tanto en un gran dibujo arquitectónico, porque entiende admirablemente el arte de la decoración. Estuvo en Dalmacia con Clerisseau y se asoció á él; dibujaba las figuras de los edificios y ruinas que Clerisseau publicaba, y así aprendió también la perspectiva, y ha resultado que en

sus ancianos días, consiguió hacer del trabajo noble pasatiempo.

La tierna alma de Angelica recibió la obra con increíble cordialidad; me prometió un dibujo que la representase, para que yo lo tuviera como recuerdo. Y ahora precisamente, preparándome á despedirme de Roma, es cuando una intimidad agradable me une á estas personas benévolas. Me es á la vez grato y doloroso convenirme de que me ven partir con pena.

Roma 16 de Febrero de 1787.

De manera sorprendente y agradable he sabido la feliz llegada de *Ifigenia*. Iba camino de la Ópera cuando me entregaron la carta de mano bien conocida y doblemente bienvenida; esta vez sellada con el leoncillo, como mensajera de paquete llegado en hora feliz. Entré-me en el teatro de la Ópera y traté de procurarme sitio entre la muchedumbre extranjera, debajo de la gran lucerna. Aquí me sentí tan cerca de los míos, que, dando un salto, los hubiera podido abrazar. De corazón doy las gracias por haberme anunciado la llegada. ¡Ojalá que la siga pronto vuestra próxima carta con una palabra de aprobación!

La adjunta nota indica la distribución que deseo se haga, entre mis amigos, de los ejemplares que Goschen me ha prometido, pues si me es del todo indiferente la

opinión del público acerca de este trabajo, deseo que procure algún placer á mis amigos.

Sólo que se emprende demasiado. Si pienso en mis cuatro volúmenes en conjunto, me da vértigo; tengo que tomarlos separados, y así podré con ellos. ¿No hubiera sido mejor, conforme mi primer designio, enviar estas cosas al mundo á modo de fragmentos y emprender nuevos asuntos, que tienen para mí interés palpitante, con nuevo ánimo y fuerza viva? ¿No me sería mejor escribir *Ifigenia en Delfos*, que ponerme á luchar con las fantasías del Tasso? Sin embargo, he puesto demasiado de mí mismo en aquella obra para abandonarla sin fruto.

Heme instalado en la sala, cerca de la chimenea, y el calor de un fuego, esta vez bien alimentado, me da ánimos para comenzar un nuevo pliego. Pues es cosa en verdad por todo extremo grata, poder enviar nuestros más nuevos pensamientos tan lejos, y valiéndonos de palabras, transportar hasta nuestros amigos lo que nos rodea. El tiempo está magnífico; los días crecen visiblemente. Los laureles florecen y también los almendros. Esta mañana quedé sorprendido ante una vista maravillosa; vi de lejos árboles altos, semejantes á pértigas, vestidos todo á lo largo del más hermoso color violeta. Mirándolos de más cerca resultan ser lo que en nuestros invernáculos se llama árbol de Judea, y los botánicos *cercis siliquastrum*. Sus flores, violetas, amariposadas, salen inmediatamente del tronco. Las pértigas que ví estaban podadas del año anterior, y de

su corteza salían á nubes las bonitas coloridas flores. Las margaritas brotan del suelo como hormigas. Los *Crocus* y los *Adonis* aparecen menos abundantes, y por eso adornan y engalanan más. ¡Cuántos placeres y cuántas luces me darán las tierras más meridionales, y cuántos resultados para mí no preveo! Sucede con las cosas de la Naturaleza como con las del Arte. Se ha escrito tanto sobre ellas, y sin embargo cada uno de los que saben ver, puede hacer nuevas combinaciones.

Cuando se piensa en Nápoles, ó aun en Sicilia, influido por las narraciones ó por dibujos, se imagina uno que en aquel paraíso del mundo se abre el infierno volcánico con violencia, y que desde miles de años espanta y turba á los naturales y á los viajeros. Yo procuro evitar cuidadoso pensar en la esperanza que tengo de ver estos espectáculos magníficos, á fin de aprovecharme bien, antes de mi marcha, de la vieja Capital del Mundo.

Hace quince días que estoy en movimiento desde la mañana á la noche. Busco lo que no he visto todavía, lo más notable; contéplolo segunda y tercera vez, y ahora esto se metodiza, pues los objetos principales ocupan su verdadero lugar, y entre ellos encuentran suficiente espacio otros de menor importancia. Mis preferencias se depuran y se deciden, y mi alma puede, al fin, elevarse en serena admiración hasta lo más grande y verdadero.

Así encuentro dignos de envidia á los artistas, que mediante la copia ó la imitación, se pueden acercar más

á aquellas grandes concepciones y comprenderlas mejor que el mero observador y pensador. Al fin y al cabo cada uno tiene que hacer lo que puede, y yo desplego todas las velas de mi espíritu para navegar en estas costas.

La chimenea está bien encendida con un montoncito de hermosas brasas, cosa rara entre nosotros, porque ninguno tiene fácilmente tiempo y gusto para dedicarle un par de horas de atención. Y aprovecharé tan buena temperatura para salvar, en mi libro de memorias, algunas observaciones ya medio borradas.

El día 2 de Febrero llegamos, en la capilla Sixtina, á la función de bendecir los cirios. Encontréme desde luego muy contra gusto, y salí fuera con mis compañeros. Pensaba que estos cirios son precisamente los que desde hace trescientos años obscurecen los magníficos cuadros, y éste el incienso que con santa desvergüenza envuelve en vapores el único Sol del Arte, lo nubla más de año en año, y al fin lo hundirá por completo en las tinieblas.

Buscamos el aire libre y llegamos, luego de dar un gran paseo, á San Onofre, donde el Tasso está enterrado en un rincón. Su busto vese en la Biblioteca del monasterio. La cara es de cera, y me inclino á creer que habrá sido formada sobre su cadáver. Está algo reblandecido; en unas partes y en otras ha sufrido alteraciones; sin embargo, expresa, más que cualquier otro de sus retratos, un hombre de gran talento, tierno, delicado y metido en sí.

Basta por esta vez. Ahora quiero consultar la segunda parte de Winkelmann, que contiene á Roma, para sacar de allí lo que todavía no he visto. Antes de ir á Nápoles, tengo por lo menos que segar la mies; para atarla en gavillas ya vendrán días buenos.

Roma 17 de Febrero de 1787.

El tiempo está increíble é indeciblemente bello; todo Febrero, no siendo cuatro días de lluvia, un cielo claro y puro; al medio día, casi demasiado calor. Busca uno el aire libre, y si hasta aquí se ha entretenido en dioses y héroes, ahora el paisaje reclama sus derechos y se identifica á cuanto me rodea y vivifica el espléndido día.

Recuerdo muchas veces cómo los artistas del Norte tratan de sacar partido de un techo de paja ó de algún ruinoso castillo: cómo siguen el curso del arroyo, rodeando un matorral ó una piedra resquebrajada para sorprender un efecto pictórico, y me admiro de mí mismo por cuanto aquellas cosas, después de tan larga costumbre, no se desprenden de nosotros.

Desde hace quince días me he armado de valor y he salido con hojas de papel, buscando las hondonadas y las alturas de las *villas*, y sin pensarlo mucho, he sacado pequeños croquis característicos de cosillas ver-

daderamente del Sur y romanas, y ahora trato, ayudado de la buena suerte, de darles luz y sombra. Es muy raro que se pueda ver y saber lo que es bueno y lo que es mejor: cuando se cree tenerlo seguro, se desvanece entre las manos, y no agarramos lo bueno, sino aquello que por costumbre nos impresiona. Verdad es que el ejercicio reglamentado adelanta mucho. Mas ¿dónde voy á encontrar tiempo y el recogimiento necesario? Mientras tanto, conozco que los apasionados esfuerzos de estos quince días, me han servido de mucho.

Los artistas me enseñan gustosos, porque comprendo pronto; pero comprender no es acabar. Comprender algo pronto, es propiedad del entendimiento; hacer bien algo, pertenece al ejercicio de toda la vida.

No obstante, el aficionado, aun siendo muy débiles sus tentativas, no se debe desanimar. Las pocas líneas que trazo en el papel apresuradamente, raras veces correctas, aclaran mis ideas de las cosas sensibles, pues uno se eleva á sintetizar cuando ve los objetos claros y precisos. Sólo que no debemos compararnos á los artistas, sino proceder á su propia manera; que la Naturaleza se ha cuidado de todos sus hijos: el más pequeño no será contrariado en su existencia por la existencia del más excelente. Un hombre pequeño es un hombre, y hay que conformarse.

He visto la mar dos veces: primero el Adriático, después el Mediterráneo, aunque las dos veces sólo de visita. En Nápoles nos haremos más amigos. Todo surge á la vez para mí: ¡por qué no fué antes, por qué no

á menos coste! ¡Cuántas miles de cosas, muchas enteramente nuevas, tendría que comunicar!

Roma, 18 de Febrero de 1787, por la noche,
después de haber cesado las locuras del Carnaval.

Disgustado abandono á Moritz al marcharme. Está en buen camino; sin embargo, entregado á sí mismo, se busca sus rincones favoritos. Lo he animado para que escriba á Herder; la carta es adjunta. Deseo respuesta conteniendo algo de ayuda y de complacencia. Es hombre de singular bondad: fuera mucho más lejos si hubiera encontrado, de tiempo en tiempo, personas de capacidad y caritativas que le hiciesen conocer su estado. Ahora no puede ocurrirle cosa más benéfica que el permiso de Herder para que le escriba con frecuencia. Ocúpase en trabajos de anticuario muy dignos de alabanza, y que bien merecen protección. El amigo Herder no podría emplear mejor sus beneficios, y con dificultad, en mejor suelo, haber colocado sus enseñanzas.

El gran retrato que Tischbein ha emprendido, casi se sale ya del lienzo. El artista se ha hecho hacer por un escultor hábil un modelito de barro, con gracia envuelto en un manto. Después de esto pinta asiduamente; necesita, antes de nuestra partida á Nápoles,

haber llegado el trabajo á cierto punto, y es menester tiempo sólo para cubrir de pintura lienzo tan grande.

Roma 19 de Febrero de 1787.

El tiempo continúa hermoso sobre toda ponderación: hoy he pasado con dolor el día entre locos. Al principiar la noche me he recreado en la Villa Médicis. La luna nueva avanza, y al lado del cuarto creciente se puede ver, en perspectiva, perfectamente claro, á la simple vista, todo el disco oscuro. Con el anteojo, flota sobre la tierra el polvillo del día, que sólo conoce uno en los cuadros y dibujos de Claudio de Lorena; pero es difícil ver en la Naturaleza el fenómeno tan bello como aquí. Ahora salen de tierra flores que no conozco, y nuevas hojas en los árboles. Florecen los almendros y hacen graciosa aparición entre las oscuras encinas. Iluminado por el sol, el cielo parece de seda azul clara. ¡Cómo será en Nápoles! La mayor parte del campo está ya verde. Mi quimera botánica, á todo esto, se fortalece, y estoy en camino de descubrir nuevas y hermosas relaciones. A saber cómo la Naturaleza, este prodigio que no se asemeja á nada, desarrolla de la unidad toda aquella diversidad.

El Vesubio arroja piedras y ceniza, y á la noche vese arder la cima. ¡Si la Naturaleza en acción nos diese un

río de lava! Ahora apenas puedo esperar el momento de tomar parte en aquel gran espectáculo.

Roma 21 de Febrero de 1787, miércoles de ceniza.

¡También la locura tiene su término! Las innumerables luces de ayer, eran asimismo espectáculo insensato. Debe uno estar el Carnaval en Roma, para perder en absoluto el deseo de volverlo á ver. Nada se puede escribir sobre esto; todo lo más podría ser motivo de una conversación. Lo que se siente más desagradable es que falta la alegría interior de los hombres, y carecen de dinero para manifestar la poquita que podrían tener. Los grandes son económicos, y se contienen; la clase media es pobre, y el pueblo indolente. Los últimos días, el ruido era increíble; pero nada de alegría verdadera. El cielo, tan infinitamente puro y hermoso, incoiente de esta farsa, la miraba augusto.

Ya que no cabe descripción, van dibujos coloridos de las máscaras y de los trajes propios romanos, para recreo de los niños, y esto subsanará á nuestros queridos pequeños, de un capítulo que falta en el *Orbis Pictus*.

Utilizo los momentos libres entre el arreglo del equipaje, y reparo algunas omisiones. Mañana salimos para

Nápoles: me regocijo en lo nuevo, en lo indeciblemente bello que debe ser, y espero en aquel pequeño paraíso alcanzar nueva libertad, nuevo deseo, y volver aquí, en la grave Roma, al estudio del Arte.

El equipaje no me da que hacer; hágolo con el corazón más ligero que hace medio año, cuando tenía que desprenderme de todo lo que me era tan querido y respetable. Sí; hace ya medio año, y de los cuatro meses pasados en Roma no he perdido momento, lo que en verdad puede llamarse mucho, aunque no puede decirse que es bastante.

Sé la feliz llegada de la *Ifigenia*; ¡ojalá sepa, al pie del Vesubio, que ha tenido buena acogida!

Este viaje con Tischbein, que sabe ver con tanto genio la Naturaleza como el Arte, es para mí de gran importancia; sin embargo, á fuer de buenos alemanes, no podemos prescindir de proyectos de trabajos. Hemos comprado papel del mejor y lo llevamos para dibujar, aunque el número, la belleza y el brillo de los objetos, de seguro pondrán límites á nuestra buena voluntad.

He sabido moderarme, y de mis trabajos poéticos sólo llevo el *Tasso*. En él cifro mis mejores esperanzas. Si supiera al menos lo que dicen ustedes de *Ifigenia*, eso podría servirme de norma, pues es un trabajo parecido, aunque el asunto, más concreto que aquél, en los detalles exige más cuidado; sin embargo, aún no sé lo que saldrá. Todo lo hecho tengo que destruirlo, pues cuenta demasiada fecha, y ni los personajes, ni el plan, ni el

tono, tienen el menor parentesco con mis ideas actuales.

Al hacer mi equipaje me han venido á las manos algunas de vuestras queridas cartas, y leyéndolas de nuevo, hallo la tacha de que yo en las mías me contradigo. En verdad, no puedo advertirlo—pues lo que escribo lo envió de seguida;—sin embargo, me parece verosímil, pues empujado de un lado y otro por una fuerza superior, es natural que no siempre sepa dónde estoy.

Cuentan que un marinero, sorprendido una noche en la mar por una borrasca, trataba de dirigir su barco al puerto. Su hijo pequeño, agarrándose á él en las tinieblas, le preguntó: «¿Qué lucecita loca es aquella de allí que unas veces la veo debajo de nosotros y otras encima?»

El padre le prometió la contestación para el día siguiente, y vióse que había sido la llama del faro que aparecía á la vista, balanceada por las furiosas olas, tan pronto arriba como abajo.

También yo guío mi barca á fuerza de trabajo, en un mar apasionadamente movido, hacia el puerto, y tengo clavados mis ojos en la llama del faro y, aunque me parece alguna vez que cambia de sitio, al fin llegaré feliz á la orilla.

Con la marcha recuerda uno todas las separaciones anteriores, y también le viene sin querer á la memoria la de lo porvenir, que será la última; y ahora me ocurre más que nunca la reflexión de que hacemos

muchos, demasiados preparativos, para vivir, pues Tischbein y yo volvemos la espalda á maravillas sin cuento, incluso nuestro museo bien provisto. ¡Tres Junos tenemos colocadas, una al lado de otra, para compararlas, y las dejamos como si nada fuera!

NÁPOLES.

Velletri 22 de Febrero de 1787.

Llegamos aquí temprano; ya anteayer se obscurecía el tiempo. Los días hermosos trajeron los nublados; había, no obstante, vehementes indicios de volver á componerse, y así sucedió. Las nubes se separaron poco á poco; en partes lució el cielo azul, y al fin el sol alumbró nuestro camino. Vinimos por Albano, después de haber hecho alto en Genzano, á la entrada de un parque que el Príncipe Chigi, su dueño, tiene, y no digo sostiene, de manera rarísima; á causa de ello tampoco quiere que nadie lo vea por dentro. Es la reproducción de un bosque virgen. Árboles y malezas, hierbas y plantas trepadoras, crecen como quieren, se secan, se caen y se pudren; todo está bien, y por esto mismo mejor. El sitio, delante de la entrada, es bello hasta lo in-

decible. Una muralla alta cierra el valle, y una verja de hierro permite á la mirada penetrar en él. Luego se ve alzarse la colina sobre la cual se asienta el castillo. Sería un gran cuadro si lo emprendiese un buen pintor.

Ahora no describiré más; diré tan sólo que, conforme distinguimos, desde lo alto del monte Sezza, las lagunas Pontinas, el mar y las islas, en aquel momento una faja de lluvia corría de las lagunas al mar, mezclando y moviendo luces y sombras, animando variadamente la yerma planicie. Muy bonito efecto producían muchas columnas de humo que iluminaba el sol, elevándose de chozas diseminadas y apenas visibles.

Velletri hállase agradablemente situado, sobre una colina volcánica, reunida sólo hacia el Norte á otras, y presenta de los tres lados la más franca vista.

Visitamos el gabinete del caballero *Borgia*, que en gracia del parentesco del Cardenal y del favor de la Propaganda, ha reunido excelentes antigüedades y otras cosas notables: ídolos egipcios labrados en durísima piedra; figuritas de metal más ó menos viejas, desenterradas en las cercanías; bajorelieves de tierra cocida, en cuya virtud puede atribuirse á los antiguos pueblos estilo propio.

Este Museo posee muchas rarezas de todos estilos. Hube de poner atención en dos cajitas chinas de pintar á la tinta; en la tapa de una se representaba todo el ciclo de los gusanos de seda, y en la de la otra el cultivo del arroz. Ambas cosas con mucha naturalidad y de prolija labor. Los cofrecitos y sus estuches son espe-

cialmente lindos, y se pueden poner al lado del Libro de la Propaganda, que ya celebré.

Fuera en realidad imperdonable tener semejantes tesoros tan cerca de Roma y no visitarlos amenudo; pero la incomodidad de semejante excursión en este país, y la fuerza del círculo encantador de Roma, pueden servir de disculpa. Volviendo á la posada, nos llamaron algunas mujeres, sentadas á las puertas de sus casas, y nos propusieron si queríamos comprar antigüedades. Mostramos curiosidad de verlas, y entonces nos sacaron calderos viejos, tenazas y otros chismes de casa fuera de uso, muriéndose de risa de habernos engañado. Enojámonos, y entonces el guía puso las cosas en su lugar, asegurándonos que aquello era una broma, y que todos los extranjeros pagaban igual tributo.

Escribo en una posada muy mala, y no siento fuerzas ni gusto de continuar. Así, doy las buenas noches más afectuosas.

Fondi 23 de Febrero de 1787.

A las tres de la madrugada ya estábamos de camino: en punto de abrir el día nos encontramos en las lagunas Pontinas, cuya vista no es tan mala como generalmente dicen en Roma. No se puede, en verdad, sólo viajando de pasada, juzgar la empresa tan magna y tan vasta del saneamiento proyectado, más parecióme que

los trabajos que el Papa ordenó han de dar, al menos en su mayoría, los deseados resultados. Imagínese un valle extenso de poquísima caída, de Norte á Sur, vertiendo hacia las colinas por el Este y más alto que la mar en el Oeste.

Todo á lo largo, en línea recta, está reconstituída la antigua vía Apia, y á la derecha de ella corre el canal mayor, donde las aguas van cayendo poco á poco. Así se sanean las tierras de la derecha, que dan hacia el mar, y tan lejos cuanto la vista puede alcanzar, cultivadas, ó en estado de serlo, á excepción de algunas manchas demasiado bajas. El lado izquierdo, que cae hacia las montañas, ofrece mayores dificultades. Cierto que hay canales que atraviesan la calzada y van á desaguar en el grande; pero el suelo, demasiado inclinado en sentido de la montaña, no puede librarse del agua; dicen que van á hacer un segundo canal á lo largo de aquélla. Hay grandes extensiones, sobre todo en la parte de Terracina, plantadas de mimbres y álamos.

La parada de postas es sencillamente una gran choza cubierta de paja. Tischbein la dibujó, gozando en recompensa un placer que él sólo podría apreciar por entero. Soltárase un caballo, y aprovechándose de su libertad, corria, semejante al relámpago, por el suelo, obscuro y seco, de un lado á otro. En realidad era un espectáculo magnífico que el alborozo de Tischbein acababa de hacer interesante.

Donde antes hallábase la aldea de Meza, hizo levantar el Papa un gran edificio, destinado á marcar el pun-

to central de la planicie. Su vista aumenta la esperanza y la confianza en el feliz término de la empresa. Y así avanzábamos, conversando animados, sin olvidar la recomendación que nos hicieron de no dormir en el trayecto. Con efecto, el polvillo azulado que ya en esta estación se suspende á cierta altura del suelo, nos indicaba una capa de aire peligrosa. Esto nos hizo más agradable la vista de Terracina, sobre un peñasco, y apenas habíamos admirado el cuadro, divisamos el mar enfrente.

Pronto ofrecióse á la vista, del otro lado de la ciudad montuosa, un espectáculo de vegetación nueva. Higueras chumbas extendían entre mirtos, bajos, de gris verdoso, sus grandes carnosos grupos de hojas, bajo granados de un verde amarillento y ramas del verde pálido del olivo. En el camino notábamos flores y arbustos nuevos, que nuestros ojos jamás vieran. En las praderas florecían Narcisos y Adonis. Vimos la mar bastante tiempo á nuestra derecha; las rocas calizas permanecían á la izquierda, siempre cerca de nosotros. Son las prolongaciones de los Apeninos, que partiendo de Tívoli se acercan al mar, del cual los separa primero la campiña de Roma, después los volcanes de Frascati, de Albano, de Velletri, y al último las lagunas Pontinas. El monte Circello, promontorio situado frente á Terracina, donde terminan las lagunas Pontinas, debe pertenecer, asimismo, al sistema de las rocas calizas.

Dejamos el mar y entramos en la deliciosa llanura de Fondi, corto espacio de tierra fértil y cultivada, rodea-

da de colinas no muy ásperas, que es fuerza que á todo el mundo sonrían. Aún penden de los árboles todas las naranjas; la cosecha en el suelo está verde. Doquiera cereales y olivos en los campos; al fondo el pueblecito. Una palmera se dibujó á nuestra vista, y fué saludada. ¡Mucho es para esta noche! ¡Perdonad á la pluma que corre! Tengo que escribir sin pensar; sólo así puedo escribir. Los objetos son infinitos, la parada demasiado mala, y mi gana de confiar algo al papel, grandísima; aquí llegamos al cerrar la noche, y ya es tiempo de descansar.

Santa Ágata 24 de Febrero de 1787.

En un cuarto frío tengo que dar noticias de un día hermoso. Al salir de Fondi amaneció, y pudimos al momento saludar, á los dos lados del camino, las naranjas que salían sobre las tapias. Los árboles estaban tan cargados cuanto puede imaginarse. Encima, las hojas tiernas y amarillentas; debajo y en medio, son del verde más nutrido. ¡Mignon tenía razón en suspirar por este país!

Luego continuó nuestro viaje entre campos de trigo bien cultivados, combinados con bien plantados olivares, que el viento movía trayendo á la luz el plateado reverso de sus hojas, y arqueando ligera y elegantemente las ramas. Era la mañana nublada, y el fuerte

viento del Norte prometía dispersar pronto todas las nubes.

Después sigue el camino el valle, entre terrenos pedregosos, pero bien cultivados. La cosecha, del más hermoso verde. En algunos lugares veíanse espacios redondos empedrados y rodeados de murallas bajas. Aquí trillan el fruto en seguida de cogido, sin llevarlo en gavillas á la granja.

El valle hácese angosto, sube el camino, y á ambos lados se levantan rocas calizas desnudas. La tempestad, detrás de nosotros, arreciaba; caía granizo que se derretía muy despacio.

Sorprendiéonos ver los muros de algunos edificios antiguos, construídos de mampostería reticular.

Las alturas son peñascosas, y plantadas de olivos aun en sitios donde apenas se podría sacar un puñado de tierra. Se pasa luego un olivar llano, después un pueblecito. Hemos encontrado altares, piedras tumulares antiguas, fragmentos de todas suertes, enclavados en murallas de huertas. Después pisos bajos de antiguas *Villas*, muy bien construídas, hoy cubiertas de tierra y de grupos de olivos. Más adelante distinguimos el Vesubio, coronado de una columna de humo.

Saludáronnos de nuevo, en Gaeta, magníficos naranjos, y detuvímonos algunas horas. Delante del pueblo, la bahía ofrece una de las vistas más hermosas. Entra la mar hasta dentro, y siguiendo la orilla derecha con la vista, se alcanza la punta de la Media Luna, viéndose, sobre una roca, á moderada distancia, la fortaleza

de Gaeta. El cuerno de la izquierda se extiende mucho más lejos. En primer término, se ve una fila de montañas; después el Vesubio, luego, las islas. Ischia ocupa casi el punto céntrico, enfrente.

Aquí, en esta orilla, encontré las primeras estrellas de mar y los primeros erizos en seco; una hermosa hoja verde, semejante á la más fina vitela, y además notables piedras marinas. Las más abundantes eran las acostumbradas calizas, y había también serpentina, jaspero, cuarzo, brecha silícea, granito, pórfido, mármoles y cristales de color verde y azul. Las últimas mencionadas no es de creer se formen en este país, y son, probablemente, restos de antiguos edificios. Así vemos cómo las olas juegan á nuestra vista con las magnificencias de nuestros predecesores. Gustosos nos detuvimos, complaciéndonos en observar la condición de los hombres, que casi se portan como salvajes. Alejándose de Gaeta siguen las bonitas vistas, aunque desaparece la mar. El último aspecto que presentó fué una linda bahía, que dibujamos. Luego siguen buenos campos fértiles, cerrados por setos de aloes. Observamos un acueducto que, saliendo de la montaña, iba á perderse en unas ruinas desconocidas y confusas.

Después se atraviesa el río Garigliano, y luego se sigue un país montañoso, bastante fértil, sin tener nada de notable. Al fin llégase á la primera colina de cenizas volcánicas, y comienza una magnífica región de montañas y valles, sobre las que se destacan nevados picos. En la próxima eminencia, una *Villa* grande y de buena

vista. En el valle está *Santa Ágata*. Una hospedería de buen aspecto, donde arde vivo fuego en la chimenea, colocada en lo que hace de gabinete. Aquí nos dan un cuarto frío y sin ventanas, sólo postigos, que me apresuro á cerrar.

Nápoles 25 de Febrero de 1787.

Llegamos felizmente y con buenos presagios. Del día de viaje tengo que decir mucho. Dejamos á *Santa Ágata* saliendo el sol. Soplabá fuerte viento detrás de nosotros, y el Nordeste se sostuvo todo el día. A la primera hora de la tarde había dispersado todas las nubes; tuvimos frío.

Nuestro camino volvió á ser de colinas volcánicas, entre las cuales creí ver todavía rocas calizas. Por último llegamos á la llanura de *Cápua*, y poco después á *Cápua* misma, donde hicimos el alto del medio día. A la tarde se abrió delante de nosotros una hermosa llanura. La ancha carretera cortaba verdes campos de trigo, extendido á manera de alfombra, de un palmo de altura. Hileras de olmos, con las ramas podadas hasta mucha altura, que las vides abrazaban, veíanse en todo el contorno. Esto dura hasta Nápoles; un suelo limpio, rico y permeable. Las cepas de la viña son de una fuerza poco común, y las ramas, á manera de redes, penden de un olmo á otro.

El Vesubio permanecía siempre á nuestra izquierda, humeando poderosamente, y yo, en silencio, encantábame viendo con mis propios ojos tal maravilla. El cielo seguía claro, y al fin el sol entró bien en nuestra estrecha morada de ruedas. Del todo pura y clara la atmósfera, nos acercamos á Nápoles, y entonces nos encontramos, á la verdad, en otra tierra. Los tejados planos anuncian otro clima. En el interior pueden no ser sus viviendas muy cómodas. Todo el mundo está en la calle tomando el sol cuanto tiempo quiere lucir. El napolitano cree poseer el Paraíso, y tiene de los países del Norte muy triste idea. *Sempre neve, case di legno, gran ignoranza, ma danari assai.* ¡Así se imaginan nuestro estado! Para edificación de toda la gente alemana, esta descripción característica, traducida, quiere decir: «Nieve siempre, las casas de madera, la ignorancia grande, pero el dinero abundante.»

El mismo Nápoles se anuncia bien, libre y animado; innumerables gentes circulan en todas direcciones. El Rey está de caza: la Reina, á la buena de Dios, y así, todo marcha á maravilla.

Nápoles, lunes 26 de Febrero de 1787.

Alla locanda del Sgr. Moricone al largo del Castello. Mediante señas tan claras y bien sonantes nos llegarían, de hoy en adelante, cartas de las cuatro partes del mun-

do. En el distrito del gran Castillo, cerca del mar, se extiende ancho espacio que, aunque rodeado de casas, no le llaman Plaza, sino Largo, nombre probablemente conservado del tiempo antiguo, cuando aquello era campo abierto. En uno de sus lados hay una gran casa de esquina, y en ella nos instalamos en una sala espaciosa, también de esquina, con vistas alegres y despejadas á la siempre animada plaza. Un balcón saliente, de hierro, corre delante de muchas ventanas hasta dar la vuelta á la casa. No se saldría de él si el viento no fuese demasiado fuerte.

La sala está pintada de colores, con especialidad el techo, dividido en cien casetones arabescos, que anuncian la proximidad de Pompeya y Herculano. Todo estaría muy bonito y muy bueno, si no fuera el no advertirse el sitio del fuego ni chimenea, y el mes de Febrero usa aún aquí de sus derechos. Hube de suspirar deseando algún calor. Trajéronme un trípode de altura conveniente para extender sobre él las manos á placer. Encima había un recipiente chato, lleno de brasas bien cubiertas de una superficie de ceniza muy alisada. Se trata de ser económicos conforme aprendimos en Roma. Valiéndose del aro de una llave se quita cuidadosamente, de tiempo en tiempo, un poco de ceniza, y llega algo de aire á las brasas; removiendo impaciente todo el fuego, si en el momento siéntese más calor, muy pronto se extingue la lumbre, y de nuevo llevan el recipiente, prévio el pago de cierta suma.

No me sentía del todo bien, y en verdad, hubiera

deseado mayores comodidades. Una estera de junco me libraba del contacto del suelo de mármol; las pieles no se acostumbran, y decidí ponerme un capote de marinerero que trajéronnos en broma, é hizome gran servicio, sobre todo después de ceñírmelo al cuerpo, mediante una de las cuerdas de nuestros baúles. Entonces, ocupando el término medio entre marinerero y capuchino, debí estar muy cómico. Al regreso de Tischbein de unas visitas que fué á hacer á sus amigos, no podía contener la risa.

Nápoles 27 de Febrero de 1787.

Pasé el día de ayer cuidándome una pequeña indisposición; hoy estoy echado á perder, y se me fué el tiempo en la contemplación de estos admirables objetos.

Ya se puede decir, contar y pintar lo que se quiera. ¡Esto es superior á todo! ¡Las orillas, la bahía, el golfo, el Vesubio, la ciudad, los arrabales, los palacios, los paseos!

A la tarde estuvimos en la gruta de *Posilippo*; los rayos del sol poniente penetraban por el lado opuesto. Disculpo á todos cuantos en Nápoles salen de sus casillas, y me acuerdo, emocionado, de mi padre, que había conservado impresión inextinguible, en particular, de los objetos que hoy veo la primera vez. Según dicese que quien ha visto un espectro jamás vuelve á estar alegre,

podría volverse al contrario, diciendo que jamás sería por entero desgraciado si siempre pensaba en Nápoles. Para lo que soy me hallo muy pacífico, y lo que hago es abrir los ojos cuanto puedo.

Nápoles 28 de Febrero de 1787.

Hoy visitamos á Felipe Hackert, el celebrado paisajista, que goza de la confianza particular y del preferente favor del Rey y de la Reina. Le han preparado una ala del palacio *Francavilla*, amueblado artísticamente, y la habita de manera deliciosa. Es hombre activo y prudente, que entiende el goce de la vida en la incesante labor. Después fuimos orillas del mar, y vimos toda suerte de pescados y mariscos de formas raras, arrojados por las olas. El día magnífico; la *tramontana* ligera.

Algo ya en Roma habíame privado la sociedad, más de lo que yo quisiera, de mi aislamiento caprichoso. Parece en realidad empresa rara irse á ver el mundo y mantenerse muy solo. Así, no hice resistencia al príncipe de Waldeck, quien invitóme de la manera más amable, y cuyo rango é influencia me proporcionaron el goce de muchas cosas. Apenas llegáramos á Nápoles, su residencia hace bastante tiempo, nos invitó á una excursión, en su compañía, á *Pozzuoli* y las cercanías. Pensaba en el Vesubio; pero Tischbein me obliga al otro paseo, agradable de suyo con tan hermoso tiempo, y

que acompañados de tan cumplido é inteligente Príncipe, promete gusto y provecho. También en Roma encontramos una señora muy guapa, y su marido, inseparable del Príncipe. Esta señora será de la partida, y se espera pasarlo muy bien. Tan noble sociedad me conoce por una entrevista pasada. Preguntóme el Príncipe, la primera vez que nos conocimos, en qué me ocupaba, y tenía yo entonces tan presente mi *Ifigenia*, que una noche pude darle conocimiento de ella y de todos sus pormenores.

Elogiáronla; mas parecióme advertir que esperaban de mí algo más fogoso y apasionado.

Por la noche.

Muy difícil me sería dar cuenta del día de hoy. ¿Quién no sabe que la lectura rápida de un libro, que ha tenido para nosotros atracción irresistible, ejerce en toda nuestra vida la mayor influencia, no aumentada por una segunda bien meditada lectura? Tal me sucedió con Sakountala. Y ¿no ocurre lo mismo con los hombres de mérito? Un viaje por mar hasta *Pozzuoli*; pequeños trayectos en coche; paseos á pie en la región más extraordinaria del mundo. Bajo el cielo más puro, el suelo más inestable. Ruinas ingratas, horribles, de inconcebible opulencia. Aguas hirvientes, grutas que exhalan azufre. La vida de las plantas agótanla monta-

ñas de escorias; espacios yermos, y en fin, una vegetación exuberante, invasora, que se levanta sobre cuanto ha muerto alrededor de lagos y arroyos, y llega hasta mantener un bosque magnífico de encinas en los declives de antiguo cráter.

Y así es uno, llevado y traído entre la Naturaleza y los acontecimientos de la Historia. Desearía pensar y me encuentro inepto. Mientras tanto, lo que vive, vive con placer, lo cual no dejamos de hacer nosotros. Personas formadas según el mundo á que pertenecen, pero dotadas de serias aptitudes para observar; miradas sin límites sobre mar, y tierra, y cielo, que nos traen el recuerdo de una amable señora, acostumbrada y gustosa de recibir homenajes de cortesía.

En medio de semejante embriaguez, no he dejado de notar muchas cosas. Tratándose de más instructiva narración, ayudarán mucho los planos de los sitios y lugares y un dibujo de Tischbein. Hoy no me es posible ni siquiera añadir lo más mínimo.

Nápoles 2 de Marzo de 1787.

Puede perdonarse á los napolitanos que no quieran separarse de su ciudad y que sus poetas canten, en poderosas hipérboles, sus situaciones, aunque en las cercanías se encontrasen un par de Vesubios más. No se debe recordar aquí Roma. Comparada á esta franca po-

sición, se nos aparece la capital del mundo, en el fondo del Tíber, como un viejo monasterio mal colocado.

También se presentan en estado distinto el mar y la navegación. La fragata salió ayer para Palermo con fuerte y franca *tramontana*, y de seguro no tardará más de treinta y seis horas en el camino. ¡Con qué deseo vi las velas hinchadas cuando el buque iba entre *Capri* y *Capo Minerva*, hasta que desapareció! El que vea partir una persona muy querida, de angustia debe morir. Ahora sopla el *sirocco*; si se hace más fuerte, van á ofrecer las olas muy buen espectáculo en el *Molo*.

Hoy, como viernes, hubo gran paseo, donde los nobles lucen sus trenes, y en especial sus caballos: es imposible ver cosa más elegante que estos animales; es la primera vez en mi vida que se me fueron los ojos tras ellos.

Nápoles 8 de Marzo de 1787.

El 2 de Marzo subí al Vesubio, aunque el tiempo estaba turbio y la cima envuelta en nubes. Llegué en coche hasta *Resina*; después subí la montaña en mula, entre viñedos: luego á pie, sobre la lava del año 71, ya cubierta de fina capa de musgo. Más arriba, al borde de la lava, la cabaña del ermitaño quedó á mi izquierda,

en la altura. Más lejos se sube al monte de cenizas, que es trabajo arduo. Las dos terceras partes de la colina estaban cubiertas de nubes. Al fin llegamos al cráter viejo, hoy relleno; encontramos las lavas nuevas de hace dos meses y medio, y también una débil de cinco días, ya enfriada. Subimos sobre ellas salvando una colina volcánica emergida recientemente; por todas partes echaba humo que se alejaba de nosotros; quise subir al cráter. Caminamos entre el vapor unos cincuenta pasos, cuando se hizo tan fuerte, que apenas podía distinguir mis zapatos. De nada servía tener el pañuelo en las narices. El guía desapareció. Los pasos sobre la lava arrojada del volcán eran inseguros, y tuve á bien dar la vuelta y dejar la ojeada apetecida para el tiempo más claro y el humo menos denso. Mientras tanto, ya conocí lo malo de respirar semejante atmósfera.

En todas partes estaba silenciosa la montaña: ni llamas, ni bramidos, ni piedras arrojadas, como en los tiempos anteriores. Ahora la he reconocido para situarla en debida forma luego que el tiempo mejore.

Las lavas que encontré me eran bien conocidas. Mas descubrí un fenómeno, á mi entender muy notable, y del cual he de informarme más al pormenor de los coleccionistas y concedores. Es una piedra en forma de gota, revestimiento de chimeneas volcánicas, que fueron primero bóvedas y luego estallaron, habiendo salido dichos materiales por el cráter antiguo, hoy lleno. Dura, gris, estalactiforme, esta piedra parece haber sido formada en la sublimación de las destilaciones vol-

cánicas más finas, sin la cooperación de la humedad y sin fusión. Da motivo de pensar.

Hoy, tres de Marzo, el tiempo está cubierto y sopla el *sirocco*. Buen tiempo para día de correo.

He visto ya aquí en abundancia hombres de toda especie, hermosos caballos y pescados maravillosos. De la situación de la ciudad y su magnificencia, que con tanta frecuencia se describe y celebra, ni una palabra. *Vedi Napoli é poi móri*. Dicen aquí: Vé Nápoles y muérete después.

Envío algunas hojas noticiando mi llegada y también el sobre de la última carta de ustedes, ahumado en una esquina, en testimonio de haberme acompañado al Vesubio. Sin embargo; ni en el sueño, ni en la vigilia, debo aparecer rodeado de peligros. Tengan la seguridad que donde vaya no hay más peligro que en el camino de Belvedere. La tierra, en todas partes, es del Señor; bien puede decirse en esta ocasión. No busco aventuras por exceso de curiosidad ni por singularizarme; puedo hacer y arriesgar más que otros, porque, en general, veo claro y sorprendo las particularidades de cada objeto. En la parte de Sicilia no hay el menor peligro. Hace pocos días salió la fragata hacia Palermo con viento favorable del Norte. Dejó Capri á la derecha, y de seguro hará el trayecto en treinta y seis horas. En la realidad no se ve el peligro que quieren hacernos creer á distancia.

En la baja Italia no hay trazas de terremotos; en la superior, últimamente Rímimi y los lugares próximos

sufrieron mucho daño. Hay para ello frescura especial. Se habla como del viento y la lluvia, y como en Turin-gia de los incendios.

Me alegro que se familiaricen ustedes con la nueva forma de la *Ifigenia*, y me hubiera alegrado más que la diferencia les hubiera parecido más sensible. Sé lo que hice, y así puedo decirlo, porque podían haber ido más lejos. Si es un placer gozar de lo bueno, es un placer mayor sentir lo mejor, y en Arte sólo es lo excelente bastante bueno.

Nápoles 5 de Marzo de 1787.

Aprovechamos el segundo domingo de Cuaresma yendo de iglesia en iglesia. Conforme en Roma todo es serio, aquí en todo hay cierta alegría. Tampoco puede comprenderse la escuela de pintura napolitana, sino en Nápoles. Vese con extrañeza toda la fachada de una iglesia pintada de arriba abajo. Sobre la puerta, Cristo arrojando del templo á los vendedores y compradores, que á los lados, vestidos de colorines y adornados, bajan á empujones, llenos de espanto, las escaleras. En el interior de otra iglesia, todo el espacio sobre la puerta está ricamente adornado de una pintura al fresco, representando la expulsión de Heliodoro. *Lucas Giordano* mucho debía despacharse para llenar tales paredes. Los púlpitos no son, como en otras partes, una cátedra, una

silla de enseñanza para una persona, sino una galería, en la cual he visto á un capuchino haciendo presente al pueblo, tan pronto en un extremo, tan pronto en el otro, su vida pecadora. ¡Cuánto no habría que decir sobre esto!

Lo que no puede contarse ni describirse es la esplendidez de una noche de luna llena, semejante á la que gozamos recorriendo las calles y las plazas, paseando en el inmenso paseo de Chiaja y luego orilla del mar. En realidad, se apodera de uno el sentimiento de lo infinito del espacio, y el soñar así vale la pena.

Voy á mencionar, de pasada, á un excelente hombre que he conocido estos días. Es el caballero *Filangieri*, notable por su obra de Legislación. Pertenece á los jóvenes respetables, que ponen sus miras en la felicidad de los hombres y en una loable libertad. En sus maneras vese el soldado, el caballero y el hombre de mundo. Este aspecto, sin embargo, se dulcifica expresando un sentimiento delicado y moral de que se impregna su persona, demostrándose afable en sus palabras y en su manera de ser. Unido de corazón á su Rey y á la monarquía, aunque no aprueba todo lo que sucede, es también de los que temen á José II. La imagen de un déspota, aunque sólo esté suspendida en el aire, es terrible para los hombres de noble corazón. Hablómelo franco de cuánto Nápoles debía temer del Emperador. Habla gustoso de Montesquieu y Beccaria, y asimismo

de sus propios escritos, todos en el mismo espíritu de benevolencia y deseo sincero y juvenil de influir en bien. Podrá tener treinta años. Pronto dióme noticia de un escritor antiguo, cuya profundidad insondable estiman altamente los modernos italianos, amigos de las leyes. Se llama *Giambattista Vico*, y lo prefieren á Montesquieu. Prestáronme el libro cual reliquia, y ojeándolo, parecióme contener predicciones sibilíticas de lo bueno y recto que un día debe ó debería venir, fundadas en serias meditaciones de la Historia y de la vida. Es muy hermoso que un pueblo posea semejante bisabuelo. Algún día tendrán los alemanes en Hamann un Código semejante.

Nápoles 6 de Marzo de 1787.

Aunque contra gusto, á fuer de buen compañero, siguióme Tischbein hoy al Vesubio. A él, pintor de figuras, ocupado siempre en las más bellas formas de hombres y de animales, que hasta humaniza su gusto y sentimiento rocas, paisajes y lo informe, debe serle abominable este amontonamiento desconcertado que se devora á sí mismo, y declara guerra á todo sentido de belleza.

Fuimos en dos calesas, porque no quisimos confiar en nosotros mismos, guiando entre la barahunda de la ciudad. El cochero tiene que ir gritando sin cesar ¡si-

tio! ¡sitio! á fin de que se separen á un lado los asnos, portadores de leña ó de basura, los hombres cargados ó libres, los niños y los viejos, y poder continuar el trote vivo. Ya el camino, en los arrabales y jardines exteriores, indicaba algo plutónico, porque no lloviendo hace mucho tiempo, las hojas, por su naturaleza siempre verdes, los tejados, los salientes de las cornisas y cuanto presenta una superficie, estaba cubierto de polvo gris ceniciento, de manera que sólo el espléndido cielo azul y el poderoso resplandeciente sol, que en él lucía, daban testimonio de que andábamos por la tierra de los vivos.

Al pie de las pendientes rápidas, nos recibieron dos guías, uno más viejo y el otro más joven; ambos hombres vigorosos. El primero tiró de mí, el segundo de Tischbein, monte arriba. Y digo tirar, porque estos guías se rodean el cuerpo de una correa, á la cual se agarra el viajero, afianzándose al subir en un palo, á fin de ayudarse mejor con sus propios pies. Así llegamos á la planicie donde se asienta el cono de la montaña; hacia el Norte están las ruinas de la *Somma*.

Una mirada al país hacia el Oeste, como un baño saludable, nos quitó todos los dolores y cansancio del esfuerzo, y dimos la vuelta al cono, que rugé incesantemente, arrojando piedras y ceniza. Todo el tiempo que el sitio nos permitió permanecer á distancia conveniente, encontramos el espectáculo grandioso y sublime. Primero un trueno poderoso resonando en el abismo profundo; enseguida miles de piedras, grandes y chi-

cas, arrojadas al aire y envueltas en nubes de ceniza. La mayor parte volvían á caer en el abismo; las otras pequeñas, de los lados, caían en la parte exterior del cono, haciendo ruido extraño. Al principio las grandes bajaban á saltos la montaña con sonido opaco; las pequeñas corrían chinando detrás, y al último corría la ceniza. Todo sucedía en intervalos acompasados, que hubiéramos podido medir y apreciar en números, tranquilamente.

Habiendo poco terreno entre el Somma y el cono de la montaña, muchas piedras caían ya alrededor de nosotros y hacían el sitio nada grato. Tischbein se sentía cada vez más contrariado, puesto que aquel monstruo, no contento de ser horrible, quería ser á la par peligroso.

Como el peligro presente existe y atrae de algún modo, y el espíritu de contradicción en los hombres impulsa á arrostrarlo, pensé en la posibilidad de subir al cono, llegar al abismo y volver á bajar, en el período de tiempo que media entre dos erupciones. Consulté á los guías mientras nos recomfortábamos con las provisiones que lleváramos, apertrechados bajo una roca saliente de la Somma. El más joven se atrevió á arrostrar conmigo la arriesgada empresa. Rellenamos nuestros sombreros con pañuelos de lana y de seda, y nos preparamos, bastón en mano, y yo cogido al cinturón del guía.

^ Todavía sonaban las piedrecillas á nuestro alrededor y bajaba la ceniza, cuando el forzado joven arrancaba

conmigo arriba por la abrasada tierra movida. Nos encontrábamos al borde de la abertura enorme, cuya humareda, aunque ligero viento la separaba de nosotros, ocultaba el abismo, saliendo en derredor por miles de grietas. En alguna clara, que á intervalos ocurría, distinguíanse en varios sitios peñascos despedazados. La vista no era ni instructiva ni amena, y atendiendo á semejante razón, cuando nada se ve, permanece uno ansioso de ver algo. Olvidamos la cuenta exacta del tiempo de reposo; estábamos en un escarpado delante del abismo espantoso. De pronto resonó el trueno, y la terrible descarga voló por los aires delante de nosotros. Involuntariamente nos agachamos, como si aquello nos hubiese podido salvar de la masa que caía. Chocaron las piedrecillas entre sí; y sin pensar que teníamos nueva pausa delante de nosotros, alegres de haber afrontado el peligro, llegamos al pie del cono con la ceniza que bajaba, teniendo bien cubiertos de ella la cabeza y los hombros.

Después de la acogida cariñosa de Tischbein, de oír sus regaños y recibir sus cuidados, pude dedicar particular atención á las lavas nuevas y viejas. El guía menos joven sabía marcar claros los años. Las más viejas estaban ya cubiertas de ceniza y lisas; las más recientes, en particular aquellas cuyo curso fuera lento, ofrecían aspecto singular. Arrastrando, al resbalar pausadamente, las masas endurecidas en la superficie, debe ocurrir que éstas, de tiempo en tiempo, se resisten, mas las impelen de nuevo corrientes de fuego;

montan unas sobre otras, quedando fijas en formas angulosas, más raras y extrañas que lo serían en igual caso témpanos de hielo aglomerados.

En tan caótica amalgama de substancias se encuentran grandes bloques, que, rotos, son semejantes á rocas primitivas. El guía aseguró que eran antiguas lavas del fondo, que la montaña arrojaba algunas veces.

Regresando á Nápoles, llamáronme la atención casitas pequeñas de planta baja, muy singularmente construídas, sin ventanas ni otra luz en los cuartos que la de la puerta de la calle. Desde la mañana á la noche, los habitantes están fuera sentados delante, hasta que al fin se vuelven á meter en sus agujeros.

Al observar el carácter diferente que adquiere de noche la ciudad tumultuosa, me vino el deseo de residir aquí algún tiempo, á fin de delinear, según mis fuerzas, este moviente cuadro; pero no tendré ese gusto.

Nápoles, miércoles, 7 de Marzo de 1787.

Esta semana mostróme y explicóme Tischbein gran parte de los tesoros artísticos de Nápoles. Excelente conocedor y pintor de animales, me hablara ya antes de una cabeza de caballo, en bronce, del palacio Colombrano. Hoy fuimos allí. Este antiguo resto hállase precisamente frente de la puerta cochera, en el patio, en su hornacina sobre una fuente, y es portentoso. ¡De qué

efecto sería antes, unida la cabeza á los otros miembros? El caballo completo era mucho mayor que los de la iglesia de San Marcos; y viéndose la cabeza más de cerca y sola, puédesse conocer y admirar mejor su fuerza y carácter. El magnífico hueso frontal, las narices que resoplan, las orejas que escuchan, la crin erizada: es un animal potente y fogoso.

Dimos la vuelta para ver una estatua de mujer que hay en un nicho, encima de la puerta principal. Winkelmann nos la había dado como una bailarina, pues tales artistas representan, en sus movimientos animados de la más variada manera, lo que las artes plásticas conservaron de ninfas y diosas en determinada postura. Es muy ligera y bella. La cabeza estuvo separada del cuerpo, pero se la han vuelto á colocar bien; por lo demás, no está deteriorada y merecería mejor sitio.

Nápoles 9 de Marzo de 1787.

Hoy recibo la querida carta del 16 de Febrero: seguid escribiendo. He dispuesto bien mis postas intermedias, y haré lo mismo si voy más lejos. Muy raro me parece leer, á tan gran distancia, que los amigos no se reúnen; y sin embargo, nada más natural que no reunirse cuando tan cerca se está.

El tiempo oscurecido y cambiando; llega la primavera, y tendremos días de lluvia. Todavía no se volvió á

ver clara la cima del Vesubio desde que estuvimos allá arriba. Las noches últimas se vieron llamas algunas veces; ahora vuelve á contenerse: se espera una erupción más fuerte. La tempestad de estos días nos ha mostrado una mar soberbia. Las olas pudieron estudiarse en todas sus magníficas formas y giros.

La Naturaleza es el único libro cuyas hojas se nos presentan siempre todas aquilatadas; en cambio, el teatro ya no me gusta nada. Dan ahora, en la cuaresma, óperas religiosas que no se diferencian absolutamente de las mundanas, sino es en que no hay baile en los intermedios; por lo demás, las hacen todo lo extravagantes que es posible. En el teatro de San Carlos dan *La Destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor*. Me hace el efecto de un gran cosmorama. Figúraseme que estoy perdido para estas cosas.

Hoy estuvimos con el Príncipe de Waldeck, en *Capo di Monti*, donde existe gran colección de cuadros, monedas, etc. He visto cosas muy buenas, aunque no bien instaladas. Estas ideas tradicionales toman ahora para mí forma más precisa y fija. Lo que nos llega al Norte aislado; monedas, piedras, vasos, como los limoneros recortados, producen en masa distinto efecto en este país, donde tales tesoros son indígenas. Porque, donde quiera que las obras de Arte son raras, la escasez les da valor; sólo aquí se aprende á estimar lo que es digno de estimación.

Ahora se pagan mucho los vasos etruscos, y en verdad, vense entre ellos piezas hermosas y excelentes. No

hay viajero que no quiera poseer algo de eso, No da uno aquí tanto valor al dinero como en su casa. Yo mismo temo dejarme ir.

Nápoles, viernes, 9 de Marzo de 1787.

Lo más agradable de los viajes es que de lo más común, á causa de la novedad y sorpresa, resulte una aventura. Volvimos de *Capo di Monti*; fuí á visitar á los *Filangieri*, y encontré sentada en el sofá, al lado del ama de la casa, á una señora, cuyo exterior no me pareció estar conforme á las maneras de extremada franqueza á que se entregaba. Con su ligero vestido de seda rayada de colores, y su tocado extravagante, esta linda persona parecía una modista de sombreros, que, ocupada en el adorno de las demás, hace poco caso del suyo.

Están tan acostumbradas á verse pagar su trabajo, que no comprenden hacerse nada gratis á sí mismas. Mi entrada no le molestó en su charla, y sacó á relucir una porción de cuentos chistosos que ocurrieran aquellos días, ó más bien, que en su aturdimiento buscara.

La señora de la casa, tratando de darme ocasión de decir algunas palabras, habló de la hermosa situación de *Capo di Monti*, y de los tesoros que contiene. La vivaracha personita se levantó, y muy plantada sobre sus pies, apareció más graciosa. Despidióse, fué hacia la puerta, y al pasar delante de mí, díjome: Los *Filangieri*

comen conmigo tal día; espero que usted será de los nuestros. Ya estaba fuera antes que yo pudiese prometer nada. Entonces supe que era la Princesa X, su pariente cercana. Los *Filangieri* no son ricos, y viven en una decorosa medianía. Pensé que sucedería lo mismo á la Princesa, que estos altos títulos, en tales circunstancias, no son raros en Nápoles. Apunté el nombre, día y hora, y sin duda ninguna me encontraré, en tiempo oportuno, en el lugar conveniente.

Nápoles 11 de Marzo de 1787.

No debiendo prolongarse mi estancia en Nápoles, tomo primero los puntos más lejanos: lo cercano se presenta de suyo. Fuíme á Pompeya en compañía de Tischbein. Todas las magníficas vistas á derecha é izquierda y que tantos paisajes y dibujos nos hicieron conocer, presentáronse á nuestros ojos en conjunto, en todo su esplendor. Sorprende en Pompeya su pequeñez y angostura. Calles estrechas, aunque rectas, y provistas de aceras. Casitas sin ventanas, habitaciones sin otra luz que la de la puerta, salen á patios abiertos ó á galerías. Las mismas obras públicas, el Banco en la puerta de la ciudad, el templo y hasta una *villa* cercana, parecen, mejor que edificios, modelos y armarios de muñecas. Estancias, corredores y galerías vense pintados de los colores más vivos. Las paredes, lisas, tienen en

medio un cuadro acabado ahora, en su mayoría estropeados, y en las esquinas arabescos ligeros de excelente gusto, en los que se descubren delicados niños y figuras de ninfas, mientras en otra parte salen de ricas guirnaldas de flores, animales salvajes y domésticos. Y así demuestra el estado de devastación actual de una ciudad, primero cubierta de una lluvia de piedras y cenizas, y luego desenterrada y saqueada, el gusto de todo un pueblo por las artes y la pintura, del cual en la actualidad, el aficionado más asíduo no tiene ni idea, ni sentimiento, ni necesidad.

Pensando en la distancia de este sitio al Vesubio, compréndese que la masa volcánica que lo enterró no pudo ser traída, ni en un golpe de viento, ni por una descarga directa de piedras; mejor debe representar su caída, la de la ceniza, considerándola suspendida en el aire, á modo de nube, durante largo tiempo, hasta que al fin cayó sobre este desdichado lugar.

Si todavía quiere formarse idea más sensible del acontecimiento, imagínese un pueblo de montaña enterrado en la nieve. Los espacios entre los edificios y las mismas casas derribadas, todo se rellenó; sólo las obras de mampostería pudieron sobresalir; en sitios, más tarde, utilizan la colina en el cultivo de la viña y jardines. Así sucede que más de un propietario, cabando su parte, logró anticipada é importantísima vendimia. Muchos cuartos se encontraron vacíos, y en los rincones de uno, un montón de cenizas que cubría utensilios domésticos y objetos de Arte.

La impresión extraordinaria, medio desagradable, de la ciudad momificada, borrose de nuestra alma al encontrarnos bajo un emparrado, cerca del mar, devorando en una pequeña hostería una comida frugal, gozando en la luz y el resplandor de la mar, en la esperanza de que, cuando este lugarcillo hállese cubierto de hojas, tornaremos á verlo y recrearnos.

Cerca de la ciudad volvieron á chocarme las casitas bajas, que aun subsisten, copias acabadas de las pompeyanas. Pedimos que nos permitiesen entrar en una, y la encontramos muy limpia y bien arreglada. Elegantes sillas de junco trenzado; una cómoda toda dorada, pintada de flores de colores. De suerte que después de tantos siglos y cambios innumerables, este país inspira á sus habitantes las mismas costumbres, los mismos gustos y las mismas inclinaciones.

Nápoles, lunes, 12 de Marzo de 1787.

Hoy corrí la ciudad observando á mi manera y tomando nota de muchas cosas materiales para describirla un día, que hoy desgraciadamente no puedo comunicar. Todo anuncia tierra dichosa que ofrece á sus habitantes cumplida la satisfacción de sus primeras necesidades; produce asimismo hombres de natural fe-

liz, pudiendo esperar sin zozobra ni cuidados que el día de mañana les traerá lo que les trajo el de hoy, y así viven sin ansias. Satisfacción momentánea, moderado goce, animosa paciencia para los sufrimientos pasajeros. Vaya de lo último un ejemplo gracioso.

La mañana estaba fría y húmeda; lloviera poco. Llegué á una plaza donde ví las grandes baldosas del empedrado barridas con cuidadoso esmero. Causóme gran admiración en el suelo perfectamente liso, buena copia de muchachos harapientos agachados en rueda y las manos puestas en el suelo. Al principio creílos jugando, mas observando sus caras serias y tranquilas, como en el goce de una necesidad satisfecha, hice lo posible, aguzando el ingenio, que no quiso favorecerme, para saber qué harían; hube de preguntar la causa de que aquellos conservasen tan singular postura y se reuniesen en corro.

Entonces supe que un herrero vecino calentara en el sitio un aro de rueda, lo que se practica de la manera siguiente: se coloca en el suelo el aro de hierro y alrededor se amontonan las necesarias virtudes de roble, á fin de dilatar el metal hasta el grado deseado. La madera se consume, colocan el aro alrededor de la rueda, y barren cuidadosamente la ceniza. Los pequeños avispados utilizan entonces el calor comunicado á las piedras, y se están muy tranquilos en aquel sitio, hasta que agotan el último resto de calor. Ejemplos de esta templanza y de esta atención en utilizar aquello que sin ellas se perdería, vense infinitos. Encuentro en el pue-

blo la más viva é inteligente industria, no para ser rico, sino para vivir sin cuidados.

Hoy alquilé un criado, deseoso de encontrar la casa y llegar á tiempo al convite de la singular Princesita. Condújome delante de la puerta de un gran palacio, y no creyendo encontrarme tan suntuosa morada, volví á repetirle silabeando el nombre; aseguróme que iba bien. Entonces halléme en un patio espacioso, solitario y tranquilo, limpio y vacío, rodeado de un edificio principal y construcciones laterales. Era la alegre arquitectura napolitana, con su colorido acostumbrado; frente, una gran portada y escalera ancha y cómoda. A los dos lados, de alto á abajo, criados en fila con muy buenas libreas, los cuales se inclinaron profundamente cuando subí delante de ellos. Parecióme ser el Sultan de los cuentos de hadas de Wieland, y á su ejemplo, me animé. Después me recibieron arriba servidores de la casa, hasta que al fin, el de más categoría, abrió la puerta de un gran salón y ví extenderse ante mí un gran espacio tan claro y sin gente como los otros. Yendo y viniendo ví, en una galería lateral, una mesa con lujo puesta, como para veinte personas. Un eclesiástico entró, y sin preguntarme quién era y de dónde venía, creyóme persona conocida y habló de cosas generales.

Abriéronse las dos alas de una puerta, y se volvieron á cerrar detrás de un señor viejo. El eclesiástico se acercó á él, y yo tambien; lo saludamos en pocas pala-

bras corteses, que nos devolvió con una suerte de ladrillo. No pude descifrar ni una sílaba de aquel dialecto hotentote. Cuando se sentó á la chimenea, volvióse el eclesiástico, y yo le acompañé. Entró en esto un espléndido Benedictino, acompañado de otro más joven, saludó igualmente al señor, que también le ladró, y al punto fué cerca de nosotros á la ventana. Las órdenes religiosas, en particular las que, de hábito elegante, visten bien, tienen en sociedad grandes preferencias; sus trajes denotan humildad y abnegación, y al mismo tiempo les procuran marcada dignidad. En su comportamiento pueden, sin degradarse, mostrarse humildes, é irguiéndose, se revisten de cierta confianza en sí mismos que no se toleraría á las demás clases. Así era este hombre. Hícele preguntas acerca de *Monte Casino*; me invitó á ir, prometiéndome la mejor acogida. Mientras tanto, entrara gente en la sala; oficiales, cortesanos, eclesiásticos, y hasta algunos capuchinos se presentaron. En vano busqué señoras, y, sin embargo, no debían faltarnos. Otra vez volvieron á abrirse y cerrarse las alas de la puerta, y entró una señora más vieja que el señor. La presencia del ama de la casa dióme la seguridad de que me hallaba en un palacio extraño, siendo en absoluto desconocido de sus moradores.

Servían ya la comida y me conservaba en la proximidad de los señores eclesiásticos, á fin de colarme en su compañía en el paraíso del comedor, cuando de pronto entraron Filangieri y su señora, disculpándose del retraso. En seguida apareció en el salón la Prince-

sita, y entre cortesías, inclinaciones y saludos de cabeza, se vino derecha á mí.

—¡Está muy bien que haya usted cumplido su palabra! exclamó. Se pondrá usted á mi lado en la mesa. Quiero darle de los platos más escogidos; pero aguarde usted, primero tengo que buscar mi sitio; después, siéntese junto de mí. Así invitado, seguía en sus diversas evoluciones, y al cabo llegamos al sitio; los Benedictinos estaban en frente, y Filangieri al otro lado.

La comida fué excelente; todos platos de vigilia escogidos; yo le indicaré á usted lo mejor. Ahora tengo que hacer rabiar á los frailes. No puedo soportar semejantes zánganos; á diario chupan algo de nuestra mesa. ¡Lo que tenemos deberíamos comerlo acompañados de nuestros amigos!

La sopa estaba servida, y el Benedictino comía con mucha prosopopeya.

—¡Con confianza, reverendo! —exclamó ella.— ¡Es la cuchara pequeña? Voy á hacer que le traigan otra mayor; los señores acostumbran á llenar bien la boca.

El Pater aseguró que en aquella casa de Príncipes, de manera tan excelente lo disponían todo, que cualquiera otro convidado que no fuese él, sentiría perfecto contentamiento.

De los pastelillos tomó el Pater uno, y ella díjole que bien podía tomar media docena, que ya sabía cómo la hojaldre se digería fácilmente.

El prudente Pater tomó otra, agradeciendo la atención, como si no hubiese comprendido la burla impía.

Un pastel pesado dió ocasión de mostrar su picardía á la Princesa. Al pinchar uno con su tenedor el Pater, tratando de echarlo en su plato, fuése otro detrás.

—Póngase usted el tercero, señor Pater,—exclamó;— parece que quiere su merced establecer buenos cimientos.

—Cuando le dan tan buenos materiales, ¡el arquitecto trabaja bien!—añadió el fraile.

Y de esta manera siguió, sin más punto de reposo que el hacerme servir, en conciencia, los mejores trozos.

Mientras tanto hablábamos mi vecino y yo de cosas serias. De seguro jamás oí á Filangieri palabra ociosa. Parécese en ello y en otras muchas cosas á nuestro amigo Jorge Schlosser; solo que, napolitano y hombre de mundo, es de natural más suave y de más fácil conversación.

Durante el coloquio, la travesura de mi vecina no dió punto de reposo á los eclesiásticos. La cuaresma y los pescados, compuestos en figura de carne, diéronle ocasión á observaciones profanas é inmorales, especialmente ponderando y recomendando el gusto de la carne; que al menos se gozase de ella en la forma, ya que estaba prohibido en sustancia.

Oí muchas más bromas de este género, que no tengo valor de repetir. En el trato de la vida, y saliendo de una bonita boca, son muy notables; pero así, negro sobre blanco, no me gustan ni á mí mismo. Y las desvergüenzas tienen la propiedad de que en el acto hacen

gracia, porque sorprenden; contadas, ofenden y repugnan.

Sirvieron los postres, y temí que aquello siguiese adelante; contra lo que esperaba, dirigióse á mí la vecina, y muy tranquila díjome:

—Que traguen en paz el Siracusa los frailes; nunca consigo incomodar á uno de muerte, ni siquiera quitarle el apetito. Hablemos ahora razonablemente: ¿qué conversación tenía usted con Filangieri? ¡Este pobre hombre no se toma mal trabajo! Ya se lo he dicho muchas veces: Si usted hiciese nuevas leyes, nos tomaríamos de nuevo el trabajo de discurrir cómo las habíamos de violar. Con las viejas ya sabemos el camino. Si no, ¡vea usted qué hermoso es Nápoles! Los hombres viven, desde hace muchos siglos, contentos y sin ansias, y á condición de que de vez en cuando ahorquen alguno; los demás siguen su camino satisfechos.

Después me propuso si quería ir á Sorrento, donde posee una gran propiedad; su mayordomo me regalaría los mejores pescados y la más rica ternera de leche (*mungana*). El aire de la montaña y aquella vista divina me curarían de todas mis filosofías; también ella quería ser de la partida, y de las arrugas que prematuramente me salen, no quedaría ni rastro; haríamos juntos vida muy gustosa y alegre.

Nápoles 13 de Marzo de 1787.

También hoy escribo algunas palabras, á fin de que una carta empuje á la otra. Lo paso bien, aunque veo menos cosas de las que debiera. Nápoles inspira indolencia y vida cómoda; no obstante, voy formándome idea perfecta y completa de la ciudad.

El domingo estuvimos en Pompeya. Muchas calamidades sucedieron en el mundo; pero ninguna proporcionó tanto gusto á los que vinieron después. No conozco cosa más interesante. Las casas son pequeñas y angostas, mas en el interior preciosamente pintadas. La puerta de la ciudad es notabilísima, con los sepulcros que hay al lado. El de una sacerdotisa es un banco en forma de semicírculo y respaldo de piedra, donde está la inscripción grabada en gruesos caracteres.

Desde lo alto se ve la mar y el sol poniente. ¡Magnífico sitio digno de tan bello pensamiento!

Hemos encontrado en Pompeya buena y alegre sociedad de napolitanos. Los hombres son, en general, naturales, y tienen ingenio. Comimos en *Torre dell' Annunziata*, sentándonos á la mesa muy cerca del mar. El día era hermosísimo; la vista de *Castello a Mare y Sorrento*, preciosa y cercana. La sociedad se encontraba en terreno propio; algunos decían que sin la vista del mar no era posible la vida. A mí me basta llevar su imagen en el alma, y me dispongo á volver al país de las montañas. Por dicha hay un paisajista de verdad, que sabe ex-

presar el sentimiento de esta Naturaleza rica y libre. Ya ha hecho algo para mí.

He estudiado bien los productos del Vesubio: es cosa muy distinta verlos todos en conjunto. Debería propiamente dedicar el resto de mi vida á la observación; haría descubrimientos que extenderían los conocimientos humanos. Haced saber á Herder que adquiero cada vez más luces en Botánica.

El principio es siempre el mismo, pero se necesitaría la vida entera para seguirlo en todas sus consecuencias. Tal vez llegaré á ponerme en estado de trazar las líneas principales.

Ahora me regocijo pensando en los Museos de Pórtici. Casi siempre es lo primero que se ve, y será lo último que nosotros veremos. Ni yo sé lo que después será de mí. Todos quieren vuelva á Roma para Pascua; dejaré marchar los sucesos. Angélica ha empezado á pintar un cuadro tomado de mi *Ifigenia*. La idea es muy feliz, y la interpretará á la perfección. Eligió el momento en que Orestes vuelve en sí al lado de su hermana y de su amigo. Lo que dicen los tres personajes lo expresan en un grupo todos á la vez, sustituyendo á las palabras los ademanes de cada uno. Véase lo delicado de sus sentimientos, y como sabe apropiarse cuanto le compete, el hecho es verdaderamente el eje de la obra.

Adios, y quererme bien. Aquí todo el mundo me colma de bondades, y sin embargo, para nada les sirvo. Tischbein, al contrario, les divierte de noche; pinta las cabezas de tamaño natural, ante las que gesticulan, pa-

recidos á los habitantes de Nueva Zelandia, viendo un buque de guerra. A propósito va un cuento chistoso.

Tiene Tischbein el talento especial de delinear á la pluma figuras de dioses y héroes de tamaño natural ó mayores: echa algunas raspaduras, y con un pincel grande pone las sombras vigorosamente, de manera que la cabeza destácase redonda y saliente. Los asistentes miraban asombrados la facilidad del artista, complaciéndoles mucho.

De repente les bailan los dedos por pintar; ¡cojen el pincel y se pintan barbas, embadurnándose unos á otros las caras!

¿No hay algo aquí de primitivo? ¡Y esto era entre sociedad distinguida, en casa de un hombre que también dibuja perfectamente y pinta! No se puede formar idea de semejante raza, sino viéndola.

Caserta, miércoles, 14 de Marzo de 1787.

Al lado de Hackert, en la cómoda vivienda que le arreglaron en el castillo viejo; el nuevo es un palacio inmenso, escorialesco, cuadrado, con muchos patios, y en fin, bastante regio. El sitio extraordinariamente bello, en la llanura más fértil del mundo, extendiéndose los jardines hasta las colinas. Un acueducto trae las aguas de un río entero, proveyendo de ellas el castillo y sus cercanías, y toda la masa líquida puede lanzar-

se sobre rocas artísticamente dispuestas, y formar una cascada magnífica. Los jardines son muy bonitos y armonizan con un sitio que todo él es un jardín.

El castillo, en verdad regio, no me pareció bastante animado, y nosotros no podemos encontrarnos á gusto en tan inmenso espacio vacío. El Rey debe sentir algo parecido, ya que se arregló, en la montaña, casa adecuada á la caza y otras diversiones, donde los muros contienen más reunidos á los hombres.

Caserta, jueves, 15 de Marzo de 1787.

Hackert vive en el castillo viejo con comodidad; tiene bastante espacio para él y sus huéspedes. Ocupado siempre en dibujar y pintár, se conserva, á pesar de ello, sociable, y sabe atraerse los hombres haciendo de cada uno un discípulo. También me ha ganado, porque lleva en paciencia mi debilidad. Ante todas las cosas, recomienda firmeza en el dibujo y distribución precisa del claro-oscuro. Dibujando á la aguada de continuo, tiene preparadas tres tintas; como principia por el fondo para llegar al primer plano, y emplea las tintas sucesivamente, resulta un cuadro que no se sabe de dónde viene. ¡Si fuera tan fácil de hacer conforme lo parece! Díjome con su acostumbrada sinceridad:

—Tiene usted disposición, mas no sabe hacer nada;

quédese usted á mi lado año y medio, y hará algo que le guste á usted y á los demás.

¿No es éste el texto que debería seguirse haciendo el propio sermón á todos los *dilettanti*? Veremos si me aprovecha.

La confianza particular de que le honra la Reina, muéstrase, no sólo en la instrucción práctica que da á las Princesas, sino mejor en las conferencias que le hacen explicar muchas noches sobre el Arte y sus relaciones. Sirviéndole de base el Diccionario de Sulzer, elige uno ú otro artículo, conforme le parece conveniente.

Aprobé el plan, y luego reíme de mí mismo. ¿Qué diferencia entre el hombre que anhela sacar de dentro su propia cultura y que influye en el mundo y quiere darle la instrucción usual! Fuéme siempre odiosa la teoría de Sulzer, á causa de la falsedad de sus máximas fundamentales, y ahora veo que la obra contiene todavía mucho más de cuanto las gentes necesitan. Los muchos conocimientos que comunica; la manera de pensar, en la que se fijaba hombre de tanto mérito como Sulzer, ¿no debería bastar á las gentes del mundo?

Pasamos muchas horas gratas y provechosas en compañía del restaurador Andrés, que, llamado de Roma, vive aquí también en el castillo viejo, y prosigue asiduo sus trabajos, que interesan al Rey. De su habilidad en restaurar los cuadros viejos no me atrevo á empezar á hablar, porque al mismo tiempo habría que des-

arrollar el problema difícil y el feliz resultado que se propone esta particular industria.

Caserta 16 de Marzo de 1787.

Hoy llegan á mis manos vuestras queridas cartas del 19 de Febrero, y acto continuo he de contestaros una palabra. ¡Con cuánto gusto, pensando en mis amigos, vuelvo á recogerme en mí mismo!

Nápoles es un paraíso; cada persona vive en una suerte de embriaguez y de olvido de sí propio. Sucédeme igual; apenas me reconozco; parezco otro hombre. Ayer pensaba: ó tu eras loco antes, ó lo eres ahora. Fui á visitar los restos de la antigua Cápua y cuanto á ella se refiere.

Aquí es donde se aprende lo que es vegetación y por qué se cultivan los campos. El lino hállase ya próximo á florecer, y el trigo tiene palmo y medio de alto.

Alrededor de Caserta la tierra es enteramente llana, los campos tan iguales y tan limpiamente labrados como los cuarterones de un jardín. Doquiera hay olmos, enredándose en ellos vides, y á pesar de semejante sombra, el suelo produce el más abundante fruto. ¡Qué será cuando entre de lleno la primavera! Hasta ahora tuvimos, en días hermosísimos, viento bastante frío, proveniente de la nieve de las montañas.

De aquí á quince días se decidirá si debo ó no ir á

Sicilia. Nunca fué mayor mi perplejidad en resolverme. Hoy sucede algo que me aconseja el viaje; mañana una circunstancia que me separa de él. Dos genios se disputan mi persona.

En confianza, á las amigas solamente, sin que lo entiendan los amigos. Advierto que á mi *Ifigenia* se la ha recibido de manera singular: estaban acostumbrados á la primera forma. A fuerza de oirlas y leerlas, habíanse apropiado las expresiones. Ahora todo suena de otra manera, y veo que en el fondo nadie me agradece el gran trabajo que me he tomado. Tal género de labor nunca se acaba; debe darse por terminada luego de haber hecho cuanto se pudo, atendido el tiempo y las circunstancias.

Semejantes razones no han de ser parte á desanimarme en mi propósito de hacer igual operación respecto del *Tasso*; de otro modo fuera preferible guardarlo. Así es que persistiré; y puesto que al fin la cosa no ha de ser de otra manera, haremos de esta pieza una obra singular. Agradezco, por lo tanto, que se impriman despacio mis obras; y sin embargo, es bueno que el cajista amenace de lejos. ¡Cosa rara es que para la más libre de las acciones se espere y hasta se pida cierta violencia!

Si en Roma se estudia á gusto, aquí sólo se desea vivir. Olvídase uno del mundo y de sí mismo; y es para mí singular descubrimiento encontrarme entre gentes

que sólo piensan en divertirse. El caballero Hamilton, que continúa de embajador de Inglaterra, después de haberse ocupado en Arte tantos años como aficionado, después de haber estudiado tanto tiempo la Naturaleza, alcanzó el pináculo de los placeres artísticos y naturalistas en una hermosa muchacha. Es una inglesa de veinte años que ha recogido, muy guapa y bien formada. Hízola un traje de griega que le sienta admirablemente. Deja sueltos sus cabellos; coge un par de chales, y cambia de tal manera sus actitudes, sus maneras, su expresión, que al fin se cree soñar. Lo que miles de artistas desearían hacer, se ve ejecutado en movimiento, con variedad sorprendente. De pie, de rodillas, sentada, acostada, seria, triste, burlona, exaltada, penitente, atractiva, amenazadora, inquieta: una expresión engendra otra que la sucede. Sabe adaptar á cada manera los pliegues de su velo, cambiarlos, y hacerse, valiéndose de la misma tela, cien tocados distintos. Mientras tanto, el viejo caballero tiene la luz y ha entregado toda su alma á esta mujer. Encuentra en ella todo lo antiguo: los hermosos perfiles de las monedas sicilianas y hasta el mismo Apolo del Belvedere. No es exageración: el espectáculo es único. Hemos gozado de él dos noches, y esta mañana va Tischbein á retratar á la bella inglesa.

Necesito comprobar las noticias que tengo de lo que pasa en la corte y darme cuenta de ello. Hoy ha ido el rey á la caza del lobo, y espera matar á lo menos cinco.

Nápoles 17 de Marzo de 1787.

Cuando quiero escribir palabras, se ponen delante de mis ojos las imágenes de la tierra fértil, del ancho mar, de las islas vaporosas, de la montaña fumante, y me faltan órganos para representar todo eso.

En esta tierra compréndese, por primera vez, cómo se le ha ocurrido al hombre cultivar el campo, aquí donde se da todo, donde se pueden esperar cada año de tres á cinco cosechas. En los mejores años dicen que cultivan tres veces maíz en el mismo terreno.

He visto mucho y he pensado más; el mundo se va ensanchando, y cuanto sé hace mucho tiempo, solamente ahora es cuando me lo apropio. ¡Qué especie de criatura es el hombre, tan temprana en aprender, tan tardía en practicar!

Sólo siento no poder compartir con alguien, á cada momento, mis observaciones; verdad es que tengo á Tischbein; pero hombre y artista, agítanle mil pensamientos y solicítanlo cientos de personas. Su puesto es personal y singular; no puede tomar parte abiertamen-

te en otra existencia, porque aun en sus propias aspiraciones siéntese atado.

Mírese á cualquier lado, el mundo es una simple rueda idéntica en toda su circunferencia, y nos parece tan extraño, porque giramos con ella.

Lo que siempre dije sucedió; muchos fenómenos de la Naturaleza, muchas confusiones de la inclinación, entendílas la vez primera y las ensanché en esta tierra. Cojo de todas partes y llevaré mucho, acompañándome mucho amor á mi patria y mucho gusto á la vida con mis amigos.

Acerca de mi viaje á Sicilia, aún tienen los dioses la balanza en las manos: el fiel se inclina tan pronto á un lado como á otro.

¿Quién puede ser el amigo que se me anuncia tan misteriosamente? ¡No vaya á perder la ocasión de verlo durante mis excursiones y mi viaje á la isla!

La fragata de Parlemo está de vuelta; de hoy en ocho días volverá á salir. Todavía no sé si me iré en ella ó si estaré en Roma para la Semana Santa. En mi vida he estado tan indeciso. Un momento, una pequeñez, decidirán.

Ya me va mejor con las gentes; sólo que hay que tener cuidado de pesarlas con el peso del comercio, y no con el del oro. ¡Por desdicha acostumbran á hacerlo los amigos, entre sí, por capricho y extraña exigencia!

Aquí á nadie se le da nada de nadie: apenas se hacen cargo que van de una parte á otra, en la misma dirección. Todo el día vagan en un paraíso, sin mirar gran cosa á su alrededor; y cuando el infernal abismo cercano empieza á enfurecerse, llaman en su ayuda la sangre de San Jenaro, exactamente como todo el resto del mundo recurre ó quisiera recurrir á la sangre..... contra la muerte y el diablo.

Cruzar entre tan numerosa, movediza é incansable muchedumbre es curioso y trae su utilidad: es un torrente en que todos se confunden, y sin embargo, cada uno sigue su propio camino y llega al término. Sólo que entre tanto gentío y movimiento me encuentro aislado y tranquilo: cuanto más bullen las calles, más sosegado estoy.

Muchas veces me acuerdo de Rousseau y de sus lamentaciones hipocondriacas, aun comprendiendo muy bien cómo tan hermosa organización podía turbarse. Si yo no sintiese tales inclinaciones á las cosas de la Na-

turalaza, y si no viese que en este aparente embrollo mil observaciones se pueden comparar y clasificar, cual el agrimensor, que con una sola línea atraviesa muchas medidas particulares, muchas veces tratárame de loco.

Nápoles 18 de Marzo de 1787.

Ya no podíamos aplazar más tiempo nuestra visita á Herculano y á la colección de objetos que guardan en Pórtici, extraídos de las escavaciones. Aquella antigua ciudad, asentada al pie del Vesubio, cubrióla, por entero la lava que subió en erupciones subsiguientes, de manera que los edificios están ahora sesenta pies debajo de tierra. La descubrieron abriendo un pozo, en cuyo fondo se encontraron las baldosas de mármol de un pavimento. Es deplorable que las escavaciones no las hayan hecho, conforme á plan regular, mineros alemanes, pues en las que el robo hizo á la ventura, destruyéronse antigüedades preciosas. Bájanse sesenta escalones para llegar á una cueva, donde, á la claridad de las hachas, se admira el teatro que un día se erguía al aire libre, y entonces cuentan lo que se ha encontrado y sacado de aquella profundidad.

Entramos en el Museo: íbamos bien recomendados y fuimos bien recibidos; pero no nos permitieron, como no permiten á nadie, dibujar cosa alguna. Tal vez, á causa de ello, prestamos mayor atención y nos transporta-

mos mejor á los tiempos desaparecidos, en que aquellos objetos rodeaban á sus poseedores, para servicio y goce de la vida.

Las casitas y habitaciones de Pompeya parecieronme ahora á un tiempo más pequeñas y más grandes: más pequeñas, representándolas llenas de tantos objetos valiosos; mayores, porque éstos no responden sólo á la mera necesidad, sino que adornados y animados de la manera más artística y graciosa, regocijan el espíritu y lo ensanchan mejor que puede hacerlo la más espaciosa morada.

Vese, y sirva de ejemplo, un cántaro de admirable forma, con el borde muy adornado. Mirando más cerca, se observa que este borde se separa en dos partes: los dos medios círculos unidos sirven de asas, y así se transporta cómodamente la vasija.

Las lámparas adornadas, según el número de sus mecheros, de caras y ramaje, de suerte que cada llama alumbra una verdadera obra de Arte. Hay soportes de bronce altos y esbeltos, destinados á sostenerlas. En los colgantes idearon suspender figuras de todas clases llenas de ingenio, de suerte que se pierde el gusto en cuanto empiezan á balancearse y moverse.

Esperando volver, seguimos de sala en sala al hombre que nos lo mostraba, procurando no perder momento favorable de sacar gusto y enseñanza.

Nápoles, lunes, 19 de Marzo.

En los últimos días he formado una relación nueva. La fiel compañía de Tischbein, en estas cuatro semanas, prestóme gran ayuda en las cosas del Arte y de la Naturaleza, y aun ayer estuvo conmigo en Pórtici; pero las mutuas reflexiones hiciéronnos comprender que su porvenir de artista y los negocios que lo trajeron á Nápoles, que le hacen esperar, en lo futuro, una posición, le obligan á frecuentar la corte y la sociedad, y que sus proyectos no puedan avenirse á mis deseos, miras y aficiones. En consecuencia, y siempre ocupándose en mí, propúsome, para acompañarme á todas partes, un joven á quien veo desde los primeros días, no sin inclinación y simpatía. Es Kniep, que estuvo algún tiempo en Roma, y luego ha venido á Nápoles, verdadero elemento del paisajista. Ya en Roma le oí celebrar, en calidad de hábil dibujante, sólo que no alababan del mismo modo su laboriosidad. Ahora le conozco bastante, y esta falta de que le culpan, mejor me parece irresolución, que puede vencer si estamos juntos algún tiempo. Confirma mi esperanza un buen principio, y si esto me sale bien, seremos mucho tiempo buenos camaradas.

No se necesita sino tener ojos y callejear, para ver cuadros inimitables.

En el *Molo*, uno de los lugares más ruidosos de la ciu-

dad, vi ayer un polichinela batiéndose con un mono sobre un tablado, y detrás un balcón, donde una guapa moza esperaba la fortuna. Al lado del tablado del mono, un doctor maravilloso ofrecía sus arcanos contra todos los maleficios á la muchedumbre crédula. Si lo pintara Gerardo Dow, semejante cuadro haría las delicias de los contemporáneos y de la posteridad.

También hoy era la fiesta de San José, patrón de todos los *frittaruolen*, es decir, freidores, pero entiéndase de los más vulgares.

Como siempre, se elevan vivas llamas bajo negras ollas de aceite hirviendo; todos los tormentos del fuego son de su dominio. Anoche, y á causa de esto, habían adornado las fachadas de sus casas con cuadros lo mejor posible. Almas del Purgatorio y Juicios Finales flameaban en todas partes. Delante de las puertas había grandes sartenes, sobre hornillos contruídos á la ligera. Un muchacho trabajaba la masa; otro daba forma á las rosquillas y las echaba en la fritura hirviente. Ante la sartén, estaba un tercero provisto de su espeto pequeño; cogía los buñuelos conforme iban estando, y los pasaba al cuarto mozo, que en otro espeto los ofrecía á los circunstantes. Los dos últimos eran jóvenes, con pelucas rubias rizadas, que es aquí atributo de los ángeles. Algunas figuras más completaban el grupo, echaban vino á los trabajadores, lo bebían ellos mismos y gritaban recomendando la mercancía; ángeles y cocineros daban asimismo gritos; la gente afluíá, porque esta noche véndense las frituras más baratas y

hasta una parte de los ingresos se dedica á los pobres.

Cosas semejantes podría contarlas hasta lo infinito: suceden á diario; siempre algo nuevo y más insensato. Solamente la variedad de trajes que se encuentra en las calles y la muchedumbre de la calle de Toledo. Viendo entre el pueblo, se tienen muchas distracciones originales. Su naturalidad es tan grande, que á su contacto podría uno volverse natural. Tal es, entre mil, el polichinela, verdadero payaso nacional. Tal es el arlequín de Bergamo, el Hanswurst del Tirol. Polichinela es un servidor verdaderamente indolente, tranquilo, indiferente hasta cierto grado, casi haragán y, no obstante, gracioso. Y así encuéntranse doquiera mozos de posada y criados. El nuestro me ha divertido hoy de una manera especial, y no fué sino á causa de haberle mandado buscar papel y plumas. Algo por no entender bien, algo de cachaza, su buena voluntad y un poco de malicia, produjeron la escena más chistosa que en cualquier teatro podría representarse con buen éxito.

Nápoles, martes, 20 de Marzo de 1787.

El anuncio de una repentina erupción de lava que, invisible en Nápoles, corría hacia *Ottajano*, me animó á visitar tercera vez el Vesubio. Apenas llegado á su pie, en mi coche de dos ruedas y un caballo, cuando se presentaron aquellos dos guías que otras veces nos lle-

varan arriba. No quise dejar á ninguno, y los tomé, uno por costumbre y agradecimiento, el otro por confianza; ambos, para mi mayor comodidad.

Cuando llegamos á lo alto, uno de ellos se quedó cuidando los abrigo y los víveres; el más joven siguióme, y animosos nos metimos en el espantoso vapor que de la montaña, bajo del cráter, salía. Rodeámoslo descendiendo algo, y al fin, el cielo despejado, vi salir la lava de la tremenda nube de vapor.

Ya se puede oír hablar mil veces de una cosa; sólo viéndola se nos revela su carácter. La cinta de lava era estrecha, tal vez no pasaba de diez pies; pero su manera de correr tranquila, por una pendiente suave y lisa, sorprendía. Al enfriarse en los lados, formaba un canal que iba subiendo en altura, porque la materia fundida se endurecía asimismo bajo la corriente de fuego: ésta arrojaba á los lados las escorias flotantes en su superficie, y así, poco á poco, íbase formando el dique por donde corría la materia ígnea, como el riachuelo de un molino. Caminamos á lo largo de este dique considerablemente elevado, desde cuya altura caían á un lado y otro, isócronas, las escorias hasta nuestros pies. Desde algunos agujeros del canal podíamos ver la corriente de fuego, y al seguir descendiendo, también podíamos observarla desde arriba.

La luz clarísima del Sol oscurecía la del fuego; sólo se elevaba en el aire puro un poco de humo. Deseara acercarme al punto de la montaña donde la lava brotaba. Aseguraba mi guía que se formaba una especie de

bóveda ó tejado, sobre el cual había estado él muchas veces. Anhelando verlo y comprobar el hecho, volvimos á subir la montaña, á fin de llegar á aquel punto por detrás. Fué dicha encontrar el sitio despejado, aunque no del todo, merced á viva corriente de aire: en derredor nuestro manaba el vapor de miles de grietas. Luego descubrimos, al fin, la papilla endurecida y retorcida que formaba el techo, y avanzaba tanto, que nos impedía ver manar la lava debajo. Probamos hasta dar un par de docenas de pasos, pero el suelo se hacía cada vez más ardiente: vapor sofocante que oscurecía el sol, se arremolinaba sin cesar. El guía, que iba delante, volvióse, me agarró y nos separamos de aquel humo infernal.

Después que se hubieron restaurado nuestros ojos con la hermosa vista y nuestras fauces con un trago de vino, anduvimos la montaña toda, observando otros accidentes de esta boca del Averno, abierta en medio del paraíso. Observé solícito algunas aberturas, á modo de chimeneas volcánicas, que no echaban humo, sino aire inflamado. Vilas tapizadas de una materia estalactiforme, que, en figura de conos y mamelones, las reviste hasta arriba. Por las desigualdades de las chimeneas se encontraban, bastante á mano, muchos de estos productos del vaho, colgando hacia abajo, de manera que con nuestros bastones y una especie de ganchos que armamos, pudimos coger algunos. Ya en el comercio encontrara ejemplares con el nombre de lava, y ahora estoy contento de haber descubierto que

es un hollín volcánico, que deposita el vapor caliente y presenta indicios de los minerales volatilizados que contiene.

La magnífica puesta del sol de una tarde divina deleitóme, á la vuelta, sin dejar de sentir lo que turba el espíritu un contraste prodigioso. El paso de lo terrible á lo bello, de lo bello á lo terrible, lo anula y produce la indiferencia. Los napolitanos serían á la verdad otra suerte de hombres, si no se sintiesen enclavados entre Dios y Satán.

Nápoles 22 de Marzo de 1787.

De no impulsarme el carácter alemán y mi deseo, mejor al estudio y á la acción que á los goces, me detendría más tiempo en esta escuela de la vida fácil y alegre, y trataría de aprovecharlo. Sería delicioso si pudiese instalarme algo mejor. La situación de la ciudad, lo suave del clima, nunca serán bastante celebrados. Y es también casi lo único que los extranjeros disfrutan. Ciertamente que, quien se toma tiempo y tiene dinero y gusto, puede, aún aquí, formarse grande y buena instalación. Hamilton, como los afortunados, se ha creado una existencia magnífica, que goza en el crepúsculo de su vida. Las habitaciones que se hizo arreglar, á la inglesa, son deliciosas, y la vista de la sala de esquina, es única quizá. Debajo, el mar; enfrente, Capri; á la derecha,

Posilippo, y más cerca el paseo de *Villareale*; á la izquierda un antiguo edificio de Jesuítas; más lejos la costa de Sorrento, hasta el Cabo Minerva. Cosa igual sería difícil hallarla en Europa, por lo menos en el centro de una ciudad tan grande y populosa.

Hamilton es hombre de gusto universal, y después de haber recorrido todos los reinos de la Creación, ha llegado á una mujer hermosa, que es la obra maestra del gran artista.

Y después de todo esto, después de mil goces, las sirenas me llaman de la otra orilla, y si el viento es bueno, tal vez saldré al mismo tiempo que mi carta, ella para el Norte y yo hacia el Sur. El espíritu del hombre es indomable. A mí, sobre todo, fáltame espacio. Actualmente, mi objeto más bien debe ser la observación rápida que la persistente. Que alcance sólo la punta del dedo; ¡ya me haré dueño de la mano entera pensando y oyendo!

Cora rara; un amigo estos días me recuerda *Wilhelm Meister* y me pide su continuación. No me sería posible bajo este cielo, pero tal vez su influencia se deje sentir en los últimos libros. ¡Ojalá pueda mi existencia adquirir, para esto, el desenvolvimiento necesario, crecer el tallo, y las flores abrirse más ricas y hermosas! En verdad, mejor sería no volver á mi patria si no he de ser un hombre nuevo.

Hoy hemos visto en venta un cuadro del Correggio; no en perfecto estado, pero conservado el sello feliz de la gracia. Representa la Madre de Dios y el Niño, en el momento en que éste vacila entre el pecho y unas peras que le presenta un angelito. Quiere decir que es un destete de Cristo. Me parece la idea delicadísima, la composición movida, feliz y natural, deliciosamente ejecutada. Recuerda, desde luego, las bodas de Santa Catalina, y me parece, sin duda ninguna, de la mano del Correggio.

Nápoles, viernes, 23 de Marzo de 1787.

Mis relaciones con Kniep se han arreglado y fijado de manera práctica. Estuvimos juntos en Pœstum, donde se ha mostrado, así como á la ida y á la venida, muy activo dibujante. Trajimos los croquis más hermosos. Ahora se alegra de esta vida de trabajo y de actividad, en la que revela un talento que él mismo apenas se conocía. El trabajo exige decisión, y es en ello donde se muestra su práctica clara y neta. Nunca deja de rodear, cuidadoso, de un cuadrado rectangular el papel en que dibuja; encuentra tanto gusto en afilar una y otra vez los mejores lápices ingleses, casi como en el propio dibujo; así que sus contornos no dejan nada que desear.

Nuestro arreglo fué el siguiente: De hoy en adelante

viviremos y viajaremos juntos, sin que él se preocupe de otra cosa sino es de dibujar, conforme aconteció estos días. Todos los croquis me pertenecen; pero á fin de que á nuestra vuelta siga teniendo en qué ocuparse, ejecutará para mí, hasta el completo de cierta cantidad, una serie de asuntos escogidos. Su habilidad y la importancia de las vistas que se tomen harán el resto. El arreglo me gusta en extremo, y ahora ya puedo dar cuenta sucinta de nuestra excursión.

Sentados en el ligero cochecito de dos ruedas, llevando las riendas él y yo alternando, con un buen muchacho bastante rudo en pie, detrás de nosotros, cruzamos un país admirable que Kniep saludaba con ojos de pintor. Llegamos á un desfiladero que se pasa por la más hermosa carretera, orillando rocas y bosques magníficos. Al fin Kniep no se pudo contener en las cercanías de *Alla Cava*, y fijó en el papel el diseño de una soberbia montaña, que enfrente se recortaba en el fondo del cielo, sin omitir las laderas ni el pie de la eminencia. Los dos nos regocijamos como del comienzo de nuestro contrato.

A la tarde, se tomó una vista del mismo género desde la ventana de Salerno, la cual me dispensará de describir un país único en su fertilidad y encanto. ¿Quién no se hubiera complacido en estudiar aquí, cuando la Universidad florecía?

De mañana y muy temprano rodó nuestro coche en caminos no hechos, á menudo pantanosos, hasta un par de montañas de hermosa forma. Atravesando ría-

chuelos y charcos, llegamos á un sitio donde búfalos que parecían hipopótamos, nos miraban con ojos feroces, color de sangre.

El país cada vez más llano y desierto. La escasez de habitaciones daba idea de la pobreza rural. Al fin, no sabiendo si atravesábamos ruinas ó peñascos, pudimos reconocer, en unas masas de piedra largas, cuadrangulares, que viéramos de lejos, los restos de templos ó monumentos que quedaban de un pueblo, en otro tiempo opulento. Kniep, que ya en el camino dibujara las dos pintorescas montañas calizas, se buscó al momento un punto de vista, desde donde pudiese tomar bien el carácter de esta localidad, en absoluto antipictórica.

Mientras tanto, guiándome de un hombre del país, recorrí las construcciones. La primera impresión sólo produce sorpresa. Me encontré en un mundo del todo extraño; pues así como los siglos se forman pasando de lo severo á lo risueño, así forman al hombre que llevan consigo y así lo producen. Ahora, nuestros ojos y con ellos todo nuestro ser interno, se sienten impulsados hacia una arquitectura más esbelta, de tal suerte, que estas masas de columnas truncadas, cónicas, macizas, aglomeradas, nos son repulsivas y nos parecen horribles. Sin embargo, volví en mí pronto; me acordé de la Historia del Arte; pensé en el tiempo cuyo espíritu tenía esta arquitectura por mesurada; me representé el estilo severo de la plástica, y en menos de una hora sentíme familiarizado. Di gracias al genio que me permitió ver, por mis propios ojos, estos restos tan bien

conservados, y que ningún dibujo puede dar idea de ellos, pues en un plano arquitectónico parecen más elegantes, y en perspectiva, más pesados de lo que son. Sólo cuando se circula entre ellos se les comunica verdadera vida. Siéntese salir esta de su masa, según la idea que se propuso el arquitecto que los creó. Así pasó todo el día, durante el cual no cesó Kniep de proveernos de bocetos fieles. ¡Qué contento estaba yo de verme sin cuidados por ese lado y de adquirir tan eficaz ayuda para la memoria! Fué desgracia no haber medio alguno de pernoctar; tuvimos que retroceder á Salerno, y á la mañana siguiente volvimos temprano á Nápoles. El Vesubio vese del lado opuesto, en la más fértil de las comarcas; el camino en primer término, con dos filas de álamos piramidales, de tamaño colosal, era igualmente delicioso cuadro, del que gozamos en una parada corta.

Llegamos luego á la altura, y ante nosotros se presentó la vista más admirable y grandiosa. Nápoles en su esplendor, con su caserío extendido muchas millas á lo largo de la orilla, baja del golfo. Los cabos, lenguas de tierra, los muros de rocas, las islas después, y detrás el mar. Era un encanto semejante vista.

Una voz salvaje, mejor grito de júbilo ó ahullido de alegría, del muchacho que iba de pie en la trasera del coche, me asustó turbándome. Volvíme para reprenderle con acritud; todavía no oyera palabra dura de nosotros, porque era un buenísimo muchacho.

Al principio quedó tan sereno; pero luego me tocó

suavemente en el hombro, extendió entre nosotros su brazo derecho con el índice levantado, y dijo: *¡Signor, perdónate, questa é la mia patria!* Esto traducido quiere decir: «¡Señor, perdóneme: esta es mi patria!» Segunda vez me sorprendió. ¡Este pobre hijo del Norte, sintió en sus ojos algo parecido á lágrimas!

Nápoles 25 de Marzo, día de la Anunciación.

Aunque sabía que Kniep iba de buena gana conmigo á Sicilia, no desconocía que algo dejaba de mala gana en Nápoles. Su franqueza no me ocultó mucho tiempo que tenía una novia á quien era fiel. La historia del principio de estos amores interesaba; el comportamiento de la joven, hasta este momento, respondía de ella: faltaba que yo viese lo bonita que era. Tomáronse disposiciones al efecto y de manera que pudiese, al mismo tiempo, gozar una de las mejores vistas de Nápoles. Llévome á la azotea de una casa desde donde podía verse entera la parte baja de la ciudad, hacia el *Molo*, el Golfo y la costa de Sorrento: todò lo que quedaba, á la derecha, desaparecía de la manera más singular, como no es fácil ver sin estar en aquel punto. Nápoles es en todas partes bello y magnífico.

Mientras admirábamos la localidad, levantóse no vista, aunque esperada, sobre el nivel del piso, una cabeza muy bonita, pues á la terraza daba una abertura

cuadrilonga que cerraba una trampilla, única entrada de estas plataformas. Y cuando el angelito aquél se hubo mostrado por completo, recordé que los antiguos pintores representan así la Anunciación de María, pues el ángel sale también de una trampa. Este ángel tenía de veras hermosa figura, cara bonita y maneras amables y naturales. Me alegré de ver feliz á mi nuevo amigo bajo tan espléndido cielo y á la vista del más hermoso país del mundo. Después que se hubo retirado me confesó él que había soportado hasta entonces una pobreza voluntaria, porque así gozaba, á la vez, en su amor y aprendía á conocer y estimar sus gustos moderados. Ahora, sus perspectivas mejores de situación más deshaogada, éranle de más valor, precisamente porque de ese modo podía prepararle á ella días mejores.

Después de tan agradable aventura fui á pasearme á orillas del mar, silencioso y complacido. Allí tuve una buena inspiración sobre cosas de Botánica. Hacedme el favor de decir á Herder, que pronto habré concluído con las plantas primitivas. Sólo temo que no haya quien quiera reconocer en ellas el resto del reino vegetal. Mi famosa doctrina de los Cotyledones es tan sublimada, que difícilmente se podrá ir más lejos.

Nápoles 26 de Marzo de 1787.

Mañana irá esta carta, y el juéves 29 saldré al fin para Palermo en la corbeta que, ignorante de las cosas del mar, he elevado en mis anteriores á la categoría de fragata. La duda entre si debía ir ó quedarme, hizo intranquila una parte de mi estancia aquí: ahora que me he decidido, la cosa va mejor. Dado mi modo de sentir, este viaje es saludable y hasta necesario. La Sicilia me muestra el Asia y el Africa, y no es una pequeñez estar en el punto admirable donde convergen tantos radios de la historia del mundo.

He tratado á Nápoles según su propia manera. No estuve nada laborioso; sin embargo, he visto mucho y me he formado idea de la tierra y del estado de sus habitantes. A mi vuelta recogeré todavía algo, pero algo solamente, pues antes del 29 de Junio tengo que estar en Roma. Si dego la Semana Santa, por lo menos tengo que celebrar allí el día de San Pedro. Mi viaje á Sicilia no debe separarme demasiado de mis primeros proyectos.

Anteayer tuvimos fuerte borrasca, acompañada de truenos, relámpagos y chubascos; ahora se ha vuelto á despejar, y sopla admirable *tramontana*; si continúa, es seguro muy rápido viaje.

Ayer fuí con mi compañero á ver nuestro barco y visitar el camarote que vamos á tener. Faltábame conocer lo que es un viaje por mar. Esta pequeña travesía, que no es quizá sino una navegación costera, ayudará

mi imaginación y me ensanchará el mundo. El capitán es joven y alegre; el buque, muy bonito y limpio, construido en América, y buen velero.

Todo comienza á estar verde; en Sicilia lo estará todavía más; cuando reciban ustedes esta carta, estaré en mi viaje de vuelta y habré dejado á Trinacria detrás de mí. Así es el hombre; siempre saltando hacia adelante ó hacia atrás, con sus pensamientos. Todavía no he estado allí, y ya me encuentro de vuelta al lado vuestro. No tengo la culpa del desórden de esta carta. Me interrumpen á cada momento, y no obstante, quisiera llenar el pliego hasta el fin. Acaba de visitarme el marqués de Berío, joven que parece saber mucho. Quería conocer al autor del *Werther*. En general muestran mucho interés y gusto por el saber y el estudio. No hay más sino que son demasiado felices para seguir el camino verdadero. Si tuviese más tiempo, de buena gana se lo dedicaría. Estas cuatro semanas, ¡qué son, comparadas al torbellino de la vida! Ahora, adios quedad. En este viaje aprendo á viajar: si aprendo á vivir, no lo sé. Los hombres que parecen entenderlo, son muy distintos de mí en su manera de ser, para que yo pueda aspirar á aquel talento.

¡Adios, y amadme, conforme pienso en vosotros de corazón!

Nápoles 28 de Marzo de 1787.

Todos estos días se pasan en hacer equipajes y despedidas, arreglos y cuentas, y en completar y preparar cosas; así, los he perdido por entero. El príncipe de Waldeck, al despedirme de él, me ha intranquilizado de nuevo, pues habla nada menos que de ir á Dalmacia y Grecia á nuestra vuelta. Cuando se lanza uno á la sociedad y se compromete con ella, tiene que guardarse, si quiere no dejarse arrastrar y aun extraviarse. No soy capaz de añadir una sílaba.

Nápoles 29 de Marzo.

Desde hace algunos días el tiempo estaba inseguro; hoy, el destinado á la salida, no puede estar más hermoso. La *tramontana* favorable; un cielo soleado, bajo el cual se desea ir mundo adelante. Vuelvo á enviar mi despedida afectuosa á todos los buenos amigos de Weimar y de Gotha. Vuestro cariño me acompañe; siempre me será necesario. Esta noche' soñé que me encontraba en mis habituales ocupaciones. Parece que mi barca de faisanes no podrá atracar sino en vuestras tierras. ¡Ojalá vuelva con rico cargamento!

SICILIA.

En el mar, jueves, 29 de Marzo.

No tuvimos, al igual de la última salida del paquebot, favorable y fresco viento del Noroeste, sino flojo y del Sudeste, lo más contrario, y así, aprendimos cómo el navegante depende del capricho del viento y del tiempo.

Pasamos toda la mañana impacientes, unas veces en la orilla del mar, otras en el café. Al medio día nos embarcamos y gozamos de una vista magnífica y de admirable tiempo.

La corbeta estaba anclada no lejos del *Molo*. El sol claro, la atmósfera vaporosa, sombreaba del más hermoso azul las rocas de Sorrento; en Nápoles, animado y lleno de luz, resplandecían todos los colores. Sólo á la puesta del sol se movió lentamente el barco. El

viento contrario nos llevó hacia Posilippo y más allá de su punta. Toda la noche navegamos tranquilos. El buque, muy velero, fué construído en América; tiene camarotes y camas separadas. La sociedad es honesta y divertida; una compañía de ópera y baile que va contratada á Palermo.

En el mar, viernes, 30 de Marzo.

Al amanecer nos encontramos entre Ischia y Capri, cerca una milla de esta última. El sol se levantaba espléndido detrás de los montes de Capri y del Cabo Minerva. Kniep dibujaba sin descanso los contornos de la costa y las islas, y sus diversos aspectos. La lentitud del andar favorecía su trabajo. Continuamos á un medio viento flojo. El Vesubio desapareció de nuestra vista á eso de las cuatro, cuando aún se divisaban Cabo Minerva é Ischia. También éstas se perdieron hacia la noche. El sol se sumergió en la mar, acompañado de nubes y de una faja de arreboles que se extendía algunas millas. Kniep dibujó este fenómeno. No se veía ya tierra alguna: alrededor del horizonte un círculo de agua, la noche clara y hermosa, iluminada por la luna.

Sin embargo, pocos momentos pude gozar tan admirable espectáculo. El mareo se apoderó de mí. Tuve que quedarme en mi cámara, eligiendo la posición horizontal, alimentándome de pan blanco y vino tinto por

toda comida y bebida, y me sentí completamente á gusto.

Separado del mundo exterior, dejé la acción al interno, y como era de prever un viaje lento, para entretenirme y aprovecharlo, di al pensamiento rudo trabajo. De todos mis papeles no llevara sino los dos primeros actos del *Tasso*, escritos en prosa poética. El plan y el desarrollo actuales, compuestos ya diez años antes, tenían algo nebuloso y débil que perdieron pronto, cuando, siguiendo la nueva idea, di preeminencia á la forma é introduje el ritmo.

En el mar, sábado, 31 de Marzo.

El sol salió claro del mar. A las siete encontramos un barco francés, que saliera dos días antes que nosotros; tanto le ganábamos en velamen, y no obstante, aún no veíamos el fin del viaje. Díonos cierto consuelo la isla de Ustica; mas quiso la adversa suerte que la viésemos á la izquierda, debiendo dejarla, como la de Capri, á la derecha. Al mediodía teníamos viento enteramente contrario, y no nos movimos del sitio. La mar empezó á ponerse gruesa, y en el barco casi todos estaban enfermos. Permanecí en mi postura acostumbrada, repasando en el pensamiento mi obra entera. Las horas habrían corrido sin que advirtiese su curso, si el pícaro de Kniep, sobre cuyo apetito no tenían influencia al-

guna las olas, al traerme, de vez en cuando, mi pan y mi vino, no me hubiese ponderado con malicia la excelente comida, la alegría y la gracia del hábil capitán, y su disgusto de que yo no pudiese disfrutar mi parte. Hasta la transición de la broma y la alegría al desagradable mareo en que uno á uno fueron cayendo los pasajeros, dábale asunto para las pinturas más picarescas.

A las cuatro de la tarde cambió el capitán el rumbo del buque. Desplegaron las velas grandes y dirigieron el timón en derechura á la isla de Ustica, detrás de la que divisamos, alegres, la montaña de Sicilia. El viento mejoró, y navegamos más de prisa. Todavía vimos algunas islas. La puesta del sol fué nublada y la luz del cielo veláronla nieblas. Toda la noche tuvimos viento bastante favorable. Hacia las doce comenzó á alterarse el mar.

En el mar, domingo, 1.º de Abril de 1787.

Hacia las tres de la mañana, recia tempestad. Entre dormido y despierto continué mis planes dramáticos, mientras había en el puente gran movimiento. Tuvieron que aferrar las velas; el buque se balanceaba en las altas olas. Al abrir el día, cedió la borrasca; la atmósfera se aclaró. Teníamos ahora la isla de Ustica por completo á la izquierda. Mostráronnos una gran

tortuga nadando á lo lejos, y gracias á los anteojos la vimos bien, semejante á un punto vivo. Al mediodía pudimos distinguir clarísima la costa de Sicilia, sus promontorios y bahías; pero deriváramos mucho con el viento, y tuvimos que bordear. A la tarde nos encontráramos cerca de la orilla. La costa Oeste, desde el Cabo Silibeo hasta el Cabo Gallo, veámosla á maravilla, merced al tiempo claro y al resplandeciente sol.

Una bandada de delfines, á ambos lados de la proa, lanzándose de continuo adelante, seguían al barco en su marcha. Era bonito verlos nadar, unas veces dentro de las olas transparentes, y otras saltar sobre el agua con su lomo de púas, sus aletas y sus costados, que semejaban verde y oro.

Situados muy debajo del viento, puso el capitán el timón á una bahía, detrás del Cabo Gallo. Kniep no perdió la ocasión, dibujando los más variados aspectos detalladamente. Al ponerse el sol, gobernó de nuevo á alta mar, navegando al Norte, á fin de ganar la altura de Palermo. Subí muchas veces á cubierta sin separar del pensamiento mis trabajos poéticos, y así conseguí hacerme dueño de toda la obra. En cielo nublado, luna clara: el reflejo bellísimo en el mar. Los pintores, en aras del amor al efecto, nos hacen creer á menudo que el reflejo de la luz del cielo en el agua tiene su mayor anchura cerca del observador, donde reside la mayor energía; aquí vese en el horizonte su parte más ancha, que á manera de pirámide, termina en las ondas próxi-

mas del barco. El capitán, durante la noche, cambió algunas veces la maniobra.

En el mar. Lunes, 2 de Abril de 1787,
á las nueve de la mañana.

Nos encontramos frente de Palermo. Brilla para mí alegre la mañana. El plan de mi drama ha prosperado mucho en el vientre de la ballena: me encuentro bien, y puedo ya, desde el puente, observar atento la costa de Sicilia. Kniep dibuja sin descanso, y merced á su acostumbrada exactitud, muchas bandas de papel se convierten en recuerdos muy preciosos del tardío arribo.

Palermo 2 de Abril de 1787.

A duras penas llegamos por fin á las tres de la tarde al puerto, donde se nos ofreció admirable espectáculo. Completamente restablecido, sentí el mayor placer. La ciudad está al Norte, situada al pie de altas montañas. Encima de ella, á la hora en que estábamos, el sol nos enviaba sus rayos, y teníamos delante el lado de sombra de todos los edificios que el reflejo iluminaba. A la derecha, *monte Pellegrino*; en toda luz sus elegantes formas. A la izquierda, la gran extensión de costa que se

interna con sus bahías, sus lenguas de tierra y sus promontorios. Lo que de lejos hacía delicioso efecto era el verde tierno de esbeltos árboles, cuyas copas, iluminadas por detrás, se mecían delante de los edificios sombríos, como grandes masas de gusanos de luz vegetales. Un vapor tenue hacía azuladas las sombras.

En lugar de saltar en tierra impacientes, permanecemos en el puente hasta que nos echaron. ¿Dónde hubiéramos podido encontrar tan pronto punto de vista semejante, momento tan feliz?

Penetramos en la ciudad atravesando la admirable puerta, compuesta de enormes pilares, que no puede cerrarse por arriba, á fin de que el carro-torre de Santa Rosalía, en su célebre fiesta, pueda pasar debajo; y enseguida, tomando á la izquierda, entramos en una gran hospedería. El hiesped, hombre viejo y agradable, de antiguo acostumbrado á ver extranjeros de todas las naciones, nos llevó á una espaciosa cámara, desde cuyo balcón veíamos la mar y la rada, la montaña de Santa Rosalía y la orilla del mar, así como nuestro barco, pudiendo juzgar del primer punto de vista. Con el gusto de la situación de la sala, apenas notamos en el fondo una alta alcoba que ocultaba cortinas, donde había amplísima cama, ostentando baldaquino de seda que hacía juego con el resto del antiguo y majestuoso mobiliario. Habitación de tanto lujo nos puso casi en un compromiso, y siguiendo nuestra costumbre, pedimos al hiesped ajuste previo. El viejo contestó que no hacía falta. Deseaba que estuviésemos á gusto. Podíamos

igualmente servirnos de la antesala, ventilada y fresca, contigua á nuestro cuarto, con muchos balcones que le daban alegría.

Encantáronnos las variadas vistas y tratamos de tomarlas aisladamente á lapiz ó pintura, que había cosecha ilimitada para la mirada del artista.

Anochecido, la clara luz de la luna nos llevó de nuevo á la rada, y de regreso en casa, todavía nos tuvo mucho tiempo en el balcón. La iluminación era maravillosa; la calma y la belleza grandes.

Palermo, martes, 8 de Abril.

Lo primero que hicimos fué observar de cerca la ciudad, muy fácil de ver y muy difícil de conocer: fácil, porque la atraviesa, desde la puerta de abajo á la de arriba, desde el mar hasta la colina, una calle de una milla de largo, cortada por otra que la cruza casi en el medio; cuanto hay en esta línea es fácil de encontrar. Al contrario, el interior de la ciudad extravía al extranjero, necesitando ayuda de un guía si ha de salir de aquel laberinto.

A la tardecita dirigimos nuestra atención á la fila de carruajes de la nobleza que salía á paseo, según costumbre, fuera de la ciudad, orillas de la rada, para tomar el fresco, conversar y hacer la corte á las damas.

Dos horas antes de la noche saliera la luna llena, y

daba á aquel día inexplicable magnificencia. La posición de Palermo, al Norte, hace que la ciudad y las costas estén de una manera muy singular en relación á los astros, cuyo reflejo nunca se ve en las aguas. Por esta misma causa, hoy, en lo más claro del día, vimos la mar de un azul oscuro severo y absorbente, mientras que en Nápoles, desde el medio día en adelante, cada vez brilla más clara, más aérea y hasta más lejos.

Kniep me ha dejado desde hoy hacer solo muchas observaciones y paseos solitarios, porque quiere hacer un diseño exacto del monte Pellegrino, el promontorio más hermoso del mundo.

Resumiremos algo suplementario y familiar.

Salimos de Nápoles el jueves 29 de Marzo, al ponerse el sol, y anclamos en el puerto de Palermo cuatro días después, á las tres de la tarde. Un pequeño diario, que es adjunto, da cuenta general de lo ocurrido. Jamás hice un viaje tan tranquilo; nunca he pasado más sosegado tiempo que durante el que se ha prolongado, gracias al persistente viento contrario, aun en la cama de mi angosto camarote, donde la fuerza del mareo obligóme á quedarme los primeros días. Ahora mi pensamiento os busca tranquilo, más allá de los mares, y tranquilo estoy, porque si algo divino esperaba, era este viaje.

Quien no se haya visto rodeado de mar, no tiene idea alguna del mundo ni de su relación con él. Como paisa-

jista, esta simple, inmensa línea, me ha inspirado pensamientos enteramente nuevos.

Hemos tenido, conforme las indicaciones del diario, grandes mudanzas en tan corto viaje, y en pequeño, sufrimos el destino del navegante. Nunca se alabará bastante la seguridad del paquebot y su comodidad. El capitán es hombre agradabilísimo y muy inteligente. La compañía, la de un teatro entero; gentes bien educadas y aceptables. Mi artista es muchacho alegre, sincero y bueno, que dibuja siempre atento. Hizo el croquis de todas las islas y costas á medida que se presentaban: mucho ha de gustar á ustedes todo, si lo llevo. Además, deseando acostarme las largas horas del prolongado viaje, escribíome el procedimiento de la pintura á la aguada,—*aquarella*,—ahora muy en boga en Italia. Consiste en el uso de ciertos colores para obtener ciertos tonos, que, sin saber el secreto, nunca se conseguirían. Algo aprendiera en Roma, más sin orden. Los artistas estudiáronlo á fondo en la tierra de Italia. No hay palabras que puedan expresar la claridad vaporosa que flotaba sobre la costa la hermosísima tarde que llegamos á Palermo. La pureza de los contornos, la suavidad del conjunto, la degradación de los tonos, la armonía del cielo, mar y tierra. Quien lo ha visto, no lo olvida en toda su vida. Ahora comprendo á Claudio de Lorena y tengo la esperanza de conservar, en el fondo de mi alma, las felices imágenes de esta morada, y un día reproducirlas en el Norte. ¡Si pudiera despojarme de todas las pequeñeces, según he desterrado de mis dibujos la pe-

queñez de los techos de paja! Veremos lo que hace esta reina, de las Islas.

No puedo expresar la recepción que nos hizo: morenas con su tierno follaje, laureles-rosa de hoja perenne, espaldares de limoneros, etc. En un jardín público hay arriates anchos llenos de ranúnculos y de anémonas. El aire es tibio y aromático, el viento suave. La luna se elevaba detrás de un promontorio y resplandecía en la mar. ¡Y este placer después de haber estado cuatro días y cuatro noches traqueteando por las olas! Perdonadme que escriba esto con una pluma roma, mojada en la tinta china de que se sirve mi compañero para sus dibujos. Llégueles al menos cual un susurro, mientras preparo á cuantos me aman otro monumento de mis horas felices. Lo que será no lo digo; lo que contendrá tampoco, ni puedo decir cuándo lo recibiréis

Este pliego, amados míos, debía asociaros, cuanto es posible á tanta distancia, al placer más bello; debería describiros lo incomparable de la gran masa de agua que forma este golfo. Del Este, allí donde un promontorio más bajo avanza en la mar, hasta las rocas abruptas bien dibujadas y arboladas, las viviendas de los pescadores del arrabal, después la ciudad misma, cuyas primeras casas dan al puerto, al igual de la nuestra, y la puerta que nos sirvió de ingreso. Luego diríjese al Oeste formando la dársena de las embarcaciones pequeñas, y el puerto propiamente dicho, cerca del Molo, sitio apropiado á los buques grandes. Allá al Oeste se levanta, protegiendo á todos los barcos, el Monte Pellegrino.

no, de bellas formas, dejando entre él y la verdadera tierra firme, delicioso y fértil valle que se extiende del otro lado hasta el mar.

Kniep dibujaba, yo bosquejaba; ambos trabajamos gustosos, y de regreso en casa, ya no tenemos valor ni fuerza de continuar ni de acabar. Nuestros croquis tienen que quedar así esperando futuros tiempos, y la presente os da simple testimonio de nuestra impotencia para tomar bien los objetos, ó mejor, de nuestra pretensión de dominarlos en tan corto tiempo.

Palermo, miércoles, 4 de Abril.

Esta tarde visitamos el fértil y agradable valle donde serpentea el río Oreto, que de las montañas del Sur baja á Palermo. Hace falta ojo de pintor y mano ligera si se quiere buscar aquí un cuadro, y no obstante, Kniep ha encontrado el punto de vista de la caída del agua detenida, saltando una presa medio arruinada, á la que da sombra alegre grupo de árboles; detrás, subiendo el valle, tiene perspectiva y algunas casas pintorescas.

El más hermoso tiempo primaveral y una fertilidad exuberante comunicaban al valle sentimiento de paz vivificadora, que la sabiduría del majadero guía echó á perder, contándonos circunstanciadamente la batalla que en aquel lugar y en remoto tiempo diera Anibal, y los terribles hechos de guerra allí acontecidos. Malhu-

morado reprendíle por evocar semejantes fantasmas pasados.

—Bastante malo es, díjele, que de vez en cuando destruyan las cosechas, no elefantes, sino caballos y hombres. No se debe arrancar á la imaginación de sus sueños pacíficos, relatando horrores trasañados.

Maravillóse mucho de que yo, en semejante paraje, rechazase este pensamiento clásico, y no pude hacerle comprender el efecto de la mezcla de lo pasado y lo presente.

Todavía más extraordinario hube de parecerle viéndome buscar piedras en todas las partes que el río dejara en seco, y guardarme algunas de cada clase. Menos entendió todavía que la manera más pronta de formarse idea de un país montañoso es examinar las piedras que ruedan á los riachuelos, y que es asimismo la clave para representarse, entre las ruinas, aquellas siempre clásicas alturas de la antigüedad terrestre.

Rico botín acopí en el Oreto: traje unas cuarenta piedras reducidas á pocas especies. La mayoría se podrían clasificar de jaspe, ágata ó arcilla esquistosa. Las hallé unas veces en cantos rodados, otras en piedras informes, y otras en figura romboidal, de variados colores. Más lejos aparecieron muchas variantes de la antigua cal; no menos brechas, cuya materia de unión era ella misma; reconocíanse en las piedras aglomeradas el jaspe ó la caliza. Tampoco faltaban cantos formados de cal de conchas.

Alimentan los caballos de cebada, paja cortada y sal-

vado. En la primavera les dan forrage de cebada verde para refrescarlos, *per rinfrescar*, según ellos dicen. No habiendo praderías, carecen de heno. En los montes y en los campos hay algunos pastos, y la tercera parte de aquéllos queda en barbecho. Tienen pocas ovejas, cuya raza viene de Berbería. En general abundan las mulas; que á los caballos no les conviene tanto el alimento del país.

Forma la llanura de Palermo la parte de fuera nombrada *Ai Colli* y algo de la *Bagaria*, un terreno cuya base es una caliza fosilífera, de la que se ha construido la ciudad. Así son frecuentes grandes canteras abiertas en estos lugares. En la proximidad de Monte Pellegrino hay una que tiene cincuenta piés de profundidad. Las capas más bajas son blancas. Vense petrificaciones de corales, crustáceos, y en particular conchas de peregrino. La capa superior, mezclada de arcilla roja, contiene pocas ó ninguna concha, y la externa, delgada, es también de la propia arcilla roja. El monte Pellegrino se levanta sobre todo esto: es una caliza antigua muy porosa y dividida, que, mirada de cerca, aunque muy irregular, sigue la dirección del banco. La piedra es compacta y sonora.

Palermo, jueves, 5 de Abril.

Hemos recorrido la ciudad al detalle. La arquitectura, en su mayor parte, se parece á la de Nápoles; hay, no obstante, monumentos públicos, por ejemplo fuentes, aún más alejadas del buen gusto. No existe, como en Roma, espíritu del Arte, que rije el trabajo. Sólo á causa de accidentes y articulares llegan las obras arquitectónicas á tener forma y vida. Difícilmente existiría una fuente admirada de todo el pueblo de la isla, si no hubiese en Sicilia hermosos mármoles coloridos, y si un escultor, hábil en figuras de animales, no hubiese estado de moda en aquella época. Es difícil describirla. En una mediana plaza hay una obra de arquitectura redonda que no llega á la altura de un piso. Zócalo, paredes y cornisa, todo de mármoles de colores. En la pared háy una fila de hornacinas, de donde salen toda suerte de cabezas de animales en mármol blanco, con el cuello tendido, mirando afuera. Caballo, león, camello, elefante, mezclados unos á otros, y apenas se puede uno figurar detrás del círculo de esta *menagería* una fuente, á la que se sube por escalerillas de mármol, colocadas en intersticios, dejados á propósito, en los cuatro lados, para coger el agua, que corre abundante.

Algo parecido sucede á las iglesias, donde el estilo fastuoso de los jesuitas todavía lo sobrepaja, sin principios ni miras, sino al acaso, conforme el artífice, tallista, dorador, colorista, barnizador ó marmolista, tuvo á bien hacerlo á su antojo, según le vino á las mientes,

sin dirección ni gusto. Así y todo, nótese facilidad en imitar las cosas naturales; tal sucede á aquellas cabezas de animales, bastante bien trabajadas. Esto despierta la admiración en las gentes cuyo goce artístico consiste sólo en encontrar la copia parecida al original.

Conocí á la tarde una persona muy distinguida entrando en una tienda de la Calle Grande, para comprar algunas pequeñeces. Mirando los objetos, comenzó á soplar un vientecito que, barriendo toda la calle, levantó un polvo infinito, del que participaron por igual tiendas y ventanas.

—Por todos los Santos,—exclamé,—dígame usted de dónde dimana semejante falta de limpieza de su ciudad, y si no se podría remediar. Esta calle compite en extensión y belleza con el Corso de Roma. A los lados hay aceras que los vecinos y los mercaderes cuidan de limpiar, arrojando todas las basuras al arroyo, que cada vez se ensucia más y á cada golpe de viento devuelve á ustedes las inmundicias que echaron. En Nápoles hay asnos ocupados en llevar á diario las basuras á las huertas y á los campos. ¿No podría hacerse aquí algo semejante?

—Entre nosotros las cosas son como son;—afirmó el hombre:—lo que arrojamos de nuestras casas, se pudre todo junto, delante de nuestras puertas. Ahí vé usted capas de paja y de mimbres, de mondaduras de cocina y de toda suerte de inmundicias; se seca reunido y nos vuelve á entrar en figura de polvo, del cual nos defendemos todo el día. Pero mire usted, las escobas boni-

tas, delicadas y hacendosas, se usan al fin y al cabo, sin hacer más que aumentar el polvo delante de nuestras casas.

Y tomándolo en chanza me decía la verdad. Tienen lindas escobitas de palma enana, que con pequeñas modificaciones podrían servir de abanicos; se gastan pronto, y las usadas se ven á miles en la calle. A mi reiterada pregunta de si no habría algún arreglo, contestó que corría la voz entre el pueblo que precisamente aquellos que debían cuidarse de la limpieza no podían, á causa de su grande influencia, verse obligados á hacer que los dineros públicos se gastasen conforme era debido, y además, había la notable circunstancia que se temía, echando fuera el polvo de este estercolero, descubrir el descuido del empedrado, con lo cual se probaría la administración ilegal de otra caja.

—Todo ello,—añadió con expresión burlona,—no son sino suposiciones y malos pensamientos.

Él era de la opinión de aquellos que aseguran que los nobles conservan debajo de sus carrozas esta capa blanda, para hacer cómodamente, sobre un suelo elástico, su acostumbrado paseo todas las tardes. Y una vez que el hombre estaba en vena, tomó en broma otros muchos abusos de policía urbana, dándome la prueba consoladora de que el hombre siempre tiene bastante humor para divertirse con lo inevitable.

Palermo, viernes, 6 de Abril.

Santa Rosalía, patrona de Palermo, es tan conocida por la descripción que Boydone hizo de su fiesta, que de seguro agradará á mis amigos leer algo del lugar y el sitio donde en particular se la venera. *El Monte Pellegrino*, gran masa de piedra, más ancha que alta, elévase al extremo Noroeste del Golfo de Palermo. Su hermosa forma no puede describirse con palabras. Hay una vista suya, muy fiel, en el *Voyage pittoresque de la Sicile*. Se compone de una piedra caliza gris de la época primitiva. Las rocas hállanse del todo desnudas; no crece en ellas árbol ni maleza; apenas la parte llana está cubierta de musgo y hierba.

En una caverna de este monte se descubrieron, al principio del siglo pasado, los huesos de la Santa, y trajéronse á Palermo. Su presencia libró de la peste á la ciudad, y Rosalía, desde aquel momento, fué la Santa protectora del pueblo. Se le construyeron capillas, y establecieron en honor suyo espléndidas festividades.

Los devotos subían animosos la montaña y se construyó, á gran coste, un camino que, como un acueducto, se sostiene sobre pilastras y arcos, y sube en zig-zag entre dos peñas.

El sitio consagrado está más de acuerdo con la humildad de la Santa que buscó allí refugio, que las suntuosas fiestas que los hombres establecieron, honrando su completo alejamiento del mundo. Y tal vez toda la cristiandad, que desde hace diez y ocho siglos funda su im-

perio, su fausto y sus diversiones en la miseria de sus primeros fundadores y de sus confesores más ardientes, no puede mostrar lugar santo decorado y honrado de manera más sencilla y conmovedora.

Luego de subida la montaña se encuentra una esquina de roca, y se ve enfrente una pared escarpada en la que la iglesia y el convento parecen incrustados.

El exterior de la iglesia no convida ni promete: abre uno la puerta sin esperanza, pero se queda maravillosamente sorprendido al entrar. Encuéntrase espacioso pórtico que corre á lo ancho de la iglesia, abierto contra la nave. Hay en él las acostumbradas pilas de agua bendita y algunos confesionarios. La nave de la iglesia es un patio abierto, formado á la derecha por rocas escuetas, y á la izquierda por la continuación del pórtico. Está empedrada de losas algo pendientes, para facilitar el desagüe; y en el centro próximamente, hay una fuentecita.

La caverna misma convirtiósse en coro, sin que se le haya quitado nada de su agreste forma natural. Se sube á ella por algunos escalones. Enfrente está el facistól y los voluminosos breviarios; á los dos lados, las sillas de coro. Todo alumbrado por la luz del día, que entra por el patio á la nave. Metido en la obscuridad, en medio del fondo de la caverna, álzase el altar mayor.

Según queda dicho, en la gruta nada se ha cambiado; mas como en las piedras hay siempre filtraciones, fué necesario mantener seco el sitio. Lo consiguieron valiéndose de caños de plomo colocados en los bordes de

los peñascos, soldándolos de diferentes maneras. Anchos arriba y terminando en punta, y además pintados de verde, semejan grandes cactus crecidos en el interior de la cueva. El agua tiene salida en parte á los lados, y en parte detrás, á un gran recipiente, de donde la toman los fieles, y sirve contra toda suerte de males.

Estando mirando estas cosas bastante atento, llegóseme un religioso y me preguntó si acaso era algún genovés deseoso de mandar decir misas. Respondíle que viniera á Palermo acompañado de uno que, siendo fiesta el día siguiente, subiría. Como siempre, uno de nosotros quedaba en casa; había yo subido hoy para ver lo que deseaba. Díjome que podía usar de completa libertad, verlo todo bien y hacer mis devociones. Mostróme sobre todo un altar, á la izquierda de la cueva, que era un Santuario especial, y me dejó.

Entre las aberturas de un follaje de latón repujado, vi brillar lámparas debajo del altar: arrodilléme y miré por las rendijas. En el interior había otra reja de alambre delgado, de suerte que, sólo como á través de un velo, podía verse lo que estaba detrás. A favor de la claridad de algunas lámparas tranquilas, distinguí una hermosa joven, tendida cual en éxtasis, los ojos medio cerrados, la cabeza apoyada con abandono en la mano derecha, toda adornada de sortijas. No me cansaba de mirar esta figura, que me parecía dotada de especial atractivo. El traje, de latón dorado, imitaba perfectamente rica tela recamada de oro. La cabeza y las manos son de mármol blanco; no me atrevo á decir de un

estilo elevado, pero sí de trabajo tan natural y grato, que se cree va á alentar y moverse. Un angelillo está de pie á su lado, y parece darle aire con un tallo de azucena.

Mientras tanto entraran los religiosos, y sentándose en sus sillas, principiaron á cantar vísperas. Sentéme en un banco frente del altar, y los escuché un rato; después me volví á mi puesto, arrodillándome, y traté de ver, aún con más claridad, la hermosa imagen, abandonándome por entero á la ilusión encantadora de la figura y del sitio.

Cesó de resonar en la cueva el canto de los religiosos; el agua caía en el recipiente, precisamente al lado del altar. Las rocas desplomadas de la verdadera nave de la iglesia, cerraban todavía más la escena. Reinaba gran silencio en este desierto, casi muerto de nuevo; una gran limpieza en una caverna salvaje; el relumbrón del culto católico, sobre todo del culto siciliano, en su primitiva sencillez. La ilusión que producía la figura de la hermosa durmiente, encantadora aun para ojos expertos, todo hacía que no pudiese separarme del lugar sin dificultad, y volví á Palermo ya muy entrada la noche.

Palermo, sábado, 7 de Abril.

He pasado en silencio las horas más placenteras en el jardín público, inmediato á la rada. Es el sitio más admirable de la tierra. Dispuesto con regularidad, semeja, no obstante, cosa de hadas; plantado en fecha no distante, nos parece de la antigüedad. Orlas verdes rodean plantas extrañas. Espaldares de limoneros forman bóveda sobre elegantes enrejados, que cubren las calles. Altos muros de laurel rosa, salpicados de miles de aclaveladas flores encarnadas, seducen los ojos. Árboles exóticos, que yo desconocía de seguro, procedentes de países cálidos, todavía sin hojas, extienden ramas singulares. Un banco construído detrás del llano, permite á la vista dominar tan maravillosa vegetación entrelazada, y, en fin, la mirada se dirige al gran estanque, donde pececillos de oro y plata circulan graciosos, ocultándose unas veces bajo musgos de agua, otras reuniéndose en bandadas al cebo de una miga de pan. El verde de las plantas tiene matices amarillentos y azulados, desconocidos en nuestro país. Lo que daba al conjunto gracia admirable, era un vapor que se extendía uniforme sobre todas las cosas, haciendo tan notable efecto, que los objetos, sólo separados algunos pasos, se destacaban, en fondo azul claro, de manera que perdían su propio color, ó á lo menos parecían muy azulados.

El aspecto singular que semejante vapor da á los objetos lejanos, barcos, promontorios, es muy impor-

tante para el ojo de un pintor, porque le permite apreciar y aun medir las distancias. A causa de ello es también delicioso un paseo por las alturas. No se ve la Naturaleza, sino cosas pintadas conforme hubiera podido pintarlas el más hábil artista, separándolas por degradaciones azuladas.

La impresión de aquel maravilloso jardín me quedó muy profunda. Las olas negruzcas en el horizonte boreal, sus choques contra los recodos de las playas, hasta el olor particular de la mar vaporosa, todo trajo á mis sentidos y á mi memoria la isla de los venturosos Feacios. Apresúrome en seguida á comprar un ejemplar de Homero, ávido de leer contentísimo aquel canto, é improvisar una traducción de él á Kniep, que bien merecía, con un buen vaso de vino además, descansar de su asiduo trabajo del día.

Palermo 8 de Abril de 1787, domingo de Pascua.

La ruidosa alegría de la feliz Resurrección del Señor, principió al amanecer. Petardos, cohetes, bombas y otros fuegos semejantes, se disparaban delante de las iglesias, mientras los fieles apretándose, entraban por las puertas, abiertas de par en par. El sonido de las campanas, el de los órganos, el canto del coro de las procesiones y el de los eclesiásticos, que venían á su

encuentro, podrían aturdir, en realidad, los oídos de los no acostumbrados á honrar á Dios de manera tan ruidosa.

Apenas terminada la primera misa, vinieron á nuestra hospedería dos elegantes correos del Virrey, con el doble objeto de felicitar las Pascuas á todos los extranjeros, y de recibir, en cambio, su propina. A mí, además, me convidaban á comer, por lo cual mi donativo debía ser más considerable.

Después de haber pasado la mañana visitando diferentes iglesias y observando las caras y las figuras de la gente del pueblo, me dirigí al palacio del Virrey, situado en la parte más alta de la ciudad. Habiendo llegado algo temprano, encontré aún vacías las grandes salas; sólo se dirigió á mí un hombre bajito y alegre, á quien tuve al momento por Maltés.

Cuando supo que yo era alemán, preguntóme si podría darle noticias de Erfurt, donde pasara agradablemente algún tiempo. A sus preguntas sobre la familia Dacherode y sobre el Coadjutor de Dalberg, pude responderle á su satisfacción; mucho se alegró de ello, y me preguntó otras cosas acerca del resto de la Turingia. Informóse de Weimar con particular interés.

—¿Qué se ha hecho del hombre—dijo—que en mi tiempo, lleno de juventud y de vida, daba el tono en la sociedad? He olvidado su nombre; ¡pero basta saber que era el autor de *Werther!*

Después de corto silencio, como si recordara, contesté:

—¡La persona por quien usted, casualmente pregunta, soy yo mismo!

Dando muestras de la mayor sorpresa, dió dos pasos atrás, y exclamando:

—¡Mucho debe entonces haber cambiado!

—¡Oh! sí,—exclamé;—entre Weimar y Palermo, mediaron muchos cambios.

En aquel momento entró el Virrey y su acompañamiento, y se portó con familiaridad decorosa, como corresponde á personaje de su rango. No pudo contener, sin embargo, una sonrisa, cuando el Maltés volvió á expresar su sorpresa de verme allí. Durante la comida, el Virrey, á cuyo lado estaba yo, me habló del objeto de mi viaje, y me aseguró que daría órdenes para que me enseñasen todo en Palermo, y para que me facilitasen mi viaje por Sicilia, de todos los modos posibles.

Las locuras del Príncipe de Pallagonia nos ocuparon todo el día, y éstas locuras resultan muy distintas de lo que, por lo leído y oído, nos habíamos figurado. A la continua, en aras del amor á la verdad, el que relata cosas absurdas está siempre cohibido. Quiere dar una idea de la cosa, y ya lo hace algo, cuando en realidad nada es lo que por algo se toma. Aquí debo hacer otra reflexión general, y es que, ni la obra del mejor gusto, ni la del peor, provienen inmediatamente de un mismo hombre, ni de un mismo tiempo, antes bien, consideradas con atención, se puede probar la genealogía de ambas. Aquella fuente de Palermo pertenece á los antecesores de la demencia pallagónica; sólo

que está en terreno propio y se produce con entera libertad. Voy á tratar de desarrollar esta filiación.

Si aquí levantan un palacio de recreo casi en el centro de la propiedad, y sólo se llega á la morada señorial después de atravesar campos cultivados, huertas y otros predios rurales útiles, es porque los italianos son más económicos que las gentes del Norte, donde es frecuente destinar á parque una gran extensión de buen suelo, y goza la vista en improductivas matas. En el Mediodía, al contrario, levantan dos paredes, entre las cuales se llega al palacio sin enterarse de lo que hay á derecha é izquierda. Esta calle principia de ordinario en un gran portalón, y á veces en un vestíbulo abovedado, y termina en el patio del palacio. A fin de que la vista no se disguste por entero entre aquellas paredes, arriba las arquean hacia afuera, y las adornan de volutas y pedestales destinados á colocar algún jarrón que otro. Las paredes están enlucidas, divididas en compartimentos y pintadas. El patio del palacio forma un redondel de casas de un piso, viviendas de la servidumbre y los trabajadores. El palacio, cuadrado, se levanta dominándolo todo.

Tal es la disposición tradicional en semejante especie de construcciones, como lo habrá sido probablemente hasta el tiempo en que el padre del Príncipe edificó el palacio, de un gusto, si no el mejor, á lo menos soportable. El actual poseedor, sin renunciar á aquellos rasgos generales, deja libre curso á su capricho y á su pasión á todo lo deforme y de mal gusto, y

se le hace demasiado favor concediéndole sólo una chispa de imaginación.

Entramos en la gran sala, que principia en el mismo límite de la posesión, y encontramos un octógono demasiado alto para el ancho. Cuatro enormes gigantes, con polainas modernas abotonadas, sostienen la cornisa, y sobre ella, frente á frente de la entrada, está suspendida la Santísima Trinidad. La calle que va al palacio es más ancha que de costumbre. Los muros hanse convertido en continuo alto zócalo, sobre el cual, notables basamentos sostienen grupos singulares, mientras en los espacios intermedios hay jarrones. Lo desagradable de estas monstruosidades, que hicieron de prisa los más vulgares picapedreros, se aumenta por ser trabajadas en la más blanda toba conchífera. Sin embargo, un material mejor pondría aún más de manifiesto la indignidad de la forma. He dicho antes grupos, y me he servido de una expresión falsa é impropia en este lugar; pues tales cosas, puestas unas al lado de otras, no lo han sido en virtud de ninguna suerte de reflexión, ni siquiera capricho: la casualidad las hizo salir así. Tres grupos forman el decorado de uno de estos basamentos cuadrados, disponiendo sus bases de tal manera, que todas juntas, en diversas posiciones, llenen el espacio cuadrangular. El grupo principal consiste de continuo en dos figuras, y su base ocupa la mayor parte anterior del pedestal. De ordinario son monstruos con caras de animales ó de hombres. Para cubrir la posterior, se necesitan todavía dos grupos.

El de tamaño mediano es casi siempre un pastor ó una pastora, un caballero ó una señora, un mono ó un perro bailando. Queda todavía en el pedestal un hueco, y éste suele llenarse con un enano, raza que hace siempre gran papel en las bromas sin ingenio.

Queriendo presentar en su totalidad los elementos de la locura del Príncipe de Pallagonia, daremos la lista siguiente: Criaturas humanas: mendigos y mendigas, español, española, moros, turcos, jorobados, toda suerte de contrahechos, enanos, músicos, policinellas, soldados en traje antiguo, dioses, diosas, gentes vestidas á la antigua moda francesa, soldados con cartucheras y polainas. Mitología con adiciones burlescas: Aquiles y Chirón con Policinella. Animales ó figuras incompletas: caballo con manos de hombre, cabezas de caballo sobre cuerpos de hombre, monos desfigurados, muchos dragones y serpientes, toda suerte de patas en figuras de todas clases, cabezas dobles y cabezas cambiadas. Jarrones: Toda suerte de monstruos y de ornamentos cuya parte inferior terminan vientres de jarrones ó zócalos.

Imagínense semejantes figuras, ejecutadas á cientos, sin entendimiento ni sentido, reunidas sin plan ni elección; imagínense estos zócalos, estos pedestales y estos monstruos, en una fila que se pierde de vista, y se compartirá el sentimiento desagradable que se apodera de cada uno que recorre aquella senda de la locura.

Nos acercamos al palacio y nos recibe en sus brazos un antepatio semicircular. El muro fronterizo princi-

pal, donde se abre la puerta de entrada, está hecho como el de un castillo. Aquí vemos una figura egipcia empotrada en la pared, un surtidor de agua sin agua, un monumento, jarrones esparcidos alrededor, estatuas tendidas boca abajo. Entramos en el patio del palacio y encontramos el acostumbrado redondel, rodeado de pequeños edificios, que forman, de por sí, pequeños semicírculos, para que no falte la variedad.

En el suelo, cubierto de hierba en gran parte, y, como en un cementerio abandonado, vense jarrones de mármol singularmente contorneados, del tiempo del padre, enanos y otras deformidades de época más moderna, que hasta ahora no han obtenido sitio fijo. También se pasa delante de una glorieta, toda llena de jarrones antiguos y piedras historiadas.

Pero lo absurdo de semejante mal gusto se muestra, en su mas alto grado, en que las cornisas de las casas pequeñas se tuercen todas á un lado ó á otro, de manera que el sentimiento del nivel y de la línea vertical, ley de la inteligencia humana y fundamento de toda simetría, se lastima y se nubla en nosotros. Los bordes de esos tejados guarnécenlos hidras, bustos pequeños, coros de monos músicos y otras insensateces semejantes. Los dragones alternan con los dioses; un Atlas, en vez de un mundo, sostiene un tonel de vino.

Piensa uno salvarse, después de todo esto, en el interior del palacio, que, construído por el padre, presenta aspecto exterior relativamente razonable, y no lejos de la puerta se encuentra la cabeza, coronada de lau-

rel, de un emperador romano, sobre el cuerpo de un enano, sentado en un golfín. En el mismo palacio, cuyo exterior hace esperar interior más tolerable, la fiebre del príncipe comienza de nuevo á desbordarse. Los pies de las sillas están serrados á distintas alturas, de manera que nadie puede sentarse en ellas, y el que enseña el palacio avisa que en los asientos de terciopelo de las que están sólidas, hay espinas escondidas. En las esquinas adviértense candelabros de porcelana de china, que, mirados de cerca, vense compuestos de tazas, copas, platos y cosas semejantes, muy bien pegadas unas á otras. No hay rincón donde no se vea algún capricho. Hasta la vista inapreciable del cabo y del mar la han echado á perder con cristales de colores, cuyos tonos falsos, unas veces enfrían el país y otras lo encienden. Mencionaré todavía un gabinete artesonado de viejos marcos dorados, tallados para ser colocados juntos; todas las infinitas tallas, las diferentes degradaciones del dorado nuevo y viejo, más ó menos empolvados y estropeados, cubren las paredes, estrechándose unos contra otros y dando idea de una prendería.

Sólo para describir la capilla sería necesario un cuaderno. Allí se encierra la clave de toda esta locura, que sólo puede crecer hasta tal grado en un espíritu fanático. ¡Imagínense los mamarrachos de una devoción desatinada que aquí se encontrarán! Voy á dar á conocer la mejor de las imágenes. Tendido en el techo hay un crucifijo de talla, bastante grande, pintado al natural, barnizado, con dorados entremezclados. En el

omblijo del crucificado está clavado un gancho; de éste cuelga una cadena fija en la cabeza de un devoto arrodillado que se mece en el aire, el cual, pintado y barnizado, al igual de todas las imágenes de la iglesia, debe representar un emblema de la devoción incesante del señor propietario.

Después de todo, el palacio no está terminado. Un salón grande que estableció el padre, rico y abigarrado, no mal decorado, quedó sin concluir, pues la gran locura del dueño no puede agotar sus extravagancias.

Por primera vez he visto impaciente á Kniep, cuyo sentido artístico sufrió hasta la desesperación en esta casa de locos; sacóme de allí cuando yo trataba de representarme el pormenor de los elementos de aquel caos. Sin embargo, fué bondadoso y me dibujó uno de los grupos, el único que, al menos, ofrece una suerte de composición. Representa una mujer con cabeza de caballo, sentada en una silla, jugando á las cartas con un caballero vestido á la antigua usanza, con cabeza de grifo, corona y gran peluca. Recuerda las armas de la casa de Pallagonia, todavía extravagantes después de tantas locuras: un sátiro con un espejo, delante de una mujer que tiene cabeza de caballo.

Palermo, viernes, 10 de Abril de 1787.

Hoy hemos subido á Montreal por un camino magnífico, que el abad de aquel monasterio hizo en el tiempo de sus grandes riquezas. Ancho, de cómodas subidas y árboles de trecho en trecho, y sobre todo bien provisto de surtidores y fuentes, adornadas muy al estilo pallagonio, que refrescan á hombres y animales.

El monasterio de San Martín, en el alto, es una fundación respetable. Un solterón solo, como el príncipe de Pallagonia, raras veces ha producido nada sensato; muchos juntos, al contrario, según lo manifiestan iglesias y conventos, las más grandes obras. Pero las asociaciones religiosas proceden así, seguras de posteridad más ilimitada que cualquier padre de familia. Los frailes nos enseñaron sus colecciones; tienen cosas bonitas en Antigüedades y objetos de Historia Natural. Nos gustó en particular una medalla con la imagen de una diosa encantadora. De buena voluntad se prestaban aquellos buenos religiosos á darnos una impresión, pero no teníamos allí la materia adecuada á cualquier suerte de forma. Después que nos hubieron enseñado todo, no sin hacer tristes comparaciones entre el pasado y el presente, nos llevaron á una sala pequeña y cómoda, desde cuyo balcón se goza preciosa vista: pusieron la mesa para los dos, y no nos faltó muy buena comida. Después que trajeran los postres, entró el abad seguido de los religiosos más antiguos, se sentó y permaneció media hora acompañándonos, durante cuyo tiempo tu-

vimos que contestar á muchas preguntas. Nos separamos de la manera más amistosa. Los hermanos jóvenes volvieron á acompañarnos á las salas de las colecciones, y luego hasta el coche.

Tornamos á casa con sentimientos muy distintos de los de ayer. Hoy teníamos que lamentar la suerte de una gran institución que se sumerge, precisamente en el tiempo en que una empresa absurda se alza, creciendo rápida. El camino de San Martín ábrese en la antigua roca caliza; rompen las piedras, y de ellas fabrican cal, que se vuelve muy blanca. Quémanla sirviéndose de una suerte de hierba crasa y larga, seca en haces; de aquí proviene la *calcara*. Hasta los picos más agudos hay arcilla roja de aluvión; pues aquí la tierra se presenta cuanto más alta más roja, muy poco endurecida por la vegetación. Vi á lo lejos una hoya, casi como cinabrio. El monasterio hállase en el medio de la colina caliza, muy abundante en manantiales. Las de alrededor están bien cultivadas.

Palermo, miércoles, 11 de Abril.

Después de haber visto estos dos puntos principales fuera de la ciudad, fuimos al palacio, donde el activo correo enseña las habitaciones y su contenido. Con gran espanto nuestro, la sala de las Antigüedades se encontraba en el mayor desorden, á causa de la obra de

un nuevo decorado arquitectónico. Sacaran las estatuas de sus sitios, y cubiertas con paños, las ocultaban los andamiajes; de manera que, á pesar de toda la buena voluntad de nuestro guía y de algún trabajo que se dieron los obreros, sólo pudimos formar de aquello idea muy incompleta. Sobre todo me interesaban dos carneros de bronce que, aun vistos en estas circunstancias, excitaron muchísimo nuestra atención. Los representaron echados, una pata hacia adelante; y para estar enfrente, sus cabezas se inclinan á diferente lado. Son figuras poderosas de la familia mitológica, dignas de llevar á Pryxus y á Helle. La lana, no corta y rizada, sino cayendo larga y ondulosa; hechos con gran verdad y elegancia, del mejor tiempo griego. Dicen que adornaban el puerto de Siracusa.

El correo nos llevó después fuera de la ciudad, á las Catacumbas, que, dispuestas con sentido arquitectónico, no están en manera alguna explotadas como canteras. En una pared vertical de toba bastante endurecida, han socavado aberturas abovedadas, y en el interior se encuentran muchos ataúdes en filas, todo labrado en la masa, sin ayuda de ninguna obra de mampostería. Los ataúdes superiores son más pequeños, y en los espacios, sobre las pilastras, hay sepulturas de niños.

Palermo, jueves, 12 de Abril.

Hoy nos enseñaron el gabinete de medallas del príncipe Torremuzza. En cierta manera, fui de mala gana. Sé demasiado poco de estas cosas, y un simple viajero curioso es odioso á los verdaderos conocedores y aficionados. Convencido de que algún día hay que principiar, me conformé, sacando luego mucho gusto y provecho. ¡Qué ventaja ver de una mirada lo poblado que estaba el mundo antiguo de ciudades, de las que la más pequeña nos dejó, en preciosas monedas, una serie entera de la Historia del Arte, ó á lo menos de algunas épocas! Desde esos cajoncitos nos sonrío infinita primavera de frutos y flores; una industria de la vida, en alto grado significativa. ¡Qué sé yo qué más? El esplendor de las ciudades de Sicilia, ahora obscurido, sale de nuevo brillante de estos metales, que tienen forma. Desgraciadamente, en nuestra niñez no hemos poseído más monedas que las de familia, que nada dicen, y las monedas del Emperador, que repiten el mismo perfil hasta la saciedad: imágenes de soberanos, que no deben considerarse ni tenerse por modelos de la humanidad. ¡De qué modo tan triste han limitado nuestra juventud á la Palestina, informe, y á Roma, donde las formas se confunden! Sicilia y la Grande Grecia me hacen esperar hoy una vida nueva. Entregarme á consideraciones generales viendo estos objetos, prueba que todavía entiendo poco de ellos; pero vendrá poco á poco, con el resto.

Esta tarde cumplí otro deseo, y en verdad, á mi gusto. Encontrábame en la Calle Grande, en la acera de aquella tienda, bromeándome con mi comerciante del otro día; de repente viene hacia mí un correo, alto, bien vestido, que me presenta corriendo una bandeja de plata que llevaba en la mano, donde había muchas monedas de cobre y pocas de plata. Ignorante de lo que aquello representaba, bajé la cabeza y me encogí de hombros, signo acostumbrado de quien no sabe y no entiende, ó no quiere entender las preguntas ó petitorios que se le hacen. Tan de prisa como vino se alejó el correo, y entonces ví, en el lado opuesto de la calle, á su compañero en idéntica ocupación.

—¿Qué significa esto? pregunté al tendero,—y con ademanes significativos y á hurtadillas, señalóme un señor alto y delgado que en el medio de la calle, y vestido á usanza de la corte, muy urbano y sosegado, caminaba encima de la basura. Llevaba el cabello rizado y empolvado, el sombrero debajo del brazo, traje de seda, espada al costado, calzado muy primoroso con hebillas de plata; así iba el viejo, serio y tranquilo: todas las miradas estaban fijas en él.

—Es el príncipe de Pallagonia,—dijo el comerciante,—que de vez en cuando va por la ciudad pidiendo y juntando para el rescate de los esclavos cautivos en Berbería. En verdad, la colecta nunca rinde mucho; mas la circunstancia queda impresa en la memoria y á menudo aquellos que se han abstenido de dar toda su vida, hacen buenos legados, destinados al objeto. El príncipe

de Pallagonia es director, hace muchos años, de la institución, é hizo ya mucho bien.

—En lugar de las locuras de su propiedad, dije yo, haría mejor empleando en eso su dinero; ningún príncipe hubiera prestado mayor servicio en el mundo.

—Pues es al contrario,—dijo el comerciante,—todos somos así. Nuestras locuras nos las pagamos nosotros mismos, y en nuestros actos de virtud, tienen los otros que dar el dinero.

Palermo, viernes, 13 de Abril.

El conde de Borch nos ha preparado muy eficazmente para la Mineralogía Siciliana, y el que quiera, después de él, visitar la Isla con igual designio, debe estarle agradecido. Me es grato, además de considerarlo un deber, celebrar el recuerdo de un predecesor. ¿No soy también un predecesor de otros, en la vida y en los viajes?

La actividad del conde paréceme superior á sus conocimientos; demuestra cierta complacencia de sí mismo, contraria á la modesta seriedad con que deben tratarse las cosas de importancia. Fuera de esto, su volumen en cuarto, en total dedicado á la Mineralogía Siciliana, me es de gran provecho, y preparado por él, me encontré en estado de visitar al pulimentador de piedras, que menos ocupado que antes, cuando sólo se

guarnecían de mármoles y ágatas iglesias y altares, sigue ejerciendo su oficio. En su casa encargué muestras de mármoles, blandos y duros, pues en esto, sobre todo, se distinguen de las ágatas, y rigen la diversidad de los precios tales diferencias. Además, saben preparar otro material valioso, aprovechándose del fuego en los hornos de cal. Encuéntrase en ellos una especie de vidrio irisado, desde el azul más claro al más oscuro, casi negro. Esta sustancia, al igual de otras piedras, se talla en láminas delgaditas, y se aprecia según lo subido de su color y su limpieza, empleándolo con éxito en lugar de lapislázuli, para altares, sepulcros y demás cosas de iglesia. Una colección completa, conforme yo la deseaba, no la había; me la enviarán pronto á Nápoles. Las ágatas son de la mayor belleza, en especial las que tienen manchas irregulares de jaspe amarillo y rojo, y otras de cuarzo también cuajado, que hace efecto bellísimo.

Una imitación suya hecha en el reverso de tablitas de cristal con pintura de colores y barníz, es la única cosa razonable que entre las insensateces pallagónicas encontré aquel día. Tales laminitas hacen mejor efecto en el decorado que las verdaderas ágatas, por cuanto de estas se necesitan muchos fragmentos y el tamaño de las otras puede ser á gusto del arquitecto. Este arte industrial merece ser imitado.

Italia sin Sicilia no forma imagen en el alma: aquí está la clave de todo.

Del clima nunca se podrá hablar bastante bien; ahora estamos en el tiempo de las lluvias, siempre interrumpidas; hoy truena y relampaguea, y todo reverdece poderosamente. El lino, en parte tiene botones y en parte florece. Son tan bonitos estos campos de lino, verde azulados, que parece que en el fondo se ven lagos. Las cosas encantadoras son sin cuento, y mi compañero es excelente hombre, el verdadero *Hoffgut Bien espera*, así como yo continúo representando el papel de *Treufreund Amigo fiel* (1). Hizo diseños muy bellos, y todavía continuará tomando lo mejor. ¡Qué perspectiva, volverme á casa feliz con tales tesoros!

Todavía no he hablado nada de comer y beber en esta tierra, y sin embargo, no es artículo de poca importancia. Las legumbres son excelentes, sobre todo la entalada, que tiene el gusto y la delicadeza de la leche. Se comprende por qué los antiguos la llamaron *lactuca*. El aceite, el vino, todo es buenísimo, y podría ser mejor si lo hiciesen con más cuidado. Pescados, los mejores y los más delicados. También tenemos estos tiempos buena carne, que antes no.

Ahora, luego de la comida, á la ventana, á la calle. Hay un reo indultado, como siempre sucede, en honor de la salvadora Semana de Pascua. Una hermandad lo lleva hasta debajo de un patíbulo que han levantado

(1) Personajes de una obra de Goethe.

por fórmula. Allí tiene que orar delante de la escalera y besarla; después, se lo llevan. Era un hombre guapo, de mediana estatura; el pelo rizado, un frac blanco, sombrero blanco, todo blanco; llevaba el sombrero en la mano, y no hubiera necesitado sino que le prendiesen en un lado y otro algunas cintas de colores, para parecer un pastor en un *redoute*.

Palermo 13 y 14 de Abril de 1787.

Voy á dar cuenta detallada de una singular aventura que se me ha ofrecido antes de la partida.

Todo el tiempo de mi estancia aquí, oía en nuestra mesa redonda hablar mucho de Cagliostro, de su origen y de su suerte. Los palermitanos estaban acordes en asegurar que cierto José Bálamo, nacido en su ciudad, había sido desconceptuado y desterrado á causa de sus malas acciones. Si éste y el conde Cagliostro eran una misma persona, no estaban conformes las opiniones. Los que en otro tiempo le conocieron, querían encontrar su figura en el grabado que todos conocemos, y que había llegado á Palermo. En estas conversaciones, refirióse uno de los comensales al trabajo que un jurisconsulto palermitano hiciera, deseando poner en claro la cosa. Encargárale el ministerio francés averiguar la procedencia de un hombre que tuvo la desvergüenza de hacer salir; á la faz de Francia y puede de-

cirse del mundo entero, de un proceso peligroso; cuentos de viejas.

Decían que este jurisconsulto levantara el árbol genealógico de Bálamo, enviando á Francia una Memoria luminosa con documentos justificativos, que probablemente se publicaría.

Manifesté deseo de conocer aquel hombre de ley, del cual, aparte de eso, había oído hablar muy bien, y el narrador se ofreció á anunciarle mi visita y llevarme.

Después de algunos días fuimos y lo encontramos ocupado con varios clientes. Luego que los hubo despachado y que almorzamos, sacó su manuscrito, que contenía, en concepto de Memoria, el árbol genealógico de Cagliostro y los documentos en que se fundaba, copia del remitido á Francia.

Mostrómelo y me dió las noticias necesarias á su inteligencia, de las cuales mencionaré aquellas más necesarias para formarse idea ligera de su contenido.

El bisabuelo de José Bálamo, por el lado materno, era Mateo Martello.

El nombre de su abuela es desconocido. De este matrimonio nacieron dos hijas: una, María, casó con José Bracconeri y fué la abuela de José Bálamo. La otra, Vicenza, casó con José Cagliostro, natural de La Roava, lugarcito á ocho millas de Messina. Advierto que en Messina hay todavía dos fundidores de campanas de tal nombre. La tía abuela fué despues madrina de José Bálamo; éste recibió en el bautismo el nombre de su marido, y, por último, fuera de su país,

llegó á tomar el apellido Cagliostro, del tío abuelo.

Los esposos Bracconneri tuvieron tres hijos: *Felicitas, Mateo y Antonino*.

Felicitas se casó con Pedro Bálsamo, hijo de un cintero de Palermo, Antonino Bálsamo, acaso de origen judío. Pedro Bálsamo, padre del mal afamado José, dió quiebra y murió á la edad de cincuenta y cuatro años. Su viuda, que vive todavía, tuvo, además del mencionado José, una hija, Juana Josefa María, que se casó con Juan Bautista Capitummino, el cual murió dejándole tres hijos.

La Memoria, que el complaciente autor nos leyó y que á mis ruegos me permitió tener algunos días en casa, fundábase en fes de bautismo y partidas de matrimonio, reunidas con exquisito cuidado. Contenía, poco más ó menos, las circunstancias que después hemos conocido todos por las actas procesales de Roma. José Bálsamo nació en Palermo en Junio de 1743. Túvolo en la pila bautismal Vicenza Martello, casada con Cagliostro. Vistió en su juventud el hábito de los hermanos de la Misericordia, Orden que se dedica en particular al cuidado de los enfermos; mostró desde luego mucha disposición y mucho talento para la Medicina; pero, á consecuencia de su mala conducta, fué despedido, y después hízose mago y buscador de tesoros en Palermo.

Su gran don de imitar todas las manos no lo dejó inactivo (sigue la Memoria), falsificó ó inventó un viejo documento, en cuya virtud apropióse unos bienes en

litigio. Tomáronse informes y lo prendieron; se escapó y lo citaron por edictos. De la Calabria fuése á Roma y allí casó con la hija de un talabartero. De Roma pasó á Nápoles, nombrándose marqués Pellegrini. Después volvió á Palermo; lo conocieron, lo pusieron preso y recobró la libertad de manera que merece contarse.

El hijo de uno de los primeros Príncipes sicilianos, gran propietario, que desempeñaba en la corte de Nápoles elevados destinos, unía á un cuerpo robusto y á carácter indomable, toda la soberbia á que los ricos y grandes mal educados creen tener derecho. Donna Lorenza supo ganárselo, y en tal defensor fundó el marqués Pellegrini su seguridad. El Príncipe demostraba en público que protegía á la pareja recién llegada; más ¿cuál no fué su rabia cuando, á petición de las partes que por su impostura habían padecido, fué José Bálsamo preso de nuevo? Buscó diversos medios á fin de libertarlo, y no dándole resultado, se entró en la antecámara del Presidente para maltratar furiosamente al abogado de la parte contraria, si no pedía enseguida la absolución de Bálsamo. Habiéndose negado el abogado, lo agarró, lo golpeó, lo arrojó en tierra pateándolo, y apenas pudo librarle de peores tratamientos la entrada del Presidente, que al ruido corrió y puso paz.

Era hombre débil y tornadizo, y no se atrevió á castigar al agresor. La parte contraria y su abogado se desalentaron, y Bálsamo fué puesto en libertad, sin que en los autos se encontrase ningún considerando en qué

fundar su absolución, ni quién la había decretado, ni cómo había sucedido.

Muy pronto marchó de Palermo é hizo diferentes viajes de que el autor no puede dar completa cuenta.

La Memoria termina probando, de manera muy sutil, que Bálamo y Cagliostro son la misma persona, tesis que á la sazón parecía más difícil de sostener que ahora, enterados como estamos de toda la historia.

Si no hubiese creído entonces que en Francia publicarían la Memoria y que á mi vuelta ya lo estaría, tal vez hubiera hecho la copia que me permitían y enterado á mis amigos y al público, antes de ahora, de muchas circunstancias curiosas é interesantes.

Mientras tanto supimos la mayor parte de su contenido, gracias á una fuente que, antes de ahora, sólo brotaba errores. ¿Quién hubiera creído que Roma contribuyese tanto, una vez, á que se hiciese luz para quitar á un impostor su máscara, hasta el punto que hemos visto en la publicación de los autos del proceso?

Este escrito pudiera y debiera haber sido más interesante; sin embargo, siempre será valioso documento entre las manos de los hombres de juicio, que veían á disgusto las mentiras y falsedades de este hombre y sus farsas, honradas durante largos años por la generalidad de las gentes, que sintiéndose por su amistad ensalzadas, tenían lástima en su crédula vanidad del sano entendimiento humano, cuando no lo menospreciaban.

¿Quién no guardó silencio voluntario durante aquel tiempo? Sólo ahora, terminada la cosa y fuera de con-

troversia, puedo, de mi cuenta, completar los documentos, comunicando aquello que sé.

Viendo en la genealogía que se encontraban vivas tantas personas, en particular la madre y la hermana, indiqué al autor del escrito mi deseo de verlas y conocer la parentela de hombre tan singular.

Aseguróme que sería difícil conseguirlo, porque estas gentes pobres, pero honradas, vivían muy retiradas, acostumbradas á no ver extranjeros, y el carácter suspicaz de la nación podría figurarse toda suerte de cosas en mi visita. Sin embargo, me enviaría su pasante, el que tratara con la familia, por cuya intervención se habían podido juntar los documentos, base del árbol genealógico.

Al siguiente día se presentó el pasante y mostró algunos escrúpulos en el asunto. He evitado hasta ahora—díjome—volverme á encontrar tales gentes, pues hasta ver entre mis manos sus fes de bautismo, partidas de casamiento y los otros documentos, y poder hacer sacar de ellos copias legalizadas, tuve que valerme de una astucia. Pretexté hablar de unos legados de familia vacantes en alguna parte, les hice creer en la posibilidad de que el joven Capitummino tuviese derecho á ellos, que ante todo había que hacer un árbol genealógico para ver hasta qué tiempo se podía remontar la pretensión del derecho; cuestión de negociaciones que yo tomaría á mi cargo si me prometían pagar el trabajo de una parte convenida en la suma que recibiesen. Alegres conyinieron las buenas gentes. Tomé los pape-

les necesarios, se hicieron las copias, se trabajó el árbol genealógico, y desde entonces me guardo de presentarme á ellos. Hace algunas semanas me divisó la vieja Capitummino, y no hallé otra disculpa sino la lentitud con que avanzan aquí semejantes cosas.

Así dijo el pasante; no cediendo en mi intento, después de algunas deliberaciones, convinimos en que yo pasaría por un inglés que traía á la familia noticias de Cagliostro, el cual, desde la prisión de la Bastilla, acababa de marcharse á Londres.

A la hora convenida, que podrían ser las tres de la tarde, nos pusimos en camino. La casa hállase situada en la esquina de una callejuela, no lejos de la calle principal, que se llama *Il Casaro*. Subimos una miserable escalera y entramos, desde luego, en la cocina. Una mujer de estatura regular, fuerte y ancha, sin ser gorda, fregaba los utensilios de aquella. Vestía con aseo, y al entrar nosotros levantó el extremo de su delantal, queriendo ocultar la parte sucia; miró afable á mi compañero y dijo:

—*Signor Giovanni* ¿nos trae usted buenas noticias? ¿Ha arreglado usted algo?

Y contestó:

—En las cosas nuestras todavía no he podido conseguir nada; pero aquí está un extranjero encargado de saludar á ustedes de parte de su hermano, y él les podrá decir cómo se encuentra en la actualidad.

El saludo que yo traía no entraba en nuestras convenciones, pero el camino ya estaba abierto.

—¿Conoce usted á mi hermano?—me preguntó.

—Toda Europa le conoce, le contesté, y creo que le gustará á usted saber que está bueno y en seguridad, pues de cierto habrán estado hasta aquí en cuidado de su suerte.

—Entren ustedes,—dijo;—yo les sigo al momento,—y con mi compañero pasé á la otra habitación.

Era tan grande y alta de techo, que entre nosotros hubiera podido pasar por un salón; mas también parecía ser toda la vivienda de la familia. Una ventana única daba luz á las grandes paredes que un día debieron estar pintadas, y de las que pendían negras estampas de santos en marcos dorados. Dos grandes camas, sin cortinas, veíanse de un lado; un armario obscuro, en forma de escritorio, del otro, y además viejas sillas de junco trenzado, cuyos respaldos habían sido dorados en otro tiempo; los ladrillos del piso, desprendidos en muchas partes. Por lo demás, todo estaba limpio, y nos acercamos á la familia reunida en el otro extremo de la habitación, junto á la ventana.

Mientras mi introductor explicaba á la vieja Bálamo, sentada en el rincón, el motivo de mi visita, y á causa de la sordera de la buena mujer, repetía muchas veces sus palabras en voz alta, tuve tiempo de inspeccionar el cuarto y las otras personas. Una muchacha como de diez y seis años, bien desarrollada, cuyas facciones había alterado la viruela, estaba á la ventana; á su lado un hombre joven, cuya desagradable figura, estropeada también por las viruelas, me chocó. En una silla de bra-

zos, apoyada contra la ventana, sentada, ó más bien tendida, una persona enferma, muy desmejorada, que parecía sumida en letargo.

Luego que mi acompañante se hubo explicado, nos mandaron sentar. La vieja hizome algunas preguntas, que me tradujeron antes de contestarlas, porque ignoraba el dialecto siciliano.

Entre tanto mirábala satisfecho. No era delgada ni gruesa, pero sí bien formada. Sobre sus facciones regulares, que la edad no estropeará, derramábase esa paz de que gozan los sordos. El sonido de su voz era dulce y agradable.

Contesté á las preguntas, y mis respuestas tuvieron también que ser traducidas.

La lentitud de nuestro diálogo dábame tiempo de medir las palabras. Contéle que su hijo fuera absuelto en Francia y que ahora se encontraba en Inglaterra, donde tuvo buen acogimiento. La alegría que con estas noticias demostraba, iba acompañada de una expresión de verdadera piedad, y hablando despacio y más alto, pude entenderla.

A poco entró su hija, sentándose al lado de mi acompañante, que le repitió fielmente cuanto yo le dijera. Habíase puesto un delantal limpio y arreglado sus cabellos debajo de la red.

Cuanto más la miraba y comparaba á su madre, más me sorprendía la diferencia de las dos figuras. La sensación de la salud y de la vida se veían en toda la persona de la hija. Podría ser mujer de cuarenta años. Con

sus alegres ojos azules miraba serena en derredor, sin que yo pudiese encontrar en su mirada el más ligero indicio de desconfianza. Sentada, prometía más estatura que la alcanzada estando en pie; era resuelta su postura, se sentaba con el cuerpo arqueado hacia delante y las manos en las rodillas. La forma de su cara, más achatada que aguda, me recordaba el retrato grabado que conocemos de su hermano.

Hízome diversas preguntas sobre mi viaje y mis proyectos de ver Sicilia, y quedó convencida que volvería con seguridad y celebraría en su casa la fiesta de Santa Rosalía.

Tornó la abuela á otras preguntas que yo estaba dispuesto á contestar, y la hija habló á mi compañero á media voz, pero de manera que pude tener ocasión de preguntar de qué se trataba. Díjome él, que la señora Capittummino le estaba contando cómo su hermano le debía aun catorce onzas. A su marcha, tan rápida, había rescatado cosas que él empeñara. Desde entonces, ni supo más, ni recibió dinero ni protección alguna, aunque oyó decir que poseía grandes riquezas y gastaba á lo príncipe. ¿Querría yo encargarme, á mi vuelta, de recordarle de buen modo su deuda y alcanzarles su protección? ¿O bien podría llevarle una carta, ó en todo-caso enviársela? Ofrecíme á lo último, y preguntádo me dónde vivía ó adónde debían enviar la carta, rehuí decir mi casa y ofrecí volver en persona á recogerla el día siguiente á la tarde.

Luego me contó su deplorable situación: era viuda,

tenía tres hijos, de los cuales, una muchacha entrara en un convento, la otra estaba presente, y el hijo acababa de marcharse á clase. Además de los hijos vivía con ella su madre y cuidaba de mantenerla, y aun por caridad se había encargado de aquella enferma, que aumentaba la carga. Todo su trabajo alcanzaba apenas á proporcionar á los suyos lo necesario. Bien sabía ella que Dios no deja sin recompensa estas buenas obras: sin embargo, gemía mucho bajo el peso que llevaba hacía tanto tiempo.

Los jóvenes se mezclaron en la conversación, que se hizo más animada. Mientras hablaba á los otros, oí que la vieja preguntaba á su hija si yo pertenecía á su santa religión. Pude observar que la hija evitó la respuesta de manera prudente, significando á la madre, según pude entender, que el extranjero parecía bueno para ellos, y que no era oportuno preguntar á nadie sobre ese punto, así, de repente.

Al oír que en breve saldría de Palermo, instáronme más y me rogaron que volviese. Ponderaban, en particular, los días celestiales de Santa Rosalía, diciendo que no se veían ni se gozaban fiestas como ellas en todo el mundo.

Mi acompañante, que tenía gana de irse hacia mucho tiempo, me hizo seña de que pusiese fin á la conversación, y yo prometí volver al día siguiente por la tarde. Alegróse el pasante de haber salido tan bien librado, y nos separamos muy contentos.

Puédese figurar la impresión que me causó esta po-

bre, buena y piadosa familia. Mi curiosidad estaba satisfecha; pero su conducta natural y buena excitara mi compasión, que se aumentó reflexionando. Al mismo tiempo comencé á sentir temores, á causa del día siguiente. Era natural que mi presencia, que al principio les sorprendiera, después de mi marcha les diese en qué pensar. Sabía, gracias al árbol genealógico, que todavía vivían muchos de la familia; era natural que llamasen á sus amigos y les contaran cuanto el día anterior, admirados, oyeran de mi boca. Había logrado mi propósito: sólo me faltaba terminar con suerte la aventura. Decidí ir á la casa inmediatamente después de comer. Sorprendiéronse de verme entrar. La carta no estaba lista todavía, dijeron, y además, deseaban conocerme algunos de sus parientes, que á la tarde se reunirían allí. Aseguré que debía ponerme en camino el día siguiente muy temprano, que tenía aún que hacer visitas y mi equipaje, y así había preferido venir temprano, á dejar de venir.

En esto llegó el hijo, á quien no viera el día anterior. En el crecimiento y en la figura se parecía á su hermana. Traía la carta que debía llevar conmigo, y que, según costumbre en aquel país, había ido á escribirla á casa de un memorialista público. El joven era de natural triste y modesto; se informó de su tío; preguntóme acerca de sus riquezas y de sus gastos, añadiendo por qué había olvidado tanto á su familia.

—Nuestra mayor felicidad sería que viniese y se interesase por nosotros; pero,—prosiguió,—¿cómo ha des-

cubierto á V. que todavía tiene parientes en Palermo? Dicen que en todas partes nos niega y se hace pasar como hombre de gran nacimiento.

Yo contesté á la pregunta (que por descuido de mi acompañante no habíamos previsto en nuestra primera visita) de tal manera, que hacía verosímil que á su tío, si bien podría convenirle ocultar al público su origen, entre sus amigos y conocidos no guardaba secreto.

La hermana, que había entrado durante la conversación, animada sin duda en la presencia del hermano, ó tal vez por la ausencia del amigo de ayer, comenzó á hablar con mucho despejo y viveza. Rogáronme que los recomendase á su tío cuando le escribiese; y el mismo afán mostraron en que, al terminar mi viaje en el Reino, volviese á pasar en su compañía las fiestas de Santa Rosalía.

La madre unió á la de sus hijos su voz.

—Señor,—dijo,—aunque no es del todo conveniente, teniendo hija moza, ver en mi casa un extranjero, y hay que guardarse del peligro de la maledicencia, si usted vuelve á esta ciudad, será aquí siempre bien recibido.

—¡Oh, sí!,—exclamaron los chicos,—queremos acompañar al señor durante las fiestas; queremos enseñarle todo, sentarnos en el tablado donde mejor veamos la solemnidad. ¡Cuánto le va á gustar la carroza grande, y sobre todo la magnífica iluminación!

Durante este tiempo, la abuela leyera dos veces la carta. Al oírme despedir se levantó y me entregó el papel doblado.

—Diga V. á mi hijo,—comenzó á decir con cierta digna presteza y suerte de inspiración,—diga V. á mi hijo lo feliz que me han hecho las noticias que de él me ha traído; dígame le estrecho así, contra mi corazón. (Aquí cruzó los brazos oprimiéndolos contra su pecho.) Que á diario ruego por él á Dios y á nuestra Santa Virgen; que le envió mi bendición á él y á su mujer, y que sólo deseo verle una vez antes de mi muerte, con estos ojos, que tantas lágrimas han vertido por él.

La elegancia propia de la lengua italiana favorecía la elección y la dicción noble de las palabras, acompañadas, además, con la manera de accionar, llena de viveza, que presta encanto indecible al exterior de las gentes de aquella nación.

No sin conmoverme, me despedí. Todos estrecharon mis manos; los chicos me acompañaron fuera, y mientras bajaba la escalera se asomaron al balcón de la cocina que daba á la calle; me hablaron, me saludaron y me volvieron á repetir que no dejase de volver. Todavía los vi en el balcón cuando volví la esquina.

No necesito decir qué interés me inspiró tal familia: despertó en mi alma el más vivo deseo de serles útil, viniendo en ayuda de sus necesidades. Engañárala de nuevo, y sus esperanzas de auxilio, gracias á la curiosidad de un viajero del Norte, eran de nuevo defraudadas.

Mi primer proyecto fué enviarles, antes de partir, aquellas catorce onzas que les quedara debiendo el fugitivo, cubriendo mi donativo en la suposición de que

me reeñbolsarían esa suma. Una vez en casa ocupéme en hacer cuentas y consultar mi caja y papeles. Comprendí que en una tierra donde la falta de comunicación hace la distancia infinita, podría hallarme yo mismo en un compromiso, si bondadoso de corazón, me encargaba de enderezar los entuertos de un pícaro.

La continuación de este asunto la narra Goethe en la *Genealogía de Cagliostro*. (Nuevos escritos, Berlín, Unger. I., 1792, pág. 275).

Salí de Palermo y no volví, y á pesar de las grandes distracciones de mis viajes por Sicilia é Italia, no salió de mi alma aquella sencilla impresión.

Torné á mi patria; y al hallar la carta entre otros papeles, que desde Nápoles vinieran embarcados, tuve ocasión de hablar de aquellas y de otras aventuras.

He aquí una traducción de la epístola, en la que, de propósito, se conserva toda la naturalidad del original.

«MI MÁS QUERIDO HIJO:

»El 16 de Abril de 1787 tuve noticias tuyas por el señor Wilton, y no te puedo expresar cuánto me han consolado, pues desde que te fuiste á Francia, nunca pude saber más de ti.

»Amado hijo: Te ruego que no te olvides de mí, pues

estoy muy pobre y abandonada de los parientes, no siendo de mi hija María Ana, tu hermana, en cuya casa vivo. No puede por completo mantenerme, pero hace cuanto es dable. Está viuda con tres hijos; una hija tiene en el convento de Santa Catalina, los otros dos en casa.

»Te repito, querido hijo, mi ruego: envíame lo preciso, siquiera para que pueda ayudarme algo, puesto que no tengo ni aun las ropas necesarias para cumplir con mis deberes de católica cristiana; mi capa y mi sobrevestido están destrozados.

»Si me envías algo ó me escribes una carta, no la envíes por el correo, sino por mar, porque D. Mateo (Bracconneri), mi hermano, es comisario superior de Correos.

»Amado hijo: te ruego que me señales un diario, á fin de que tu hermana pueda, en parte, aliviarse de su carga y yo no perezca de necesidad. Acuérdate del mandamiento de Dios, y ayuda á una pobre madre que está en la última necesidad.

»Mi bendición te doy y te abrazo con todo mi corazón, así como á Donna Lorenza, tu mujer.

»Tu hermana te abraza de corazón, y sus hijos te besan las manos. Tu madre, que te ama tiernamente y te estrecha contra su corazón,

Felice Bálsamo.»

Palermo 17 de Abril de 1797.

Personas respetables á quienes enseñé este documento y conté la historia, participaron de mis sentimientos y me pusieron en situación de poder pagar mi deuda con aquella familia, enviándole una suma que recibió á fines del año 1788.

Del efecto que causó es testimonio la carta siguiente:

«Palermo 25 de Diciembre de 1788.

»AMADÍSIMO HIJO:

»QUERIDO Y BUEN HERMANO:

»La alegría que hemos tenido al saber que vienes y estás bueno, no la puede expresar ninguna pluma. Has llenado de placer con la ayuda que les enviaste, á una madre y una hermana abandonadas de todo el mundo, y que tiene dos hijas y un hijo que educar.

»Pues luego que el señor Jakob Joff, comerciante inglés, se tomó tanto trabajo buscando á la señora Josefa María Bálsamo de Capitemmino, porque acostumbraban á no llamarme más que Mariana Capitemmino, nos encontró, por fin, en una casa pequeña donde vivimos con la conveniente decencia. Significónos que nos enviabas una suma de dinero y que había que darle de ella recibo, y yo y tu hermana firmarlo, como así se hizo. Pues en el mismo instante nos entregó el dinero y el cambio favorable nos ha favorecido.

»Ahora, figúrate el placer con que hemos recibido esta suma, en un tiempo en que teníamos la idea de

pasar las Navidades sin esperanza de ningún socorro.

»Nuestro Jesús, hecho hombre, ha tocado tu corazón para que nos enviases esta suma, la cual no sólo ha servido para calmar nuestra hambre, sino para vestirnos, porque, á la verdad, carecíamos de todo.

»Sería nuestra mayor alegría que cumplieses nuestros deseos y pudiésemos verte una vez, particularmente yo, tu madre, que no ceso de llorar la degracia de estar siempre alejada de mi hijo único, que quisiera volver á ver antes de mi muerte.

»Pero si esto no puede ser, por tus asuntos, no dejes nunca de socorrer mi necesidad, sobre todo ahora que has encontrado un conducto tan seguro y un negociante tan puntual y tan bueno, que sin tener nosotros noticia, y estando todo en su mano, nos buscó fiel y puntualmente, entregándonos la suma enviada.

»Para ti, esto no será nada; pero á nosotros cualquier socorro nos parece un tesoro. Tu hermana tiene ya dos muchachas hechas, y para su hijo también necesita protección. Ya sabes que nada poseen; ¡y qué obra tan excelente harás enviándole sólo lo que sea necesario para establecerlos de manera conveniente!

»Dios te conserve en buena salud. Con agradecimiento le rogamos y deseamos que te conserve la dicha que gozas, y que mueva tu corazón para que te acuerdes de nosotros. En nombre suyo te bendigo á ti y á tu mujer, como madre amante; yo, vuestra]hermana, os abrazo; lo mismo hace el primo José (Bracconeri) que ha escrito esta carta. Te pedimos tu bendición,

como hacen igualmente las dos hermanas Antonia y Teresa. Te abrazamos y somos

Tu hermano
que te quiere,
JOSÉ MARIA
CAPITUMMINO
Y BÁLSAMO.

Tu madre que
os ama y bendice;
Que os bendice á todas horas,
FELICE BÁLSAMO
Y BRACCONNERI.»

Las firmas de estas cartas son auténticas.

Yo enviara el dinero sin carta y sin indicación de quién lo mandaba, y así era natural el error y verosímil su esperanza para lo porvenir.

Ahora, enterado de la prisión y condena de su pariente, no me queda sino hacer algo en su obsequio y ponerlos al tanto. Todavía guardo una cantidad destinada á ellos, que quiero enviarles, y, al mismo tiempo decirles la verdad. Si alguno de mis amigos, si alguno de mis ricos y nobles compatriotas quieren darme el placer de aumentar, con algún donativo, esta pequeña suma que aún conservo, ruego que me lo envíe antes de San Miguel, y que tomen parte en la gratitud y alegría de una buena familia, de la que salió el fenómeno más singular aparecido en nuestro siglo.

No dejaré de hacer público el curso ulterior de esta historia y la noticia del estado en que mi próximo envío encuentre á la familia, y tal vez entonces añadiré algunas observaciones que con esta ocasión me han ocurrido, de las cuales me abstengo en la actualidad, para no anticiparme al juicio de mis lectores.

De nuevo volví, á la tarde, junto á mi comerciante, y le pregunté qué pasaría en la fiesta de mañana; pues una gran procesión debía atravesar la ciudad, con el Virrey en persona, acompañando el Santísimo. La menor ventolera enyolvería á Dios y á los hombres en espesa nube de polvo.

El festivo hombre me aseguró que en Palermo fácilmente se descansaba en los milagros. Ya muchas veces, en casos semejantes, cayera fuerte lluvia local y había lavado, al menos, parte de la calle, en general inclinada, abriendo camino limpio á la procesión; también hoy mantenían la misma esperanza, y no sin fundamento, que el cielo se cargaba y prometía agua á la noche.

Así sucedió. Un poderoso aguacero cayó del cielo la noche anterior. Inmediatamente, á la mañana siguiente, me eché á la calle para ser testigo del milagro. Y, en verdad, era bastante singular. El torrente, que limitaban las dos aceras, había arrastrado las basuras más ligeras calle abajo, parte al mar y parte á las alcantarillas no obstruidas. Lo más gordo lo había separado, al menos, ya á un lado, ya á otro, dibujando así en la calle singulares meandros limpios y netos. Cientos de hombres provistos de palas, escobas y horquillas, trabajaban ensanchando estos espacios pequeños, y al fin lograban comunicarlos entre sí, poniendo las suciedades restantes en montones, á ambos lados. De aquí resultó que la procesión, al comenzar, encontró camino limpio, tortuoso entre el fango, y tanto el clero

con sus hábitos largos, como los bien calzados nobles, con el Virrey á la cabeza, podían atravesarlo sin obstáculos y sin mancharse. Parecíame ver los hijos de Israel, á quienes la mano de un ángel había preparado camino seco, y esta comparación ennobleció la insupportable vista de tantos hombres devotos y elegantes, rezando y pavoneándose en la calle, llena de fango amontonado.

En las aceras, empedradas, se podía andar sin ensuciarse. Por el interior de la ciudad, donde nos llevó el proyecto de ver diferentes cosas, hasta hoy descuidadas, era casi imposible circular, aunque no omitieron tampoco barrer y amontonar el fango.

Esta festividad nos dió ocasión de visitar la catedral y contemplar cuanto de notable encierra, y una vez sobre las piernas, nos dirigimos á otros edificios. Una casa morisca, hasta ahora bien conservada, nos gustó mucho. No es grande; pero las salas son bellas, espaciosas, bien proporcionadas, y el conjunto hermosísimo; en el clima del Norte no serían ni habitables; para el Mediodía es vivienda agradabilísima. Los arquitectos podrían darnos el plano y los pormenores.

Vimos también, en un local contiguo, diversos restos de viejas estatuas romanas: no tuvimos la paciencia de descifrarlas.

Palermo, lunes, 16 de Abril.

Amenazados de dejar muy pronto este paraíso, esperaba encontrar hoy todavía, en el jardín público, completa satisfacción para leer en la Odisea mi *pensum*, y en un paseo por el valle, al pie del monte de Santa Rosalía, meditar en el plan del *Nausica* y ver si era posible cogerle el lado dramático del asunto. Todo se ejecutó, si no felizmente, á lo menos muy á mi gusto; bosquejé mi plan, y no pude prescindir de empezar y aun seguir algunas escenas que en particular me atrían.

Es verdadera desgracia que me tienten y sigan muchas suertes de espíritus. Ayer de mañana fuíme al jardín público, en la firme y tranquila intención de continuar mis sueños poéticos; merced á una distracción mía cogióme otro espíritu, que estos días me seguía en secreto. Las muchas plantas que estaba acostumbrado á ver en cajones y macetas, y hasta detrás de cristales la mayor parte del año, veíalas al aire libre, frescas y alegres, y cumpliendo así su destino por entero, se nos hicieron más inteligibles. A la vista de tantas figuras nuevas, ó vistas de nuevo, volvíome la antigua manía de si no podría descubrir, entre esta multitud, la planta tipo. Debía existir. ¿Por qué conocería yo que esta ó aquella figura fuese una planta si no hubiesen salido todas del mismo modelo? Apliquéme á buscar en qué las muchas variedades de formas se diferenciaban, y

siempre las encontré más parecidas que diferentes. Quise emplear mi terminología botánica, y podía hacerlo, pero no daba resultados; me puso inquieto sin haberme servido de nada. Turbado se había mi hermoso proyecto poético; el jardín de aleinous desapareció, abriéndose ante mí el del mundo. ¿Por qué somos los modernos tan distraídos? ¿Por qué nos excitan las empresas que no podemos alcanzar ni terminar?

Alcama, miércoles, 18 de Abril de 1787.

Salimos temprano de Palermo, á caballo; Kniep y el *vetturino* habían hecho el equipaje con gran habilidad. Subimos lentamente el excelente camino que ya conocíamos desde nuestro viaje á San Martín, y nos admiramos de nuevo ante una de las fuentes ornamentales que hay en él, al formarnos idea de las costumbres de templanza de este país. El caballero llevaba, colgado de unas correas, un tonelito semejante al usual de nuestras cantineras, y parecía contener suficiente vino para algunos días. Maravillónos ver que se apeaba, y acercándose á uno de los caños, quitando el tapón, dejaba entrar agua. Preguntámosle con sorpresa verdaderamente alemana qué iba á hacer, estando el tonelito lleno de vino. Respondió calmoso que dejara vacía la tercera parte, y no bebiendo nadie vino puro, era mejor mezclarlo todo junto, porque así se unían los líquidos,

y no se está seguro de encontrar siempre agua. En esto se concluyó de llenar el barril, y tuvimos que conformarnos con esta costumbre nupcial del antiguo Oriente.

Llegados á las alturas, detrás de Monreal, vimos comarcas maravillosamente bellas, más en el sentido histórico que en el económico rural. A la derecha alcanzaba la mirada hasta el mar, que entre los cabos más admirables y orillas unas veces arboladísimas y otras peladas, extendía su línea horizontal y hacía, en profunda calma, marcado contraste con las soberbias salvajes rocas calizas. Kniep no pudo menos de dibujar muchas en pequeños tamaños.

Ahora estamos en Alcamo, villita limpia y silenciosa cuya hospedería bien tenida, debe celebrarse como un buen establecimiento, pues desde aquí es fácil visitar el templo de Segesto, situado en lugar solitario y apartado.

Alcamo, jueves, 19 de Abril.

Esta tranquila villa de montañas nos pareció bien, y determinamos pasar en ella el día. Ante todo hay que hablar de los acontecimientos de ayer.

Negaba originalidad al Príncipe de Pallagonia; ya veo que ha tenido precursores y encontrado modelos. En el camino de Montreale, en una fuente, hay dos menestros, y en la balaustrada algunos jarrones, como si el Príncipe los hubiera puesto.

Detrás de Montreale, cuando se deja el hermoso camino y se entra en las colinas poéticas, encuéntrase en la sierra, á lo largo de la vereda, piedras que por su peso y eflorescencia juzguelas hierro. Todas las partes llanas están cultivadas y tienen mejor ó peor cosecha. La caliza se muestra roja; la tierra, descompuesta en estos sitios, de igual color. Esta tierra roja, arcillosa, caliza, se extiende á gran distancia; el suelo compacto, sin arena debajo, da excelente trigo. Aunque mutilados, vimos olivos viejos, muy fuertes.

Bajo el tejado de una ventilada sala, construída delante de una posada vieja, recomfortónos mediana comida. Unos perros comían ávidos los desperdicios de nuestras salchichas; un mendigo joven los echó y se puso á comer con apetito los pedazos de las manzanas que devorábamos; á su vez apartólo otro mendigo viejo. La envidia del oficio existe en todas partes. El viejo, con su toga haraposa, iba de un lado á otro haciendo de mozo de comedor ó de bodega; también he visto antes que, cuando el posadero necesita algo que no tiene en su casa, lo manda á buscar á la tienda por algún pobre.

No obstante, en general nos libramos de tan enojosos sirvientes, pues nuestro *vetturino* es excelente mozo de cuadra, cicerone, guarda, proveedor, cocinero y todo.

En las altas montañas siguen encontrándose el olivo, el algarrobo y el fresno. El cultivo también se divide en tres años habas, cereales y barbecho; en cuya virtud

dicen: «El abono hace más milagros que los santos.» Podan las viñas muy bajas.

La situación de Alcamo es preciosa; sobre una altura, algo alejada del Golfo. La grandeza de la comarca nos atrajo. Altas rocas al lado de valles hondos, pero espacio y variedad. Detrás de Montréale, vuélvese á hermoso valle doble, en cuyo centro corre una loma roquiza. Los más fértiles campos vense silenciosos y verdes, mientras al borde del camino arbustos y macizos de plantas silvestres ostentan derroche de flores. El espartalobos, completamente cubierto de flores amarillas papilionáceas, no deja ver ninguna hoja verde; el espino blanco, cuajado de ramilletes. Los aloes levantan la cabeza con indicios de florecer; rica alfombra de trebol rojo amaranto; el ofris-mosca ó hierba de dos hojas, la rosa de los Alpes, jacintos con sus campanillas cerradas, borraja, ajo gamón.

El agua que viene del monte Segesto trae, además de piedras calizas, muchos cantos rodados de piedra córnea: los hay azul obscuro, rojos, amarillos, grises, de muchos matices. También en rocas calizas vi ganga de piedra córnea ó pedernal. De este conglomerado se encuentran colinas enteras antes de llegar á Alcamo.

Segesto 20 de Abril.

El templo de Segesto no se acabó nunca, y el espacio alrededor no ha sido nunca allanado; sólo igualaron el

círculo donde se cimentaron las columnas, pues todavía ahora están en muchos sitios los escalones enterrados nueve ó diez pies en el suelo, y no hay monte en las cercanías de donde hubieran podido bajar las piedras y la tierra. Las piedras están, la mayoría, tendidas en su posición natural, y no se encuentran ruinas.

Todas las columnas vense en pie: dos que se cayeron, las levantaron. ¿Debían tener zócalos las columnas? es cosa difícil de decidir, y que sin un dibujo no puede ponerse en claro. Unas veces parece que deberían apoyarse en el cuarto escalón, y entonces se debiera bajar otro al entrar en el templo. En sitios, el escalón superior está cortado, y entonces parece como si las columnas tuviesen zócalos; y aun tales espacios vuelven á verse llenos, y nos encontramos en el primer caso. A los arquitectos corresponde aclarar el problema.

Los costados tienen doce columnas, sin las de esquina. La parte de adelante y la de atrás, seis, con las de esquina. Las muescas que sirven para transportar las piedras no fueron cortadas en los escalones que rodean el templo, prueba que jamás se terminó. Donde mejor se advierte es en el suelo, á trechos enlosado; en el centro todavía se ve la caliza roja más alta que el nivel del piso. Nunca debió estar embaldosado. Tampoco hay rastro alguno de sala interior, pero debe suponerse que existía su proyecto. No estuvo estucado, pero se supone que la intención era esa. En las piedras llanas de los capiteles hay salientes, donde tal vez debía prender el estuco. Todo está construído de una suerte de caliza

semejante al *travertín*, ahora muy carcomida. La restauración de 1781 hizo mucho bien al edificio. El corte que une las piedras es sencillo, pero bonito. No pude encontrar las grandes piedras que menciona Riedesel; tal vez se emplearan en la restauración de las columnas.

El emplazamiento del templo es singular. Al extremo superior de un valle ancho y largo, encima de una colina aislada, rodeada de peñascos. Tiene vista sobre una gran extensión de tierra, pero sólo una esquina de mar. La tierra presenta el aspecto inmóvil de una fertilidad triste: todo está cultivado, mas no se vé habitación casi en ninguna parte. Sobre cardos en flor, revolotean innumerables mariposas. Plantas de hinojo silvestre, hasta de nueve pies de alto, secas, del año anterior, estaban derechas, y tan numerosas y ordenadas, que se hubieran podido tomar por un vivero de árboles. El viento susurraba entre las columnas como en un bosque, y las aves de rapiña graznaban, cerniéndose sobre el entablamento.

El trabajo que pasamos en las ruinas invisibles de un teatro, nos quitó el gusto de buscar las de la ciudad. Al pie del templo se encuentran grandes pedazos de aquella piedra córnea, y el camino de Alcamo está cubierto de infinidad de ellas. Una parte se convierte en tierra silíceas; de ahí que el suelo sea más poroso.

En hinojo verde observé diferencia entre las hojas superiores y las inferiores, pero es siempre el mismo órgano, solo, desarrollándose de la unidad á la multiplicidad. Aquí se escarda mucho: los hombres recorren

todo el campo como para una batida. Vense insectos también. En Palermo vi sólo gusanos de luz, lagartos, sanguijuelas y caracoles. No son de más bonitos colores que en nuestro país; al contrario, dominan los tonos grises.

Castel-Vetrano 21 de Abril.

Desde *Alcamo* á *Castel-Vetrano* se pasa de colinas silíceas á montañas calizas. Entre sus picos afilados hay valles ondulados, extensos, todos cultivados, mas sin árboles. Las colinas silíceas, llenas de gruesos cantos, que indican antiguas inundaciones del mar. El suelo muy bien mezclado, más ligero que antes, á causa de la arena. *Salemi* quedó una legua á nuestra derecha. Atravesamos rocas de espejuelo que cubren la cal. El terreno, cada vez mejor mezclado. En el horizonte, al Oeste, se distingue el mar. En primer término, el suelo es montuoso en todas partes. Hemos encontrado higueras brotadas. Lo más bonito y que excitaba nuestra admiración, eran los manchones de flores que en el camino, excesivamente ancho, se habían establecido, sucediéndose por todos lados sus colores vivísimos, hasta perderse de vista.

Las más bellas guirnaldas de hibisco y malvas y muchas especies de trebol, dominaban alternando entre el ajo y las matas de galega. Cabalgamos por los es-

trechos senderos que se entrecruzan, innumerables en este matizado tapiz. En los hermosos pastos, ganado vacuno rojo, no de gran tamaño, mas de buena forma; en particular de cuernos pequeñitos.

Todas las montañas del Nordeste se ven en cadena; un solo pico, el *Cuniglione*, se alza en el medio. Las colinas silíceas dan pocos indicios de agua; tampoco deben caer aquí grandes chubascos; no se ven barrancos ni aluviones.

Esta noche me ha sucedido una aventura muy singular. Nos habíamos echado muy cansados en la cama, en un local muy elegante en verdad. A media noche desperté y ví, encima de mí, la aparición más agradable: una estrella, tan hermosa como nunca creía haberla visto. Regocijéme contemplando aquella vista deleitosa y de buen agüero; pronto desapareció mi luz encantadora, y quedéme solo y en tinieblas. En el momento de abrir el día tuve la explicación del milagro: era un agujero en el techo, y una de las estrellas más hermosas del cielo pasaba en aquel momento por mi meridiano. No obstante, los viajeros explicaron el acontecimiento natural á su favor.

Sciacca, domingo, 22 de Abril.

El camino, hasta aquí sin interés desde el punto de vista mineralógico, sigue colinas silíceas; llégase á la

orilla del mar. Allí se alzan, de trecho en trecho, rocas calizas. Todas las tierras llanas son infinitamente fértiles. La cebada y la avena tienen la más hermosa planta. Cultivan la barrilla, la sosa; los áloes tienen el tallo fructífero, más altos que los de ayer y anteayer. Muchas variedades de trebol no nos dejan. Llegamos á un bosquecillo tallar espeso, cuyos árboles más altos estaban aislados; ¡al fin, también vemos alcornoques!

FIN DEL TOMO I.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Al lector.....	v
De Carlsbad al Brenner.....	4
Del Brenner á Verona.....	24
De Verona á Venecia.....	43
Venecia.....	77
De Ferrara á Roma.....	125
Roma.....	164
Nápoles.....	239
Sicilia.....	305

**THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW**

**AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO \$1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.**

JUL 14 1938
DEC 4 1965 20

REC'D

DEC 5 '65 - 2 PM

LOAN DEPT.

Page a Italia

Sg
v.f

JUL 14 1938

Williams

JUL 14 1938

339536

Goethe

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

